



SEDUCTORA VERDAD

SERIE AGENCIA DEMONÍA 2

NISHA SCAIL

Una despedida de soltera debía ser una fiesta, un motivo para pasarlo bien y hacer que la futura novia disfrutara de sus últimos momentos de libertad y que mejor lugar para hacerlo que Las Vegas. Luces de colores, juegos de azar, espectáculos inolvidables, la noche había sido hecha para divertirse y pasarlo bien, tres amigas celebrando una despedida de soltera... hasta que una de ellas terminó casada y en la cama de un completo desconocido.

Cassie quería morirse, despertar en la cama con un sexy y completo desconocido y con una alianza en el dedo no podía sucederle a ella, no a la anodina y casi aburrida Cassandra Joyce, pero aquello no era lo peor, si no el no recordar ni un absoluto minuto de lo que debió haber sido la primera y mejor noche de su vida.

Para Cassie sólo había una opción posible, huir. Poner tanta tierra de por medio como fuese posible y anular cuanto antes aquel absurdo matrimonio.

Arion Catrides no toleraba el champán, tuvo que aceptarlo cuando despertó en la habitación del hotel de un Casino de Las Vegas, con un enorme dolor de cabeza y la prueba inequívoca de que había pasado la noche con una mujer... su mujer.

Descubrir que se había casado en Las Vegas no fue tan aterrador como el hecho de haber ocurrido bajo los términos de su propia raza, la mujer de la que apenas tenía vagos recuerdos se había convertido en su esposa por las leyes humanas y por las suyas propias. Un verdadero dolor de cabeza que no hizo más que aumentar cuando su jefe le puso en las manos un nuevo contrato de la Agencia... el de su propia esposa.

Ahora Arion tiene dos problemas entre manos, debe encontrar a su esposa... y cumplir cada uno de los deseos expuestos en el inesperado contrato... uno que podría seducir la verdad en su interior y atar a Cassie a su alma para toda la eternidad.

NISHA SCAIL

Seductora Verdad

Agencia Demonía N°2

Autor-Editor

Sinopsis

Una despedida de soltera debía ser una fiesta, un motivo para pasarlo bien y hacer que la futura novia disfrutara de sus últimos momentos de libertad y que mejor lugar para hacerlo que Las Vegas. Luces de colores, juegos de azar, espectáculos inolvidables, la noche había sido hecha para divertirse y pasarlo bien, tres amigas celebrando una despedida de soltera... hasta que una de ellas terminó casada y en la cama de un completo desconocido.

Cassie quería morir, despertar en la cama con un sexy y completo desconocido y con una alianza en el dedo no podía sucederle a ella, no a la anodina y casi aburrida Cassandra Joyce, pero aquello no era lo peor, si no el no recordar ni un absoluto minuto de lo que debió haber sido la primera y mejor noche de su vida.

Para Cassie sólo había una opción posible, huir. Poner tanta tierra de por medio como fuese posible y anular cuanto antes aquel absurdo matrimonio.

Arion Catrides no toleraba el champán, tuvo que aceptarlo cuando despertó en la habitación del hotel de un Casino de Las Vegas, con un enorme dolor de cabeza y la prueba inequívoca de que había pasado la noche con una mujer... su mujer.

Descubrir que se había casado en Las Vegas no fue tan aterrador como el hecho de haber ocurrido bajo los términos de su propia raza, la mujer de la que apenas tenía vagos recuerdos se había convertido en su esposa por las leyes humanas y por las suyas propias. Un verdadero dolor de cabeza que no hizo más que aumentar cuando su jefe le puso en las manos un nuevo contrato de la Agencia... el de su propia esposa.

Ahora Arion tiene dos problemas entre manos, debe encontrar a su esposa... y cumplir cada uno de los deseos expuestos en el inesperado contrato... uno que podría seducir la verdad en su interior y atar a Cassie a su alma para toda la eternidad.

Autor: Scail, Nisha

©2012, Autor-Editor

ISBN: a2396248-555a-4a26-bc71-7b73b10b5352

Generado con: QualityEbook v0.75

Seductora verdad

Agencia Demonía 02

© 1ª Edición. Marzo 2012

© Nisha Scail.

Imagen de Portada: ©Dreamstime

Diseño y Maquetación: Nisha Scail

Todos los derechos reservados.

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra

por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier

otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y

titular del Copyright.

SEDUCTORA VERDAD

(AGENCIA DEMONÍA 2)

Una despedida de soltera debía ser una fiesta, un motivo para pasarlo bien y hacer que la futura novia disfrutara de sus últimos momentos de libertad y que mejor lugar para hacerlo que Las Vegas. Luces de colores, juegos de azar, espectáculos inolvidables, la noche había sido hecha para divertirse y pasarlo bien, tres amigas celebrando una despedida de soltera... hasta que una de ellas terminó casada y en la cama de un completo desconocido.

Cassie quería morir, despertar en la cama con un sexy y completo desconocido y con una alianza en el dedo no podía sucederle a ella, no a la anodina y casi aburrida Cassandra Joyce, pero aquello no era lo peor, si no el no recordar ni un absoluto minuto de lo que debió haber sido la primera y mejor noche de su vida.

Para Cassie sólo había una opción posible, huir. Poner tanta tierra de por medio como fuese posible y anular cuanto antes aquel absurdo matrimonio.

Arion Catrides no toleraba el champán, tuvo que aceptarlo cuando despertó en la habitación del hotel de un Casino de Las Vegas, con un enorme dolor de cabeza y la prueba inequívoca de que había pasado la noche con una mujer... su mujer.

Descubrir que se había casado en Las Vegas no fue tan aterrador como el hecho de haber ocurrido bajo los términos de su propia raza, la mujer de la que apenas tenía vagos recuerdos se había convertido en su esposa por las leyes humanas y por las suyas propias. Un verdadero dolor de cabeza que no hizo más que aumentar cuando su jefe le puso en las manos un nuevo contrato de la Agencia... el de su propia esposa.

Ahora Arion tiene dos problemas entre manos, debe encontrar a su esposa... y cumplir cada uno de los deseos expuestos en el inesperado contrato... uno que podría seducir la verdad en su interior y atar a Cassie a su alma para toda la eternidad.

Para Nagore.

Por que tu paciencia vale su peso en oro.

Esta serie no sería lo que es sin tus valiosos comentarios.

Y para mis lectoras,

Para todas aquellas que se suben al carro de la erótica paranormal

y disfrutan con las locuras que surgen en mi cabeza.

Gracias a todas por vuestro apoyo.

Os quiero.

PRÓLOGO

AQUELLA debería haber sido la mejor noche de su vida.

Quizás lo había sido.

Demonios... ¡Si tan sólo pudiese recordarla!

Sus ojos castaños no abandonaron en ningún momento la cama mientras se movía a ciegas, intentando recuperar la ropa esparcida por el dormitorio. Él dormía apaciblemente, el corto pelo rubio oscuro enmarcando unas facciones duras, muy masculinas, tumbado boca abajo, con un cuerpo absolutamente pecaminoso y desnudo a excepción de la sábana que ella misma había tirado para cubrir su trasero. ¡Y menudo trasero! Ese hombre era material de primera y ella había yacido con él, había perdido su virginidad con él... ¡Y maldita fuera si se acordaba de un sólo instante!

Si no fuese por el sordo hormigueo entre sus piernas y el desacostumbrado cansancio en sus músculos, habría pensado que todo aquello no había sido más que una nueva treta de sus amigas, pero ni siquiera ellas habrían llegado tan lejos.

Un par de pasos más hacia atrás y tropezó con el mueble, no tardó en dejar escapar su desacuerdo entre los apretados dientes, echando desesperadas miradas en dirección a la cama, rogando que el pedazo de queso derretido no se despertara.

Tenía que salir de aquella habitación cuanto antes, necesitaba volver a su propio hotel, buscar a sus amigas y encontrar un maldito modo de deshacerse de la última de las complicaciones.

La alianza dorada que rodeaba el dedo anular de su mano derecha era un mal presagio, uno muy malo, pues era incapaz de recordar haber hecho algo tan absurdo como casarse en Las Vegas.

¡La única que iba a casarse en los próximos días era su amiga Astrid!

Éste era su viaje de despedida de soltera, la jovial y despreocupada mujer había embarcado a sus dos mejores amigas en un avión con destino a Las Vegas, dispuesta a pasar la mejor despedida de soltera de todo el estado. Todo había sido cuidadosamente planificado, Violet, Astrid y ella misma habían repasado el plan una y otra vez, lo que harían, a dónde irían, cuánto tiempo se quedarían. Se suponía que serían tres días sólo para chicas, no veía como aquel magnífico rubiales había terminado formando parte del plan.

Afortunadamente, era una mujer práctica, había estado planeando deshacerse de su “pequeño secreto” desde su último cumpleaños. Alcanzar los treinta y seguir siendo virgen empezaba a causarle un verdadero trauma, los sueños de adolescencia y amor se habían evaporado bajo el peso de la madurez, en pleno siglo veintiuno la idea de reservarse para la persona adecuada había quedado más que anticuada. Con todo, no era mujer que se abriese de piernas al primero que pasara, había planeado su paso al lado más sensual del sexo con sumo cuidado, sólo para terminar en la cama, con un desconocido y sin el más mínimo recuerdo de cómo había sido su primera vez.

Bueno, al menos, si le había dolido, no se había enterado.

Pero el anillo, oh, eso era algo completamente distinto, aquello elevaba el desastre a proporciones bíblicas... ¡No podía haberse casado con un extraño! ¡En las Vegas!

Y sin embargo, era exactamente lo que había hecho.

Un ligero suspiro procedente de la cama la sacó de su ensoñación devolviéndola a la realidad, su mirada se clavó sobre él, podía sentir el latido de su corazón en los oídos mientras retenía la respiración esperando a ver si se movía o no.

La suerte parecía estar de su lado, ya que el hombre se limitó a estirarse y cambiar de postura para seguir durmiendo con un suave ronquido.

Dejando escapar lentamente el aire, se dio prisa en ponerse el resto de la ropa, tenía que encontrar

antes de marcharse el acta de matrimonio, era lo único que podía sacarla de aquel lío. Sabía que de haber hecho algo tan estúpido, les habrían dado un papel y aquello era todo lo que necesitaba.

La habitación era ridículamente grande, al igual que la cama, no se detuvo demasiado en admirarla, pero intuía por la distribución y los caros acabados que debía tratarse de una suite de algún tipo en alguno de los hoteles de Las Vegas Boulevard, lo cual tendría sentido, ya que las chicas y ella habían decidido pasar la última noche de su estancia haciendo una ronda por los distintos casinos que existían entre la Avenida Sahara y la Calle Russel.

Le hubiese gustado haber tenido más tiempo para admirar la decoración, pero ahora, lo más importante era salir de allí a la mayor brevedad posible.

Recorrió la habitación bajo la tenue luz que entraba entre las cortinas anunciando el nuevo día, buscando entre las ropas masculinas esparcidas por el suelo las cuales iban de la habitación a un vestíbulo anterior y a la puerta principal. Apenas había terminado de comprobar los bolsillos de la camisa cuando un agudo y estruendoso sonido reverberó en toda la habitación, procedente de algún lugar del dormitorio. Un profundo gruñido, seguido de alguna que otra maldición y el golpe de unos pies dejando la cama, la dejaron tan blanca como la tela de la camisa que todavía sostenía.

Sin pensárselo dos veces, la mujer lanzó la camisa por encima del hombro y se precipitó hacia la puerta, luchando con la cerradura hasta que ésta por fin se abrió y le permitió huir del hombre con el que, todo parecía indicar, se había casado.

CAPÍTULO 1

ARION deseaba que todo aquello no fuese más que una maldita pesadilla, ¿cómo podría llamarse si no al acta de matrimonio que sostenía en sus manos? La llamada de teléfono que lo había despertado lo dejó en un estado de confusión el cual sólo empezó a desvanecerse a medida que iban transcurriendo las horas y su mente racional volvía a tomar el relevo.

Ahora, de pie al otro lado de la puerta de la oficina, sintiéndose como un voyeur escuchando los gemidos de la mujer a la que Nick debía estar trabajándose, su mente conectó con otros gemidos, unos mucho más suaves y femeninos. Recordó claramente el sabor de una piel marfileña y suave, cremosa bajo sus labios, el sabor de la más dulce miel derramándose entre los muslos que había lamido con glotonería, todo ello entre sábanas de seda, la misma ropa de cama en la que se había despertado aquella mañana, con un soberbio dolor de cabeza, y ciertas dificultades para hilar pensamientos coherentes.

El grito de desahogo femenino reverberó en la oficina, unos segundos después la puerta se abrió, dejando salir a una de las chicas del departamento de contabilidad, la cual se limitó a mirarle con una sonrisa antes de seguir contoneándose hacia las escaleras.

—¿Vas a esperar a una segunda ronda, o piensas entrar?

La voz directa y risueña de su jefe le sacó de sus pensamientos, obligándole a entrar en la oficina.

Nickolas Hellmore permanecía sentado en el asiento tras el enorme escritorio sobre el que se amontonaban papeles y expedientes pendientes de su atención. Señalando una de las sillas frente a él, Nick lo invitó a pasar y sentarse.

—Imagino que la gatita huyó antes de que pudieses recordar que estabas acompañado, ¿um?

Arion había oído el sonido de la puerta de la habitación cerrándose de golpe mientras se obligaba en llegar al teléfono, en aquellos momentos su mente había estado demasiado nublada para pensar en algo coherente. Retazos de la noche anterior, de unas botellas de champán, su efecto embriagador y adormecedor, iban entrando en su mente a medida que ésta iba tomando conciencia de lo sucedido. El problema con la resaca, era que, al contrario que los humanos, él lo recordaba todo o al menos, estaba en ello.

—No sé qué diablos ha pasado —farfulló caminando hacia el escritorio.

Nick chasqueó la lengua, mirándolo.

—La verdad, yo tampoco. Ésta es, que yo sepa, la primera vez que oigo que un demonio se emborracha, amigo —le aseguró su jefe, intentando por todos los medios mantener una expresión neutral, sabía que aquel agente en particular, no apreciaría su fino sentido del humor, no cuando había terminado casado con una humana... en más de un sentido—. Quizás deberías anotar la cosecha y la bodega, para evitarla... o volver a utilizarla en el futuro.

Los ojos azules del demonio brillaron con intensidad cuando se inclinó sobre el escritorio de su jefe, las manos lo suficientemente separadas como para que pudieran soportar su peso.

—No empieces, Nick, esto es jodidamente grave —rechinó los dientes. Su mirada bajó entonces a la mano derecha en cuyo dedo anular brillaba, como mofándose de él, una alianza dorada—. Tengo un enorme y jodido problema...

Sin darle tiempo a responder, Arion dejó el acta de matrimonio sobre la mesa y lo empujó hacia Nickolas.

—El cual parece llamarse ahora Cassandra Catrides —concluyó con un gruñido bajo, dejando salir las palabras casi entre dientes cuando añadió—, y es mi maldita esposa.

Tomando el papel en las manos, procedió a comprobar su legalidad. A primera vista aquel documento

parecía ser oficial, pero había más, mucho más, algo que sólo era obvio para él y que hacía que Arion se hubiese metido en algo mucho más complicado que una boda rápida en el estado de Nevada. Su agente tenía razones más que suficientes para estar de tan mal humor, pero éstas iban mucho más allá de las que pensaba tener entre manos. A veces ver el futuro de las personas a su alrededor resultaba ser un jodido dolor de cabeza, Nick habría renunciado a su don sin pensárselo dos veces si ello no significase la muerte.

—¿Qué quieres que te diga? Estas cosas suelen ser fáciles de arreglar, pues para tener validez fuera del estado de Nevada, deben ser presentadas en el Juzgado de Paz del estado de tu recién estrenada esposa —le dijo empujando el papel de regreso a sus manos—. Lo otro, en cambio, puede que no sea tan fácil de solucionar.

Arion frunció el ceño.

—¿Lo otro?

Nickolas sonrió ligeramente, sabiendo que aquel gesto ponía nerviosos a todos los que estaban a su alrededor, entonces hizo lo que se le daba mejor, ignoró la pregunta y se inclinó hacia un lado, abriendo un cajón para sacar una PDA y un sobre marrón que posó sobre la mesa, seguido de un trozo de papel que abanicó en el aire.

—Ésta es tu nueva asignación.

Arion entrecerró los ojos, a otros quizás los intimidaran los modales de su jefe, pero él estaba de lejos demasiado cabreado y deseoso por solucionar lo que tenía entre manos como para importarle los enigmas de Nick.

—No seas cabrón, necesito librarme de esto antes de poder aceptar cualquier trabajo —refunfuñó, mirándole con hastío.

—Vamos, vamos... no seas melodramático, saldrás de ésta —le aseguró haciendo a un lado sus protestas con facilidad para finalmente entregarle el papel que tenía en las manos—. Y lo harás antes de lo que crees.

Arion quería bufar, decirle que no tenía tiempo para encargarse de los asuntos de la agencia en aquellos momentos, pero algo lo mantuvo con la boca cerrada, el aroma que desprendía aquella pequeña hoja de papel trajo a su memoria instantes de placer desinhibido, de una piel suave y marfileña que había gozado con fatídicas consecuencias.

—Ésta es tu nueva asignación —le dijo alzando el papel sin abrirlo siquiera—. Llegará a Heathrow a eso de las 7.30, quizás quieras estar allí para recibirla.

Arion miró el sobre como si fuera una serpiente de cascabel a punto de saltarle encima, entonces chasqueó la lengua y cogió el papel de mala gana, desdoblándolo y leyendo rápidamente los cinco requisitos escritos.

La sorpresa que cubrió su rostro empezó a morir rápidamente para encontrar en su lugar el horror más absoluto. Sus ojos azules se alzaron hacia el hombre que sentado cómodamente tras el escritorio, parecía disfrutar enormemente de su turbación.

—Esto tiene que ser una broma.

Nick se recostó en el respaldo del asiento y negó lentamente con la cabeza mientras cruzaba las manos sobre el pecho.

—Me temo que no.

Arion abrió la boca, entonces volvió a cerrarla y abrirla nuevamente mientras señalaba el papel que había causado su conmoción.

—Nick, esto no ha sido escrito por ella.

El hombre esbozó una sonrisa.

—Sí... y no —respondió—. Las chicas decidieron reunirse para celebrar la despedida de soltera de una de ellas y en su primera noche de fiesta dieron con la agencia, esto ha sido el resultado de aquella

noche, y tú ya has empezado el trabajo, incluso antes de que te haya sido asignado... Por no mencionar también el hecho de que has terminado casándote con ella... en el sentido demoníaco de la palabra.

Arion bajó la mirada al primer requisito en el papel, el cual ponía claramente:

“Necesitamos un hombre misterioso y masculino, alguien que se lleve a la cama a nuestra amiga Cassie y haga que su virginidad deje de ser un problema”.

—Mierda —masculló empezando a palidecer cuando las implicaciones que habían surgido de aquella noche, iban tomando cada vez una perspectiva más oscura.

—Sin duda, hasta el cuello —aceptó Nickolas con un firme asentimiento, entonces continuó—. Tienes exactamente siete días. Procura dejar el nombre de nuestra agencia en alto, Arion... entre otras cosas.

Tragándose una maldición, arrancó el sobre de la mesa y salió intempestivamente por la puerta. No podía creer en lo que se había metido, aquello simplemente no podía estar sucediendo, aquella maldita resaca debía haberlo matado, habría sido menos problemático que casarse con su cliente.

La puerta se cerró con fuerza tras él, su poder aumentó a su alrededor, vibrando al compás de sus emociones y tras un breve estallido, pequeños fragmentos de cristal cayeron como lluvia de uno de los ventanales superiores. Nick iba a cabrearse, pero aquello estaba bien, alguien tenía que cabrear de vez en cuando al jefe, él lo hacía continuamente con ellos.

—¿Ey, Arion?

La voz masculina provenía del piso de abajo, con una sola mirada, descubrió a Nishel, el Ángel Caído que de vez en cuando trabajaba para la agencia, al lado de dos de las empleadas.

—¿De qué humor está el jefe?

La pregunta no hizo más que encender su mal humor.

—¡Qué te jodan! —le respondió con un bufido antes de desvanecerse en el aire para ir al encuentro de su nueva compañera de juegos.

Su maldita esposa.

* * *

El cuadro de luces se encendió sobre su cabeza, la señal luminosa que indicaba a los pasajeros que se abrochasen el cinturón precedió la voz que anunció por los altavoces que iban a pasar por una zona de turbulencias. Todavía faltaba algo más de una hora para aterrizar en el Aeropuerto Internacional de Cardiff, a través de la ventanilla del avión todo lo que podía ver era una extensa capa de nubes bajo la que viajaban con el cielo azul como techo. Cassie bajó la mirada, comprobando que todavía llevaba puesto el cinturón de seguridad, sólo se lo había quitado para ir al lavabo, el pequeño cubículo claustrofóbico que le quitaba incluso las ganas de orinar.

Sentada a su lado, en un asiento de tres, estaban sus dos mejores amigas, las culpables, en cierto modo, de que hubiese terminado en Las Vegas, casándose con un desconocido, su mirada descendió entonces a la carpeta de la que no se había desprendido desde el momento en que fue puesta en sus manos.

—Arion Catrides... —murmuró leyendo por enésima vez el nombre escrito en la copia del acta matrimonial que su amiga Astrid había conseguido en tiempo récord. Lástima que no pudiera conseguirle el divorcio o la anulación en la misma cantidad de tiempo.

Al menos ya tenía un nombre que asociar con el pedazo de queso derretido junto al cual se había despertado, el único que se había encargado de dejar atrás su pequeño secreto. El que hubiese tenido que pasar por el altar para hacerlo era lo que la volvía loca, eso sin contar con el hecho de que ni siquiera sabía cómo, dónde y cuándo se habían conocido y mucho menos el que hubiesen terminado en la misma cama.

Después de huir de la habitación como alma que llevaba el diablo, se había encontrado sumergida repentinamente en la antigua Roma, los decorados del Caeser Palace le habían dejado sin palabras, especialmente después de haberse pasado veinte minutos buscando una salida, hasta que un amable botones le indicó el camino. El vestíbulo era la cosa más hermosa que había visto en su vida, las chicas habían planeado hacer una ruta por todos los casinos al día siguiente, ciertamente algunos de los edificios eran dignos de admiración, trasladándolos en un abrir y cerrar de ojos a una época distinta o de ensueño.

¿Cómo había ido ella a dar a uno de los Hotel Casino más exclusivo de las Vegas?

No tenía la menor idea.

Violet, siempre pendiente hasta del último centavo, había sido la encargada, para decepción de Astrid, de alquilar un pequeño apartamento para las tres en un respetable y limpio hotel de la zona a pocos minutos del centro. El alojamiento poseía unas conexiones magníficas con el aeropuerto, era realmente acogedor y estaba a un tiro de piedra de la principal zona festiva de la ciudad.

La escapada había sido planeada el mes anterior, Astrid había anunciado que iba a casarse con su novio de toda la vida, un sencillo y risueño arquitecto con el que había salido desde la universidad, dándole a su familia el último de los disgustos, los cuales esperaban que la rica heredera se comprometiese con alguien de su entorno y posición, algo totalmente contrario a los gustos de su amiga.

Violet había sugerido entre risas un viaje inolvidable, la despedida de soltera perfecta en “Las Vegas”. Ella se había reído hasta la extenuación hasta que vio que sus dos amigas no la acompañaban en sus carcajadas, Violet le había dedicado su mirada de “créetelo nena” y Astrid se había limitado a coger el teléfono y reservar tres billetes de avión en preferente para las tres.

El viaje había salido del siempre generoso bolsillo de Astrid, cosa que Cassie agradeció, pues la única forma que tenía de llegar a Las Vegas, sería cruzando el océano a nado y haciendo autoestop.

—Vamos Cassie, deja de preocuparte, lo arreglaremos tan pronto lleguemos a casa —la dulce y femenina voz de Astrid penetró en su mente—. Ya oíste al abogado, esto sólo tiene validez en el estado de Nevada, para que puedas estar casada de verdad, tendrías que registrarlo también en Londres.

Volviéndose hacia sus amigas suspiró.

—Esto es una verdadera locura, no puedo creer que realmente me esté pasando algo así —gimoteó con una profunda sacudida de cabeza—. Ni siquiera me acuerdo de haberlo conocido, ya no digamos esto —levantó la mano derecha en la que brillaba su alianza—. ¿Por qué me separé de vosotras? ¿Y en qué momento? Se suponía que íbamos a pasar la noche juntas, de copas, celebrando la despedida de soltera de Astrid.

—Pues está claro que la celebración se te fue de las manos, cariño, has celebrado tu propia despedida de soltera y boda al mismo tiempo —le aseguró Violet con total ironía, entonces chasqueó la lengua y le quitó la copia del acta que no había dejado de manosear—. Por su nombre y apellido, diría que es griego, aunque pone que reside en Los Ángeles, California. Te has casado con un americano... eso está un punto por encima de nuestros insulsos compatriotas.

Astrid puso los ojos en blanco.

—Edgard no es insulso —reclamó, defendiendo a su prometido.

—Claro que no cariño, pero es que tu Edgard es uno entre un millón, As —aseguró volviéndose nuevamente a Cassie—. ¿De veras no tienes ni un triste recuerdo de esa noche?

Con los hombros hundidos, y repantingada en el asiento, la muchacha sacudió la cabeza.

—No, ni uno solo —suspiró recuperando el acta de manos de su amiga—. Mi mente es un auténtico rompecabezas en lo que se refiere a esa noche, recuerdo perfectamente que salimos del hotel y estuvimos paseando por Las Vegas Strip, el volcán del Mirage llamó tanto la atención de Astrid que bromeamos sobre la posibilidad de entregarla en próximo sacrificio...

La aludida dio un pequeño bufido.

—Sí, y yo sugerí que fuera Violet, ella está más en sintonía con las fuerzas de la naturaleza —refutó la

rubia.

La mujer se limitó a poner los ojos en blanco, pero continuó.

—Después de eso nos acercamos a ver los juegos de luz, agua y sonido de la Fuente del Bellagio —aceptó Violet golpeándose pensativamente la barbilla con el índice—, y fue allí cuando nos reunimos con aquel grupo, los que venían de Gales.

—Sí —asintió Cassie, recordando perfectamente a la pareja y los dos amigos con los que estuvieron hablando durante buena parte de la noche.

—Nos fuimos de copas a esa discoteca tan alucinante —corroboró Astrid y seguidamente se encogió de hombros—. Allí fue cuando os perdí de vista a las dos, a Violet la vi bailando con uno de los chicos y supuse que tú también estarías por ahí.

La morena Violet se volvió hacia ella asintiendo.

—Sí, ya sabes cómo estuvimos bromeando la noche anterior sobre encontrarte a alguien para que se encargara de ese pequeño secretito...

El tono de voz de la mujer empezó a decaer al tiempo que abría los ojos como platos y se volvía hacia la rubia sentada a su derecha.

—Oh... no es posible —negó inmediatamente, pero su rostro empezaba a reflejar también las dudas—. ¿Crees que podría ser?

Aquel intercambio sonó como un enjambre de abejas furiosas en la cabeza de Cassie,

—¿El qué?

—No, eso es absolutamente imposible —negó a continuación—. No hacía ni unos minutos que habíamos enviado la solicitud... es imposible.

Cassie empezó a perder el color.

—¿Qué solicitud?

Astrid abrió la boca y volvió a cerrarla, al igual que un pez que se quedaba fuera del agua.

Violet empezó a sacudir la cabeza haciendo volar sus rizos ante la silenciosa respuesta de su amiga.

—No es posible que aquello funcionase de verdad, sólo era uno de esos tontos correos SPAM, además, ni siquiera introdujimos un método de pago.

El gesto de la rubia mordiendo el labio inferior fue suficiente respuesta.

—En realidad, sí, lo hicimos —aseguró como si fuese una niña a la que han cogido en una falta—. Introduce mi tarjeta de crédito.

Cassie cerró los ojos y golpeó la nuca contra el reposacabezas del asiento.

—¿Qué es lo que habéis hecho?

Violet se cruzó de brazos, frunciendo el ceño de manera pensativa.

—No, es imposible que fuera el de la agencia —negó la chica—. Pusimos su dirección de Cardiff, además, no había pasado ni un día desde que se envió.

Cassie gimió, no le estaban haciendo ningún caso.

—Chicas...

—Tranquila, cielo, sólo respira —le dijo entonces Astrid, palmeándole la mano—. Respira, dentro y fuera, dentro y fuera... si empiezas a hiperventilar vamos a tener un problema.

Aquello era demasiado.

—¡Y qué crees que es esto! —Cassie alzó su mano derecha en la que brillaba su alianza de bodas, un mudo recordatorio de la estupidez que había cometido y de la cual no recordaba ni un sólo momento—. ¡Me he casado con un completo desconocido y no satisfecha con eso, me he ido a la cama con él! ¡Y no tengo un mísero recuerdo de todo ello! ¡Esto ya es un jodido problema!

Astrid se limitó a asentir y le frotó el brazo, como si quisiera darle ánimos.

—Nos encargaremos de todo en cuanto aterricemos, te lo prometo —le aseguró la chica con cariño.

Violet asintió y la apoyó también.

—Todo se arreglará, Cass —le prometió—. Estaremos a tu lado en todo momento, pronto volverás a ser una mujer libre y míralo por el lado bueno, ahora no tendrás que preocuparte más por... eso.

Cassie se limitó a suspirar profundamente, al contrario que sus amigas, ella no estaba tan segura de que las cosas fueran a arreglarse tan fácilmente.

—Tenía que haberle hecho caso a mi horóscopo —murmuró entonces con un bajo resoplido.

—¿Por qué? ¿Qué decía?

—Que iban a ocurrirme cosas que pondrían mi vida patas arriba —respondió con un mohín—. Y yo pensando que se refería al viaje...

Sacudiendo la cabeza, suspiró nuevamente. En cuanto volviese a la seguridad y tranquilidad de su hogar, iba a encargarse de quitar toda aquella mala suerte de encima, aunque tuviese que bailar desnuda bajo la lluvia para lograrlo, después de todo, no era algo que no hubiese hecho ya... vestida, claro.

Los altavoces del avión aprovecharon aquel momento para anunciar por medio de una de las azafatas, que en menos de veinte minutos aterrizarían en el aeropuerto.

Veinte minutos y Cassandra Joyce podría volver a poner de nuevo los pies en el suelo.

CAPÍTULO 2

EL vuelo procedente de Las Vegas había llegado a la hora programada, el panel informativo con todas las llegadas internacionales marcaba el vuelo como “llegada inmediata”, de un momento a otro, *ella* cruzaría aquella puerta, *su maldita esposa*.

Volvió a mirar por enésima vez la alianza que brillaba en su mano derecha, un mudo recordatorio de la metedura de pata que había cometido. La maldita boda no estaba muy clara en su memoria, sólo recordaba haber caminado con ella por los pasillos del hotel en el que había estado hospedado y encontrarse con otra pareja, alguien había mencionado la palabra matrimonio... ¿ella? No... ni siquiera estaba seguro, recordaba las risas de ambos y entonces aquella capilla con Elvis y Marilyn Monroe sonriendo estúpidamente, pero por el momento el recuerdo más claro era el de ella entre sus brazos, pegando su flexible y apetitoso cuerpo al suyo, devolviéndole el beso que había firmado los votos nupciales.

Arion gruñó en voz baja, había llegado a Las Vegas en busca de diversión y unos días para sí mismo solamente para terminar con una mujer de la que sólo conocía su nombre y como sus curvas encajaban a la perfección contra su duro cuerpo, una hembra que había terminado atada a él de la manera más irresponsable.

Conteniendo una maldición, echó mano al interior de su chaqueta de cuero, extrajo un doblado sobre marrón y lo abrió comprobando que estaban cada uno de los papeles del maldito contrato. Aquello no podía ser más que otra jodida broma, no había otra explicación. Lentamente repasó cada uno de los cinco puntos especificados en la solicitud, de alguna manera estaba seguro que la muchacha a la que hacían referencia no tenía la menor idea de que habían sido escritos, o al menos, de que hubiese alguien que iba a hacerlos realidad hasta sus últimas consecuencias.

El anuncio de que el vuelo que esperaba había aterrizado y los pasajeros saldrían por la puerta de embarque ante la que estaba captó su atención, no pasaron muchos minutos hasta que éstas se abrieron y la gente empezó a emerger por ellas.

Devolviendo el papel al interior del sobre, dejó que su mirada vagara a través de los recién llegados, surfеando en busca de la mujer cuyo recuerdo era algo confuso. Las imágenes más claras en su memoria eran de una piel blanca y aterciopelada contra las sábanas oscuras, de un largo pelo castaño con reflejos acariciándole los hombros y los montículos de sus pechos. Y aquellas medias, unas medias de red con ligas negras hasta el muslo acompañadas de unas sexys sandalias de tacón. No dejaba de ser curioso que recordara precisamente sus medias, y no pudiese concretar exactamente de qué color eran sus ojos o la apariencia de su rostro.

Jamás iba a volver a probar una maldita gota de champán, aquel líquido amarillo y con burbujas había conseguido algo que la naturaleza no había logrado en miles de años.

Emborrachar a un demonio.

Una ligera risa atrajo su mirada hacia la derecha, donde una muchacha rubia de aspecto sofisticado empujaba un carro lleno de maletas de diversos tamaños, todas de color morado y rosa oscuro, sus altos tacones de aguja resonaban sobre el suelo mientras gesticulaba y conversaba con otra mujer quien, al igual que ella, empujaba otro carro, aunque sin el número de maletas ni el ostentoso color. El pelo rizado de aquella parecía haber pasado a través de una tormenta eléctrica, una cinta de pelo verde despuntaba entre la leonada melena, sus gafas con montura al aire se sujetaban precariamente sobre la nariz como si fuesen a caerse de un momento a otro mientras respondía a la rubia. Pero fue el sencillito y absolutamente sexy duendecillo que iba entre ellas el que retuvo finalmente su atención. Al contrario que sus dos

compañeras, ella no llevaba carro, tan sólo un pequeño trolley que arrastraba tras de sí mientras caminaba con la cabeza baja y los hombros caídos como si estuviese más allá del cansancio, no sabía que llevaba debajo del abrigo de tela marrón, pero sus piernas asomaban enfundadas en tejanos y unas pequeñas botas negras de tacón alto, el pelo castaño y liso caía a ambos lados de sus hombros, rozándole las solapas mientras un oscuro pañuelo rodeaba una suave y cremosa garganta.

—Cassandra.

El nombre abandonó sus labios con un único y llano reconocimiento, un inesperado sentimiento de posesión lo barrió con la fuerza de un huracán gritando “es mía” en su interior, sus sentidos demoniacos se agudizaron reconociendo en cada uno de sus pasos los movimientos y sensualidad que había mostrado entre las sábanas, no necesitaba una foto o un cartel con el nombre colgando de su abrigo, ésta era la mujer que estaba esperando y sin más, se dirigió hacia ella.

* * *

Cassie sintió un conocido cosquilleo en la nuca, era una sensación que solía tener cuando alguien clavaba la mirada en ella intensamente, levantó la cabeza y recorrió los alrededores solamente para detenerse en seco, permitiendo que sus dos amigas la rebasaran, al encontrarse cara a cara con el motivo de sus problemas.

¿Qué hacía él en Gales? ¿Qué hacía *allí* en el aeropuerto?

El impulso de dar media vuelta y echar a correr de regreso a la zona de embarque se iba haciendo más grande por momentos y lo habría hecho si no lo viese esbozar una divertida y sexy sonrisa que casi ponía de manifiesto que sabía lo que estaba pensando, seguido de una sutil inclinación de cabeza antes de detenerse y retarla a que fuese ella quien acortase la distancia y se acercase a él, a su marido.

—Esto no puede estar pasándome —murmuró para sí, apretando con fuerza el asa de la maleta antes de obligarse a dar un paso hacia delante, luego otro, retomando el ritmo. Su estómago era un saco de mariposas, los nervios la tenían al borde mientras sus ojos se mantenían al nivel de su fuerte y aristocrática mandíbula—. De acuerdo, tranquilízate Cassie, seguro que está tan interesado como tú en deshacer este asunto del matrimonio, habrá hecho sus averiguaciones al igual que tú hiciste las tuyas, ¿pero cómo demonios supo que regresábamos hoy y en este vuelo?

Aquello no estaba programado.

Buscando alguna manera de evitar el inminente encuentro, Cassie trató de alcanzar a sus dos amigas, las cuales habían tomado la delantera y continuaban enzarzadas en aquella discusión filosófica que habían mantenido durante los últimos quince minutos, pero sabía que por más prisa que se diera, no iba a poder evitarle, su postura lo decía claramente.

Luchó por no hiperventilar mientras iba acortando la distancia hasta él. ¿Podía ser un hombre tan endiabladamente atractivo y aterrador al mismo tiempo? ¿Y cuánto medía? ¡Por dios, a su lado sería una enana incluso con sus tacones altos!

Unos brillantes ojos azules la recorrieron lentamente, como si él también necesitara una confirmación visual de la persona a quien estaba buscando, aunque si estaba allí y la había reconocido al primer golpe de vista, estaba claro que guardaba más recuerdos de ella que viceversa. Cassie tenía la ligera impresión de conocer esos ojos, de haberlos visto más oscuros, velados por la pasión, el pelo rubio muy corto enmarcando unas facciones que había contemplado dormidas antes de abandonar la habitación.

Por dios, ¿por qué no se abría ahora el suelo bajo sus pies y la tragaba ahorrándole un momento todavía más bochornoso?

Reuniendo todo el valor que poseía su menudo cuerpo, el cual no era precisamente demasiado, alzó la mirada un poco más deteniéndose a escasos dos pasos de él, sintiéndose todavía más pequeña, si es que eso era posible.

—¿Cassandra... Catrides?

Su nombre dicho con aquella profunda y sexy voz masculina envió un escalofrío por su columna vertebral.

—Es... Jo... Joyce —respondió, rogando no empezar a tartamudear de un momento a otro.

Él arqueó una de sus rubias cejas.

—No, según el acta de matrimonio, ya no —respondió él en el mismo tono—. Y es por eso que estoy aquí...

Su mirada de un suave marrón castaño se alzó casi con esperanza, mientras su mente formaba ya una rápida y comprensible razón a su presencia en el aeropuerto.

—Oh, yo pensé —murmuró, entonces sacudió la cabeza y suspiró visiblemente mientras lo veía alcanzar algo en el interior de su chaqueta y extraer un sobre marrón—. Estaba dispuesta a arreglarlo tan pronto llegase a casa, pero si tú ya lo has hecho, es perfecto... ¿Dónde tengo que firmar?

Arion parpadeó un par de veces al verla dejar la maleta a un lado, estaba hurgando en el interior del bolso que llevaba a modo de bandolera y extrajo un bolígrafo de color rosa con corazoncitos para luego mirarlo con una expresión aliviada.

¿Qué demonios estaría pensando aquella mujer?

—¿Y bien? ¿Dónde firmo?

Encogiéndose mentalmente de hombros, Arion continuó con sus propios planes.

—Puedes... empezar firmando aquí —murmuró, sacándose la PDA del bolsillo trasero del pantalón. Tras encenderla y buscar el documento exacto para que pudiera plasmar su firma, la volvió hacia ella.

Cassie contempló un poco sorprendida la PDA, no esperaba nada tan moderno, pero si aquello ponía fin a su matrimonio, para ella sería tan bueno como el más caro y perfumado de los papeles. Plasmó su firma y le devolvió el aparato con una sonrisa.

—¿Ya está? —preguntó obviamente ansiosa.

Arion se lamió los labios mientras recuperaba la PDA, registraba la firma de ella y por acto reflejo hacía desaparecer el aparato en el mismo momento que fingía devolverlo a su bolsillo trasero.

—Sí, creo que con esto, ya está listo prácticamente todo —aceptó desdoblado el sobre marrón para luego tenderse—. Eso es para ti, encontrarás que todo es perfectamente legal... y válido... en cualquier territorio.

Sin perder un segundo, la muchacha tomó el sobre y con una amplia sonrisa se apresuró a abrirlo y sacar su contenido, solamente para empezar a perderla a medida que iba leyendo la primera de las páginas.

—Que... que es... esto... no... no lo entiendo —murmuró alzando sus ojos castaños hacia él—. ¿Agencia Demonía? ¿Qué... que es, el nombre de algún bufet de abogados?

Una irónica sonrisa curvó los labios de Arion ante la extraña suposición de su nueva cliente... y esposa.

—No, *głyka*[1], aunque hay veces que me pregunto si no sería más rentable —le aseguró, señalando los papeles que ella todavía tenía entre las manos—. ¿Me permites?

Con un ligero asentimiento, Cassie le entregó los papeles entre los que Arion rebuscó hasta encontrar lo que estaba buscando.

—Aquí, lee —le entregó un trozo de papel.

Cassie lo cogió y empezó a leer.

—¿Aburrida de la rutina diaria? ¿Hastada de la monotonía del día a día? ¿No encuentras aquello que te satisfaga, que deje una sonrisa permanente en tu rostro durante todo el día? —leyó a medida que se asombraba con cada nueva frase—. En la Agencia Demonía disponemos de un selecto servicio de acompañantes a domicilio que hará que tu vida no vuelva a ser la misma de antes —Cassie negó con la cabeza—. ¿Acompañantes a domicilio? Pero que... —sus ojos continuaron leyendo a pesar de que su cerebro tenía problemas para procesar la información—. No lo pienses más, lanza por la ventana la

monotonía y tiéndele la mano al riesgo, encontrarás que nuestros servicios son tan calientes como el infierno. Tus cinco requisitos son... —su voz se perdió, pronto fue sustituida por un jadeo tras otro, hasta que su incrédula mirada subió poco a poco hasta él—. ¿Tú eres... Arion Catrides?

Con un ligero asentimiento de cabeza, confirmó su pregunta.

—¿Y trabajas para... esta... esta... ag... agencia? —a Cassie empezaba a costarle articular palabra.

—Sí, otra vez.

Cassie gimió y dirigió la mirada hacia el lugar donde él había llevado la PDA.

—Dime que lo que acab... acabo de fir... firmar er... era la anulación de nues... tro matrimonio —susurró, empezando a tener verdaderos problemas para construir las frases.

Arion acordó la breve distancia entre ellos y alzó la mano al rostro femenino, rozándole la mejilla y resbalando sus dedos bajo la barbilla para alzársela y encontrar su mirada.

—Me temo que no puedo hacer eso, Cassandra, estoy obligado a decirte siempre la verdad —aceptó sorprendiéndose al encontrar el brillo del temor y la incomprensión en sus ojos. Estaba asustada, confusa y aquello no era lo que él deseaba—. Has firmado la aceptación al contrato... durante la próxima semana, cada uno de los puntos de esa lista y lo que tu alma desee, será mi placer hacerlos realidad.

Cassie tragó el nudo que empezaba a alojarse en su garganta.

—Yo... yo no he... es... escrit... —un angustiado gemido la hizo callar y apartarse de él para intentar pronunciar de nuevo—. Yo no he escrito eso... yo no... no quiero... no lo quiero...

La sonrisa que se extendió en los labios de Arion prometía mucho más.

—No, no lo has escrito —aceptó y se giró hacia las dos mujeres que se habían detenido y miraban ya hacia ellos, un poco sorprendidas y algo recelosas—, lo han hecho ellas... y temo que nosotros hemos precipitado las cosas.

Cassie cerró los ojos y alzó las manos tratando de encontrar las palabras.

—Mira... yo... no sé... no recuerdo... es... es complicado —empezó a farfullar—. No... no sé como... nosotros... bueno... yo no... no lo recuerdo.

La verdad y la vergüenza en las palabras de la muchacha sorprendieron a Arion.

—¿Qué es exactamente lo que no recuerdas, Cassandra?

Mordiéndose el labio inferior, la muchacha le dedicó una mirada avergonzada y mortificada antes de continuar con un susurró.

—Nada, absolutamente nada.

Si había algo de lo que sabía un demonio veritas, era cuando una persona decía la verdad o mentía, incluso aunque no fuera consciente de estar haciéndolo y ella estaba diciendo la verdad.

—No... en realidad... ni siquiera sé quién eres...

No, no lo sabía. Podía sentirlo emanando de cada uno de sus poros, ella no sabía quién era él, no recordaba la noche que habían pasado juntos, ni como se habían conocido o por qué se habían casado, todo lo que sabía era que se había despertado en la cama, con un desconocido, que ya no era virgen y que estaba malditamente casada.

—Bueno, cariño, hay cosas que simplemente están más allá de mis capacidades —aceptó sabiendo que ella lo había comprendido al ver el sonrojo sobre sus mejillas—, no puedo devolverte lo que te quité, pero si puedo darte más... mucho más... y tienes siete días para comprobarlo... esposa.

Cassie no pudo objetar, Arion no le dejó tiempo cuando redujo la distancia entre ellos una vez más y bajó su boca sobre la de ella atrapándola en un febril y delirante beso que nubló cada uno de sus sentidos y alejó su raciocinio hasta hacerlo desaparecer.

Oh, dios, si ésta era la forma de arreglar las cosas de su marido, iban a ser siete malditos días llenos de problemas.

—Estoy alucinando por algo que nos dieron en la cena del avión, o aquel tío le está pegando el morreo de su vida a Cassie y ella le está dejando —jadeó Violet contemplando el espectáculo que su amiga estaba dando en la puerta de llegada de los vuelos internacionales.

Astrid inclinó la cabeza entrecerrando los ojos sobre el enorme espécimen masculino con cierto interés.

—Bueno, no he visto que le pegara todavía una patada en los huevos.

Violet se giró hacia ella con una delgada ceja arqueada.

—¿Sabemos quién es el monumento?

La mujer se tomó su tiempo en contestar.

—Desde aquí, me resulta un poquito difícil verlo bien.

Asintiendo, la mujer de pelo rizado dio media vuelta al carrito y empezó a empujarlo de regreso hacia su amiga y el recién llegado.

—Entonces será mejor averiguarlo.

Astrid se tomó un momento antes de seguir a su amiga, ¿sería posible que la agencia sí hubiese aceptado su petición? Esperaba que así fuera, si alguien se merecía unos días inolvidables esa era Cassie y nadie mejor que los chicos de Nick para procurárselos.

Sonriendo interiormente siguió a Violet la cual ya se había detenido frente a la pareja y carraspeando para interrumpir aquel interludio para luego espetar a bocajarro.

—¿Quién eres tú y por qué estás morreando a mi mejor amiga?

Si de algo carecía su amiga, era de tacto y por ello la adoraba.

—Violet vas a hacer que Cassie se ponga de todos los colores del arco iris antes de que tenga tiempo a darnos una respuesta, sobre todo si la miras así —aseguró Astrid llegando a su lado con una amplia y encantadora sonrisa—. Pero, con todo me uniré a tu pregunta.

Cassie estaba demasiado abochornada para poder encontrar una respuesta coherente, los labios todavía le hormigueaban por el intenso y húmedo beso compartido, su boca conservaba el sabor masculino y el fuerte brazo que la mantenía sujeta contra el duro cuerpo hacían que fuese algo difícil para ella encontrar una respuesta.

La inesperada caricia de los callosos dedos por la piel desnuda de su muñeca unida a la desenvuelta respuesta de él la salvaron de tartamudear.

—Arion Catrides y si morreo a tu amiga, es porque es mi esposa y me apetece hacerlo —aseguró con cierta ironía contemplando a la muchacha que podría pasar tranquilamente por una activista de Greenpeace con su pelo rizado, los pantalones vaqueros y una cazadora que proclamaba a voz en grito las ventajas del reciclaje antes de posar la mirada sobre la otra mujer, la cual tenía un aspecto mucho más refinado aunque era su mirada lo que le llamó la atención, la forma en que lo contemplaba le decía mucho sin necesidad de palabras... ¿Quién era ella?

—Mierda, ¿eres el chalado... quiero decir... hombre... con el que se casó Cassie en Las Vegas?

—Entre otras cosas —su respuesta no podía sonar más irónica—. Y aunque imagino que no eres una activista de Greenpeace ya que no veo cadena alguna que te ate a nada, dadas tus palabras debo suponer que eres una de las mujeres atolondradas que arrastró a Cassandra a una despedida de soltera al otro lado del charco, ¿um?

Violet boqueó como un pez, absolutamente sorprendida ante el descaro del hombre, pero la risita de Astrid interrumpió cualquier respuesta ingeniosa que pudiera darle.

—En realidad, esa sería yo, aunque no creo que atolondrada sea la palabra exacta —se adelantó tendiéndole la mano—. Soy Astrid Lowell y ella es Violet Atkinson, somos las mejores amigas de Cassandra.

Cassie estaba empezando a palidecer de veras, todo aquello la estaba superando, su mirada iba de unos

a otros, estremeciéndose cada vez que levantaba el rostro hacia la torre humana que tenía al lado.

—As, Cassie está empezando a hiperventilar —comentó Violet dejando su carito para rescatar a su amiga de los brazos del supuesto marido—. Está bien Cassie, sólo respira profundamente, si te pones a gritar en medio del aeropuerto es posible que acabemos todas metidas en la comisaría más cercana.

Arion desvió rápidamente la mirada hacia la muchacha, la cual efectivamente había perdido el color y parecía tener problemas para respirar.

—Cassandra... —pronunció su nombre suavemente, haciendo que ella volviese la mirada hacia él, las lágrimas a punto de abandonar sus ojos—, está bien *glyka*, déjalo salir...

La muchacha se limitó a volverse hacia su amiga, sacudiendo la cabeza un instante antes de salir huyendo con una mano cubriéndose la boca.

—Bueno, creo que puedo decir sin temor a equivocarme, que no todas sienten ganas de vomitar estando a tu lado, ¿um? —le espetó Violet antes de salir tras su amiga y reconducirla hacia los aseos.

Astrid suspiró y se volvió hacia el hombre con una mueca.

—No quería decir eso...

—Sí, la verdad es que sí quería —le respondió siguiendo a las dos mujeres con la mirada hasta que desaparecieron en dirección a la flecha que indicaba los lavabos. Entonces, con toda la tranquilidad del mundo, se llevó las manos a los bolsillos y contempló a la mujer frente a él. Menuda, vestida de rosa y violeta a juego con sus maletas, con ropa cara y unos finísimos y altos tacones, era una humana común y corriente y con todo sabía que había algo más—. ¿Quién eres?

Ella sonrió y se echó el largo pelo rubio por encima del hombro con tan sólo un movimiento.

—Creo que esa pregunta debería hacértela yo, aunque creo acertar si digo que eres uno de los chicos de la Agencia Demonía —aseguró alzando sus coquetos ojos hacia él—. ¿Estoy equivocada, corazón?

Arion la examinó una última vez, recorriéndola por entero antes de volver a centrarse en su rostro.

—Fuiste tú quien escribió y envió el formulario —no era una pregunta, sus palabras sonaban firmes, sin lugar a equivocaciones.

Astrid asintió con la misma firmeza.

—Sí, fui yo —aceptó—. Sé que Cassie montará una buena cuando se entere, pero confío plenamente en el juicio de la Agencia a la hora de escoger a los agentes aunque lo de casarse, se os ha ido un poquito de las manos, ¿no?

La sorpresa cruzó el rostro masculino un instante antes de ser sustituida por la sospecha.

—Repetiré mi primera pregunta, ¿quién eres?

Un ligero suspiro abandonó los labios de la mujer.

—¿Vosotros no tenéis algo así como el secreto hipocrático o de confesión? —le soltó ella con picardía—. Si te lo dijera, metería en problemas a un buen amigo y teniendo en cuenta que he obtenido todo lo que quiero y más gracias a él, no quisiera pagarle con una traición. Te diré simplemente que sé quiénes sois, a qué os dedicáis y que para mí está bien. Me alegro que, a pesar de haber sido nosotras las que cubrimos el formulario, se le haya dado a ella esta oportunidad.

Arion se mordió una blasfemia, no le gustaban esta clase de enigmas y si esa mujer sabía de la agencia, la única manera de que así fuera, teniendo en cuenta que era una humana, era habiendo sido “cliente”, pero las normas eran muy específicas a la hora de borrar los recuerdos de su tiempo juntos de las mentes de sus compañeras llegado el momento de la separación... ¿Quién diablos era entonces esta mujer para saber de ellos?

Como si pudiese leer el conflicto interior que estaba sosteniendo consigo mismo, Astrid rodeó de nuevo la barra del carro con sus maletas e indicó el de su amiga con un gesto de la barbilla.

—Coge eso y la maleta de Cassie —le dijo empezando a empujar su carro—, me llevaré a Violet conmigo.

Arion no se movió un sólo centímetro.

—¿Por qué?

Astrid se detuvo y se giró.

—Me caso en ocho días y tengo muchísimos preparativos que supervisar —le respondió con una amplia sonrisa—, no sabes lo que me ha costado convencerla para que aceptara vestirse de rosa para la boda... Cassie odia el rosa.

¿De qué diablos estaba hablando aquella chalada?

—Se suponía que esta despedida de soltera iba a ser el viaje para las tres, cada una de nosotras teníamos una meta que alcanzar —continuó como si nada—, y la de Cassie, bueno... la de ella era importante para todas, así que me acordé de la Agencia y decidí probar suerte.

Arion frunció el ceño al entender finalmente lo que quería decir la mujer.

—Pero no esperaba que llegaseis tan lejos... bueno... obviamente estoy a favor del matrimonio... pero no del casamiento exprés con alguien que acabas de conocer y del que no recuerdas absolutamente nada al día siguiente.

El ceño del hombre se hizo más profundo.

—Nunca llegamos tan lejos —aceptó en voz baja, profunda—. El formulario entró esta mañana.

Aquello pareció dejar sin palabras a la mujer.

—Vaya —murmuró con los ojos abiertos como platos—. Joder... eso quiere decir que... oh, no importa... La cosa es que ahora estás aquí, así que empieza haciendo las paces con ella, maridito, porque tu recién estrenada esposa, no recuerda ni una pizca de su noche de bodas...

Sin decir una sola palabra más, se giró sobre los altos tacones y empezó a empujar el carro con las maletas sin esperar a ver si le seguía o no.

Arion maldijo en voz baja, aquello se estaba convirtiendo en una verdadera locura.

* * *

Cassie se mojó el rostro, enjuagándose la boca por enésima vez antes de tirar el cepillo de dientes y la pasta que había cogido del surtidor del cuarto de baño a la papelera. Estaba abochornada, asustada y confundida, y el hecho de haber salido corriendo hacia el baño no había hecho precisamente que su imagen fuese mucho mejor, pero no podía evitarlo, siempre que se sentía acorralada, asustada y sin posibilidad de salida, su estómago acababa por rebelarse y las arcadas acudían en su ayuda haciendo que terminase vomitando, quizás fuese mejor eso que las crisis de ansiedad que le habían dado hasta hacía un par de años.

Sacudiendo la cabeza para despejarse, alzó la mirada hacia el reflejo que le devolvía el espejo, estaba pálida, ojerosa, con los ojos y la nariz rojos, su apariencia era un completo desastre y tenía que volver a salir allí fuera y enfrentarse a la situación, al hombre con el que se había casado sin siquiera recordarlo y a aquella locura sobre la Agencia.

—Dime que me he desplomado en medio del suelo del aeropuerto y que todo esto no es más que una pesadilla, Violet —pidió encontrando la mirada de su amiga a través del espejo.

La mujer suspiró y le rodeó los hombros con los brazos.

—Ojalá hubiese sido sólo eso, Cassie —le dio un beso en la mejilla—. ¿Estás segura que ese es el hombre con el que te casaste en Las Vegas?

Cassie asintió. No recordaba mucho sobre él, pero sí recordaba el haberse despertado desnuda y en la cama con un hombre que era el vivo retrato del espécimen masculino que estaba ahí fuera, quizás siendo interrogado hasta la extenuación por Astrid.

—Sí —asintió cerrando los ojos y respirando profundamente para volver a abrirlos y mirar a su amiga

—. Es él.

—Bueno, míralo por el lado bueno, al menos es un bombón —le sonrió tratando de animarla.

Cassie negó con la cabeza y se libró del abrazo de su amiga.

—Nada de esto tiene sentido, cuando lo vi y me habló, pensé que venía a solucionar el problema del matrimonio —respondió suspirando—, pero en cambio, lo único que he hecho es meterme en un nuevo problema. ¿Sabías que él es uno de los agentes de esa Agencia a la que habéis escrito? ¡Y por qué diablos habéis escrito semejantes tonterías!

Violet alzó las manos.

—La única culpable de eso es Astrid, yo me limité a decirle que estaba loca —aseguró la mujer—. Pero, ¿cómo es posible que sean la misma persona? Eso no tiene sentido... es...

—Una curiosa coincidencia que vas a aprovechar al máximo —la voz de Astrid hizo eco en los baños cuando entró y se dirigió directamente hacia su amiga—. Oh, pero mira como tienes los ojos y la nariz.

—¿Cómo que va a aprovecharla? ¿Pero es que has perdido la cabeza por completo? —le reclamó Violet señalando a la muchacha—. Ese tipo se casó con ella, se la llevó a la cama y ahora para colmo resulta ser de esa agencia a la que escribiste, por no mencionar el hecho de que Cassie ni siquiera le recuerda... ¡No hay quien diga que no la drogó o algo para aprovecharse de ella!

—Violet, deja el dramatismo, querida —le pidió Astrid poniendo los ojos en blanco al tiempo que tomaba unas servilletas de papel y humedecía las puntas para luego aplicarlas en los ojos de Cassie—. Arion es encantador y muy sexy, no es el tipo de hombre que va drogando por ahí a las mujeres para llevárselas a la cama, diablos, no creo que necesite hacer nada más que chasquear los dedos para que se te caigan las bragas.

—Oh, cinco minutos junto a ese tío y ya te ha sorbido el seso, ¿tengo que recordarte que te casas en una semana? —insistió Violet, quien no podía creerse que su amiga hablase con tanta ligereza—. Todo esto es una locura, lo que hay que hacer es darle esquinazo e ir a un abogado para terminar con esto cuanto antes.

Astrid puso los ojos en blanco, pero no dijo nada mientras terminaba de adecentar a su amiga.

—¿Confías en mí? —le preguntó directamente.

Cassie se lamió los labios, no vaciló. Astrid había sido casi como su hermana, ella y Violet eran más que sus mejores amigas, las únicas que habían estado a su lado después de que su vida se hubiese hecho pedazos.

—Por supuesto que sí.

Sonriendo, la mujer le pellizcó las mejillas para darles color.

—Entonces sal ahí fuera y vete con él —le dijo sin más—. Te prometo que todo irá bien y si me necesitas sabes que estoy a un golpe de teléfono. No pierdas esta oportunidad, Cassie, te aseguro que es algo que no te pasará dos veces en la vida.

—Como si fuera tan tonta para volver a casarse con alguien en Las Vegas e irse a la cama con él para luego no recordar ni su nombre —protestó Violet, contraria a la iniciativa de su amiga.

—Vio, cariño, no estás ayudando.

—Eso espero. Al menos yo estoy cuerda.

Negando con la cabeza, Astrid le arregló el abrigo a Cassie, se lo abrochó y le sonrió.

—Deseabas vivir una aventura, ¿no?

Cassie vaciló.

—No era precisamente esto lo que tenía en mente —confesó.

—Te aseguré que será mucho mejor.

—Habló la que se tiró en el instituto a casi todo el equipo de baloncesto.

—Sólo me lié con seis —se quejó Astrid a lo que Violet contestó poniendo los ojos en blanco—. Además, esto es distinto... los hombres de la Agencia... son muy distintos.

Violet arqueó una ceja y respondió con pura ironía.

—¿Por qué? ¿No tienen la polla en el mismo sitio?

Resoplando, Astrid decidió ignorarla, repasó el atuendo de su amiga y una vez satisfecha, la empujó hacia la puerta.

—Vete y aprovecha el momento, cariño —le dijo más ilusionada que si le estuviese ocurriendo a ella—. Y no olvides llamarme para contármelo todo.

Aquello era una mala idea, Cassie lo sabía, una muy mala idea y con todo, la posibilidad de vivir una aventura era demasiado atractiva para negarla y también demasiado aterradora para llevarla a cabo con ese hombre.

CAPÍTULO 3

AQUEL hombre se había quedado con sus maletas.

Cassie maldijo para sus adentros mientras miraba la puerta del Aeropuerto Internacional de Cardiff por la que acababa de salir, confiaba en su amiga, sí, pero una cosa era dejarse asesorar por ella para cambiar el peinado y otra muy distinta irse con un completo desconocido.

Él había permanecido allí de pie, con sus maletas a un lado y ella había huido a toda velocidad en sentido contrario, dando un largo rodeo a la terminal para evitar que la viese. Cassie no era una cobarde y el tener que recurrir a tal subterfugio le molestaba, por no mencionar el hecho de que su recién estrenado marido se había quedado con su equipaje.

—Mierda, mierda, mierda... ¡Y mil veces mierda! —masculló mientras observaba la entrada principal con verdadera angustia—. ¿Por qué tiene que pasarme a mí? ¿Es que no he tenido ya suficiente mala suerte para todo lo que me queda de vida? ¡Yo sólo deseaba vivir una aventura, no casarme con un completo desconocido y despertarme en una habitación de hotel sin recordar un maldito minuto de la noche!

Una pareja que eligió ese momento para pasar a su lado la miraron como si hubiese perdido el juicio, avergonzada cambió de dirección y continuó su monólogo en voz baja.

—Y mi equipaje, ¿cómo diablos voy a recuperarlo? —refunfuñó alzando el rostro al cielo con un resoplido—. Ésa era mi mejor maleta y dentro están mis jeans favoritos. Maldita sea, Cassie, ¿en qué lío te has metido ahora?

Resoplando volvió a mirar nuevamente hacia la puerta de entrada como si estuviese esperando a que él apareciese de un momento a otro.

—Quizás debería ir y recuperarlas —continuó hablando consigo misma—, vamos, seguro que también cree que todo esto es una locura, aunque me obligó a firmar esa cosa... ¡Pero seré idiota! ¿Cuántas veces te dicen que no firmes nada sin leerlo primero? ¡Arg! ¡Quiero mi vida de vuelta! ¡Y mis maletas! ¿Y por qué diablos no puedo recordar ni un triste segundo de esa condenada noche?

—Diría que se debe al alcohol que ingeriste, no es que fuese demasiado, pero se te sube pronto a la cabeza.

Cassie se quedó congelada en el lugar ante el sonido de la profunda voz masculina a su espalda, tragando audiblemente se giró lo justo para verle de pie a escasos pasos de ella, apoyado de forma casual contra uno de los carteles publicitarios con su maleta y el neceser femenino a sus pies. Si bien no podía apreciar su mirada bajo las oscuras gafas, el escalofrío que le recorrió la columna sugería que los ojos masculinos estaban indudablemente clavados en ella.

—Respira, Cassandra, cualquiera diría que acabas de ver a un demonio —le contestó esbozando una traviesa sonrisa.

Cassie abrió la boca para contestar, entonces se giró hacia la entrada del aeropuerto señalándola con el pulgar y finalmente a él, explorando los alrededores con la mirada antes de preguntar:

—¿Cómo has...?

Arion dejó su postura, recogió las maletas y le tendió a ella el neceser.

—¿Siempre dejas tus cosas tiradas por ahí?

Ella enrojeció, cerró la boca de golpe y cogió el neceser tendiendo la otra mano para recuperar la maleta.

—Se suponía que habían quedado en manos de mis amigas no de...

—¿Tu marido? —sugirió apartando la maleta de su alcance.

Cassie rechinó los dientes ante el truco masculino.

—No eres mi marido.

Arion sonrió con satisfacción.

—Tengo un acta de matrimonio que dice otra cosa, Señora Catrides.

Cassie apretó los labios formando una delgada línea, sus mejillas se habían encendido aún más.

—No por mucho tiempo —siseó echando mano a la maleta—, y ahora si me disculpas, quiero irme a mi casa.

Arion asintió, pero una vez más volvió a apartar la maleta de su alcance, obligándola casi a saltar para recuperarla.

—Me parece bien, yo te llevo.

Cassie se llevó las manos a las caderas y lo fulminó con la mirada, algo que realmente causó gracia a Arion.

—Ni hablar.

La sonrisa en los labios masculinos se estiró mostrando un atractivo hoyuelo en su mejilla izquierda, no podía verle los ojos pero estaba casi segura de que brillarían sólo para hacer juego con su rostro.

—¿Cómo de lejos queda el aeropuerto?

—Lo suficiente.

—En ese caso no te importará indicarme el camino, ¿verdad? Creo que no conozco esa zona.

Entrecerrando los ojos castaños, extendió la mano y de manera exigente le pidió la maleta.

—Devuélveme mi maleta y piérdete, cogeré un taxi, gracias —respondió de mala gana, entonces respiró profundamente y probó a ser un poco más razonable—. Mira, no hace falta que te desvíes por mí.

Arion se echó la maleta a la espalda como si fuera una mochila y la invitó a acompañarle hacia el aparcamiento del aeropuerto.

—No me desviaría por nadie, cariño, pero da la casualidad de que ambos vamos en la misma dirección.

Ella abrió la boca para responder a eso pero volvió a cerrarla cuando él le interrumpió.

—Además, tenemos un contrato, soy todo tuyo durante los próximos siete días —le aseguró con un ligero encogimiento de hombros—, y gracias a mi propia estupidez, puede que para mucho tiempo más, *gynaika*[2]

Cassie sacudió la cabeza.

—Esto es una locura, una maldita confusión que se está embrollando cada vez más y más —resopló—. Mira, no sé exactamente de qué va el contrato que me has obligado a firmar pero...

Arion bufó ante tal respuesta.

—Cassandra, has firmado por propia voluntad, yo no te he obligado a nada.

Ella entrecerró los ojos.

—Pensé que me estabas dando los papeles de la anulación del matrimonio —clamó ofendida.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Cassie se exasperó.

—¿Y qué otra cosa esperas que piense si te presentas en el aeropuerto después de lo que pasó en Las Vegas? —clamó alzando las manos—. Ni siquiera te conozco y me he casado contigo, ¡eso es una completa chaladura! Vale, no es la primera chaladura de este estilo que se lleva a cabo allí, pero... ¡joder!... al menos cuando las hacen la gente las recuerda.

—No siempre, créeme —aseguró con total ironía.

—No quiero estar casada contigo, quiero el divorcio, la separación o quemar esos papeles en una hoguera, lo que sea que sirva —pateó el suelo con decisión.

Arion se volvió hacia ella y bajándose las gafas para que pudiera ver sus ojos le respondió con absoluta complacencia.

—No te serviría de nada quemar los papeles, ni siquiera la PDA, créeme, nena, algunos lo han intentado y no funciona —aseguró con un despreocupado encogimiento de hombros—. Lo máximo que logras es joder al jefe por tener que sustituir los terminales y no quieres joder con Nick, no de esa manera. Te guste o no, estás atascada en este contrato conmigo durante los próximos siete días, *gynaika* y yo que tú prestaría especial atención a cada uno de los requisitos, quizás te convenga estar avisada... — Arion se tomó un instante para recorrerla con la mirada—, o quizás no.

Cassie se estremeció bajo la escrutadora mirada masculina, algo en ella la hacía estremecer y no precisamente de miedo.

—Yo no he enviado esa solicitud, ¿por qué demonios tengo que aceptar el contrato?

Arion fue claro.

—Porque lo has firmado y no hay cláusula de rescisión.

Cassie abrió la boca para responder a eso, pero Arion la detuvo alzando la mano.

—Y por qué lo necesitas.

¿Qué lo necesitaba? ¡Lo que necesitaba era perderle de vista!

—Olvídame y devuélveme la maleta o te juro que me pondré a gritar en medio del aparcamiento y no te gustará lo que gritaré —le aseguró con total premeditación.

Arion no sólo sonrió abiertamente ante ello, si no que se permitió el lujo de caminar de nuevo hacia ella e intimidarla con su tamaño y masculinidad.

—Hazlo, *gynaika* y terminarás sobre mi hombro, con mi mano en tu trasero, por debajo de la falda... y de las braguitas de lencería que llevas puestas.

Cassie jadeó llevándose las manos inmediatamente al dobladillo de la falda como si de esa manera pudiera ocultar lo que había debajo.

—Hay juegos a los que simplemente no puedes jugar conmigo, pequeña —le aseguró con voz suave y absolutamente sensual—, no si esperas ganar.

—No quiero tener ninguna clase de contrato contigo —respondió ella en voz baja, sus ojos castaños clavados en los azules.

Tras un momento de intenso silencio en el que Cassie sopesó sus opciones, Arion tomó de nuevo la palabra, esta vez con más gentileza y suavidad, casi pretendiendo ser inofensivo.

Como si eso fuese posible.

Arion señaló con un gesto de la barbilla la mano dónde todavía lucía la alianza de bodas.

—En ese caso, ¿no deberías quitarte eso?

Cassie siguió su mirada y enrojeció una vez más al ver el anillo en su dedo, la alianza con la que había despertado y la unía a aquel hombre. El calor ascendió a sus mejillas a una velocidad vertiginosa, ¿cómo podía haberse olvidado del anillo?

—Está bien, Cassandra, no eres la única que encuentra todo esto extraño —se adelantó a responderle al tiempo que daba un par de pasos hacia ella—, respira, no nos harás ningún favor desplomándote en el suelo por falta de aire.

Los ojos castaños de la mujer se alzaron hacia él, en ellos podía leerse una mezcla de incertidumbre y temor además de un agotador cansancio.

—Todo esto es una maldita locura —murmuró con voz apagada.

Asintiendo lentamente, Arion estuvo de acuerdo.

—Por suerte para ti, soy especialista en locuras —aceptó con un profundo suspiro al tiempo que posaba suavemente una mano en la espalda femenina invitándola a caminar—. Vamos, empezaremos llevándote a casa y después... ya veremos.

Ella lo miró durante un breve instante negándose a moverse, entonces dejó escapar el aire que había estado conteniendo y permitió que la guiase hasta el coche, de poco iba a servirle el quedarse allí y empezar a patalear como una niña pequeña.

* * *

Cassie se pasó buena parte del trayecto mirando por la ventanilla del coche, sus únicas frases eran para indicarle al indeseado conductor por dónde debía ir, por lo demás intentaba evadir cada una de sus preguntas aunque eso no parecía importarle a él.

—¿Eres nativa de Cardiff? —Arion hizo su cuarta pregunta en los últimos quince minutos—. Tu acento es más suave de lo normal por esta zona, casi meloso.

Sus ojos castaños se volvieron hacia él enmarcados por sus cejas alzadas.

—Tú tampoco tienes acento inglés, ¿es eso un delito?

Arion sonrió de medio lado, su compañera era sin duda belicosa.

—Soy griego, difícilmente puedo tener acento inglés, aunque es el idioma que más utilizo —respondió deteniéndose ante un semáforo en rojo—. Viajo bastante, no suelo pasar mucho tiempo en el mismo lugar.

—Ahí tienes otro punto más para añadir a nuestro inmediato divorcio, adoro mi ciudad, mi hogar y no lo cambiaría por nada del mundo —aseguró satisfecha—. Jamás me verás mudarme de un lado a otro.

—¿No te gusta viajar?

Le encantaba, adoraba viajar y conocer nuevos países pero al final del día, Cardiff era su hogar, el lugar que más echaba en falta cuando pasaba mucho tiempo fuera.

—No demasiado —mintió.

Arion sonrió ampliamente al oír su tono de voz, toda su piel se erizó ante la flagrante mentira.

—Me cuesta creerlo cuando acabas de volver de La Vegas.

—Era la despedida de soltera de mi mejor amiga, no podía perdérmela —respondió para finalmente hacer un mohín—, aunque si llego a saber qué pasaría esto, me habría quedado en casa. ¿Y tú qué hacías por allí, si puede saberse? Tu nacionalidad en el acta matrimonial figura como norteamericana.

—Llevo mucho tiempo viviendo en Norteamérica —aceptó reincorporándose al tráfico—, he obtenido la doble nacionalidad.

—Gira a la derecha, tienes que ir hacia Duke Street —lo interrumpió para darle nuevas indicaciones—. Entonces, ¿fue por trabajo?

Arion sonrió para sí, al parecer había despertado su curiosidad.

—En realidad se trataba de unas mini vacaciones —respondió—, actualmente resido en Londres y como dije, me gusta viajar.

Ella volvió a mirar por la ventanilla al tiempo que murmuraba:

—¿Por qué decidiste venir a Cardiff?

La respuesta masculina fue directa.

—Mi esposa vive aquí.

Cassie resopló ante aquello.

—Eso será hasta que pueda encontrar un abogado y deshacer este maldito entuerto —masculló con agotamiento.

Arion no dijo nada, no iba a serle tan fácil deshacerse de él, su matrimonio no era sólo un papel, ni siquiera tenía nada que ver con los humanos.

—Así que, tu amiga decidió celebrar su despedida de soltera en Las Vegas, ¿no es un poco... fetiche ese deseo?

Ella se giró entonces hacia él.

—As está acostumbrada a hacer las cosas a su manera, le apetecía celebrar una despedida de soltera distinta y bueno, sin duda ha resultado distinta.

Arion asintió.

—Muy distinta, ya que la que terminó casada y en la cama conmigo fuiste tú.

Cassie frunció el ceño.

—¿Dije distinta? Quería decir, abominable.

Una suave sonrisa curvó los labios masculinos, al menos uno de los dos parecía estar pasándolo bien.

—Qué ironía, ¿no? Celebramos la despedida de soltera de una amiga y soy yo la que termina casada y en la cama con un completo desconocido sin acordarme siquiera de ello.

Arion la miró de reojo.

—Aunque quisiera disculparme, mis recuerdos de... ese episodio... están todavía algo confusos.

Ella le miró con absoluta ironía.

—¿Algo confusos? Pues ya es más de lo que recuerdo yo, lo cual me avergüenza decir, se reduce a un vacío absoluto. ¿Alguna idea de por qué acabamos cometiendo tamaña estupidez?

—¿El casarnos o irnos a la cama?

Cassie no se pensó la respuesta:

—Creo que ambas cosas pueden competir en grado de estupidez.

Arion rió.

—Confieso que mis recuerdos en cuanto a la ceremonia nupcial son algo... escasos... aunque espero que terminen aclarándose con el paso del tiempo —aceptó, sabiendo que su memoria estaría posiblemente intacta para el final de la semana, ventajas de ser un demonio.

—Qué optimista.

—De lo que pasó después —continuó sin prestar atención a su interrupción—, tengo algún que otro recuerdo bastante... interesante.

Cassie se hundió aún más en el asiento, su rostro volvió a girarse hacia la ventanilla del coche para evitar que viese el sonrojo que cubría sus mejillas, así como la incómoda vergüenza de tener que aceptar que no recordaba absolutamente nada. La palabra “interesante” tenía demasiadas definiciones y otras tantas interpretaciones, no estaba segura de si le gustaría saber cuál de ellas estaba siendo aplicada por Arion.

—¿Sigo de frente? —preguntó entonces, obligándola a fijarse en la carretera.

—Sí —respondió indicando hacia la derecha—, gira hacia Castle Street y detente en el primer lugar que encuentres, me bajaré aquí.

Arion bufó ante la orden femenina.

—¿Intentas deshacerte nuevamente de mi, Cassandra?

Ella le dedicó una única mirada.

—Creí que eso era algo que había dejado claro en el aeropuerto, aunque tú pareces tener problemas para asimilarlo —le aseguró al tiempo que le indicaba un hueco vacío a su derecha—, puedes dejarme justo ahí.

Arion echó un fugaz vistazo al lugar indicado, puso el intermitente y cambió de carril para proceder a aparcar.

—¿Hay algún aparcamiento subterráneo por aquí? No me gustaría tener que darle explicaciones a los de la compañía de alquiler por desperfectos en el coche, no sé por qué nunca se toman bien mis explicaciones.

Ella lo miró como si estuviese decidiendo si le estaba tomando el pelo o hablaba en serio.

—Sí, hay uno a unos veinte minutos de aquí, al otro lado de la ciudad —le respondió con una adorable y estudiada sonrisa—, si te das prisa, puede que encuentres sitio.

Arion sonrió a su pesar, los esfuerzos de la muchacha por deshacerse de él eran loables.

—Lo tendré en cuenta —aceptó echando el freno de mano para luego apagar el motor y quitarse el cinturón mientras se volvía en el asiento hacia ella—. Heol Fawr, el 23-25 si mi memoria no me falla, es la calle que da a la entrada del Castillo, ¿no?

—Enhorabuena, te has aprendido el callejero —le respondió ella soltándose el cinturón al tiempo que

abría la puerta dispuesta a bajarse del coche—. Si abres el maletero, cogeré mis cosas.

Arion retiró las llaves del contacto y bajó también del coche, reuniéndose con ella tras el maletero.

—Vives en una zona tranquila y con buenas vistas —comentó echando un vistazo a su alrededor.

Cassie dejó sus infructuosos intentos de abrir el maletero y alzó la mirada hacia él.

—Te haría de guía turística, pero no tengo ni tiempo ni ganas, ahora, ¿puedes abrir el jodido maletero, por favor?

Arion se la quedó mirando durante unos instantes.

—¿Siempre eres tan simpática o es algo que reservas sólo para mí?

—Siéntete privilegiado, esto es únicamente para ti.

—Qué suerte la mía —respondió con absoluta ironía.

Ella lo ignoró volviendo a señalar el coche.

—Abre el maletero.

—¿Por favor?

—Sólo abre el jodido maletero de una vez, Catrides y lárgate.

Él no pudo hacer otra cosa que sonreír.

—Arion —respondió sin intención alguna de seguir sus órdenes—, no es un nombre complicado de pronunciar, no te hará daño hacerlo.

—Hijo de puta tampoco es complicado y realmente empiezas a ganarte el título —aseguró entrecerrando los ojos—. O abres el jodido maletero para que pueda recuperar mi maleta o me voy sin ella.

Chasqueando la lengua, Arion la ignoró y pasó a recorrer lentamente el lugar con la mirada familiarizándose con el entorno.

—Vayamos a comer algo —sugirió reparando el lugar con la mirada—, ¿conoces algún buen restaurante por aquí?

Cassie no pudo evitar mirarle de arriba abajo, ella no era de restaurantes, las pocas veces que salía a comer fuera terminaba en alguna de las hamburgueserías al final de la calle.

—Subway y Burguer King, los tienes uno al lado del otro al final de la calle —le respondió indicándole la acera de enfrente—. No son restaurantes de tres o cuatro tenedores, pero se come bien y es barato. Ahora, si me abres el maletero, podrás irte a comer cuando gustes.

Arion siguió sus indicaciones y volvió a mirarla.

—No te hacía chica de bocadillos y hamburguesas.

—Ciertamente no lo soy de ostras y caviar.

Suspirando, deslizó la mano por la puerta del maletero y esta se abrió al momento.

—Te sorprendería las cosas que se pueden hacer con las ostras —murmuró más para sí que para ella.

Cassie levantó el maletero y se estiró para coger las maletas sorprendiéndose al ver una mochila negra y el maletín de un netbook, hubiese jurado que cuando le siguió y metió las maletas en el coche, las suyas no estaban. Entonces, la pregunta que había surfado su mente anteriormente volvió con fuerza.

—¿Cómo supiste en qué avión llegaba?

Su mirada era inquisitiva y recelosa.

—Tengo mis recursos —aseguró ayudándola a bajar la maleta y entregándole finalmente su neceser—. No sabía dónde te alojabas, en el hotel en el que estuvimos no había ninguna Cassandra Joyce registrada, así que me fui al aeropuerto y decidí venir a probar suerte. Afortunadamente, te encontré.

Ella sacudió la cabeza.

—Nosotras salimos en el primer vuelo de la noche, era el primero que encontramos libre, ¿cómo es posible que ya estuvieses aquí? ¿Qué supieses el vuelo en el que llegaba? Hay algo en todo esto que no encaja.

Si ella supiera, pensó Arion mientras sopesaba a la mujer que tenía frente a él, la cual se había

convertido en su esposa de una manera que ningún abogado humano podría disolver. Las medialunas oscuras bajo sus ojos evidenciaban que no había dormido gran cosa durante el vuelo y si tenía que juzgarla por los últimos momentos pasados a su lado, sabía que no descansaría hasta que volviese a estar a salvo en su hogar, en un lugar conocido y que le diese la seguridad que le habían arrebatado los últimos acontecimientos. Estaba cansada, física y anímicamente, no podía culparla por ello, en tan sólo un fin de semana su vida se había puesto patas arriba y su presencia no contribuía a que se sintiese cómoda, al menos, no todavía, pues para ella, Arion sólo era un problema más en la larga lista que había empezado a escribir.

El programa de la agencia no se había equivocado al elegirla como una de las candidatas, ahora dependía de él hacer honor al eslogan de la empresa y procurarle todo lo que necesitara, incluso aquello en lo que ella no había pensado.

Satisfacción garantizada, ese era el lema de la Agencia Demonía y por primera vez en mucho tiempo, Arion estaba más que dispuesto a cumplir con su papel de agente.

—Como ya he dicho, tengo mis recursos —respondió con un ligero encogimiento de hombros—, además, cuento con los de la agencia, conseguir un billete de vuelta en el primer avión no fue difícil, como tampoco descubrir que mi esposa viajaba en el siguiente vuelo.

Ella resopló, cogió su maleta y el neceser arrastrándolos consigo hacia el interior de la acera.

—Ya, ¿y eso incluye también el “oportuno” contrato con tu agencia? Discúlpame si parezco escéptica, pero algo me dice que aquí hay gato encerrado —aseguró mirándolo desde la acera—. No niego que mis amigas hubiesen enviado esa solicitud porque sé que están lo suficientemente locas como para hacerlo, pero que tú y yo nos hayamos encontrado por casualidad, nos hayamos casado y que curiosamente seas el agente que me ha tocado en gracia... chico, no me lo trago.

Arion no podía refutar eso, si se lo hubiesen hecho a él pensaría de la misma manera, pero la realidad era otra. Arion ya había conocido a Cassie y se había metido en este sin sentido antes de que Nick lo llamase a su oficina.

—Mi jefe no me hizo entrega del nuevo contrato hasta esta misma mañana, *pouli*, así que, aunque entiendo tu recelo y confusión, no es algo que yo tuviese planeado de ante mano, lo juro.

Cassie frunció el ceño al oírlo jurar, por algún motivo sus palabras calaron en su interior como una indisoluble verdad, no podía explicarlo pero sabía que Arion no estaba mintiendo.

—¿Qué es eso que me has llamado? ¿Es griego?

—¿Pouli?

Ella asintió.

—Sí —aceptó sin apartar la mirada del hombre—, y esa otra palabra que no dejabas de pronunciar, *gynaika*... no se qué.

—*Gynaika* —repitió pronunciándola con suavidad y una cadencia que ella no conseguía imprimir en su voz.

—Sí, eso.

—*Gynaika* significa esposa en griego —le explicó al tiempo que alcanzaba el maletero y lo cerraba—, y *pouli*, pajarillo. Sólo es un término cariñoso.

Cassie hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—Ahórrate los términos cariñosos —respondió pulsando el botón que subía el asa de la maleta para poder arrastrarla—. En realidad, ahórratelo todo, sólo quiero irme a casa, buscaré un abogado y haré que arregle esto, te enviaré los papeles que sean necesarios a la dirección que diste, ¿es la correcta?

—Es la dirección de mi residencia en Londres, sí —aceptó reuniéndose con ella—. Pero ahórrate el envío, podrás dármelo en mano porque pienso quedarme por aquí al menos una semana, siete días, es el tiempo que estipula el contrato.

Cassie lo miró y sacudió la cabeza.

—Empiezo a pensar que tienes un serio problema de oído, o eso, o eres gilipollas —respondió con sencillez—, yo optaría por lo segundo, pero entonces tendría que ascender a los gilipollas a una categoría distinta y no merece la pena hacer diferencias entre vosotros.

Arion hizo una mueca.

—Está claro que la falta de sueño afecta a tu humor, Cassandra, quizás debiésemos dejar la comida para después e ir directamente a la cama.

La respuesta de Cassandra no podía ser más clara cuando por fin la dio.

—Adiós, señor Catrides, que tenga una breve estancia en Cardiff —le deseó con una amplia sonrisa—, le enviaré los papeles del divorcio tan pronto los tenga, siento no poder decirle que ha sido un placer conocerle, pero le deseo un buen viaje de vuelta.

Sonriendo Arion se llevó las manos a los bolsillos y la contempló.

—Lamento decirle, señora Catrides, que no tengo la más mínima intención de abandonar Cardiff por el momento, empiezo a encontrarlo... interesante... al igual que a una de sus ciudadanas —le respondió deslizando su mirada sobre ella con abierta sensualidad—. Te veré esta noche, esposa.

—Sigue soñando.

Arion se lamió los labios y deslizó la mirada hacia el otro lado de la calle hasta detenerse en uno de los locales.

—Café Nero —le dijo volviéndose hacia ella—, a las diez y media.

Cassie siguió la mirada masculina hasta el local cuyo letrero de color azul rezaba el nombre de la cafetería.

—Sé puntual, Cassandra —continuó él acercándose ahora a ella—, no me gusta que me hagan esperar.

Ella arqueó una ceja en respuesta, sus ojos castaños clavándose en los azules.

—Pues es una pena, porque a mí es lo que mejor se me da —le respondió alzando la barbilla de modo desafiante—. Tendrás que esperar eternamente, así que ve buscando una buena silla.

Dejando escapar una sonrisa mitad bufido, Arion se inclinó sobre ella, los labios a escasos milímetros de los suyos.

—A las diez y media, Cassandra, si no has cruzado el umbral a esa hora iré a por ti y esta vez, cariño, lo recordarás todo, con pelos y señales —le susurró antes de bajar la boca sobre la de ella en un húmedo y breve beso—. Hasta esta noche, *gynaika*.

Cassandra temblaba cuando él la soltó, incluso cuando el coche se incorporó al tráfico y desapareció en el horizonte siguió temblando, un delicioso y sensual temblor de deseo por un hombre que había irrumpido en su vida como un huracán y amenazaba con hacerla pedazos.

Arión Catrides, su marido y el único hombre que había conseguido hacerla temblar de deseo.

CAPÍTULO 4

CASSIE recostó la cabeza contra la puerta, el aroma a velas y esencias que perfumaban la casa le dio la bienvenida al hogar, era bueno estar lejos de toda la locura que había encontrado en los últimos días. Suspirando dejó las llaves en la bombonera de cristal del recibidor y arrastró la maleta por el suelo de parqué. Su hogar no era demasiado grande o impresionante pero para ella era suficiente y lo había sido durante toda su vida, incluso después de que su padre se largase dejándolas a ella y a su madre solas para empezar una nueva vida al lado de otra mujer. A decir verdad, no podía culparle, su madre había sido una compañía difícil, lo había sido hasta el día de su muerte en un estúpido accidente de tráfico, una borracha arrollada por un coche y abandonada en una cuneta hasta que alguien alertó de su presencia, la mujer a la que había tenido que reconocer en la morgue de la comisaría de policía con tan sólo quince años.

Su padre había asistido al funeral, y se había ocupado entonces de ella acogiéndola en un hogar extraño, junto a su nueva esposa y su nueva hija, una agradable familia con la que tuvo que aprender a convivir, pero que no sustituía el vacío que había quedado en su interior.

Un año después se había emancipado decidiendo volver a su hogar, el único que había conocido, el que para bien o para mal había significado algo para ella. Había llegado el momento de tomar las riendas de su vida, después de todo, era lo único verdaderamente suyo.

Ahora, catorce años después, era la orgullosa propietaria de El Oráculo, una tienda de esoterismo y herboristería en el 47 de Saint Mary Street, tenía un título de secretaria que jamás había puesto en práctica y su hogar estaba lleno de estanterías con hadas, alguna que otra espada, velas aromáticas y piedras minerales.

Pero por encima de todo, Cassie estaba satisfecha con su vida, o eso había creído hasta que Arion Catrides se cruzó en su camino.

Dejando las maletas al lado del sofá del acogedor salón cruzó la habitación para levantar las persianas y permitir que entrase la luz. Una pequeña cocina, una habitación de invitados cuyas paredes estaban cubiertas del techo al suelo por libros y un dormitorio con baño era toda la distribución del piso que poseía en el 20-21 de Heol Fawr, le había llevado varios años y todos sus ahorros remodelar y acondicionar la vivienda hasta dejarla completamente a su gusto, borrando así cualquier huella de su pasado.

La luz del contestador parpadeaba anunciando el contenido de mensajes, posiblemente serían de su padre o su medio hermana o incluso de As o Violet deseando saber si había llegado de una pieza a casa. Desabrochándose el abrigo se acercó al mueble, accionó el aparato y continuó con el recorrido por la casa mientras escuchaba.

Tal y como había supuesto, su padre y su hermana Eloise le habían dejado un mensaje. El solía llamarla una o dos veces al mes, en ocasiones Cassie pensaba que seguía sintiéndose culpable por haberla dejado en manos de una madre borracha cuando era apenas una niña, había peleado por negarle la emancipación sólo para rendirse con la promesa de que ella mantendría el contacto al menos con su media hermana. Aquella había sido la única concesión que se había permitido Cassie, pero ambos sabían que las hermanas no se llevaban bien, en realidad, su relación era más bien inexistente limitándose a escuetas llamadas y alguna que otra comida cuando a Eloise se le encendía la bombilla y se pasaba por Cardiff. Sabían que compartían sangre pero nada más, sus intereses eran bastante distintos y en opinión de Eloise, los intereses de Cassie por la tienda de esoterismo no tenían fundamento y eran una pérdida de tiempo.

Su padre le decía en el mensaje que se iba a celebrar el cumpleaños de su sobrino de dos años en un

par de días y su hermana le recordaba que regalos no debía hacerle a su hijo, de todos ellos, el pequeño Thomas era el único que le caía bien y teniendo en cuenta que no era aficionada a los niños, eso decía mucho del pequeño de la familia. Un par de mensajes más de publicidad y la esperada llamada de Astrid deseándole suerte y que no dudara en divertirse con el hombretón que había aparecido en su vida, la voz de Violet se oía de fondo recordándole que ella era la sensata de las tres y que ignorara las locuras de As, que llamase a la policía si aquel tipo se pasaba de la raya.

Sonriendo apretó el botón de borrado de mensajes y echó un vistazo a su alrededor, las plantas necesitaban agua y ella necesitaba un buen baño seguido de unas cuantas horas de sueño.

—Primero un baño de agua caliente, después a la camita —murmuró saboreando ya la idea cuando su estómago rugió en respuesta—. De acuerdo, comer algo antes de meternos en la cama.

Satisfecha con su elección recogió el abrigo y la maleta y se dirigió a su dormitorio, apenas había dado dos pasos cuando el sobre que había guardado en uno de los bolsillos cayó al suelo llamando su atención, se trataba de los documentos que le había entregado su marido después de que estúpidamente firmara aquel contrato. Chasqueando la lengua los recogió y continuó hacia la habitación, ya tendría tiempo de leerlos durante el baño, si no los hacía pedacitos y los echaba por el inodoro para luego tirar de la cadena.

* * *

—En ocasiones me pregunto qué criterios tendrá el maldito programa para seleccionar a las candidatas —murmuró Nick echando un vistazo a las dos últimas solicitudes que tenía sobre la mesa, ambas eran una prueba del extraño proceso de selección que llevaba a cabo el programa web.

En más de una ocasión se había preguntado quién diablos estaba detrás del programa, quien lo había creado y por qué había recaído sobre sus hombros la obligación de sacar adelante el proyecto y convertirlo en lo que era ahora mismo, la única agencia demoníaca de citas.

No se le escapaba la ironía de ello, demonios sirviendo a los humanos, ayudándoles a dejar atrás sus estigmas para encontrarse de nuevo a sí mismos, pero aquello era lo que debía de hacerse, Riel y Eireen eran la prueba, el bebé que esperaban cambiaría el mundo y sólo sería el comienzo.

Empezó a masajearse el puente de la nariz, el dolor de cabeza que venía arrastrando desde hace un par de días no hacía si no ir en aumento al igual que las malditas visiones, no estaba seguro de si había dormido algo, su mente vagaba entre la conciencia y las visiones de clarividencia inherentes a su condición, pero nunca habían sido tan intensas como ahora, ni tan obvias, prueba de ello eran las dos solicitudes que llevaba más de una hora estudiando. No importaba las veces que leyera los cinco puntos de los requisitos, estos no cambiarían, lo sabía y con todo seguía teniendo esperanzas de que ocurriese algo que lo llevase a encontrar otra salida.

Un ligero golpeteo en la puerta le hizo alzar la mirada, ésta se abrió al tiempo que se asomaba Elphet.

—Nishel acaba de entrar en el edificio, ¿quieres que lo envíe directamente a tu oficina?

Nick bajó nuevamente la mirada sobre las dos copias de los documentos y seleccionó una de ellas.

—Sí, que suba directamente —aceptó leyendo una vez más el documento, entonces chasqueó la lengua y se volvió hacia ella—. Elphet, espera un segundo, échale un vistazo y dime que ves.

La mujer entró a la oficina y cerró suavemente la puerta tras ella, vestía de forma clásica y a pesar de ello, su sensualidad era más que aparente, cualquiera con ojos en la cara desearía follársela, pero cuando ibas más allá del exterior y veías sus ojos, era cuando ese deseo desaparecía y se instalaba algo más frío e intenso que rozaba la insensibilidad. Una dualidad peligrosa con el espíritu más dulce y humano que Nick hubiese encontrado jamás en un demonio puro como ella.

Elphet se detuvo frente a la mesa y cogió el papel que le tendía, sus ojos repasaron rápidamente el contenido prestando especial atención al apartado correspondiente a los requisitos.

—Está vacía, la oscuridad en su interior se ha convertido en hielo, es un milagro que siga viviendo —murmuró alzando la mirada hacia su jefe. Sus ojos reflejaban el intenso dolor y el miedo que transmitían las palabras de aquel papel—. Necesita calor, un fuego que bien podría consumirla en vez de curarla, nunca había visto nada igual.

Nick asintió mientras cruzaba las manos sobre el otro papel y contemplaba a su secretaria.

—Llevo más de una hora intentando averiguar algo más de ella pero todo lo que vislumbro es nada —aseguró con un profundo suspiro—, no puedo ver su pasado, ni su futuro, me está vetada.

Elphet dio un respingo al escuchar las palabras de su jefe, aquello no era posible, si había alguien en la agencia con capacidad para dirigirla y asignar a los agentes necesarios en cada caso era él, ese era su papel y ahora decía que estaba ciego a una de esas solicitudes, sólo había una posible causa para ello.

—En ese caso, ya sabes la respuesta y cuál debe ser la elección —aseguró con suavidad devolviéndole el papel—. Eres el único que puede llevar a cabo ese contrato, debes hacerlo tú mismo.

Recuperando el documento, Nick le echó un vistazo y lo relegó después a una de las bandejas vacías sobre la mesa. Su mirada volvió entonces sobre la mujer que había seguido su movimiento, sus ojos mostraban una agonía que él conocía íntimamente, un dolor que por más que quisiera no podía borrar. No podía darle lo que deseaba por encima de todas las cosas y aunque sabían que lo más noble para ambos habría sido terminar con aquello hacía mucho tiempo, Elphet no se lo había permitido y estúpidamente, él tampoco insistió.

Era más sencillo acariciar una ilusión que enfrentarse a la maldita realidad, una que acababa de llamar a su puerta rompiendo el cristal.

Nickolas había sido consciente desde el primer momento en que aquella inesperada visión de futuro había llamado a su puerta, que la mujer que le estaba profetizada llegaría a él por medio de la Agencia. Comenzó este ambicioso proyecto sólo para poder dar con ella, pero con el tiempo, sus deseos habían sido hechos a un lado y las dimensiones reales de su elección vieron la luz. La Agencia Demonía terminó convirtiéndose en un refugio para demonios y otros seres. Se movían bajo las narices de los humanos, interactuaban con ellos, se relacionaban y ni siquiera eran conscientes de ello.

Elphet había sido una de las primeras mestizas en entrar en la agencia. La pequeña demonio se encontraba al borde de la muerte cuando la encontró. Mitad nereida, mitad humana, un paria para los miembros de ambos mundos, llevaba una vida solitaria y de tormento. Nick la había encontrado medio muerta por una sobredosis de drogas humanas, su intención era morir, llegando incluso a luchar con él y maldecirle durante todo el tiempo que transcurrió hasta purgar todo el contenido de su sistema. Elphet había llegado a odiarle, intentando así mismo asesinarlo sólo para poder terminar lo que había empezado.

Ella fue la primera hembra en entrar en la Agencia.

Nick había estado convencido que la profecía que le había sido revelada hablaba de ella, sus acciones habían estado dirigidas a mantenerla a su lado costase lo que costase, incluyendo el seducirla y meterla en su cama. Con el paso del tiempo habían creado una relación cómoda y placentera, se sostenían y apoyaban el uno al otro, pero mientras él sólo guardaba un intenso cariño hacia ella, Elphet cometió el error de enamorarse.

Ahora, el documento que había recibido lo cambiaba todo. El destino había llamado a su puerta como siempre supo que ocurriría presentándole a la única mujer destinada a traerle la muerte... Si no conseguía salvarla, moriría con ella.

—Le haré más mal que bien —murmuró volviendo su atención sobre la otra solicitud—, mi contrato no es ni de lejos tan maleable con el de los agentes.

Ella negó con la cabeza, sus labios se estiraron en una tierna y consoladora sonrisa, aquella que hacía que cualquier preocupación se desvaneciera bajo expertas caricias.

—Nada tiene que perder —aseguró rodeando el escritorio hasta detenerse a su lado—, ya está

enterrada en un ataúd de hielo, su vida consumida por una oscura soledad, si puedes llevar aunque sólo sea un poco de luz y derretir el frío, habrá vivido en sólo un instante, más que en toda su vida.

Nick dejó el segundo formulario a un lado y la miró durante unos instantes, finalmente le tendió la mano.

—Voy a rescindir tu contrato, Elphet.

Ella tomó su mano y permitió que la sentase en su regazo.

—Ya te he dicho que no hay contrato que rescindir, Nick —le aseguró deslizado una suave mano por el rostro masculino—, no estoy aquí atada, estoy por mi propia voluntad.

Nick recorrió el cuerpo femenino con la mirada recreándose en la cremosidad de su piel, la blusa empezaba a abotonarse un par de dedos por encima de los senos dejando el lujurioso cuerpo femenino a la vista.

—No, Elphet, desde el momento en que se firme este contrato, no permitiré que vuelvas a acercarte a mí, no te heriré por más que me ruegues hacerlo, eres demasiado valiosa, encontrarás a alguien que te valore por lo que eres, lo juro.

No le permitió terminar, enredando sus dedos en el pelo masculino le obligó a bajar el rostro mientras salía a su encuentro y unía sus bocas. Le besó con hambre y sed, con desesperación y paciencia infinita mientras su corazón sangraba por lo que sabía sería el final de todo para ella.

—Hasta ese momento, seguiré disfrutando de ti —le susurró ella al oído—, pero antes tendrás que atender a Nishel, aparecerá por esa puerta en cinco... —le acarició los labios con los suyos al tiempo que se deslizaba de su regazo—, cuatro... —sus nalgas se resbalaron de su regazo—, tres... —se alisó la ropa y se lamió los labios—, dos... —se movió hasta quedar nuevamente del otro lado del escritorio—, uno.

—Últimamente me paso demasiado por aquí, ¿estás pensando en hacerme fijo de la Agencia o qué?

La voz profunda y sensual precedió la llegada del hombre de más de metro noventa que vestía de forma gótica con un pantalón de cuero a juego con un guardapolvo sin mangas ribeteado en blanco y cerrado por delante con delicadas cadenas plateadas a juego con su extraño color de pelo. Nishel no era un agente propio de la agencia, su camaradería con Riel lo había conducido hasta el enclave pero el ángel caído actuaba por su propia cuenta, aceptando o rechazando los servicios que Nick y la Agencia le ofrecían a voluntad.

—Ya sabes que la puerta está abierta para cuando desees afiliarte de manera oficial —aseguró Nick en respuesta—. No tienes más que decirlo.

Nishel esbozó una irónica sonrisa y entró en el despacho, su mirada grisácea se cruzó con la de la mujer un instante antes de que ella se disculpara y procediera a dejar la habitación.

—Me gusta ir por libre —respondió siguiendo a la mujer con la mirada durante unos instantes para finalmente volverse hacia el hombre que permanecía sentado tras el escritorio—. ¿De qué se trata esta vez? ¿Divorciada? ¿Separada? ¿Viuda? ¿Una reprimida sexual?

Los labios masculinos se estiraron en una irónica sonrisa mientras giraba con los dedos el papel que estaba sobre el escritorio y lo deslizaba hacia el otro lado de la mesa al alcance de Nishel.

—Diría que es una antigua cliente, si realmente hubiese existido un contrato de por medio —le aseguró cruzando las manos sobre el estómago mientras se reclinaba en la silla—. ¿Te interesa o se lo doy a otro?

Nishel echó un rápido vistazo al contenido deteniéndose con sorpresa ante el nombre.

—¿Ella?

Nick se limitó a encogerse de hombros.

—Te sorprendería saber la cantidad de mierda que pasa por mi mesa todos los días, a estas alturas ya no me sorprende de absolutamente nada —aceptó jugueteando con los dedos mientras contemplaba a su compañero—. ¿Y bien? ¿Trabajarás una vez más para la Agencia?

Nishel repasó rápidamente el resto de la solicitud y esbozó una irónica sonrisa al llegar al apartado de los requisitos.

—Al parecer, sí, tendré que hacerlo —aceptó entregándole el formulario—. Será un verdadero placer volver a ella.

Nick sonrió para sí y con un simple gesto de la mano aparecieron sobre la mesa la PDA y el contrato para la próxima asignación de Nishel, una que prometía un placer absoluto.

* * *

Elphet se apoyó en la puerta cerrada de la oficina con un profundo suspiro, el día que tanto había temido estaba golpeando al cristal. Nickolas se marcharía, tenía que hacerlo si quería seguir viviendo, su destino estaba allí fuera, en algún lugar y debía encontrarlo.

Ella había aprendido a su lado que la vida no era tan oscura e inválida como pensó al principio y gran parte de ello, si no todo, se lo debía a aquel hombre.

Gracias a él había encontrado solaz en su medio hermana, la única que no la rechazaba por lo que era. Nickolas le había devuelto a la vida para que pudiese aprender a apreciarla y ahora era su momento para hacer lo mismo por él. Después de todo, amar era saber renunciar y procurar la felicidad del ser amado.

—Es hora de ponerse a trabajar —murmuró para sí misma. Con la ausencia de Nick, ella era la única que podría recibir y gestionar los encargos del programa. Aquella había sido también uno de los motivos por los que él la había mantenido a su lado, ella había sido parte de su profecía.

* * *

El agua estaba lo bastante caliente para el gusto de Cassie, perfecta para aliviar el cansancio que su cuerpo había acumulado en los últimos días. Las velas aromáticas ardían en una vasija de barro con agua perfumando el aire y mezclándose con el vapor creando una atmósfera íntima y relajante, un ambiente tranquilo y familiar que le permitía relajarse realmente, o así habría sido si no hubiese elegido llevarse consigo los papeles y ponerse a leer el contrato de arriba abajo.

—Esto es absurdo, no, no es absurdo, es fantástico de un modo muy imaginativo —murmuró dejando una nueva página a salvo sobre una toalla seca para continuar con una nueva—. El agente está obligado durante la duración del contrato a presentar una actitud favorable y adecuada al estado del cliente, pudiendo adecuarse a las circunstancias del mismo... El agente debe estudiar cuidadosamente las necesidades del cliente para obtener unos resultados favorables y adecuados a la resolución del contrato... Durante el Pacto, el agente está en disposición de utilizar cualquier medio que crea oportuno para llevar a cabo su misión... ¿El Pacto? ¿Qué narices es eso del Pacto?

Cassie empezó a darle vueltas a las páginas buscando a través de la menuda letra que exponía cada uno de los puntos en los que se basaba el contrato y qué aceptaba el cliente al firmarlo. Algunos de los requisitos eran tan extraños que no conseguía encontrarles sentido, otros eran simplemente risibles.

—La duración del Pacto se determina entre la medianoche y el primer albor del amanecer —continuó leyendo con ávida curiosidad, era casi como estar leyendo uno de sus adorados libros de magia antigua, profecías y leyendas—. El cliente cede de manera simbólica su “voluntad” convirtiéndose en siervo de sus propios deseos, la fortaleza del pacto está determinada por la necesidad y la confianza del cliente con su agente.

Cassie se frotó los ojos, el calor del agua y el dulce aroma de las velas empezaba a colaborar con el obvio cansancio de su cuerpo provocándole somnolencia.

—Me parece que la hamburguesa y las patatas van a quedarse para la cena —murmuró ahogando un

amplio bostezo.

Suspirando dejó a un lado los papeles y se levantó, era hora de dejar la calidez del baño y meterse en la cama antes de que sus ojos se cerraran por completo y el sueño la atrapara en medio del baño. Envolviéndose con el albornoz, hizo lo propio con el pelo, secándolo enérgicamente con la toalla para rematar peinándolo con los dedos, su imagen en el espejo era la de una mujer agotada, los oscuros morados bajo sus ojos evidenciaban las horas que llevaba sin dormir, incluso los párpados parecían pesarle más que de costumbre.

—Tengo un aspecto horrible —murmuró haciendo una mueca al verse—. Es un milagro que no haya salido corriendo.

Pero Arion no parecía la clase de hombre que saldría corriendo por nada, al contrario, tenía el aspecto de poder enfrentarse a todo sin vacilar, una seguridad en sí mismo que la hacía sentirse incluso más insegura, más pequeña a su lado.

“A las diez y media en el Café Nero”.

Sus palabras seguían dándole vueltas en la cabeza, la forma autoritaria en que las había pronunciado, la confianza que había visto en los ojos azules cuando la desafió a contradecirle y no acudir a la cita.

—Ya puedes esperar sentado —murmuró dándole la espalda al espejo para recuperar los papeles y volver a la habitación—. Engreído, va listo si cree que puede darme órdenes como si fuese un robot de cocina.

Bufando echó los papeles sobre la cama y se dejó caer a un lado para seguir con la lectura, estaba dispuesta a encontrar una maldita cláusula que pudiera utilizar para rescindir ese estúpido contrato, si no podía disolver su matrimonio tan rápidamente, al menos terminaría con ese asunto de la agencia de citas.

—El cliente se compromete mediante la firma de este contrato a cumplir con cada una de las bases establecidas según la legislación vigente en... bla, bla, bla —continuó leyendo por encima buscando algo que pudiera serle útil—, arg... es un contrato como todos los demás, ¿por qué demonios no tiene una cláusula de rescisión? ¿Y qué demonios es todo eso del Pacto?

Girándose sobre la cama enterró la cara contra el colchón y gritó con todas sus fuerzas intentando hacer a un lado la profunda frustración que la embargaba.

—No es justo —farfulló volviéndose de espaldas—, ¿por qué yo? ¿Por qué tiene que pasarme precisamente a mí? ¡Mierda, mierda, mierda, mierda!

Resoplando echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando la lámpara del techo.

“A las diez y media en el Café Nero”.

La voz parecía repetirse en su cabeza como una insidiosa musiquita.

—Ojalá se te atragante el café.

Siseando, Cassie se giró y dejó que el cansancio se la llevara sumiéndola en un apacible sueño.

CAPÍTULO 5

LA cafetería seguía estando tan llena a esas horas de la noche como lo había estado durante toda la tarde, era un local agradable, acogedor incluso con sus pequeñas mesas circulares y sillas de madera, bien iluminado por una amplia zona de ventanales que hacían también a la vez de puerta y focos interiores aplicados en el techo que empezaron a encenderse cuando la luz del día empezó a disminuir. La barra se encontraba a la izquierda de la entrada, en madera y tabiques de color verde, contenía también una zona para degustación de dulces así como una amplia pizarra en la que podían leerse las especialidades de la casa tanto en café como en té, aquella noche incluso celebraban un pequeño concierto acústico que amenizaba el tiempo de los presentes. Arion había pasado buena tarde en su interior, deleitándose de uno de los mayores placeres de los humanos, el café, después de dejar a Cassie y vigilar que llegase sin contratiempos a su hogar se había dedicado a echar un vistazo a la ciudad. Si quería meterse a su mujer en el bolsillo, o en este caso en la cama, lo primero era conocer el terreno y si bien ya había estado anteriormente en la ciudad, tenía que confesar que no había estado demasiado interesado en sus monumentos o parques.

Dejando su tercer café sobre la mesa, dobló el periódico y consultó la hora en su reloj, faltaban cinco minutos para las diez y media. No podía dejar de preguntarse si Cassandra aparecería o lo desafiaría negándose a acudir a su cita, en otras circunstancias se habría limitado a seducirla y mantenerla en la cama durante el tiempo que durase el maldito contrato, pero aquel curso de acción no encajaría con su esposa, ella era demasiado inocente y después de los acontecimientos de los últimos días su confianza había sufrido un duro golpe. No, ella no confiaría en él si la seducía, tendría que ganársela con la verdad, permitiéndole conocer el terreno que pisaba y al hombre al que fortuitamente había quedado atada aunque significase confesar quién era él realmente.

—Eso sin duda sería algo digno de contemplar —murmuró para sí, sonriendo ante la sola idea de plantarse ante ella y decirle que no era humano, si no un demonio. Sí, ya podía verla superar el récord mundial de atletismo.

Un inesperado escalofrío recorrió su espalda, sus sentidos se agudizaron y supo sin necesidad de volverse que ella había entrado en el local. Arion se giró en su dirección captando la mirada inquisitiva en sus ojos marrones, el pelo recogido en una coleta y vistiendo unos sencillos jeans y suéter bajo el abrigo que había llevado anteriormente. Su mirada se deslizó por el café hasta posarse en él, sonriendo de anticipación permitió que ella cruzara todo el local hasta llegar a la mesa.

—Bueno, ya estoy aquí, te has salido con la tuya, ¿contento? —fue el cálido recibimiento femenino. Cassie arrastró una de las sillas vacías y se sentó frente a él.

Arion fingió consultar el reloj.

—Llegas incluso con cinco minutos de adelanto, estoy atónito ante tanta impaciencia —le respondió recorriéndola lentamente con la mirada, sus ojos seguían cansados, las bolsas oscuras bajo ellos no habían disminuido pero a pesar de ello parecía algo más despejada—. ¿Has podido descansar algo?

—Descansaré cuando te pierda de vista, obtenga la anulación de nuestro matrimonio y pueda deshacerme del maldito contrato con tu agencia —respondió echándose hacia delante para quitarse el abrigo.

No pudo evitar sonreír ante el ímpetu que escuchó en la voz femenina.

—Vienes con las pilas cargadas, *glyka*.

Cassie se removió en la silla para quitarse el abrigo.

—¿Más palabras raras? Te agradecería que cuando estés en mi presencia y te dirijas a mí me hables en

un idioma que entienda —espetó sorprendiéndose a sí misma por la inesperada animosidad en su voz.

Arion alzó las manos fingiendo una rendición que no pensaba presentar.

—Tranquila, dulzura —la atajó—. Baja las armas o herirás a alguien.

Ella se limitó a girar la cabeza echando un vistazo al café que solía frecuentar con bastante asiduidad.

—¿Ese alguien podrías ser tú? ¿Una bala en las pelotas, quizás?

Vaaaale. Aquello había estado de más, ¿qué diablos le pasaba?

—Necesito un café —murmuró buscando algún camarero para finalmente optar por levantarse e ir directamente a la barra a pedir su consumición.

Arion la siguió con la mirada observando sus movimientos, estaba nerviosa, aterrada en realidad, sus reacciones eran desmesuradas, las respuestas demasiado cortantes incluso para ella, cualquier acercamiento anterior que podría haber tenido con ella se había convertido en un nuevo abismo y era algo que no iba a permitir.

Se recostó contra el respaldo de la silla procurando adoptar una pose relajada e inofensiva, su mirada azul siguiendo cada uno de sus pasos mientras recogía su consumición y regresaba a la mesa.

—¿Y bien? ¿Cuándo te vas?

Bueno, no podía negar que la mujer era directa y franca.

—Estás deseando perderme de vista, creo que voy a sentirme ofendido —comentó con despreocupación, entrecerrando los ojos al ver cómo le temblaban las manos al coger el vaso con la bebida—. ¿Qué has pedido, Cassandra?

Ella alzó la mirada hacia él.

—Una infusión —respondió cerrando los dedos alrededor del vaso—. Si me tomo otro café, puede que arda en combustión espontánea.

Arion negó con la cabeza.

—¿Cuántos te has tomado ya?

Ella negó con la cabeza.

—Ninguno —resopló pasándose una de las manos por el pelo—. Siempre estoy de este humor cuando no duermo bien, te diría que lo siento, pero no es así.

Arion se limitó a poner los ojos en blanco.

—Empieza respirando profundamente, *glyka* —le sugirió siguiendo cada uno de sus movimientos—, tus pulmones lo agradecerán.

Para su sorpresa ella hizo lo que le había pedido, respiró profundamente y dejó escapar lentamente el aire, para finalmente probar su bebida.

—He estado leyendo los papeles que me has entregado, especialmente el contrato, ¿cómo es posible que no haya una maldita cláusula de rescisión? —comentó con fastidio—. Y deja que te diga, que alguno de los puntos son un poco... raros... especialmente el que habla sobre un pacto. ¿Entregar la voluntad? Chico, eso suena a BDSM, a todo ese rollo de dominación y sumisión. ¿Quién ha redactado esa joya?

Arion cogió la taza de café y se la llevó a los labios tomándose su tiempo antes de darle una respuesta.

—No se trata de sumisión o dominación, si no de confianza, de depositar tu confianza en el compañero y permitir que sea quien te guíe —buscó la manera más sencilla de explicárselo—. Dejar que los deseos, fantasías salgan a la luz sin restricciones, en cierta forma, derribar las barreras que muchas veces levantamos sin darnos cuenta y que frenan nuestro avance.

Ella frunció el ceño.

—Eso no suena un poquito... ¿sexual?

—Si lo quieres ver en el contexto sexual sí, pero El Pacto no siempre tiene que relacionarse con el sexo, la confianza puede darse libremente de muchas maneras —continuó Arion—. Una vez que das tu palabra libremente para efectuar El Pacto, tu voluntad se vincula a la de tu compañero, tu pareja, y no podrás recuperarla hasta el primer albor de la mañana.

Cassie negó con la cabeza.

—¿Y qué es eso de que tienes que cumplir con cada uno de mis deseos? —continuó tomando otro sorbo de su bebida—. ¿He ganado un mayordomo o algo así y nadie me lo ha dicho?

La sorpresa que reflejaron los ojos de Arion fue genuina, como también lo fue la risa que surgió después.

—Durante el tiempo que dura el contrato, mi primera prioridad eres tú, tus deseos, tus fantasías, tus temores, tus anhelos —respondió con una sonrisa—, son míos para hacerlos realidad... o hacerlos desaparecer.

—¿Esto tiene algo que ver con nuestros votos matrimoniales? Ya sabes, en lo malo... y en lo peor... —le dijo con absoluta ironía.

Arion la contempló en silencio durante un momento y finalmente chasqueó la lengua.

—¿Qué es exactamente lo que te molesta de todo esto, Cassandra? —le preguntó sin más—. ¿Qué nos hayamos casado? ¿Qué nos hayamos acostado? ¿O que no recuerdes ninguna de las dos cosas?

Cassie se sonrojó en respuesta, pero alzó la barbilla y respondió con absoluta firmeza.

—Quizás para ti nada de eso tenga importancia, es posible que lo veas como un juego que salió mal, pero yo no, Arion —respondió ella pronunciando su nombre—, para mí es un maldito infierno que deseo olvidar y no puedo hacerlo aunque lo intento.

Sin dejarle tiempo a responder, hizo a un lado su infusión, sacó un billete y unas monedas del bolsillo y lo dejó sobre la mesa para luego recoger su abrigo de la silla.

—Si tienes algo de decencia, acaba con esto ahora mismo —concluyó Cassie lista para marcharse—. No pedí nada de lo que está ocurriendo y no voy a dejar que se me arrastre en un estúpido juego.

Arion la siguió con la mirada, entonces resopló, se terminó el café de un sólo trago, recogió el dinero de ella y dejó en su lugar un billete de diez dólares.

—Si fuese un juego, *glyka*, no sería tan malditamente complicado —murmuró para sí dejando también el local.

* * *

Cassie se limpió las lágrimas con el puño del abrigo sintiéndose por primera vez en mucho tiempo tan miserable como se había sentido al salir de la morgue y darse cuenta que todo su mundo se había venido abajo. La sensación de impotencia, la rabia eran las mismas, pero faltaba el sordo dolor en el pecho, aquel que había enterrado tan profundamente en su interior de modo que ya no volviese a afectarle nunca más.

Una vez más volvía a estar enfadada consigo misma, con su estupidez, pensaba que había aprendido pero lo ocurrido le había demostrado que no, si se permitía bajar la guardia todo se volvía un desastre y en el que había caído esta vez era el mayor de todos.

—Soy una estúpida, estúpida, estúpida —se echó a llorar—, ¿cómo he podido cometer tamaña estupidez? ¿Qué pasa contigo, Cassie? ¿En qué diablos te estás convirtiendo? Tú no eres ella, no lo eres...

—Cassandra.

La voz masculina a su espalda la hizo detenerse en seco, rápidamente se limpió los ojos y se irguió dándole la espalda.

—¿Tal difícil resulta de entender que quiero que me dejes en paz? —replicó con voz temblorosa, luchando por contener las lágrimas—. Si sigues acosándome de esta manera te denunciaré a la policía, no quiero saber nada de ti, ¿de acuerdo? Todo esto del matrimonio ha sido una enorme estupidez, ambos

estábamos borrachos, metimos la pata. Fin de la historia.

Arion se movió a su lado, su mano tomando el rostro femenino para girarlo hacia él. Las lágrimas brillaban en sus ojos, su rostro estaba enrojecido y la nariz colorada.

—No eres estúpida —fue lo primero que dijo, su voz mucho más profunda que de costumbre, en cierto modo casi podía oír en ella un eco—, y no has hecho nada malo, Cassandra, buscar consuelo en otra persona no es un crimen, es lo que te hace humana.

Las lágrimas volvieron a deslizarse por sus mejillas, sus labios temblorosos se apretaron en una fina línea para evitar que emergiera de ellos cualquier ruido.

—Y esos recuerdos que has perdido, los sustituiremos por otros nuevos, no estás vacía, Cassandra y tampoco vas a estar sola —le aseguró acariciándole las húmedas mejillas con los pulgares, borrando las huellas de las lágrimas—, si no otra cosa, estaré aquí para ti.

Cassie no respondió, ni siquiera se movió, sólo se quedó allí, de pie, insensible y vacía hasta que los brazos masculinos la envolvieron con ternura y la tensión que se había construido en su interior durante los últimos días se rompió.

CAPÍTULO 6

LA mujer era una caja de sorpresas, su hogar no podía clasificarse dentro de lo corriente con todas aquellas espadas adornando un lateral del salón o las hadas y velas aromáticas dispersas por toda la casa, todo el conjunto resultaba de algún modo acogedor y emanaba la misma vulnerabilidad caótica que su dueña.

Después del inesperado derrumbe en el café la había traído directamente a casa, todavía hipaba y tenía los ojos enrojecidos cuando le dejó escabullirse en la seguridad de su dormitorio para finalmente oír el correr del agua, todo su cuerpo estaba en tensión por ella, estaba excitado y necesitado, una necesidad que rayaba lo absurdo y que sin embargo no hacía más que enviarle imágenes de ella desnuda en el baño, permitiendo que el agua se deslizase por su cuerpo, acariciando sus pechos, la redondeada tripita, descendiendo hacia la uve de sus muslos. Diablos, la deseaba, se encontraba deseando borrar la vulnerabilidad que había en sus ojos, aliviar cualquiera que fuese la carga que contaminaba su alma y el deseo iba más allá del simple contrato entre agente y cliente, quizás fuese el vínculo que se había creado con sus esponsales lo que le atraía hacia ella como una polilla a la luz.

Arion se encontró cruzando el salón dónde lo había dejado hacia el dormitorio, el sonido del agua se oía ahora con más claridad. Decorada en tonos arena y melocotón era una habitación femenina, con pocos muebles y una gastada alfombra cubriendo el suelo de parqué, la cama dominaba gran parte de la misma, el edredón de un tono ocre estaba arrugado y las prendas que Cassie había llevado anteriormente se encontraban esparcidas por toda la habitación como si un huracán se las hubiese arrancado del cuerpo lanzándolas en todas direcciones. Una sonrisa perezosa curvó sus labios mientras enganchaba con el dedo un bonito sujetador violeta con lazos verdes a juego con las braguitas olvidadas cerca de la puerta que presumía llevaba al baño. Debajo de toda aquella fachada de desinterés y anodina apariencia se escondía una mujer tierna, sensual, que necesitaba verse y sentirse bonita aunque fuese sólo para su propio conocimiento. Femenina y vulnerable...

—Demasiado vulnerable —musitó en voz alta clavando los ojos en la puerta cerrada.

Cassandra era toda una contradicción, mientras podía enfrentarse a ti con todo lo que tenía, interiormente tendía a retraerse, hacerse un ovillo ocultándose de aquello que pudiese herirla, no importaba lo que recibiera su exterior mientras su corazón se mantuviera a resguardo.

Aquella mujer vivía a medias y era algo que Arion no estaba dispuesto a permitirle.

El pomo de la puerta cedió suavemente bajo su mano, ella ni siquiera había cerrado por dentro, el vapor le golpeó en su prisa por salir del confinamiento del reducido baño donde de espaldas a él permitía que el agua masajeara su espalda. Era hermosa, de una forma apetitosa, con curvas llenas y un trasero que le hacía la boca agua por acariciar, el pelo se había dividido cayendo hacia delante dejando al descubierto la columna del cuello, tenía la frente apoyada en los azulejos de la ducha y a juzgar por la forma en la que temblaba, se dio cuenta que estaba llorando.

—Cassandra —murmuró su nombre.

Cassie se tensó al escuchar la voz masculina por encima del sonido de la ducha, al principio pensó que lo había imaginado pero su presencia era lo suficientemente poderosa como para que no pasara inadvertida.

Reaccionando por instinto se abrazó a sí misma, cubriéndose los senos, como si aquello sirviese de algo. A Arion siempre le había causado gracia que las mujeres recurrieran a cubrirse los pechos antes que ninguna otra cosa, daba igual que estuviesen completamente desnudas, el pudor siempre las llevaba a ocultar aquella zona.

—Vete —la oyó murmurar sin demasiado entusiasmo—, sólo márchate... déjame... sola.

Un resignado suspiro y entonces el cuerpo masculino la rodeaba, sus manos posándose sobre los azulejos mientras el agua empapaba su camisa.

—No voy a irme y tampoco voy a dejarte sola —le susurró al oído—, así que respira, Cassandra, respira profundamente y suelta el aire.

El aire volvió a entrar nuevamente en sus pulmones, no sabía que le ocurría pero cada vez que él estaba cerca parecía olvidarse de cómo respirar.

—Eso es —la premió con suavidad sin moverse un milímetro—, ahora vuélvete, estoy justo aquí.

Un ligero temblor le recorrió el cuerpo, al principio pareció vacilar pero finalmente se giró en el hueco dejado por los brazos, sus miembros escudaban todavía los senos mientras su mirada se mantenía a la altura de su pecho.

Él estaba totalmente vestido y cada vez más mojado, la camisa blanca se pegaba a su pecho revelando cada uno de los poderosos músculos y abdominales, el pantalón vaquero poco a poco se iba oscureciendo al empaparse pero ni siquiera aquello hacía menos evidente la excitación masculina que empujaba contra la tela.

—Es... ¿es una moda nueva en tu país el ducharse vestido?

Arion estiró ligeramente la comisura de los labios en una irónica sonrisa antes de llevar una mano a la barbilla femenina y tomándola del mentón la obligó a encontrar su mirada.

—No, aunque podría patentarla, resulta realmente erótico ducharse vestido cuando tu pareja está desnuda —aseguró con voz sexy y profunda, sus ojos azules no se apartaron ni un instante de los suyos, permitiéndole unos momentos de relativa seguridad—. Respira, Cassandra, no te olvides de respirar o tendremos problemas.

Ella aspiró con fuerza llegando casi a atragantarse, el movimiento la lanzó directamente bajo el chorro de agua de la ducha haciéndola escupir agua y tener que utilizar sus manos para apartarse el pelo, cuando por fin pudo ver algo a través de las gotas de agua que perlaban su visión, se encontró con la mirada sensual y cada vez más oscura de su marido recorriendo su cuerpo. Él mantenía una mano contra la pared de azulejos soportando su peso mientras la mano que le había aferrado el rostro, ahora volaba por encima de sus pechos, sus dedos encontrándose momentáneamente con su pezón izquierdo en una electrificante caricia. Cassie se apretó contra la pared como si de ese modo pudiese evitar el cálido y agradable contacto de los dedos sobre la piel.

Arion alzó la mirada al rostro femenino el cual estaba incluso más sonrojado que antes, los ojos color avellana de su compañera abiertos y teñidos por el incipiente deseo, ella no era inmune a sus caricias aunque a juzgar por sus respuestas sí bastante vergonzosa, pero aquello tenía sentido, él había sido el único que le había arrebatado la virginidad, el único hombre con el que había compartido esta clase de intimidad, un episodio que todavía permanecía vago en sus recuerdos.

Deslizando la mano sobre su piel sin tocarla ascendió hasta el rostro, permitiendo que el dedo índice le acariciara la nariz, la cual arrugó al instante.

—¿Muy rápido para ti?

Cassie no dudó en asentir con la cabeza, haciéndolo sonreír.

—Bien —le respondió inclinándose sobre ella. El chorro de la ducha caía directamente sobre él empapándole, el agua chorreaba por su rostro sin que eso le molestara, los labios se encontraban ya a un susurro de los suyos—, no quiero que tengas tiempo para pensar, sólo que sientas.

Sin dejarle responder bajó su boca sobre la de ella succionando sus labios, lamiéndoselos como si se tratase de un dulce postre antes de introducirle la lengua en la boca y saborearla, probando su calidez e inocencia. Demonios, ella sí era inocente, una neófita en esta clase de juegos.

—Devuélveme el beso, Cassandra —le susurró rompiendo unos segundos el contacto—, enlaza tu lengua con la mía.

Arion tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no apretarla contra sí, resbalar las manos por todo su cuerpo, acariciarle las nalgas y aferrarla contra él cuando sintió la suave vacilación de la lengua femenina acariciando la suya, su ingenuidad era como un afrodisíaco y creaba una potente calidez y necesidad de cuidarla en su interior. Esta mujer era suya, no hacía falta un papel que lo indicase, ni un anillo, la había hecho suya a la manera de su gente, era su compañera, su esposa, la única en su vida, la única de la que no podía permitir enamorarse.

Rompiendo el contacto del beso deslizó la boca por el esbelto cuello femenino recogiendo las gotas de humedad que perlaban su piel, sus manos eligieron su propio camino deslizándose por los brazos, moldeando el contorno de los pechos con suavidad y oyendo sus delicados gemidos por encima del correr del agua mientras la lamía a su antojo. Beso a beso, lametón a lametón se recreó en el cuerpo femenino hasta alcanzar sus senos, sus ojos se alzaron para encontrarla con la cabeza pegada a la pared, los labios entreabiertos y los ojos cerrados. Sonriendo para sí acarició los endurecidos pezones con los pulgares provocándole un estremecimiento, sólo entonces la vio morderse el labio inferior mientras sus brazos descansaban a los costados, las manos cerradas en apretados puños como si no supiera qué hacer con ellas.

Arion sopló suavemente sobre la tierna y sonrosada carne de uno de sus pezones, su lengua fue la siguiente en entrar en contacto con el dulce sabor viéndose recompensado por un nuevo gemido femenino que lo alentó a continuar con su exploración. Chupando suavemente de uno de los pezones mientras jugueteaba con el otro continuó con su viaje. El pantalón se le pegaba a las piernas restándole movimiento, estaba tan mojado como toda su ropa pero aquello no quitaba atractivo al delicioso banquete del que estaba disfrutando.

Con la mano libre deslizándose por el cuerpo femenino le acarició la cadera y el muslo mientras seguía cuidando de sus sensibilizados pechos. Cassie se revolvía en sus brazos, arqueando el cuerpo para salirle al paso, toda ella era sensualidad y pasión que empezaba a despertar, una criatura hecha para el placer y el sexo. Abandonó su atención sobre el pezón y se la prestó al otro, su mano bajaba ahora acariciándole la parte interna del muslo, aventurándose lentamente en vanidosos intentos hasta la unión de sus piernas dónde se encontró con el diminuto triángulo de vello que lo endureció todavía más.

Él la sintió tensarse cuando sus dedos acariciaron la húmeda carne entre sus piernas toqueteando delicadamente los regordetes labios que escondían el centro femenino. Consciente de su inexperiencia y de la laguna de recuerdos que podrían haberla tranquilizado, se tomó su tiempo y se dedicó a lamerle los pechos, succionando con glotonería sus pezones alternando sus caricias con sensuales pellizcos hasta que sus gemidos se intensificaron y el cuerpo femenino respondió a sus demandas.

Sus dedos entraron entonces en acción, acariciándola íntimamente, resbalando la punta a lo largo de la cálida y húmeda carne hasta encontrar la perla que allí se escondía.

—No... es... espera...

El débil jadeo y el nerviosismo que sentía recorriendo el cuerpo femenino le hicieron alzar la mirada de entre sus pechos, los ojos de Cassie brillaban de deseo pero también había cierta incertidumbre en ellos, sus labios estaban hinchados por su previo beso, rojos y apetecibles, tanto que no pudo resistirse un momento más a ellos y volvió a besarla.

Arion tomó su boca en el mismo momento en que sus dedos se abrían paso entre los pliegues femeninos hundiendo uno de ellos en su apretado canal, un suave gemido escapó de ella siendo tragado por la boca de él, sus lenguas se encontraban y luchaban como si no pudieran saciarse una de la otra, al principio con timidez para ir ganando finalmente confianza, sentirla alrededor de su dedo, húmeda, apretada y caliente lo estaba volviendo loco, su polla empujaba contra los confines del pantalón demandando atención.

Ella gimoteó bajo sus labios sus manos habían dejado su inmovilidad y ahora se curvaban alrededor de sus hombros como si necesitase de su cuerpo para mantenerse en pie mientras la follaba con el dedo.

Rompiendo el contacto con su boca se dedicó a contemplarla mientras le daba placer, maravillándose

con la inocente y desinhibida respuesta muy distinta a la de todas aquellas mujeres experimentadas que había conocido a lo largo de su vida. Sus labios entreabiertos e hinchados dejaban escapar pequeños gemidos de placer apenas ahogados por la intensidad del agua de la ducha que los mojaba a ambos, ella era pasión en estado puro pero no sabía todavía cómo manejarla por completo. Deslizándose la mano a lo largo de las costillas le acarició la cadera y deslizándose a su espalda, magreándole los glúteos antes de seguir descendiendo y obligarla a apoyar su peso de espaldas a la pared de azulejo mientras le alzaba la pierna a la altura de su cadera dejándola abierta por completo a su exploración.

—Arion —gimió ella diciendo su nombre una vez más en el calor de la ducha. Nada de tío, lunático o demonio, sólo Arion.

—Sí, pequeña, déjate hacer, siente como reacciona tu cuerpo a mis caricias, entrégate a mi cuidado, Cassandra —ronroneó imprimiendo en su voz parte de su poder—, ven a mi encuentro.

Ella sacudió la cabeza contra la pared moviéndola de lado a lado mientras todo su cuerpo vibraba por el deseo que se construía en su interior, haciéndola arder más y más de una manera en que jamás había creído posible. Aquella sensación era excitante a la par que aterradora y a pesar de todo, de alguna manera sabía que aquel hombre cuidaría de ella tal y como había prometido.

Arion la sintió relajarse contra su cuerpo, una sutil rendición que le daba el poder que necesitaba sobre ella.

—Se siente bien, ¿no es así?

Ella gimió un agónico sí.

—Imagina entonces lo que sería tener mi boca entre tus piernas, lamer cada gota de tus jugos, hundir mi lengua en tu hendidura hasta que todo lo que puedas hacer es gritar de placer —continuó Arion, su voz modulada con su poder era como un suave afrodisíaco—, y cuando estuvieses lo suficientemente mojada y preparada, llenarte con mi polla hasta que ningún pensamiento coherente quede en esa cabecita y todo lo que puedas hacer es sentir.

Un nuevo gemido femenino llenó el aire y sintió como su cuerpo empezaba a tensarse al acercarse cada vez más al orgasmo.

—Sí, deseo enterrar la boca entre tus piernas, lamerte hasta que supliques —insistió con una suave sonrisa mientras aumentaba el ritmo de su dedo—, ¿vas a permitir que lo haga Cassandra? ¿Dejarás que te folle con la boca?

Ella sólo gimió.

Sonriendo, se apretó más contra ella, su aliento ahora acariciando sus labios.

—Respóndeme, Cassandra, ¿dejarás que te tome con la boca? —insistió con total premeditación—, ¿permitirás que acaricie tu cuerpo entre las sábanas y reviva los recuerdos que se han desvanecido de tu mente? ¿Dime, Cassandra, me entregarás tu voluntad desde ahora hasta la primera luz del amanecer?

Ella se tensó alrededor de su dedo, sus manos aferrándose con fuerza a sus hombros cuando su mundo amenazó con explotar a su alrededor, pero Arion no estaba dispuesto a dejarle alcanzar la liberación sin tener antes su palabra.

—Respóndeme, pequeña, o no podrás correrte.

—Sí —gimió ella enterrando la cara ahora en el hueco de su cuello.

—Dilo, Cassandra, necesito oír tus palabras, ¿tu voluntad?

—Es... es tuya... es tuya —gimió en deliciosa agonía.

Sonriendo con satisfacción al sentir como El Pacto se asentaba entre ellos, Arion empujó nuevamente su dedo en el lubricado canal permitiéndole la liberación definitiva.

—Ahora, Cass, podremos continuar con nuestra luna de miel.

Sus palabras desencadenaron entonces la liberación del desesperado orgasmo que se había ido construyendo en el cuerpo femenino haciéndola gritar su nombre entre espasmos de placer.

CAPÍTULO 7

ARION alcanzó la llave del agua detrás de ella para cerrarla mientras la retenía en su abrazo, su cuerpo flexible y femenino se pegaba al suyo con deliciosa languidez, sus ojos brillaban con los rescoldos del primer orgasmo de la noche, uno que lo había dejado más duro de lo que había estado en toda su vida. Suavemente, rastrilló los dedos por el húmedo pelo femenino apartándoselo de la cara, ella tenía las mejillas sonrosadas y los labios deliciosamente hinchados, una apariencia sumamente sensual y femenina.

Recostándola contra la pared, deslizó los brazos por los suyos y se inclinó hacia fuera de la ducha llevando consigo un reguero de agua cuando alcanzó la amplia toalla de algodón blanco y la envolvió con ella, secándole el rostro y el pelo con una esquina de la toalla mientras Cassie se afanaba en ocultar su desnudo cuerpo con el resto de la tela.

—No tengas tanta prisa, *pouli* —ronroneó atrayéndola a su mojado abrazo—, no he hecho más que empezar contigo, tengo intención de pasar en tu cama toda la noche y follarte hasta que ya no puedas caminar.

—¿No es eso lo que acabas de hacer? —murmuró ella, su rostro adquiriendo un tono más intenso al oír aquella respuesta en su propia voz—. Yo, quiero decir...

—No, pajarillo, esto sólo han sido los preliminares.

Con una perezosa sonrisa bajó la mirada sobre su cuerpo y finalmente la apartó de sí mismo, conduciéndola fuera de la ducha, su largo pelo cayéndole por la espalda en húmedos mechones.

—En un momento, *gynaika*, empezaremos a hacer cada una de tus fantasías la más caliente y tórrida realidad —le prometió deslizándole la mano por las curvas cubiertas por la toalla—. Espérame en el dormitorio, *pouli*, si no dejas todo esto aquí, lo convertiremos en una piscina cubierta.

Arion no llegó a terminar de sacarse la camisa chorreando en agua y bajar la cremallera de sus empapados pantalones vaqueros cuando ella ya había atravesado corriendo el baño, resbalando en la puerta, librándose de una buena caída por los pelos.

Sacudiendo la cabeza sonrió para sí, aquella noche iba a ser muy interesante sin duda.

Se desnudó por completo y se metió en la ducha, abrió el agua y permitió que bañara su cuerpo, su erección se alzaba orgullosa contra su estómago, dura y palpitante, una perla de líquido pre seminal coronando ya la punta. Tenía las pelotas apretadas, si deslizaba un dedo por la turgente carne todo su cuerpo reaccionaba en respuesta, estaba malditamente excitado, tanto que no podía esperar a sentir las manos de aquella pequeña hembra sobre sí, o mejor aún, su boca.

—Pronto —prometió bajando la mirada a su orgullosa polla—, pero tenemos que ir despacio, puede ser fuego en estado puro, pero todavía no sabe como dominarlo.

Sonriendo para sí se duchó rápidamente, secándose y rodeando sus estrechas caderas con una breve toalla, había que darle algún tipo de ventaja a la pobre muchacha, de otro modo quizás se quedara impactada.

—Menos mal que mi ego no se ha resentido —se rió de sí mismo al tiempo que atravesaba el cuarto de baño y empujaba la puerta cerrada que lo separaba del dormitorio principal.

Un extraño sonido venía del otro lado de la puerta, al abrirla descubrió que se trataba de un secador, Cassandra estaba inclinada con la cabeza hacia abajo, dejando ver un más que adorable trasero mientras se secaba el pelo.

Arion tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no caminar hacia ella, quitarle el maldito aparato de las manos y empujarla en la posición en la que estaba hacia delante, para que pudiera sujetarse del borde

de la ventana mientras la tomaba desde atrás. Tragando una profunda bocanada de aire esperó a que la muchacha terminase con su tarea, el admirar aquellas largas piernas y pensar en lo bien que encajarían alrededor de su cintura lo habría puesto instantáneamente duro de no ser porque ya lo estaba, la tienda de campaña en su entrepierna así lo demostraba. Demonios, la deseaba, estaba ardiendo por aquella maldita hembra humana como nunca antes le había ocurrido con nadie, tenía que tratarse del vínculo del Pacto, no había otra explicación.

—Una vista más que apetecible la que tengo desde aquí —comentó cuando el sonido del aparato cesó.

Cassie se levantó de golpe, el secador escapándosele de las manos al igual que la toalla mientras su pelo se abría cual alborotado abanico a su alrededor. A duras penas consiguió sujetar la toalla y el secador al borde de sus pechos.

—No me molesta especialmente el pelo mojado, Cassandra.

Ella se lamió los labios, luchando por decir algo mientras hacía malabares para no soltar el secador y dejar ir la toalla, el baile improvisado que estaba llevando a cabo habría resultado divertido de no ser por la casi desnudez total de la mujer.

—A mí sí —se las arregló para responder—. No me gusta acostarme con el pelo húmedo.

—A mí me encantará que te acuestes húmeda —aseguró con total intención consiguiendo finalmente que el secador acabase golpeándose contra el suelo—. Deja eso, *gynaika* y ven aquí.

—Empiezo a tener dudas de que esto... sea buena...idea.

Arion sonrió de medio lado y decidió acortar el mismo la distancia entre ellos.

—A mí sin embargo, me parece la mejor de las ideas —aseguró caminando directamente hacia ella mientras observaba como sus ojos se ampliaban y sus labios dejaban escapar un débil jadeo, era algo hermoso de contemplar—. Ven aquí, Cassandra.

La vio morderse suavemente el labio inferior antes se aferrar con fuerza la toalla, cubriéndose lo mejor que podía al tiempo que devolvía el secador al mueble y caminaba hacia él, su mirada estaba posada en algún lugar entre su mandíbula y pecho, era incapaz de encontrar sus ojos.

Arion la cogió suavemente por la barbilla, elevándosela para poder ver aquellos brillantes ojos marrones.

—¿Me tienes miedo? —la pregunta salió con la misma sorpresa que exhibía él al leer la verdad en sus ojos—. Cassandra, no voy a hacerte daño.

Ella se movió inquieta bajo su escrutinio.

—Es sólo... vas muy rápido —susurró, su mirada luchando para centrarse en la masculina—. Y yo... bueno... ya lo sabes, mi experiencia es... limitada.

“¿Y si no estoy a la altura? ¿Y si se decepciona? Él no es un aficionado... lo que hizo en el baño. Diablos, ¿por qué no recuerdo nada de aquella noche?”

Las inseguridades de su compañera atravesaron sus defensas, su poder se había extendido sin previo aviso cómo hacía cada vez que estaba sujeto por el Pacto, sus pensamientos eran la verdad que anidaba en el corazón femenino.

Conmovido por su sinceridad e inseguridad, Arion le acarició el rostro suavemente, observándola mientras cerraba los ojos saboreando sus caricias, su cuerpo sin embargo permanecía rígido y de algún modo podía sentirla temblar interiormente. Sus dedos descendieron por la piel de su cuello jugando con los planos de su mandíbula y hombros antes de encontrarse con el pedazo de tela estorbando en su camino.

—Deja caer la toalla —murmuró con voz ronca y sensual.

Cassie parpadeó al escuchar su inesperada orden, las manos que se cerraban sobre la tela se ciñeron aún más.

—Deja caer la toalla, Cassandra, muéstrame qué tienes para mí —insistió manteniendo un tono de voz suave, incitante—, arriésgate, es la única forma que tienes de ganar.

Ella lo miró sorprendida ante su última frase, entonces, respiró profundamente, todo su cuerpo temblando de anticipación, deseando responder a la inquisitiva orden y pararse ante aquel hombre como era en realidad, sin más capas de ropa que su propia piel, un pensamiento irracional cuando apenas unas horas antes todo lo que deseaba era huir de él, ¿acaso era esto a lo que refería esa parte del contrato en la que hablaba del Pacto?

—¿Por qué yo? —se encontró preguntándole, sus manos aferradas a la toalla—, ¿por qué ahora? ¿Esto... esto es real... o... o es por... por esa... clausula? ¿Y cómo diablos puede funcionar? No es posible que...

La mano masculina ascendió hasta su mejilla, acariciándosela con el dorso de los dedos dejando calidez a su paso.

—Mira dentro de ti, *pouli*, ¿qué es lo que ves? ¿Qué es lo que deseas? —le respondió frotando sus dedos contra la mejilla femenina—. El Pacto no te obligará a nada que no desees hacer, sólo hace visible lo que realmente deseas y tu palabra me permitirá hacerlo realidad. Deja caer la toalla, Cass, permítete sentir, date el lujo de vivir de nuevo.

La toalla resbaló entonces por su cuerpo hasta formar un pequeño charco blanco a sus pies, las mejillas se le encendieron aún más, pero ella le sostuvo la mirada con valentía. Arion se permitió entonces bajar la mirada sobre el ruboroso cuerpo femenino, su piel se sonrojó bajo su escrutinio realzando las deliciosas pecas que salpicaban sus hombros y el valle de sus pechos, sus curvas eran las de una mujer lozana y saludable, llenas y redondeadas, unas tenues marcas en forma de líneas acariciaban sus caderas allí donde la piel se había estirado pero no restaban en absoluto belleza a su curvilíneo cuerpo. Una suave redondez acariciaba su barriguita y un pequeño triángulo de vello oscuro marcaba su pubis, notó el escalofrío sacudiendo su cuerpo, sus rollizos muslos apretándose uno contra otro mientras se movía inquieta ante su mirada.

—Por lo más sagrado, eres hermosa, Cassandra, realmente hermosa —murmuró sobrecogido por la perfección natural de aquella mujer. Sus curvas no eran las de un modelo de delgadez, pero no le restaban en absoluto belleza, al contrario la hacían perfecta.

Su mirada ascendió haciendo el mismo recorrido a la inversa hasta detenerse nuevamente sobre los ojos castaños más brillantes que había encontrado en una mujer humana, una mirada hechicera e ingenua que guardaba los más deliciosos placeres y lo miraba con inseguridad.

—Mañana dejaré que seas tú la que lleve las riendas, pero ahora, *pouli*, ahora sólo responderás a mis llamados, a mi voz —murmuró imprimiendo todo su poder en cada una de las palabras que abandonaban sus labios—, te correrás cuando yo diga que puedes correrte, arderás con cada una de mis caricias y sólo con mis caricias y abandonarás todo aquello que aprisiona tu alma. Antes de que llegue el amanecer, estarás suplicando y rogando por más.

Ella se lamió los labios, sobrecogida por sus palabras y la intensidad de ellas.

—¿Si...siempre eres tan... um... intenso?

Arion sonrió ampliamente.

—Todavía no sabes lo que es intensidad, Cassandra —le aseguró bajando su boca sobre la de ella—, pero vas a saberlo muy pronto.

Sus labios capturaron los de ella en un beso destinado a no hacer prisioneros, deseaba su rendición y la deseaba ya, la quería pegada a su cuerpo, piel con piel, deseaba su aroma sobre sí mismo, su sabor llenándole la boca, la necesidad de poseerla iba más allá de cualquier razonamiento, recordándole que ella era algo más que una cliente, era *su gynaiika*, su esposa, la única mujer que podría hacer trizas su alma si se lo permitía.

“*Sexo, es sólo sexo.*” Se recordó, era su obligación, una cliente más necesitada de los servicios de la agencia y era su deber cumplir con el contrato y llevarse con él todo aquello que la mantenía atada y evitaba que fuese la mujer que estaba destinada a ser.

Rompiendo el beso la empujó todo el camino hasta la cama, haciéndola perder el equilibrio hasta caer sobre ésta con los pechos bamboleándose por el movimiento y los muslos entreabiertos mostrando la cálida y rosada carne que lo atraía como un imán.

—¿Te han besado alguna vez ahí abajo, Cassandra?

Ella jadeó y apretó las piernas en respuesta, su rostro adquirió un nuevo tono rojizo.

—Psh, psh, psh —chasqueó la lengua—. Tomaré eso como un no.

Cassie no podía respirar cuando lo vio cernirse sobre ella, una montaña de hombre delicioso y aterradoramente sensual hundiéndose a los pies de la cama rodeando sus tobillos con ambas manos para luego tirar de ellos obligándola a separar los muslos. La excitación batallaba con la inocencia y el temor a lo desconocido haciéndola patalear y luchar hasta que él la aferró por las caderas y atrajo su cuerpo con un seco movimiento dejándola al borde del colchón con los muslos abiertos y su sexo expuesto a su hambrienta mirada. Los dedos masculinos acariciaban la piel creando una suave y cálida corriente, el corazón le latía a mil por hora y la vergüenza bañaba su cuerpo en un tono rosado.

Cassie se cubrió el rostro con las manos.

—Si te cubres la cara, te perderás lo mejor, *pouli* —le oyó ronronear, la risa presente en su voz.

—Me estoy muriendo de vergüenza, así que ten un poquito de compasión —gimió ella sin apartar las manos de su rostro.

—¿Compasión? ¿Qué es eso? —se burló al tiempo que deslizaba sus manos hacia el interior de sus muslos, siguiendo el camino con la boca, besándola y mordisqueándola—. Abre los ojos, Cassandra, deseo que tu mirada esté en mí mientras te pruebo.

—¿Es imprescindible? —Cassie gimoteó interiormente, ¿qué clase de loca conversación estaban teniendo?

—Sería más divertido —murmuró soplando su rosada carne—, mucho más divertido, para los dos.

Cassie abrió la boca para decirle a ese maldito hombre lo que podía hacer con su diversión, pero todo lo que salió de su garganta fue un ahogado gemido cuando sintió el primer lametón.

—Eso sólo ha sido una advertencia —aseguró Arion lamiéndose los labios, saboreándola.

—Maldito hijo de... —empezó a sisear ella pero nuevamente perdió el hilo de sus pensamientos cuando la lengua masculina volvió a lamerla—, ¡Arion!

—Sigue así, cariño, te tendré gritando mi nombre toda la noche.

—¡Y una mierda!

Sonriendo complacido consigo mismo por haberla hecho reaccionar, Arion se sumergió entre sus piernas dispuesto a darse un banquete con la miel que ya resbalaba de los pliegues femeninos, ella se excitaba rápidamente bajo sus caricias, gimiendo en voz alta con absoluto abandono, sin importarle que alguien pudiese oírla gritar toda clase de improperios mientras la complacía con la lengua. Y qué bien sabía, por todas las criaturas del infierno, ¡qué bien sabía! Era miel y pecado unidos, inocencia y sensualidad una combinación embriagadora.

Deslizando las manos por debajo de los muslos la alzó hacia él, sus piernas colgaron por encima de sus hombros mientras enterraba la cara entre sus piernas y la lamía y succionaba a conciencia, hundiendo su lengua en su apretado sexo, recogiendo la miel que manaba con cada nueva lamida, bebiendo de ella como un hombre sediento.

Cassie no podía respirar, sus manos habían abandonado su posición para aferrarse con fuerza a las sábanas de la cama, la sangre parecía haberse convertido en lava en el interior de sus venas y no podía evitar alzar las caderas para sentirle más cerca, más profundamente, deseando más y más de lo que le estaba dando.

No gritaría su nombre, ¡no lo haría!, no permitiría que un hombre tuviese ese poder sobre ella, ni siquiera alguien tan malditamente sexual como el que se estaba dando un banquete entre sus piernas. La curiosidad empezaba a picarle la piel y batallaba con fuerza con la vergüenza, pero al final salió

vencedora y no pudo evitar que echara un fugaz vistazo hacia abajo, encontrándose con la imagen más erótica que había visto en su vida.

Arion sintió su mirada como una corriente eléctrica sobre él, sabía que lo estaba mirando, que la curiosidad había superado su vergüenza y había sucumbido a la sensualidad del acto, lamiéndola ahora con más suavidad, se permitió alzar la mirada por encima de ella, sólo lo justo para encontrarse con los ojos femeninos y sonreír antes de lamerla de nuevo de manera que sus miradas todavía se sostuviesen. El hambre que vio en los ojos femeninos añadió combustible a su propia hambre, su sexo reaccionó en respuesta hinchándose aún más, latiendo ante las silenciosas demandas femeninas.

Demonios, cómo deseaba enterrarse entre sus piernas y cabalgarla hasta que pidiera clemencia, hasta que gritara su nombre mientras se corría.

El deseo lo fustigó conduciéndolo de nuevo entre sus piernas con renovado interés, llevándola al orgasmo que ya empezaba a remontar sobre ella amenazando con barrerlo todo.

—Oh, mierda... —gimió apretando con fuerza los dientes, ese hombre no iba a hacer que dijese su nombre. No le daría ese maldito placer, pero era tan difícil contenerse, su lengua era una maravilla y sabía cómo utilizarla, de eso jamás volvería a caberle duda alguna.

—¿Deseas correrte, Cassandra? —le oyó murmurar entre sus piernas—. ¿Ya estás a punto, tesoro? —Ya... cá... cállate —gimoteó ella girando medio cuerpo sobre la cama, intentando ocultar el rostro contra el colchón, pero su agarre sobre ella apenas se lo permitía—. ¡Oh, señor!

—Di mi nombre bonita, quiero oír como gritas mi nombre mientras te corres.

Ella no respondió pero sacudió la cabeza contra el colchón.

Arion sonrió para sí y decidió que ya era el momento, él no duraría mucho más en aquel estado, quería entrar en ella y cabalgarla, lo deseaba con ferocidad.

—Di mi nombre y córrete para mí, Cassandra —ronroneó extendiendo su poder, dejándolo manar de él para entrar en ella—, déjate ir cariño, lo necesitas, no te reprimas más y ven a mí, dame todo lo que tengas, córrete para mí.

Ella lo hizo, con un suave gemido se corrió en su boca murmurando su nombre entre silenciosos lloriqueos mientras él intensificaba su orgasmo lamiéndola hasta que todo su cuerpo dejó de estremecerse.

—Te dije que acabarías gritando mi nombre.

A Cassie le hubiese gustado fulminarlo con la mirada o decirle que se fuera al infierno al escuchar el tono de satisfacción puramente masculina que oyó en su voz, pero todo pensamiento racional voló con la caricia de su mano haciendo círculos sobre su tripa, ascendiendo hacia sus pechos, la cama se hundió un poco más cuando él apoyó su peso en ella, un movimiento que la hizo bajar la mirada y contener el aliento.

Él estaba malditamente bien dotado y completamente excitado a juzgar por la orgullosa erección que nacía entre los rizados dorados de sus piernas.

—¿Te gusta lo que ves, *pouli*?

Sus ojos se encontraron entonces, Arion sonreía divertido mientras gateaba entre sus piernas, cerniéndose sobre ella, sus músculos se estiraban y contraían con cada movimiento, cubriéndola con su cuerpo pero sin llegar a tocarla, no todavía. Hundiendo las manos en el colchón a ambos lados de la cabeza femenina, se inclinó sobre ella.

—¿No habíamos hablado ya sobre lo de respirar, Cassandra? —sugirió con cierta diversión—. Dejar de hacerlo no te hará ningún bien, sólo debes tomar aire y dejarlo escapar.

Cassandra dejó escapar el aire que había estado conteniendo, era incapaz de apartar su mirada de la de él, incapaz de entender por qué un hombre como él seguía junto a ella a pesar de que su boda no había sido más que el efecto secundario a una borrachera épica.

—¿Por qué? —se encontró preguntándole.

Arion arqueó una rubia ceja en respuesta.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué te casaste conmigo? —ella sacudió la cabeza—. No, eso no, es obvio que ambos estábamos como para estallar en llamas con el alcohol que llevábamos encima, pero, ¿por qué yo? Tú no pareces el tipo de hombre que rondaría a alguien como yo, ni siquiera me mirarías si te pidiese la hora, estoy segura y no sólo sigues aquí, si no que seguimos casados y... y yo ni siquiera me acuerdo de nada.

Arion se tomó su tiempo en contemplarla, aquella sin duda era una pregunta que se había hecho él mismo desde el momento en que se despertó en aquella cama, con la prueba de la virginidad de aquella hembra en su polla. La había jodido, en el peor sentido de la palabra, su matrimonio no era sólo un papel firmado en las Vegas, iba mucho más allá, y por si eso fuese poco, también estaba el contrato que lo vinculaba a Cassandra durante los próximos siete días.

Y ella ni siquiera recordaba haberse casado, o haberse ido a la cama con él.

Ahora mismo estaba conteniendo nuevamente el aliento, a esta mujer se le estaba dando de miedo contener la respiración.

—Cassandra, respira —le dijo deslizando su mano entre los pechos femeninos haciéndola dar un respingo—, se supone que eso es algo que hacemos sin que tengan que recordárnoslo a cada minuto, llevas toda una vida haciéndolo, no lo dejes ahora.

Cassie lo miró a los ojos, estos se humedecieron mientras se mordía el labio inferior.

—Yo... yo no puedo recordarlo... y... y fue... tú fuiste... —una solitaria lágrima se deslizó por la comisura del ojo cayendo en la cama.

“No es justo, no puedo recordar nada de esa noche”.

Arion sintió el dolor en la verdad que encerraban sus palabras, aquellas que no había sido capaz de pronunciar en voz alta.

—El primero para ti —respondió sin más ambages—. No hay nada malo en ti, Cassandra, eres cómo eres, inocente y cálida, la experiencia no siempre es lo que busca un hombre, a algunos les gusta tener la oportunidad de descubrir como excitar a su pareja, qué la llevará al límite, qué la hará gritar y ciertamente, querida, a mí me va a encantar descubrir que es lo que te hará gritar de placer.

Descendiendo lentamente sobre ella, permitiendo que su cuerpo la cubriera, que la piel entrase en contacto con la piel, su erección acariciándole el estómago le lamió los labios invitándola a abrir la boca.

—Entrégate a mí, pequeña *pouli*, esta noche voy a hacer que alcances el cielo, una y otra vez.

Ella se lamió los labios, sus mejillas aumentando en rubor.

—Sólo procura hacerlo despacio... por favor.

Arion le mordisqueó el labio inferior.

—Desearás cada una de las cosas que haga a tu cuerpo, Cassandra, haz el temor a un lado, no hay lugar para él en esta cama —le susurró acariciándole ahora el rostro al tiempo que frotaba su erección contra su suave vientre—, sólo para mí.

Sin dejarle más tiempo para pensar, Arion devoró su boca mientras sus manos exploraban el cuerpo femenino, acariciándola, enardeciéndola una vez más, deseaba tomarla, ahondar profundamente en su alma y borrar toda la oscuridad que la mantenía prisionera y cumplir cada uno de los deseos de Cassandra.

Ella deseaba ser amada, atesorada y follada hasta que no pudiera ni caminar y bien, él era endiabladamente bueno en lo último.

Cassie gimió cuando sintió su erección contra ella, aquel duro miembro la hacía estremecerse de anticipación y en cierto modo también de temor, si bien no era cómo si todavía fuese virgen, en cierto modo si lo era y el sólo pensamiento de él entrando en ella la derretía y enloquecía al mismo tiempo, ¿por qué no podía recordar su maldita primera vez?

Los pensamientos y las preguntas volaron de su mente cuando la ardiente boca masculina alcanzó uno de sus endurecidos pezones, con cada nuevo lametón y succión se mojaba aún más, estaba absolutamente caliente por ese hombre, su marido. Uno que había obtenido en las Vegas como si se tratase del premio de algún Casino... ¡Y pensar que habían ido a celebrar la despedida de soltera de su mejor amiga!

Cassie arqueó la espalda acercándose más a él, ofreciéndose como jamás había pensado hacerlo con nadie, había algo en Arion Catrides que la había hecho meterse en su cama la primera vez y aceptar toda esa locura desde el momento en que se vieron de nuevo en el aeropuerto.

Un suave gemido escapó de su garganta cuando lo sintió succionar como si quisiera tragársela, una de sus manos había incursionado más allá de su estómago, hundiéndose entre sus cuerpos para volver a acariciarla trayendo consigo un hambre voraz por ser llenada.

—Estás mojada y caliente, tesoro —murmuró él dejando escapar con una ahogada succión el pezón de su boca mientras movía los dedos entre sus pliegues y la penetraba con un dedo—, ¿estás llorando por mí aquí abajo, Cassandra?

—No... no lo sé —gimió apretándose contra él, sus manos aferrándose a los fuertes brazos masculinos.

—Sí lo sabes, Cassandra...

—Es... Ca... Cassie... na... nadie me llama... Cassan... dra.

Arion le mordisqueó el pecho antes de responder.

—Más razón para que lo haga yo —le aseguró uniendo un segundo dedo al primero, estirándola, preparándola para él—. Estás malditamente caliente, cariño...

—A... acaba... de... de una... maldita vez —siseó ella con un ahogado gimoteo.

Él siguió penetrándola con los dedos, acariciándola y excitándola, susurrándole al oído todo lo que deseaba hacerle, viéndola sonrojarse cuando las comprendía, excitándose incluso más al escuchar sus suaves e invitantes gemidos, su polla estaba a punto de estallar, no podía esperar más para poseerla.

—Querrás decir... empieza de una maldita vez —le aseguró incorporándose sobre ella, su boca acariciándole la oreja con el aliento—, que empiece a hacerme sitio entre tus piernas de este modo —con sus palabras iba ilustrando cada uno de sus movimientos—, que conduzca mi polla a la entrada de tu sexo tal que así —ayudándose de la mano le acarició los húmedos pliegues con su dura erección—, y te tome todo el camino... así...

Arion la oyó contener el aliento cuando empezó a penetrarla y sonrió, ella estaba perfectamente lubricada, estrecha, pero caliente y excitada, poco a poco fue introduciéndose en ella, sus paredes vaginales se cerraban sobre su erección como un guante acogiéndolo en su interior, estirándose para acomodarse a su grosor y entonces la escuchó soltar el aire, sus uñas clavándosele en la espalda una vez estuvo completamente en su interior.

—Shh —empezó a acariciarla suavemente, los pechos, el abdomen, introduciéndose entre sus cuerpos y alcanzando el punto de excitación femenina que la haría relajarse y empezar a disfrutar—, rodéame con tus piernas, Cassandra, ven a mi encuentro.

Tímidamente hizo lo que le pidió y con aquella posición su penetración se profundizó un poco más. Dioses, daría cualquier cosa por empezar a moverse, ella se sentía tan caliente y perfecta a su alrededor.

—Esto... esto es... agradable... pero... quiero... más —la oyó susurrar con timidez—. Mu... muévete, por favor... hazlo...

—Vas a ser mi condena, esposa —se rió Arion mientras emprendía la retirada sólo para volver a embestirla nuevamente, suave al principio, permitiéndole encontrar el ritmo y acompañarlo, hasta que

finalmente la lujuria y la pasión se impusieron y todo lo que pudo hacer fue poseerla.

Cassie no podía hablar, no podía formar un pensamiento coherente, todo lo que podía hacer era sentir y dejarse llevar por el tórrido calor del acto sexual, sentirle tan profundamente dentro de ella era algo para lo que no estaba preparada, en realidad, nada habría podido prepararla para tal intensidad. Después de unos primeros torpes movimientos había encontrado el ritmo que él marcaba y lo había imitado, alzando las caderas para recibirlo cuando la embestía y retirándose cuando él se retiraba. El mundo había dejado de existir para ella, todo aquello que la había preocupado, sus reticencias, los problemas, parecían ahora lejanos, no quería pensar, no podría hacerlo aunque quisiera, lo único que deseaba ahora era a Arion y que la presión que se estaba construyendo en su interior se hiciera pedazos.

—A... Arion... necesito... yo...

Él la besó en respuesta, enlazando la lengua en la suya, dándole a probar una vez más su propio sabor, sus embestidas se hicieron más fuertes y rápidas amenazando con lanzarlos a ambos de la cama.

—Gritarás mi nombre —Cassie no estaba segura de si lo había dicho o lo había gruñido—, cuando te corras, haré que grites mi nombre.

Diablos, sí, lo gritaría, gritaría cualquier cosa en realidad con tal de hacer que aquella presión descendiese.

—Di mi nombre, Cass —le susurró.

—Arion —gimió ella.

—Otra vez —insistió apretando los dientes cuando su propio orgasmo amenazó con desbordarlo.

—Arion.

—Otra... vez.

Cassie lo hizo, gritó su nombre cuando el más potente de los orgasmos la recorrió por entero estremeciendo su cuerpo y arrastrando consigo la liberación del hombre, y no fue la única vez que lo hizo aquella noche, tal y como él le había prometido, la hizo gritar de placer.

CAPÍTULO 8

—POR quinta vez en la hora y cuarto que llevamos hablando, siento haberos dejado plantadas en el aeropuerto, As —repitió Cassie mientras rebuscaba en el contenido de su nevera—, demonios, esto está casi vacío.

—Que tu frigorífico y el resto de tu cocina esté vacío no es una novedad, cariño —respondió la voz de su amiga desde el teléfono en manos libres situado sobre la encimera—, el que estés haciendo el desayuno para el hombretón con el que has dormido sí.

Cassie echó un vistazo al teléfono como si esperara ver allí a su amiga.

—¿Estás segura de que no has pinchado mi casa con toda clase de cámaras de vigilancia y ese tipo de cosas?

Su amiga se rió.

—Segurísima, Cassie, el intentar ocultar algo en tu casa sería como una de las misiones imposibles de Tom Cruise —aseguró entre risas—. Además, no me va eso de mirar, yo prefiero ser la protagonista.

Cassie esbozó una irónica sonrisa, de eso no le cabía la menor duda.

—Pero bueno, te perdonaré si me dices que has pasado una noche realmente caliente con ese pedazo de carne en su punto que tienes como marido —su amiga parecía no tener prisa por dejar el teléfono aquella mañana, en realidad era casi un milagro que hubiese madrugado tantísimo—. ¿Cómo ha sido? ¿Te ha tratado bien? ¿Te ha dado múltiples orgasmos? Si no lo ha hecho le arrancaré los testículos, o mejor aún, me chivaré a su jefe.

Cassie puso los ojos en blanco ante la insistencia de su amiga por conocer datos de su íntima noche, pero fueron sus últimas palabras las que llamaron su atención.

—Ya habías comentado anteriormente que conocías esta... inusual agencia, ¿cómo es eso posible?

—Cielo, las ganas de pasarlo bien y una tarjeta de crédito hacen maravillas.

Suspirando cerró la nevera con un golpe del pie mientras llevaba el contenido que había salvado hasta la cocina donde la esperaba ya un bol.

—En tu caso sí, en el mío lo dudo mucho —aseguró en voz baja, más para ella misma que en respuesta a lo dicho por Astrid.

—¡He oído eso! —le llegó la respuesta del otro lado del teléfono.

Cassie la ignoró y se centró en lo que deseaba saber mientras se movía a través de los ingredientes para hacer unas tortillas de jamón y queso.

—Céntrate, As, estamos hablando de la Agencia.

Un suspiro desde el otro lado de la línea telefónica fue la inmediata respuesta.

—Ha pasado mucho tiempo desde aquello, pero fue con diferencia la mejor experiencia de mi vida —aseguró, en su tono se podía apreciar cierta nostalgia—, aún no nos habíamos conocido, yo había tenido una pelea infernal con el hombre con el que salía en aquellos momentos y en un arrebato de rebeldía escribí a la agencia. Fue una semana increíble y no sólo por el sexo, de alguna manera fue liberadora, me quité de encima un montón de inseguridades y Nick es un cielo, de hecho fue gracias a él que conocí a Edgard y ahora soy tan feliz como una perdiz.

—¿Y ese Nick sería...?

—Nickolas Hellmore, el presidente de la Agencia Demonía.

—Un nombre peculiar para una agencia.

Hubo una ligera vacilación del otro lado de la línea.

—Te sorprendería lo adecuado que es.

Cassie echó un vistazo al otro lado de la habitación, en dirección a su dormitorio dónde su marido todavía estaría durmiendo.

—Creo que empiezo a darme cuenta de ello.

—¡Aja! ¿Entonces se ha portado bien? ¿Habéis hecho muchas cochinas? Dime que la tiene grande, dime que está tan bien dotado como aparenta.

Cassie se sonrojó al recordar con nitidez la larga noche de sexo que habían tenido, en cierto modo creía entender la referencia que había hecho Astrid a sentirse liberada, ella misma se sentía mucho más tranquila y relajada esa misma mañana, pero con todo había algo en lo que no podía dejar de pensar.

—As, ¿recuerdas haber leído en tu contrato de la agencia algo sobre “El Pacto”?

—¿El Pacto? ¿Qué es eso? ¿Un nuevo juego sexual?

Los ojos de Cassie giraron en sus cuencas, a veces hablar con esta persona era todo un desafío.

—No lo sé, es posible —aceptó con un profundo suspiro—, de algún modo tengo la sensación de que he sido hechizada, ya sabes, como hipnotizada, primero estaban toda esa clase de reservas que tengo hacia el sexo, bueno... ya sabes...

—Cariño, la primera vez e incluso la segunda siempre da un poco de miedo, especialmente cuando no sabes que va a pasar —le aseguró con tono suave y tierno. As la adoraba y el sentimiento era mutuo.

—Sí, ahora lo sé —se rió suavemente—, pero ha sido... extraño... quiero decir, primero estaba nerviosa, insegura y entonces todas las dudas se esfumaron y fue... una experiencia increíble.

Una nueva risita.

—Define increíble, ¿ha habido sexo oral?

Cassie se ruborizó a pesar de que su amiga no podía verla.

—Hubo mucho sexo, de muchas formas distintas —respondió con un canturreo mientras cascaba los huevos y los añadía al bol—, o posiciones.

—Hiperventilando, estoy hiperventilando... ¡Nuestra Cassie por fin ha tenido una buena follada!

—¡As!

—¿Qué? Es la verdad, estaba como loca porque encontrases a alguien y te diese un buen meneo, ya verás cómo a partir de ahora lo verás todo de otro color. Rosa, por ejemplo —se rió su amiga.

—Hablando del color rosa, ¿sigue en pie la prueba del vestido para hoy?

—Por supuesto, Madame Linet te estará esperando a eso de las once y media.

—¿Y no hay forma de hacerte cambiar de opinión acerca del color?

—¡Dios, no! He sudado mares de tinta y caviar para encontrar los arreglos florales que hagan juego con los vestidos, ¡estás loca! —fingió desquiciarse por un breve instante—. Venga, sólo tendrás que llevarlo un día y podrás desquitarte vistiéndome como tu dama de honor cuando celebres una boda para tus amigas.

Cassie bajó la mirada a su mano derecha donde nuevamente lucía su alianza, lo gracioso de todo ello es que no recordaba habérsela puesto otra vez.

—¿Y si lo que celebramos es un divorcio?

Astrid bufó.

—Como si ese pedazo de carne mechada fuese a dejar que te escapes, si es un hombre listo hará lo que sea por conservarte incluso después del término del contrato.

Cassie negó con la cabeza y empezó a batir los huevos.

—As, esta boda ha sido un enorme error, sólo hay que ver en lo que ha derivado.

—¿En la mejor noche sexual de tu vida? —sugirió con picardía—. ¿Por qué no lo traes a la comida del jueves? Estoy segura que Edgard agradecerá tener alguien del sexo masculino con el que hablar.

La comida del jueves, todavía faltaban tres días para ello.

—As no lo des ya como algo fijo en mi vida, porque no lo es.

—Nunca digas nunca, querida mía, nunca digas nunca —se rió su amiga con buen humor—. Y mucho

menos cuando se trate de sexo.

Cassie bufó mientras dejaba el bol a un lado y procedía a abrir la tarrina de queso para añadirlo a la masa.

—¿Qué has desayunado esta mañana? ¿O es que todavía no lo has hecho? Nunca te había oído decir la palabra sexo tantas veces en una sola conversación.

—No todos los días una tiene la oportunidad de cotillear en la vida sexual de su mejor amiga —respondió divertida—. Lo que me recuerda que todavía no me has contado ningún detalle jugoso, así que empieza a soltar por esa boquita, tesoro.

Cassie se sonrojó, sabía perfectamente a qué clase de detalles jugosos se refería su amiga, había tenido que soportarlos cuando se los había contado a Violet y a ella misma con pelos y señales.

—Sólo te diré que ha sido inolvidable tanto en la ducha como en la cama —respondió sonriendo para sí mientras echaba el queso en la mezcla y lo removía lentamente—, él ha sido muy intenso y tierno, yo... demonios, a penas puedo caminar, ¿contenta?

Se oyeron aplausos y vítores desde el otro lado del teléfono.

—Oh, sí, definitivamente esa ha sido una noche y con mayúsculas —aseguró con una sonrisa en la voz—. Y a partir de ahora será incluso mejor, estoy segura.

Sonriendo de buen humor, negó con la cabeza y terminó de preparar la mezcla y la echó en la sartén ya caliente sobre la vitro cerámica.

—Tendrás que llamar a Violet y decirle que has tenido una noche increíble de sexo para que te perdone, oh, no, espera, mejor no lo hagas, cuando te escabulliste del baño y nos dejaste a los tres con un palmo de narices se puso a aplaudirte, pensó que habías recuperado el buen juicio —dramatizó su amiga—. Se lo diré yo, estoy deseando ver la cara que pone nuestra activista favorita.

—No seas mala con Vio, ella sólo se preocupa por mí, al igual que tú y he perdido la cantidad de veces que os he dicho que no hace falta que me cuidéis como mamás gallinas, tengo treinta y uno As, no soy un bebé.

Astrid chasqueó la lengua.

—Por supuesto que no eres un bebé, pero eres tierna, Cassie —le aseguró su amiga con dulzura—. Tienes un corazón muy tierno.

—Oh sí, tan tierna y dulce como un bollito —dramatizó ella dándole la vuelta a la tortilla para que se hiciera por el otro lado.

—Y muy suave, deliciosamente blanda y suave.

Cassie dio un respingo al escuchar la inesperada voz masculina en aquella habitación, ni siquiera lo había oído entrar.

—Buenos días, Cassandra.

—Ah... yo... sí... bu... buenos días —balbuceó ella, sus mejillas adquiriendo un profundo sonrojo al verle en el umbral, vestido con pantalones vaqueros, el pelo húmedo y una toalla alrededor del cuello, el bronceado pecho masculino y sus marcados abdominales quedando al descubierto.

—¡Buenos días, chicarrón! Al habla la maravillosa e increíble Astrid, le estaba diciendo a nuestra chica que tenías que venir a comer con nosotros el jueves, así podré presentarte a mi prometido y le salvarás de una comida sólo de chicas.

La voz salió ahora del manos libres atrapando la atención de ambos por un breve instante, Arion sonrió ante el inesperado recibimiento, sus ojos volvieron a Cassie quien estaba incluso más sonrojada y contemplaba el aparato como si pudiese fulminarlo.

—¿Una de tus amigas? —respondió él en voz baja, apenas un susurro que Cassie oyó respondiendo con un asentimiento al tiempo que caminaba hacia el teléfono.

—As voy a colgar, te llamaré en cuanto salga de la prueba del vestido —respondió ella caminando apresuradamente hacia el teléfono con intención de cortar la llamada, sólo para que Arion se le

adelantara y se lo impidiera cogiéndole la mano.

—Gracias por la invitación Astrid, estaré encantado de acompañaros en la comida del jueves, buenos días a ti también —le aseguró sin dejar de mirar a Cassie—. ¿Y ahora, dónde está mi beso de buenos días, *agapi*?

Ante el jadeo contenido de la mujer al otro lado del teléfono, Arion cortó la llamada y miró a Cassie cuyo rostro estaba ardiendo.

—Buenos días —le dijo de nuevo bajando su boca sobre la de ella sólo para echarse hacia atrás al poco tiempo y fruncir la nariz—. ¿Huelo a quemado?

—¡Ay dios! —gimió ella dejando sus brazos para girarse rápidamente hacia la sartén y darle la vuelta a la tortilla de queso chamuscada—. Demonios...

Arion sonrió y le susurró al oído.

—Tienes uno justo aquí.

Ella se apartó y lo fulminó con la mirada.

—¿Ves lo que has conseguido?

Arion echó un vistazo por encima del hombro femenino y se encogió de hombros.

—Sólo es una tortilla quemada, podemos hacer más —le aseguró echando mano del bol de la masa sólo para probarla—. Tiene buen sabor.

A ella no sabía que le sorprendía más, el tener a ese hombre en la cocina, o que se estuviese comportando como si fueran realmente una pareja, un matrimonio y no simplemente dos desconocidos que habían pasado la noche juntos.

—Respira Cassandra, no contengas el aire —le dijo abarcando su cintura con las manos desde atrás, atrayéndola hacia su torso desnudo para poder susurrarle al oído—, lo necesitan tus pulmones.

Cassie era incapaz de hilar un pensamiento coherente cuando tenía sus manos encima, todas sus funciones vitales colapsaban y tenía que recordarse el seguir respirando, Arion tenía demasiado poder sobre ella, un poder que no le había permitido tener a nadie y la hacía sentirse en desventaja.

Liberándose de sus manos dio un paso adelante y concentró sus esfuerzos en la tarea matutina que se había impuesto.

—Si dejas de sobarme quizás pueda hacer el desayuno —le respondió con más dureza de la que pretendía.

Arion suspiró al oír de nuevo la máscara en su voz, Cassandra había vuelto a ponerse la coraza que la protegía del mundo exterior. La noche anterior había disfrutado en sus brazos, se había abandonado y confiado en él, las cicatrices que Arion había encontrado en su alma todavía ahora a la luz de la mañana lo sorprendían, esta hermosa y dulce mujer había padecido lo que nadie y seguía en pie, su voluntad se había convertido en su tabla de salvación, pero al mismo tiempo había calado muy hondo levantando unos muros que contenían sus emociones, sus sentimientos le impedían sentir más allá de lo que ella se había autoimpuesto.

Cassandra era una mujer fuerte, una superviviente de la vida, pero todo era una fachada, en su interior seguía siendo una niña asustada y carente de afectos, alguien que deseaba que los sueños no fuesen solamente sueños. Arion se había encontrado ante una enorme encrucijada en la que ella seguía sin decidirse, siempre esperando a que alguien le indicase el camino correcto por miedo a tomar una decisión equivocada y resultar todavía más herida.

—Dejaré de sobarte cuando me des mi beso de buenos días, *pouli* —aseguró con una mirada pícara.

Cassie arqueó una ceja castaña.

—¿No es eso lo que acabas de hacer?

—Tu tortilla quemada interrumpió lo mejor —aseguró indicando con un gesto de la cabeza el infructuoso desayuno—, además, quiero que me beses tú, ¿te atreves?

Cassie lo contempló durante unos instantes.

—¿Vas a morderme?

Arion se echó a reír.

—No soy un vampiro, cariño.

Ella lo miró como si no estuviese muy segura de que aquello fuera verdad.

—Cassandra, sólo es un beso —le aseguró apoyándose contra la encimera, con las manos apoyadas a ambos lados en un gesto de despreocupación—. Prometo guardar las manos para mí durante un buen rato.

—¿Define “un buen rato” en horas y minutos?

Arion sonrió ampliamente.

—Eres una jugadora muy dura.

—Y tú estás demasiado acostumbrado a ganar —le aseguró ella dejando escapar un pesado suspiro, entonces bajó la intensidad del calor de la cocina y apartó la sartén a un lado, dónde no pudiera ser volcada por accidente.

—¿Mi beso, *pouli*?

Cassandra se acercó a él con indecisión, podía sentir sus mejillas aumentando de color y también un cosquilleo en el estómago, deseaba ese beso, deseaba besarle y maldito fuera él por saberlo.

Sus labios se encontraron como un batir de alas, acariciándose, él respondió con la misma suavidad que empleaba ella, permitiéndole profundizar el beso cuando tímidamente le lamió los labios con la lengua. Su boca era dulce, sus curvas suaves, los senos se apretaron contra su torso desnudo permitiéndose sentir su blandura, incapaz de estarse quieto, Arion subió las manos a la cintura de ella, introduciendo los pulgares por debajo de la camiseta para acariciarle la piel mientras respondía con calma al beso, emparejando su lengua con la de ella, permitiéndose ser quien llevara las riendas.

Cassie se lamió los labios separándose de él, los tenía hinchados y sus ojos brillaban de deseo y aquello encendió a Arion.

—¿Conforme? —sugirió ella con voz ronca.

—*Kalimera, pouli* —le dijo entonces, volviendo a capturar su boca y saciarlos a los dos con un beso más profundo, más carnal antes de separarse de nuevo y ahora sí dejarle espacio—. Ahora ya puedes seguir con lo que estabas haciendo.

Cassie trastabilló al dar un paso atrás pero se recuperó pronto, lamiéndose los labios antes de darse la vuelta y volver a la cocina, sólo que en su mente ya no había un sólo pensamiento coherente, todo se había vuelto papilla.

—¿Qué planes tienes para la mañana?

Aquella pregunta la sorprendió, haciendo que se girara de nuevo hacia él. Arion ahora sujetaba ambos extremos de la toalla a ambos lados de su cuello, los músculos de sus brazos y pectorales se hincharon con el movimiento.

Dios, estaba buenísimo, no había ni una pizca de grasa en aquel cuerpo, pero tampoco era una masa de músculos, todo en él estaba perfectamente adecuado a su altura y peso. En cierto modo lo envidiaba, él no tenía celulitis, ni feas estrías marcando su piel.

—¿Planes? —consiguió recuperar el hilo de sus pensamientos.

—Le has dicho a tu amiga que la llamarías cuando salieras de la prueba de un vestido, o algo así —respondió ladeando la cabeza—, ¿vamos a salir?

—¿Vamos?

Aquella palabra significaba pluralidad y que ella supiera, Arion no iba a probarse ningún vestido.

—Los próximos seis días son exclusivamente tuyos y he encontrado que me agrada tu compañía eres... refrescante —aseguró con soltura—. Me gustas, Cassandra, esa es la verdad.

Y sí, lo era, ella le gustaba realmente, no se trataba sólo del contrato con la agencia, o que acabase casándose con ella, estaba empezando a conocer a Cassandra y le estaba gustando lo que veía.

—Um... gracias, supongo —aceptó un poco azorada por su sinceridad. No sabía que tenía aquel

hombre, pero cuando hablaba no había forma de que pensara que lo que decía no era la absoluta e irrefutable verdad—. Pero, me temo que no hay ningún vamos, yo, y sólo yo, soy la que tiene que probarse un horroroso vestido de dama de honor y sabes, no creo que el rosa sea tu color.

Arion la miró de arriba abajo.

—¿La boda de tu amiga?

Ella asintió.

—Estupendo —aceptó con una amplia sonrisa—. Nunca he estado en una prueba de vestuario, promete ser... interesante.

Cassie abrió la boca pero volvió a cerrarla, realmente no se le ocurría nada que decir a eso, ese hombre tendía a dejarla sin palabras.

—Estás de broma, ¿no?

Arion arqueó una ceja al ver la sorpresa de ella.

—En absoluto, ¿por qué?

Cassie señaló lo obvio.

—Eres un hombre.

Arion esbozó una sonrisa.

—Pensé que eso saltaba a la vista.

Ella sacudió la cabeza.

—Es una prueba de vestido, Arion —insistió y esperó como si él tuviese que saber qué era lo que quería decir—. A los hombres no os gusta ir de compras, mucho menos cuando se trata de acompañar a las mujeres a probarse cosas.

Él se encogió de hombros.

—No veo que sea un problema, Cassandra —aceptó con sinceridad—. Tú te pruebas el vestido y yo miro, es simple.

—Tu mente sí que es simple —respondió ella poniendo los ojos en blanco.

Arion sonrió para sí en respuesta.

—Te sorprendería y seguramente ruborizaría saber que tengo en mente, *pouli*.

Negando con la cabeza, Cassie tomó una profunda respiración y le dio la espalda para terminar con el desayuno antes de que la masa se estropeará.

—Tengo que hacer antes algunas cosas, El Oráculo no puede permanecer cerrado toda la semana, si no hay ventas, no hay ingresos y sin ingresos no se pueden pagar las facturas —murmuró más para sí que para él.

—¿El Oráculo?

Cassie suspiró, pero no dejó en ningún momento de atender el desayuno.

—Es dónde trabajo, mi tienda, en realidad —aseguró con un ligero encogimiento de hombros.

—Tu tienda.

Ella le echó un vistazo por encima del hombro.

—Sí, ya sabes, esos lugares en los que se venden cosas para que la gente los compre.

Arion esbozó una sonrisa irónica ante su respuesta mientras ella volvía a concentrarse en su labor en la cocina. Se había recogido el pelo castaño en una cola y vestía una falda larga de lana de color tostado a juego con una camiseta amarillo ocre que realzaba el color de su piel, los pies los había enfundado en unas calientes botas nórdicas y el conjunto era realmente agradable.

—¿Y qué clase de artículos vendes en esa “tienda”?

Cassie se encogió de hombros.

—Cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—¿Esto es el tercer grado?

—No, sólo curiosidad —aseguró recorriéndola con la mirada—, puedes decírmelo ahora, o esperar a que lo descubra cuando estemos allí.

—Estemos implica dos personas —le respondió ella mientras volcaba la tortilla recién hecha en un plato y continuaba con la siguiente—, y no tengo la más mínima intención de llevarte allí.

Él bufó.

—¿Me he casado con una delincuente que trafica con órganos humanos?

Cassie lo miró con ironía.

—Si ese fuese el caso, tú ya estarías sobre la mesa de operaciones.

Arion chasqueó la lengua.

—No es un lugar muy cómodo.

—¿Ya lo has probado? —se burló ella.

Sonriendo ante el bombardeo de ironía que salía de los labios femeninos alzó ambas manos a modo de tregua.

—De acuerdo, *pouli*, tú ganas —aseguró retrocediendo un par de pasos—, voy a terminar de vestirme y dejaré que sigas peleándote con... el desayuno... él tiene más posibilidades de sobrevivir a tu lengua de bruja que yo.

Cassie arqueó una delgada ceja oscura enfatizando su expresión.

—¿Significa eso que por fin voy a perderte de vista?

Arion resopló, no había duda que su esposa era realmente insistente cuando se lo proponía.

—Me echarías de menos si así fuese.

Ella se rió.

—Empiezo a pensar que tienes un ego realmente inmenso, Arion Catrides.

Lamiéndose los labios fijó sus ojos azules sobre ella.

—No lo suficiente, mi pequeña *gianyka*, no lo suficiente.

Con un sensual guiño, le dio la espalda y abandonó la cocina dejando a Cassie pensando si llegaría a poder librarse de él algún día.

A juzgar por la insistencia de aquel hombre, empezaba a preocuparle que resultase ser una misión imposible.

* * *

El Oráculo.

Tienda de Magia & Artículos esotéricos.

El nombre destellaba con firmeza en la estrecha franja color verde agua que separaba el piso superior de la planta baja así como se marcaba en relieve sobre uno de los tres amplios cristales que formaban el escaparate.

Arión se apoyó en el parquímetro que había justo en frente de la tienda, recorrió el viejo edificio con la mirada y esbozó una irónica mueca al ver un pequeño Starbucks a unos escasos diez metros, situada en el cuarenta y siete de Saint Mary Street, una de las principales calles de tiendas de Cardiff, la tienda de magia que regentaba Cassie destacaba por encima de todo lo demás como si necesitase hacerse ver.

En cierto modo, lo mismo hacía su dueña.

—Así que *esto* es El Oráculo —comentó mirando a Cassie la cual trataba de abrir la puerta principal con sus llaves—, cuando te llamé bruja, no estaba pensando precisamente en esta clase de implicaciones.

Cassie se volvió hacia él.

—¿Si te digo que soy bruja, que hago conjuros, bailo desnuda bajo la lluvia, darías media vuelta y

correrías hacia el abogado más cercano a pedir el divorcio?

Arion no pudo más que sonreír ante su respuesta.

—Si bailas desnuda bajo la lluvia, o bajo cualquier otra cosa, cariño, es algo que no desearía perderme por nada del mundo —le aseguró con total satisfacción.

—Es una pena que no haya aprendido todavía a convertir a los hombres en sapos, aunque tú podrías ser un buen ejemplar con el que probar —declaró con calidez.

—Sin duda eres una pequeña bruja —sonrió Arion, disfrutando inmensamente con el intercambio verbal.

—Y tú un demonio —murmuró ella dándole nuevamente la espalda para abrir la puerta.

Arion puso los ojos en blanco, aquello era indiscutible.

—En más sentidos de los que supones.

Cassie soltó un pequeño bufido mientras giraba la llave por segunda vez y tiraba de la puerta hacia ella.

—Empiezas a parecerte a As —refunfuñó.

Dejando su apoyo caminó hacia ella y la apartó suavemente de la puerta que parecía resistírsele.

—¿En el color de pelo? —le sugirió Arion mientras abría el mismo la puerta sin dificultad.

—En relacionar cada una de tus palabras con el sexo.

Arion rió y se hizo a un lado dejando a Cassie vía libre para entrar en su tienda.

—Sólo hay una palabra ahora mismo que me interesa ver relacionada con el sexo —respondió con picardía—. Esposa.

—Tú espera a que consiga la maldita anulación de este matrimonio.

Él esbozó una irónica sonrisa.

—La eternidad es demasiado larga para esperar de pie, brujita.

—Sigue llamándome bruja y buscaré algún encantamiento para hacer que se te encojan los... bueno... hazte una idea.

Arion bufó.

—Olvida lo de bruja, eres una arpía —aseguró llevándose las manos instintivamente a cubrir sus testículos.

Cassie sonrió con satisfacción al oír la indignación en su voz y entró en la tienda girando el cartel de cerrado a abierto en el proceso.

—Ten cuidado con el escalón —le dijo perdiéndose entre las estanterías cubiertas con libros y revistas esotéricas para finalmente surgir detrás del mostrador principal cuando las luces de la tienda se encendieron dejando ver su interior—. Bienvenido a El Oráculo, aquí puedes encontrar desde velas aromáticas, piedras naturales, amuletos, tarot y hierbas para infusiones, hasta figuritas de hadas, duendes, dragones, algún que otra figurita religiosa y libros de temática esotérica y auto ayuda.

Cassie se inclinó hacia delante en el mostrador y bajó la voz, como si estuviese a punto de contarle algún secreto.

—Y ahí atrás, en la trastienda, es dónde tengo mi caldero y practico toda clase de hechizos —le respondió con total seriedad—, me han ofrecido unirme a un aquelarre, pero me dejé la escoba en casa.

Arion le dedicó una mirada irónica.

—Muy graciosa —respondió deslizando la mirada por toda la tienda, permitiendo que sus sentidos demoníacos tomaran las riendas. Había algo allí dentro que le resultaba familiar y con todo era incapaz de localizar su procedencia. Su atención fue entonces hacia la escalera de madera ubicada al final de la habitación al lado de una fila de estanterías con libros—. ¿Qué hay arriba? ¿Tu cámara mortuoria?

Cassie puso los ojos en blanco y rodeó el mostrador cruzando el pequeño local hasta la escalera.

—Nada tan siniestro, me temo —aseguró empezando a subir, permitiendo a Arion una visión más que prometedora de su trasero contoneándose frente a él. Las manos empezaban a picarle por acariciárselo—. El piso de arriba está destinado a la aromaterapia, ya sabes aceites de flores, velas perfumadas,

flores secas, también hay una parte para las piedras naturales y armería.

Arion arqueó ambas cejas alzando la mirada.

—¿Tienes una armería aquí arriba?

Ella negó con la cabeza.

—Son cuchillos y dagas ceremoniales... o al menos esa es la utilidad que les dan mis clientes, otros simplemente los ven como abrecartas.

Tras subir el último peldaño, Arion se encontró con una amplia alfombra con motivos étnicos cubriendo buena parte del suelo, al igual que en el bajo, esa parte del local contaba con tres amplios ventanales, estos cubiertos por densas cortinas que unidas al aroma de las velas y el incienso conseguían de él una acogedora y agradable sensación de bienestar. Pero había algo más, una huella sutil pero lo suficientemente poderosa como para haberse impregnado en cada una de las cuatro paredes y que tenía el mismo aura que la mujer que caminaba delante de él hacia una pequeña mesa camilla cubierta por un mantel azul noche sobre la que descansaba un bol con piedras naturales y un pequeño incensario en forma de hada con la varilla sin quemar.

Sus ojos azules la siguieron durante un instante, viéndola acariciar la parte superior de la mesa con los dedos para arrastrarlos después hasta las piedras las cuales parecieron vibrar bajo su toque.

—*Lefkis mageias*[3].

Cassie alzó la cabeza encontrándose con su mirada tras oírlo murmurar.

—¿Qué?

Arion frunció el ceño contemplándola con más intensidad que de costumbre.

—¿Practicas la magia blanca?

La repentina tensión en el cuerpo femenino, la forma en la que apartó rápidamente la mano de las piedras le dio la respuesta.

—Así que después de todo sí eres una brujita —murmuró al tiempo que sus labios se estiraban en una sonrisa—. Eres una caja de sorpresas, *magissa*[4].

Cassie retrocedió alejándose del bol con las piedras para acercarse a una estantería en la que había varios cristales de mayor tamaño, así como algunas figuras de hadas y duendes.

—Muchos científicos conocen y han identificado las propiedades de las piedras y no por eso se les llama brujos —respondió ella con voz suave, casi como si pretendiese disculparse—, cualquiera en nuestra época sabe que muchos minerales poseen propiedades curativas, algunos de ellos se han utilizado incluso en la empresa farmacéutica y a ellos no se los tacha de practicar magia blanca... Es más, hay estudios...

—Sea lo que sea que hagas aquí, no es nada malo, Cassandra —la interrumpió caminando hacia ella—, si jugar con piedras de colores y velas aromáticas te trae paz, no hay nada malo en ello.

Cassie se volvió encontrándose con su mirada azul.

—Jugar con piedras de colores —dejó escapar un bajo resoplido—. Sí, claro...

Arion negó con la cabeza.

—Quizás no he empleado el término correcto, *pouli*, pero mis palabras siguen siendo las mismas. Es tu esencia la que te hace como eres, Cassandra, no dejes que nadie te la arrebatte.

Ella sacudió la cabeza, su voz se endureció al responder.

—No estoy segura de que se pueda arrebatarse dos veces la misma cosa —murmuró acariciando uno de los cristales expuestos en la vitrina para finalmente ir hacia la vitrina cerrada con puertas de cristal tras las que estaban expuestos unos cuantos cuchillos y abrecartas con motivos intrincados—. Éste es mi pequeño arsenal, como ves, soy una mujer peligrosa.

Arion se acercó para mirar el contenido de la vitrina más de cerca, la colección era sin duda hermosa, aunque la mayoría de las piezas no eran más que reproducciones carentes de valor.

—Una interesante colección —aceptó volviendo la mirada sobre ella—. ¿Y cómo has llegado, si tengo

el suficiente honor de que me concedas la respuesta, a terminar regentando una tienda de estas características?

Cassie se encogió de hombros.

—Empecé a trabajar aquí poco después de cumplir los dieciséis —respondió echando un vistazo a su alrededor—, cinco años después la propietaria falleció y me lo dejó en herencia. Ella no tenía familia y decía que yo tenía algo especial, que había algo que me unía a la tienda, así que decidió dejármela. Y esa es la historia, no es nada misterioso ni retorcido.

—Diecisiete años, ¿no eras un poco joven para ello?

Ella negó con la cabeza.

—No, si tienes en cuenta que me emancipé a los dieciséis —aseguró con un nuevo encogimiento de hombros—. Siento decírtelo, pero, no te has casado con una niña mimada.

—Cosa que sin duda agradezco.

Cassie puso los ojos en blanco y examinó una última vez la vitrina, el cristal le devolvía su reflejo y en él pudo ver el reflejo de su propia sorpresa cuando una repentina idea atravesó su mente.

—Un momento —se giró hacia Arion—, ¿el que estemos casados te da algún poder legal sobre mis posesiones?

Arion esbozó una irónica sonrisa y se tomó un momento para recorrer su figura detenidamente.

—Lo que es mío, es sin duda tuyo, y lo que es tuyo, es para mí placer —su respuesta fue abiertamente sexual.

—Lo dicho, tú y As habéis tenido que ser gemelos o mellizos separados al nacer —aseguró ella con ironía.

Ocultando una sonrisa tras la acción de frotarse el mentón, Arion negó con la cabeza.

—Tus propiedades son tuyas, ginayka, mi unión contigo, digamos que no entra dentro del terreno material.

Ella se le quedó mirando durante unos instantes, no estaba del todo convencida.

—Tendré que revisar una vez más ese acta de matrimonio —murmuró haciéndolo sonreír.

—Eres extraña, Cassandra.

—Lo sé, ¿eso cuenta como un punto negativo a mi favor para que firmemos el divorcio?

Arion sacudió la cabeza con diversión, esa mujer no iba a parar hasta verlos separados.

—Admiro tu perseverancia, esposa, puede llegar a ser... refrescante.

Ella puso los ojos en blanco.

—Estoy segura que estabas pensando en cualquier palabra excepto esa.

—Te estaría mintiendo si te diese la razón —aseguró él volviendo la mirada hacia las escaleras al escuchar un leve tintineo.

—Es la campanilla de la puerta —respondió ella atravesando la distancia que la separaba de las escaleras para proceder a bajar—, ojalá venga a hacer algo más que echar un vistazo.

Arion la vio desaparecer en el piso inferior, la tristeza que la había envuelto así como ese aire de indefensión y recelo había sido echado a un lado dejando paso a la Cassandra que se ocultaba tras una máscara de inventada normalidad. Esa mujer tenía más secretos que el Vaticano y su curiosidad por desvelar cada uno de ellos estaba creciendo a pasos agigantados.

Su atención volvió al local, la marca de magia blanca que sentía era tímida, pero antigua y ahora entendía el por qué, no era una marca reciente si no una que había sido construida a lo largo de los años, marcando cada pared y cada rincón de aquel edificio, Cassandra había bromeado con el hecho de unirse a un aquelarre, cuando la realidad era que ella misma era su propio aquelarre, y este lugar, su templo de magia.

Ella no era una humana corriente, su esposa era una *lefki mágissa*.

Una bruja blanca.

Arion negó con la cabeza una vez más, quizás después de todo, su vínculo con ella iba a traer más repercusiones de las que había pensado.

La voz de Cassie llegó entonces hasta el piso de arriba, así como también la respuesta masculina del supuesto cliente que había entrado en la tienda, frunciendo el ceño ante el conocido tono de voz, giró sobre sus pies y se dirigió al piso bajo.

* * *

—Hola, ¿puedo ayudarte en algo?

Nishel trasladó su atención desde los libros que estaba ojeando hasta la atractiva mujer que apareció desde el fondo de la tienda, con un abundante pelo castaño atado en una coleta, vistiendo de forma casual y un suave brillo de recelo en los sagaces ojos castaños, la recién llegada tenía la marca de su demonio claramente marcada en la piel, su aroma la delataba como la pareja de Arion, la supuesta esposa humana con la que, según le había contado su jefe, se había vinculado.

—Hola —la saludó permaneciendo quieto en el lugar, dejando que fuera ella la que se acercase y marcase su propio terreno, notando su nerviosismo y recelo ante el aspecto extravagante que seguramente estaría considerando ella—. Espero no haber interrumpido nada importante.

Ella pareció sonrojarse ligeramente, entonces negó con la cabeza.

—No, no, en absoluto —aceptó pasando por delante de él, pero manteniéndose siempre a una distancia prudencial. A su favor debía admitir que su trato seguía siendo encantador.

—En ese caso, si pudieses recomendarme algo para alejar el mal humor de las mujeres, serías mi nueva heroína —le aseguró con un sensual guiño.

Cassie no pudo si no sonreír ante el tono de voz empleado por el atractivo desconocido. El hombre era guapísimo, con un extraño tono de pelo gris perla a juego con sus ojos, pero lo que sin duda llamaba más la atención en él además de su estatura, era el corte gótico de sus ropas.

—Me temo que todavía no se ha inventado una piedra o sistema que funcione —aseguró y le señaló una columna que contenía varias piedras de colores—. Sólo puedo recomendarte paciencia y cuarzo blanco para limpiar impurezas.

—Ni toda una montaña de cuarzo blanco sería suficiente para limpiar a este individuo, *pouli*.

La presencia de Arion atrajo la mirada de ambos, el demonio veritas caminaba hacia ellos con las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero, la mirada fija en el hombre que permanecía al lado de su esposa.

—Touché —aceptó Nishel dando un prudente paso a un lado, había aprendido por experiencia que no era bueno meterse entre una pareja sin el consentimiento previo del dominante.

Arion ocupó el lugar que Nishel había desocupado, cubriendo a su compañera con su cuerpo.

—¿Cómo tú por aquí?

Nishel arqueó una fija ceja plateada y sonrió de medio lado, mientras se permitía echar un vistazo a la muchacha la cual contemplaba sorprendida el intercambio de los dos.

—Nick me dijo que estabas por la ciudad, que te habías casado y he venido a felicitarte.

La mirada de Arion decía claramente que no creía ni una sola palabra.

—Inténtalo de nuevo.

Nishel sonrió.

—Sólo estoy de paso, Veritas, relájate —le dijo apartándose de él para echar un vistazo a los colgantes expuestos en una vitrina al lado del mostrador—. ¿Esa piedra rosa de ahí podría servirme?

Su pregunta iba dirigida a Cassie, la cual intentaba descubrir que pasaba allí.

—Es un cuarzo rosa —respondió ella caminando hacia el mostrador—, está considerada una de las piedras más potentes para curaciones emocionales, ayuda a equilibrar la energía emocional y elimina la

ira, la angustia. Calma y da seguridad, sirve de ayuda en procesos de traumas o crisis.

Nishel la miró un instante como si sus palabras lo hubiesen hecho recordar algo y finalmente volvió sobre el cristal.

—Supongo que un poco de ayuda externa siempre viene bien —murmuró para sí, entonces señaló la piedra—. Me la llevo.

Arion siguió a Cassie con la mirada al tiempo que ésta rodeaba el mostrador para buscar la llave de la vitrina y se acercó a su compañero.

—¿Nueva asignación de la Agencia?

El hombre de pelo plateado alzó la mirada y asintió.

—Nick necesitaba una mano y yo estaba disponible.

Cassie sacó un pequeño juego de tres llaves y se acercó a la vitrina para abrirla, su mirada iba fugazmente del recién llegado a Arion.

—Nish es uno de los Agentes Externos de la Agencia —la sobresaltó la voz de su marido—, echa una mano cuando el jefe se desespera con algún encargo.

Nishel sonrió.

—Ni yo habría podido describirlo mejor —aceptó y sus ojos se encontraron una vez más con los de Cassie—. Así que tú eres la esposa del *Veritas*.

Arion fulminó a Nishel con la mirada, pero Cassie no lo vio, estaba demasiado ocupada intentando coger el cristal.

—¿Perdón?

—Su esposa —respondió Nishel señalando a Arion con el pulgar.

Sonrojándose, asintió lentamente.

—Sí, al menos hasta que consiga un maldito abogado para solucionar el problemilla.

La sorpresa se reflejó en el rostro del recién llegado, a juicio de Cassie el hombre parecía haber sido golpeado por la noticia.

—Nos casamos en Las Vegas —añadió, esperando que eso fuese suficiente respuesta.

Nishel volvió la mirada ahora hacia su compañero, ladeó la cabeza y murmuró algo que Cassie no logró entender. Arion se limitó a asentir haciendo que el hombre se echase a reír.

—Joder, tío, tú sí que sabes cómo montarte una buena fiesta —aseguró sacudiendo la cabeza. Finalmente se volvió hacia Cassie—. Es un placer conocerte.

Ella asintió con cierto recelo.

—Lo mismo digo —murmuró en voz baja, aunque no estaba segura de que fuera realmente un placer, había algo en los dos hombres realmente extraño. Sacando el cristal de su vitrina se lo tendió a Nishel—. Está hecho de modo que pueda colocarse un cordón o cadenita, o para llevarlo como llavero.

Nishel se tomó un momento examinándolo, frunciendo el ceño al sentir el poder de la mujer a través del cristal.

—Tú eres...

—Ponle una cadena, la más cara que tengas en la tienda, Cassandra —lo interrumpió Arion dedicando una significativa mirada a su compañero—. La chica a la que vaya destinada se la merece por tener que aguantarle.

Nishel arqueó una ceja en respuesta al comentario masculino pero asintió con buen humor.

—Es una buena idea —aceptó el recién llegado—. ¿Crees que podrías meterlo también en una cajita o algo?

Cassie asintió lentamente, optando por dejar a los dos hombres a solas.

—Iré a ver si encuentro algo... adecuado —con una última mirada a los dos, desapareció de regreso al piso superior.

Nishel asintió con una suave sonrisa mientras la observaba marcharse.

—Es interesante —murmuró cuando escucharon el crujido de la escalera—, muy interesante.

—No te acerques a ella —la amenaza fue rápida, silenciosa y efectiva.

Los ojos grises del ángel caído se volvieron sobre su compañero. Nishel conocía al hombre de su tiempo en la Agencia, sabía que era uno de los demonios de alto rango de Nick lo que no hacía sino todavía incluso más irónico el que él estuviese relacionado con ellos. Pero respetaba a Arion, si bien no tenía la misma confianza ni la deuda que mantenía con Riel, el demonio era uno de los pocos que no deseó tirársele a la yugular cuando entró en la Agencia. Como demonio veritas el hombre estaba condenado a ver la verdad en todo aquello que hacía, en los seres fuesen de la raza que fuesen con los que se cruzasen, no había nadie que pudiera engañar a Arion, ni siquiera él mismo. Él demonio había visto más allá de Nishel, él, de entre todos los seres vivos a los que podía llamar amigos, era el único que sabía la verdad sobre el ángel caído y su silencio y respeto había sido lo que le granjeó la amistad de Nishel.

—Es más de lo que se ve a simple vista —continuó Nishel obviando su advertencia—, ¿una bruja?

Arion se limitó a deslizar los ojos azules hacia el fondo de la tienda por donde había desaparecido ella.

—Sí, eso creo —respondió con sinceridad—, pero no estoy seguro de que ella lo sepa, no de la manera en que el poder que vibra en estas paredes lo confirma, no es una practicante, no como nosotros lo conocemos.

Nishel siguió la mirada de su amigo y sopesó las palabras de Arion, la mujer se había mostrado tensa ante su presencia como era de esperar, pero incluso con su compañero existía una especie de barrera.

—Puede que no sea consciente de lo que es, pero de algún modo ha sabido crear unas defensas bastante importantes —aseguró el ángel llevándose las manos a los bolsillos del pantalón—, será un viaje interesante, amigo.

Volviéndose hacia Nishel, Arion dejó escapar el aire y lo contempló.

—No estás aquí simplemente para joder conmigo, ¿qué quieres?

Nish esbozó una divertida sonrisa, era imposible engañar a ese demonio.

—Nick ha aceptado un nuevo encargo.

Aquello le sorprendió lo suficiente como para dejarlo sin palabras durante un instante.

—¿Por qué?

Nishel sacudió la cabeza.

—Ojalá lo supiera —aceptó él—. Estaba de tan buen humor que ya que lo han jodido ha decidido meterme en el saco y me ha dado mi propio calvario.

Arion contempló al hombre durante unos instantes.

—No diré que lo siento.

Nishel se echó a reír.

—No esperaba que lo hicieras —aseguró de buen humor—, en realidad me parece una opción interesante, será un reto descubrir y sacar a la luz la hembra que hay debajo, no puedo esperar a averiguarlo.

Negando con la cabeza Arion indicó hacia el fondo de la tienda cuando escuchó de nuevo los pasos de Cassie bajando por las escaleras.

—Echaré un vistazo a Nickolas tan pronto como termine aquí —Arion respondió a la silenciosa petición por la que había venido Nishel.

Nishel inclinó ligeramente la cabeza a modo de agradecimiento.

—Gracias.

A Arion no dejaba de sorprenderle que un ángel estuviese tan pendiente del demonio que custodiaba la Agencia, especialmente cuando aquel demonio había sido en parte culpable de la actual condición del ángel.

—Es una cordón de plata —murmuró Cassie reuniéndose con los dos hombres. Su mirada vaciló un instante sobre Arion antes de girarse hacia Nishel y mostrarle el cristal engarzado con la cadena en una pequeña cajita de terciopelo azul.

Nishel acarició el cristal y alzó la mirada hacia ella.

—Es perfecto —aceptó con un sencillo agradecimiento.

—¿Quieres que te lo envuelva para regalo?

Él negó con la cabeza mientras extraía su cartera del bolsillo interior de su abrigo sin mangas.

—No hace falta, así está bien.

Mientras Cassie cobraba a Nishel su compra, Arion no dejó de darle vueltas a las recientes noticias que había dejado caer el ángel, su jefe no solía coger ningún encargo si no era absolutamente necesario y aún así tendía a hacerlo muy de vez en cuando, el poder de Nick para ver el futuro solía complicarle las cosas y restar emoción a sus pasos. Si el presidente de Agencia Demonía había aceptado una solicitud entrante, sólo podía significar que su cliente estaba destinado a encontrarse con él.

—Cassandra, ha sido un placer conocerte —la voz de Nishel le devolvió al presente—, te deseo la mejor de las suertes en tu inesperada aventura.

Cassie abrió la boca para responder a eso pero volvió a cerrarla, ¿qué podía decir?

—Nos vemos —se despidió de Arion estrechándole la mano—, suerte con ella.

Arion esbozó una ligera sonrisa y correspondió a su apretón.

—Lo mismo te digo —aseguró con un obvio significado.

Nishel sonrió y con un último saludo se marchó por dónde había venido.

Sacudiendo la cabeza, Cassie se volvió hacia su marido.

—Si te pregunto cómo diablos ha venido a dar un amigo tuyo, ya no digamos a Cardiff, si no a mi tienda, ¿me darías una respuesta que me convenciese?

Arion se volvió hacia ella y se encogió de hombros.

—Seguramente no.

Cassie asintió.

—En ese caso, no preguntaré —aceptó, dio media vuelta y se coló tras el mostrador—. Hay momentos en los que la ignorancia es una auténtica bendición.

Arion sonrió abiertamente, después de todo, aquella era una gran verdad.

CAPÍTULO 9

CASSIE empezaba a pensar que debía haber pasado de la prueba del vestido y quedarse en la tienda, después de todo, la mañana no había resultado tan mal. Tras la marcha de Nishel, habían entrado dos clientes más, una de ellas había comprado varias figuras de hadas y un par de libros que le habían reportado casi más ingresos que en todo el mes pasado. Al menos allí estaba en su terreno y no como un pez globo envuelto con volantes.

Y odiaba los volantes.

El probarse ropa era otra de las cosas para las que no tenía demasiada paciencia, le gustaba ir de compras, por supuesto, pero entre que muchas de las tiendas no tenían su talla y las pocas en las que sí eran lo suficientemente caras como para disuadirla, acababa frustrada y sin ganas de volver a pasar por aquello. Había perdido la cuenta de las veces que Astrid la había arrastrado con ella de compras y a pesar de que adoraba a su amiga, siempre terminaba con un mal sabor de boca después de pasarse por las tiendas y ver que a ella todo le sentaba bien, mientras que Cassie sólo podía admirar incluso la lencería desde lejos.

Y ahora, el estar convirtiéndose en un alfilerero viviente bajo la tortura de aquellas manos que insistían en embutirla en el maldito vestido de dama de honor color rosa chicle, estaba rebasando su cuota anual de tolerancia.

—Auch —se quejó cuando un nuevo alfiler pinchó su piel.

Un agudo resoplido de la mujer que le estaba ajustando el corpiño del vestido le hizo arquear una ceja en respuesta, ¿qué? ¿Ahora tampoco podía quejarse?

—Manténgase completamente inmóvil —la oyó murmurar con un marcado acento a través del alfiler que sostenía entre los dientes.

Si las miradas matasen, Cassie habría fulminado con la suya a la modista que ceñía el corpiño del vestido casi como si se tratase de un corsé.

—Quizás si aflojara un poco y me dejara respirar podría hacerlo —masculló ella en voz baja arrancando un pequeño resoplido de risa en su marido.

Y aquel era sin duda un añadido más a toda la incomodidad que llevaba padeciendo Cassie durante la última hora. Su mirada se encontró con la de Arion, quien estaba al otro lado de la sala de pruebas contemplando todo el proceso de tortura con absoluta paciencia. El hombre se había negado a esperar fuera o hacer cualquier otra cosa, al contrario, se había presentado a sí mismo como su marido y en menos de cinco minutos se había metido a la modista y a la joven ayudante de ésta en el bolsillo haciendo que le permitiesen asistir a la prueba de vestido de la flamante dama de honor.

Una dama de honor que estaba a punto de estallar en llamas.

Por si no fuese suficiente con tenerlo allí comiéndosela con la mirada por debajo de sus gafas oscuras, había tenido que asistir con profunda vergüenza a la sesión de recomendaciones no deseadas de parte de la mujer que le probaba el vestido. Que si debía comprarse una faja bodi para ponérsela con el vestido y así moldear su figura, que si no había probado la famosa Dieta Dunkan, que si... mil y una cosas dichas con un tono de voz no muy amable que traían consigo además la coletilla de “¿no le parece?” dirigida a su marido.

Arion por su parte había ignorado cada uno de los intentos de aquella mujer por entablar conversación limitándose a utilizar breves y educadas respuestas cuando así lo requería, como también había pasado de las más que obvias invitaciones y apreciaciones femeninas que la modista no tuvo problemas en exhibir.

Un nuevo alfiler encontró la carne de Cassie haciendo que diese un respingo y el ceño en su frente aumentara al ver el reflejo de sí misma en el espejo de cuerpo entero.

Odiaba los volantes.

Odiaba apasionadamente aquellos malditos volantes que la mujer se empeñaba en cruzar por encima de su pecho y hombros.

Quemaría los volantes, o mejor aún, ahorcaría a aquella maldita mujer que no hacía más que enseñar su generoso escote y acariciarse las caderas con gesto sensual cada vez que pasaba cerca de *su marido* o creía que él la estaría mirando.

¡Mierda! ¿Desde cuándo se había vuelto Arion “su marido”? ¿Y por qué demonios le importaba tanto que las mujeres se le insinuaran? El suyo no era un matrimonio real, ni siquiera una relación normal, hacía sólo dos días que estaban juntos y todo ello por aquel maldito contrato. No existía una relación entre los dos, era solamente... sexo. Y estaba el asunto del divorcio, tenía que hablar con As para pedirle el teléfono de su abogada y acabar con aquella locura.

Otro alfiler le pinchó el costado haciendo que Cassie se apartase y el maldito volante terminase soltándose de su precaria sujeción.

La mujer resopló y a juzgar por la mirada y las palabras que le dedicó estaba tan harta como ella de aquella prueba de vestuario.

—¿Le importaría mucho estarse quieta? Si sigue moviéndose así, los volantes quedarán torcidos.

¡A la mierda los jodidos volantes!

—¿Es necesario que le pongamos al vestido todo... esto? —murmuró gesticulando con la mano la falda del vestido llena de volantes y los que la mujer estaba colocando en su escote. Un rápido vistazo al espejo a su espalda le puso una nueva mueca en los labios, con todo aquello parecía un merengue, un merengue de proporciones desmesuradas.

—Los volantes abren la falda y le dan cuerpo al vestido —aseguró la mujer con un tono de voz que decía claramente que la consideraba una nulidad en cuestiones de moda—, y colocados aquí —pinchó nuevamente el escote acariciando con el alfiler la piel de su pecho izquierdo haciéndola dar un nuevo respingo—, disimularán su... busto.

Cassie apretó los dientes con fuerza aguantando las ganas de ponerse a gritar, su mirada voló hacia Arion quien dejó su postura relajada y sacándose las gafas para meterlas en el bolsillo superior de su camisa la miró de arriba abajo con premeditada lentitud.

—¿Tu amiga desea que vayas a su boda como un muffins de fresa?

Los ojos marrones de Cassie se abrieron sorprendidos ante la sincera respuesta y sacudió la cabeza.

—As sabe que me suicidaría si llega a sugerir tal barbaridad —aseguró y se encogió ligeramente de hombros—. Después de que Violet y yo nos amotináramos ante la idea de parecer dos algodones de azúcar empolvados, estuvo de acuerdo en que cada una eligiera el modelo de su vestido, lo único en lo que no cedió fue en este maldito color rosa chicle y en la tela.

Arion se detuvo ahora ante ella, a pesar de que Cassie estaba subida a una pequeña plataforma que le daba la altura necesaria para arreglar el vestido, su marido podía mirarla prácticamente a los ojos.

—¿Y por qué no has elegido un modelo a tu gusto?

Antes de que pudiese responder, la modista se adelantó recuperando el volante caído.

—Oh, el modelo que había elegido no le sentaría bien a su... figura —aseguró gesticulando hacia Cassie—, le restaría altura y no disimularía en absoluto esos... um... esas curvas.

Los ojos masculinos se volvieron hacia la mujer que había hablado cortándola en el acto.

—Bien, porque *yo* no quiero que disimule sus curvas —le respondió antes de volverse hacia su esposa—, me gusta que las exhiba.

Cassie se sonrojó en respuesta a la nota erótica en su voz.

—Pero este modelo...

Arion le dedicó una única mirada que sirvió para hacer saltar a la mujer y que permaneciera callada.

—Cassandra, ¿el vestido que habías escogido llevaba volantes?

Ella vaciló un instante, no quería comenzar una disputa con aquella mujer, en cualquier otro momento estaría encantada de lanzarle sus volantes a la cabeza, pero se trataba de la boda de Astrid.

—Quizás los volantes no sean tan malos después de todo, si tan sólo le quitamos algunos —sugirió pasando la mirada sobre su reflejo en el espejo, intentando encontrar algo hermoso en aquello—, la modista podría arreglar...

El hombre se volvió ahora hacia ella.

—Me trae sin cuidado la opinión de esa mujer, *pouli*, nada de lo que ha salido de su boca en la última media hora ha sido verdad —respondió haciendo que la aludida palidiera aún más—. Los volantes, *gynaika*.

Cassie tomó una profunda respiración, bajó la mirada hacia su propia figura y respondió con voz clara, aunque en tono bajo.

—Odio los volantes.

Arion asintió satisfecho, estiró la mano hacia el triple volante que cubría la parte superior del corpiño del vestido y de un tirón arrancó el pedazo de tela. Asombrosamente ninguno de los alfileres que habían torturado la piel de Cassie la arañó.

—Ya somos dos —aceptó comiéndose con los ojos los pechos de su compañera que asomaban llenos sobre el borde superior del corpiño. Frunciendo el ceño, llevó ambas manos al torso femenino y alzó la mirada hacia ella—. Adoro estas dos preciosidades, pero, ¿eres capaz de meter algo de aire ahí dentro?

Ella sacudió la cabeza, sus mejillas adquiriendo un intenso tono que rivalizaba con el color del vestido.

—Ya me parecía.

Y con otro gesto de los dedos, las costuras se aflojaron permitiendo que la tela se adaptase sin tanta tirantez a sus curvas.

—¡Pero qué está haciendo! ¡Por dios, está destrozando el vestido! —clamó la modista que permanecía a un lado observándolos con las manos pegadas a la cara, la cual cada vez la tenía más blanca.

—Y no he hecho más que empezar —aseguró Arion deslizando su mirada de la mujer a su ayudante, una muchacha que no creía pasase de los veintidós o veintitrés años—. ¿Hay algo más que quieras modificar en el vestido, Cassandra?

Cassie se lamió los labios, aquello estaba degenerando en una auténtica locura, no estaba segura que la modista fuese a permitir aquella imposición y no es como si hubiese tiempo para buscar otra.

—Arion, creo...

—La verdad, Cassandra.

Ella suspiró, su mirada volvió hacia el espejo. ¿La verdad? La verdad es que se veía gorda, todos aquellos volantes no hacían sino aumentar su volumen y los odiaba.

—Me gustaba el diseño inicial, era un vestido sencillo, con un hombro al desnudo y una pequeña abertura hasta la rodilla, la falda caía en cascada hacia atrás, pero... —negó con la cabeza—, ya da lo mismo, si al menos podemos librarnos de estos volantes...

Arion arqueó una delgada ceja rubia ante la muchacha que se había quedado inmóvil bajo su intensa mirada azul.

—¿Crees que podrías conseguir lo que ella quiere?

La muchacha tragó saliva, desvió la mirada hacia la modista la cual se había puesto tiesa como un palo ante el obvio rechazo de su experiencia y finalmente la posó sobre el vestido.

—Con el corte que tiene ahora el vestido, no podemos remodelarlo para conseguir el diseño que le gustaba, pero —se animó a hablar la muchacha, quien tras echar un nuevo vistazo a su jefa, la cual ahora la miraba boquiabierta por atreverse a responder, se acercó a Cassie girando el alfilerero de su muñeca—, pero creo que podemos encontrar algo parecido y eliminar todos esos volantes.

—Es un buen comienzo —comentó Arion mientras rodeaba lentamente a Cassie y aprovechaba el escudo que le proporcionaba estar tras ambas mujeres para hacer un nuevo truco de modo que al tocar uno de los múltiples volantes de la falda, estos se soltaron de sus costuras y cayeron a los pies de la chica como si nunca hubiesen sido cosidos—. ¿Dijiste algo de una abertura hasta el muslo, *pouli*?

Cassandra volvió sus ojos castaños de los volantes caídos a los pies de Arion, quien caminaba a su alrededor con las manos tras la espalda y le dedicó un ligero movimiento de cabeza.

—¿Por qué será que los hombres sólo escucháis aquello que queréis oír?

Arion sonrió.

—Hasta el muslo entonces.

Cassie negó con la cabeza.

—Ni hablar, hasta la rodilla estará más que bien.

La muchacha cogió el bajo del vestido, y lo examinó haciendo unos pequeños pliegues para luego alzarlos hacia arriba, trayendo la tela consigo como un pequeño telón.

—Podríamos sujetarlo aquí con una pequeña flor hecha con la misma tela —murmuró prendiendo la tela en el lugar—. Está un poco por encima de la rodilla, pero sin llegar al muslo.

Cassie examinó la sugerencia ante el espejo y asintió.

—Pero nada demasiado grande —pidió mirando a la muchacha, quien asintió y se incorporó para ajustarle la falda en las caderas de modo que la moldease sin ceñirla.

—Adaptaremos también el corpiño con un drapeado que cubra parcialmente los hombros para caer luego abierto hasta aquí —le fue explicando a Cassie mientras iba asegurando los nuevos arreglos con mucho cuidado para no pincharla—. Si te hago daño, por favor, dímelo.

—No —negó Cassandra sorprendida—, está bien.

Y lo estaba, la muchacha tenía unas manos delicadas y trabajaba con rápida seguridad.

—¿Se le podría dar más escote al vestido? —preguntó Arion deteniéndose ahora delante de Cassie.

Ella puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Si por ti fuera, se me vería hasta el ombligo.

Arion le sonrió en respuesta.

—Me gusta la idea, ¿podemos buscarte un vestido así?

Cassie se llevó las manos a las caderas para enfatizar su respuesta.

—No.

Entre risas y comentarios picantes, el vestido de Cassie fue tomando forma bajo las innovadoras manos de la muchacha, que supieron entonces, llevaba haciendo prácticas con la dueña del establecimiento desde hacía un par de meses. Tras un par de frases cortantes y cargar a Cassie con cualquier responsabilidad en lo tocante al vestido, la modista los abandonó para dedicarse a su próxima prueba con otra cliente.

Para cuando terminaron con los retoques media hora después, el vestido había sufrido una importante transformación, ahora realzaba cada uno de los atributos de Cassie, moldeaba su figura favoreciéndola y dotándola de un aire sensual que jamás había pensado poseer.

—Estás preciosa, pequeña, no busques defectos dónde no los hay.

Arion permanecía a su lado, observándola a través del espejo, sus ojos azules oscurecidos por el abierto deseo que se leía en ellos, sus palabras eran sinceras, Cassie podía sentirlo, sentir la verdad goteando de cada palabra.

—El cambio le sienta muy bien —aceptó la muchacha satisfecha con su obra—. Lo tendremos listo para que pueda recogerlo el viernes por la mañana.

Cassie asintió en agradecimiento y contempló una vez más su reflejo.

—Es perfecto —aceptó con una dulce sonrisa y finalmente se dirigió hacia Arion—. Ahora, te toca esperar fuera.

Él hizo una mueca.

—¿Vas a privarme de lo mejor?

Cassie puso los ojos en blanco.

—Absolutamente —aseguró señalando con la mano la salida—, ya has visto demasiada carne para un sólo día.

Arion se echó a reír ante la respuesta femenina.

—Ah, *pouli*, y yo que pensaba que no había hecho más que empezar —le aseguró con un guiño.

Cassie esperó a que la chica retirase los alfileres que mantenían el corpiño unido y la falda y apretó la tela contra su cuerpo mientras esperaba a que Arion se marchase, algo que parecía no tener prisa por hacer.

—¿Vas a quedarte ahí?

El hombre se volvió entonces hacia la muchacha y preguntó.

—¿Molesto?

Ella negó con la cabeza, sonriendo ante la picardía masculina.

—En absoluto —aceptó y se volvió entonces hacia Cassie—. Puede utilizar los probadores del cuarto contiguo, cuando esté lista, volveré a recoger el vestido.

Asintiendo sonrió a la muchacha y le dirigió a Arion la última advertencia.

—Compórtate.

Él bufó.

—Yo siempre me comporto, cariño, incluso cuando no debería hacerlo.

Negando con la cabeza, Cassie bajó de la tarima, le sacó la lengua y se apresuró hacia la puerta que le había indicado la mujer.

—Tengo que ir al taller —le informó entonces la muchacha a él—. Volveré en cuanto su esposa haya terminado de cambiarse.

Arion asintió y contempló a la muchacha mientras se alejaba.

—No tengas demasiada prisa en volver —musitó añadiendo su poder a las palabras, creando una ligera compulsión.

Deteniéndose ante la puerta, la chica pareció vacilar, entonces se volvió hacia él.

—Quizás tarde un poco, acabo de recordar que tengo que ver un par de cosas más.

Sonriendo para sí asintió.

—No se preocupe, tómese el tiempo que necesite.

Asintiendo, la mujer cerró la puerta tras ella dejando a Arion solo en el reservado, su mirada azul se fijó entonces en la puerta por la que había desaparecido su esposa y sus labios se dividieron en una traviesa sonrisa.

Oh, sí, iba a comportarse.

* * *

Cassie suspiró y se quitó el vestido, quedaba menos de una semana para la boda de As y no quería ni imaginarse lo que sería hacer las pruebas del traje de novia, por otra parte su amiga tenía una figura de envidiar, todo le sentaba bien sin importar que se fuera a poner, así que estaba segura de que aunque vistiese un saco estaría encantadora.

Su mirada cayó sobre la imagen en el espejo, nunca le habían gustado los espejos de cuerpo entero de los probadores, el reflejo que le devolvía era una distorsión de la realidad, sabía que estaba rellenita, pero el verse en aquellos espejos no hacía sino deprimirla más. Se subió el tirante del sujetador dorado

que se había puesto, era un conjunto de lencería que había comprado para alguna ocasión especial, pero parecía que ese tipo de ocasiones nunca llegaban. Le gustaba la lencería, le gustaba sentirse hermosa a pesar de que sus brazos fueran algo rollizos, tuviese el conocido flotador o su tripa sobresaliera, las líneas blancas y rosadas de la celulitis ya eran un punto y aparte, por más cremas que había probado no terminaban de desaparecer y la verdad fuera dicha, ella tampoco tenía paciencia para ser regular con las aplicaciones.

—No le des más vueltas, Cassie, estás abonada a las tallas grandes, confórmate —le dijo a su reflejo al tiempo que enderezaba los hombros y modelaba—. Tienes unos ojos bonitos, orejas pequeñas, labios corrientes y un pelo decente, es más de lo que tiene la mayoría.

Sacudiendo la cabeza le dio la espalda al espejo y fue a por su ropa.

—¿Es necesario que hagas un inventario de ti misma?

La voz masculina a su espalda la hizo saltar, sus manos volaron a los labios para ahogar el repentino chillido que los abandonó mientras apretaba contra sí la camiseta que iba a ponerse.

—¡Maldita sea! Me has dado un susto de muerte —jadeó retirando las manos hacia su pecho—. ¿Qué haces tú aquí? ¡Esto es un probador de señoras!

Arion se limitó a permanecer dónde estaba, sus ojos la recorrieron con pereza deleitándose en la desnudez parcial de su compañera.

—Te dije que te comportaras —siseó ella acusándole con el dedo.

Él sonrió ligeramente.

—Me estoy comportando —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Todavía tengo las manos en los bolsillos y no te he tocado.

Cassie resopló, no había quien pudiera ganarle a ese hombre cuando se ponía en ese plan.

—Ni vas a hacerlo —respondió echando un vistazo alrededor—, aquí no al menos.

Su sonrisa se amplió ante la respuesta de ella, su mirada bajó sobre el cuerpo femenino admirando lo que dejaba a la vista la camiseta y lo que generosamente el espejo tras ella le devolvía.

—Me gusta el conjuntito, realza el tono de tu piel —aseguró ladeando la cabeza para luego lamerse los labios mientras miraba el reflejo tras ella—. Nunca te había visto con tanga, estás realmente sexy.

Cassie frunció el ceño, siguió su mirada y dio un salto al entender que el espejo tras ella le mostraba todo, la camiseta cayó entonces a un lado mientras cruzaba los brazos ahora tras de sí.

—Realmente adorable —aseguró devorando sus pechos con la mirada—, sólo puedo suponer que en negro o rojo sangre estarás igual de sugerente.

—Sangre es lo que va a correr como no te largues ahora mismo —masculló ella entre dientes al tiempo que alzaba un brazo y le indicaba que saliese—. ¡Fuera!

Arion arqueó una ceja dorada.

—¿Y perderme un bocado así? —chasqueó la lengua—. No se pone un filete delante de un muerto de hambre para luego quitárselo.

Ante su obvia intención, Cassie retrocedió hasta que el espejo tras ella no le permitió retroceder más.

—Aquí no —gimió ella viéndolo acercarse.

Sus manos habían dejado los bolsillos del pantalón para plantarse a ambos lados del espejo, manteniéndola apresada entre sus brazos.

—Mírame —le pidió cuando ella esquivó su mirada.

Cassie alzó la mirada lentamente hasta encontrarse con la suya.

—Arion, por favor, estamos en el probador de señoras de una famosa boutique —rogó sintiéndose cohibida ante sus avances—, éste no es lugar...

Él la silenció poniéndole un dedo sobre los labios.

—Shh —la calló—. No pongas más excusas, *gynaiika*, no quiero oírte decir nuevamente todas esas cosas que te dices a ti misma, mírate como realmente eres, Cassandra, ve como yo te veo.

Antes de que ella pudiese decir algo al respecto, la giró sobre sí misma, atrayéndola hacia su pecho para tenerla ahora de cara al espejo del probador.

—Ésta eres tú, *pouli* —le dijo al tiempo que sus manos tomaban posesión de sus pechos—. Hermosa, de llenas curvas que se amoldan perfectamente a mí, suave y fuerte al mismo tiempo, capaz de soportar la más ardiente de las pasiones.

Arion la giró de nuevo hacia sí, rodeándola por la cintura.

—No hay necesidad de compararse con nadie —le aseguró acariciándole el rostro con la mirada—, cada uno de nosotros es como es, Cass y eso es lo que nos identifica realmente.

La boca masculina se apoderó entonces de la suya evitando cualquier nueva protesta, sus manos recorrieron su cuerpo acariciándola y enardeciéndola aún más, su lengua se enlazaba con la de ella y exigía tanto como daba obligándola a una rendición inmediata. Cassie deseaba rendirse, todo su cuerpo gritaba porque lo hiciese pero su mente era reacia a permitir aquella clase de intimidad tan nueva para ella en un lugar como aquel. El pudor y el temor a ser pillados podían más que sus ganas.

—Espera —lo apartó jadeante—, ¿y si viene alguien?

Arion negó con la cabeza.

—Nadie nos interrumpirá, *pouli*, te doy mi palabra —le susurró al oído, dejando que sus manos acariciaran la suave piel en una cálida persuasión—. Puedo sentir tu deseo, pequeña, creciendo en tu interior, aumentando el mío propio. Arriésgate, Cassandra, necesitas que alguien sacuda tu vida. Hay más mundo ahí fuera que las cuatro paredes de tu tienda, o tus piedras, bebé, atrévete a afrontarlo.

¿Atreverse a afrontarlo? ¡Estaban en la trastienda de una boutique de Cardiff, aquel no era precisamente el lugar para arriesgarse!

—No creo que éste sea el mejor lugar para... —aseguró mordiéndose el labio inferior para evitar gemir en voz alta cuando sintió una de las manos masculinas acariciándole el borde de las braguitas—, oh... no hagas eso...

Arion sonrió y le susurró al oído.

—¿No te gusta?

Ella sacudió la cabeza y gimió.

—No.

Él sonrió ante la flagrante mentira.

—Mentirosa —le mordió suavemente el lóbulo de la oreja mientras sus dedos descendían por encima de la tela y se perdían entre los muslos femeninos—, um... parece que tu cuerpo es mucho más sincero, te excitas rápidamente, *pouli*.

Un suave sonrojo cubrió las mejillas de Cassie la cual enterró la cara en el hombro masculino en un intento desesperado por ahogar los gemidos y siseos que el toque magistral de aquel hombre le provocaban. Su cuerpo respondía a él como un instrumento respondería a la diestra mano de un músico cuando accionaba los acordes adecuados.

—Esto es una bendita locura —musitó mordiéndose la camiseta masculina para ahogar un gemido cuando sus dedos se deslizaron por debajo de la tela hasta entrar en contacto con su tierna carne—, tiene que tratarse de algún truco... hipnosis... algo... no es posible que te deje hacer esto... aquí...

Arion se rió en voz baja deslizando los dedos a lo largo de sus pliegues húmedos con suavidad, podía sentir la rigidez en el cuerpo femenino así como oír sus balbuceantes y cada vez menos intensas quejas.

—A esto se le llama vida, *pouli*, pasión, desenfreno —le dijo enumerando varios sinónimos—, y se siente malditamente bien, tú te sientes malditamente bien, Cass.

Ella se mordió el labio interior, su cuerpo, menudo traidor, reaccionaba sin inhibiciones a sus caricias excitándose, deseando más, la sangre se le espesaba en las venas mientras aquel conocido calor se instalaba en la parte baja de su estómago incrementándose poco a poco, amenazando con hacerla pedazos. Jamás había sentido nada tan intenso, ni siquiera cuando a solas imaginaba a su amante de

ensueño mientras se daba placer. Lo que Arion había destapado en ella amenazaba con consumirla de la más placentera de las maneras.

—Estás caliente y apretada —continuó vertiendo en su oído—, tan mojada que siento como tus jugos resbalan por mis dedos, me muero por probarte, por saborearte y comerte entera.

Cassie gimió, sus manos habían encontrado asimiento en la tela de su camiseta y se aferraban a ella como si fuese su tabla de salvación, entonces lo sintió frotarse contra ella, su dura erección presionando tras los pantalones vaqueros se incrustaba en su blanda tripita.

—Me enciendes, gatita, tu excitación llama a la mía, estoy duro por ti —ronroneó en su oído frotándose una vez más contra ella—, ¿lo notas, Cassandra? Hinchado y duro por tu lujurioso y adorable cuerpo, deseo enterrarme profundamente entre tus muslos y cabalgarte, o aún mejor, que seas tú quien me cabalgue.

Ella se estremeció ante sus palabras, su voz había puesto una clara imagen en su mente que era incapaz de sacársela. Le imaginaba sentado en el pequeño reservado del probador, sus suaves manos liberando la dura erección de su pantalón, admirándola y ella sentada a horcajas sobre sus piernas, húmeda y goteante, deseosa de ser llenada por él, de cabalgarle y devolverle parte del placer que le había proporcionado la noche anterior. La vívida fantasía la hizo estremecer, su sexo latió y se humedeció aún más derramándose sobre los dedos invasores que la acariciaban y privaban al mismo tiempo de un contacto más íntimo.

—Sí, eso es —jadeó en su oído—, tus piernas abiertas para mí, esos perfectos muslos aferrándose mientras te empalas en mi polla, dioses... ya puedo sentirte apretándome en tu cálido interior, tus jugos resbalando de tu sexo para lubricar el mío mientras te meces...

—Basta —gimoteó ella apretando su rostro cada vez más caliente contra su hombro—, no sigas.

Una satisfecha sonrisa masculina curvó los labios de Arion mientras retiraba los dedos empapados de su sexo y cambiaba posiciones con ella, sentándose en el pequeño banco y trayéndola con él.

—Así es como te deseo —le sujetó los muslos para evitar que se moviera y escapara de su regazo—, excitada, húmeda y con la piel sonrojada por el deseo... eres preciosa, Cassandra, realmente hermosa.

Ella sacudió la cabeza, sus mejillas parecían dos semáforos en rojo.

—Sé lo que soy, Arion, no intentes comprarme con endulzadas frases que adornan la verdad, soy adulta, me veo en el espejo y acepto lo que soy —respondió esquivando su mirada—. Te agradezco el alago, pero prefiero la realidad.

Él frunció el ceño, resbaló las manos por los muslos femeninos hasta ahuecar su trasero y la apretó contra su dura erección.

—¿Te parece falso lo que hay ahí abajo? ¿Mi excitación por ti? Dificilmente podría acabar en este estado yo solito, nena —le aseguró relajando su agarre para empezar a masajear sus nalgas—. Eres hermosa, Cass, tienes un cuerpo adorable y fuerte, lo suficiente para acoplarte a mí placer y devolverme la misma intensidad, no eres una muñeca que pueda romperse de un momento a otro por un poco de lujuria, te concedo que todo esto sea nuevo para ti, pero eres muy sensual y ardiente, cariño y eso es una jodida bendición, créeme.

Cassie alzó la mirada hasta encontrarse con la azul de Arion, sus ojos no mentían, como siempre reflejaban una confianza absoluta, la verdad sin aderezos.

—¿Por qué yo?

Él se inclinó hacia delante saliéndole al paso.

—Eres mi esposa.

Ella sacudió la cabeza.

—Eso sólo ha sido un error nacido de una borrachera.

Arion negó con la cabeza.

—El error va mucho más allá que eso, *pouli* —le acarició la nariz con la suya, lamiendo suavemente sus labios mientras sus manos le masajearan las nalgas—, eres mi esposa de una forma en la que tu...

pueblo... no puede entender.

Ella arqueó una delgada ceja, no llegaba a entender las palabras de Arion.

—Lo sé, no tiene ningún sentido para ti —aceptó con una tierna sonrisa—, pero lo tendrá. Cuando sea el momento adecuado, lo tendrá.

Cassie abrió la boca para responder pero sus palabras se vieron atrapadas por la lengua de Arion enlazándose con la suya, saqueaba su boca como un hombre desahuciado, necesitando todo de ella. Lo sintió maniobrando con el botón y la cremallera del pantalón bajo ella hasta que la suave y dura columna de cálida carne se rozó contra su tripa.

—Móntame —le susurró al borde de sus labios—, llévame dentro y cabálgame, preciosa, deseo sentir tu placer y sólo tu placer.

Los ojos castaños bajaron por el pecho masculino cubierto por la camiseta hasta dónde se unían sus cuerpos, el contraste de verlo a él completamente vestido y ella con tan sólo la ropa interior creaba un atractivo contraste, uno caliente. Cassie se lamió los labios de anticipación observando la columna de carne contra su piel, preguntándose y no por primera vez como sería sentirlo en su boca.

—Te prometo darte la oportunidad de averiguarlo —escuchó la voz de Arion en su oído un instante antes de que le mordisqueara el cuello.

Cassie se echó atrás y lo miró incluso más sonrojada, ¿había dicho aquello en voz alta? A juzgar por la mirada complacida del hombre, sí lo había hecho.

Bajando la mirada de nuevo a su erección tragó saliva, una cosa era dejar que él la guiara, que tomara las riendas e hiciera con su cuerpo todas esas cosas maravillosas que había hecho la noche anterior, otra muy distinta poner aquel poder en sus manos.

—Yo no... no sé... —empezó a balbucear, sus mejillas aumentando de color si es que eso era posible.

Arion le chupeteó el cuello haciéndola estremecer.

—Yo te guiaré —le susurró nuevamente, vertiendo esa suave y masculina voz que anulaba su voluntad y dejaba su cerebro hecho papilla—, confía en mí.

—Confío —respondió Cassie. Y era verdad, no sabía de dónde había llegado tan rápido esa confianza, pero era verdad, de algún modo con él se sentía segura.

—Bien, ese es el primer paso —le aseguró con una suave risita—, ahora relájate, apoya las rodillas en el banco, a mi alrededor e incorpórate un poco.

Lamiéndose los labios hizo como le pidió, olvidándose del lugar en el que estaban, de la posibilidad de ser pillados, aquel hombre conseguía anular todas sus reservas haciendo que lo único que le importase fuese él y lo que provocaba en ella.

—Eso es —murmuró besándola ahora entre los pechos, los cuales habían quedado a la altura de su rostro.

Cassie sintió su mano apartando la tela de las braguitas que cubrían su sexo, sosteniéndola a un lado mientras la guiaba con la otra mano aferrada a su cadera hasta posicionarla sobre su erección. Ella jadeó al sentir la punta de la polla masculina acariciando sus pliegues, la respiración quedó suspendida en sus pulmones al igual que lo estaba su cuerpo.

—Deja escapar el aire, Cassandra, lo necesitarás —le susurró con ternura al tiempo que le acariciaba la cadera—, mírame a mí, tesoro.

Cassie se encontró con los ojos azules, brillantes y seguros enmarcados por unas tupidas pestañas que no restaban ningún atractivo al rostro masculino, al contrario, cada uno de los planos de su cara eran puros y firmes, hablaban del hombre que la desconcertaba y volvía loca en todos los sentidos.

—Relájate, Cass, esto va a ser bueno —le acarició una vez más antes de guiarla hacia abajo, permitiendo que su cuerpo fuera absorbiendo poco a poco su polla, llenándola como no había sido llenada en la vida.

El aire decidió escapar entonces de sus pulmones, sus manos volaron a los antebrazos masculinos para

asegurar su peso mientras lo sentía cavando en su interior, expandiéndola y llenándola con aquella dura y sedosa polla hasta que estuvo profundamente enterrada en su interior.

—Suave, nena, suave —gruñó sobrecogido también por el placer de sentirla a su alrededor—. Eso es... suave, ¿cómo te sientes?

—Repleta —gimió echando la cabeza atrás, arqueando la espalda provocando que se hundiese más en su interior—, oh, señor.

Arion enlazó la tira de tela en su pulgar para evitar que se moviera y afirmó su mano libre sobre la cadera femenina una vez más al tiempo que rotaba sus caderas moviéndose en su interior arrancando de ella un nuevo jadeo.

—Ahora sube —le indicó guiándola con la mano hasta que estuvo de nuevo a las puertas de su entrada, para luego ayudarla a bajar una vez más—, sí... dioses... así... suave, Cassandra, suave.

—Esto... esto es... oh, señor —gimió cambiando las manos de sitio para envolverlas alrededor de su cuello.

—Suave, gatita, suave —gimió él también, permitiéndole que encontrase su propio ritmo para acoplarse entonces a él—, así, muy bien, sigue Cass, móntame, diablos nena, eso sí es bueno... así...

Cassie se sentía poderosa, los gemidos y gruñidos que salían de la garganta masculina la enardecían y le daban la seguridad que su inexperiencia le restaba, pronto lo que empezaron siendo torpes y lentos movimientos se convirtió en una frenética cabalgada en la que ambos deseaban alcanzar la liberación.

—Arion —gimió su nombre una y otra vez, el orgasmo se iba construyendo en su interior cada vez con más fuerza amenazando con barrer con todo—, Arion, oh señor, Arion...

—Te tengo, pequeña —gruñó aumentando la velocidad de sus embestidas, el orgasmo estaba tan cerca que ya podía notarlo arañando su sistema nervioso—, déjalo ir, Cassandra, no te reprimas más, entrégate, ven a mí.

La mujer no necesitó más estímulo que sus palabras un par de embestidas más y la sintió enterrar los dientes en su hombro ahogando su grito de liberación mientras se convulsionaba a su alrededor tirando de él hacia su propio orgasmo.

Arion no estaba seguro de cuánto tiempo permanecieron unidos, Cassandra permanecía desmadejada sobre él, su rostro oculto en su cuello mientras lo rodeaba con los brazos como si tuviese miedo de que la abandonase, todavía podía sentir el latido que sus dientes habían provocado en su hombro, a juzgar por la sensación era posible que le hubiese atravesado la piel. Sonrió, su pequeña brujita lo había marcado.

—¿Estás bien? —susurró acariciándole la espalda al tiempo que se deslizaba de ella y dejaba que sus braguitas se empaparan con la mezcla de sus liberaciones—. ¿Cassandra?

—No puedo moverme —gimoteó haciendo honor a sus palabras—, si lo hago todo me da vueltas. Arion se echó a reír en voz baja.

—Lo siento, bebé —le acarició ahora el pelo—, se te pasará en un rato.

Ella abrió ligeramente un ojo y empezó a echarse muy lentamente hacia atrás, permaneciendo todavía a horcajas sobre su marido.

—Yo no le encuentro la gracia —aseguró volviendo a cerrar los ojos—, Arion, me mareo.

—Respira profundamente —le pidió mientras llevaba sus manos a las sienes y se las masajeaba—, ahora suelta el aire suavemente, muy suavemente.

Mientras le daba instrucciones utilizó su poder para borrar los rescoldos del devastador orgasmo y darle algo de estabilidad.

—¿Mejor?

Cassie parpadeó un par de veces y probó a abrir los ojos, al menos ahora la habitación seguía en su sitio.

—Sí —aceptó mirando a su alrededor, recuperando la conciencia del lugar en el que estaban—. Oh, señor... oh señor... oh mierda... oh... joder...

Arion no pudo evitar sonreír, a veces su mujer era muy expresiva.

—Eso lo has repetido mucho hace escasos minutos —le aseguró sólo para verla palidecer aún más.

—Mi ropa —clamó dejando su regazo a la velocidad del rayo—. Oh, dios... no puedo creerlo... esto...

esto es todo culpa tuya.

Y ahí estaba de nuevo la Cassie de siempre.

—Tranquila, puedes vestirme lentamente, no hay nadie —le aseguró arreglándose a sí mismo para luego ponerse en pie. El reciente orgasmo le había dejado absolutamente saciado y tranquilo, pero a pesar de todo, el mirarla empezaba a hacer que su pene se recuperara nuevamente para un segundo asalto.

Cassie se limitó a fulminarle con la mirada, sus mejillas y todo el rostro para ser sinceros, estaba absolutamente sonrojados, pero eran sus ojos con un suave brillo dorado por encima del acostumbrado castaño lo que llamó la atención de Arion.

—Sal y espera ahí fuera —lo mandó sin perder un instante en vestirse—, si nos pillan aquí, me moriré y no habrá quien me resucite.

Arion puso los ojos en blanco, pero para la paz mental de Cassie obedeció, no sin robarle antes un beso.

—Te invitaré a comer, elige tú el sitio así podrás desquitarte a gusto.

Ella lo miró y no pudo hacer otra cosa que sonreír al ver su cara de niño bueno.

—No vas a salirte tan fácilmente con la tuya, señor Catrides —le aseguró fingiendo seriedad.

Arion esbozó una divertida sonrisa.

—Tenía que intentarlo, mi señora.

Robándole un último beso, la dejó para que terminara de ponerse la ropa y se tranquilizara lo suficiente como para salir.

CAPÍTULO 10

—CUANDO te invité a comer, esperaba que eligieras un restaurante, te aseguro que también tienen comida para llevar —aseguró Arion mirando las bolsas del Burguer King.

—Te has casado con una amante de la comida rápida, chico, tendrías que haber preguntado antes de ponerme el anillo en el dedo.

Arion se lamió los labios.

—Esa parte tampoco la recuerdas, ¿huh?

Cassie se volvió hacia él con una ceja arqueada.

—No, ¿por qué? ¿Qué otra barbaridad hicimos?

Arion se frotó la barbilla antes de responder, poco a poco estaba recuperando todos sus recuerdos de aquella noche, por ahora eran todavía escenas incoherentes y desordenadas pero era cuestión de tiempo que antes o después el puzle encajara en su sitio, intuía que cuando eso ocurriera, era posible que ella lo recordase también.

—Nosotros nada, pero mi anillo tenía ganas de viajar y estuvimos buscándolo por debajo de los bancos de la capilla, recuerdo que alguien parecido a Elvis gritó algo así como “Eureka”, no sé, mis recuerdos son un poco... extraños —aceptó con un ligero encogimiento de hombros.

Cassie resopló.

—No preguntaré que quieres decir con extraños.

—Mejor —aceptó con una amplia sonrisa e indicó la tienda al otro lado de la calle con un gesto de la barbilla—. ¿No cierras al mediodía?

Cassie alzó la mirada para ver a qué se refería Arion y su mirada quedó clavada en la mujer que parecía fumarse impacientemente un cigarrillo al lado del escaparate mientras miraba una y otra vez su reloj.

—¿Qué diablos hace ella aquí? —musitó en voz baja, fría.

Todas las alarmas interiores de Arion saltaron al oír la inexpresiva voz de Cassie, si había conseguido derretir su coraza durante su interludio en los probadores, ahora había vuelto a alzarse alrededor de ella como un sudario.

—¿Amiga tuya?

Cassie movió la cabeza en un lento gesto negativo.

—No creo que nunca hayamos llegado siquiera a rozar esa posibilidad —respondió en voz baja, sin expresión o candidez alguna—. Es la nueva hija de mi padre.

Arion frunció el ceño ante la descripción tan peculiar que había hecho de la persona que debía ser su hermana.

—¿Eso no debería convertirla en algo así como tu hermana?

Cassie chasqueó la lengua.

—Si nos ceñimos a términos científicos, entonces esa mujer sería mi medio hermana —respondió dejando escapar el aire que había estado conteniendo para finalmente posar su mirada sobre el semáforo del paso de peatones—. Si me preguntas a mí, te diré que sólo es uno de los últimos errores que cometió el hombre que donó su espermatozoide para que mi madre me trajese al mundo.

—Por lo que veo tu familia no tiene nada que envidiarle a la mía.

Cassie se volvió hacia él y le espetó.

—¿Tú padre también le puso los cuernos a tu madre para luego dejarla tirada con una hija de cinco años mientras se creaba su propia vida con otra mujer e hija?

Arion ladeó el rostro para mirarla antes de responder.

—Digamos que mis progenitores no se tenían tanto cariño como los tuyos, ni siquiera el tiempo suficiente como para tener en cuenta a su único hijo.

Aquella no era la respuesta que esperaba, con todo, trajo consigo una realidad en la que no se había parado a pensar en los últimos dos días. Había muy poco o casi nada que supiera realmente sobre la vida del hombre que permanecía a su lado, aquel con quien se había casado.

—Mi llegada al mundo no fue algo que hubiesen previsto —concluyó él indicando con un gesto de barbilla hacia la mujer que se paseaba al otro lado de la calle—. Parece impaciente.

Cassie hizo una mueca.

—Siempre lo parece —respondió ella echando un vistazo al semáforo del paso de peatones frente al que esperaban—. Y sólo tengo una manera de traducirlo. Problemas.

El semáforo cambió a verde para los peatones y Cassie se lanzó a la calle con decisión. Arion la siguió con la mirada mientras se acercaba a la mujer que había reconocido como su hermana. Su aspecto y figura encajaban más con las portadas de *Vogue* que en el marco que le confería la tienda de esoterismo ante la que se paseaba y físicamente, no se parecían en nada. Alta, un par de centímetros más que Cassie, posiblemente debidos a los altísimos tacones sobre los que caminaba, con el largo pelo rubio oscuro rizado y unas facciones clásicas, no se parecía en nada a su esposa. Donde la mirada de Cassie era limpia e inocente, en esta mujer los ojos marrones perfilados y maquillados se mostraban fríos, calculadores, hablaban de celos, insatisfacción y una inseguridad propia de las mujeres de su clase. Incluso su vestuario distaba mucho de parecerse a las prendas sencillas y en ocasiones anodinas de Cassandra, toda ella proclamaba dinero, exotismo y clase.

No había un sólo rasgo que pudiese relacionar a aquellas dos mujeres como las hermanas que eran.

—¡Al fin! ¿Dónde te habías metido? ¿Es que no escuchas los mensajes de tu contestador automático? Te dejé uno hace dos días avisándote que hoy me pasaría por la ciudad para hablar contigo.

Cassie la miró al pasar por su lado de camino a la puerta de la tienda.

—Hola Eloise, estoy bien, gracias por preguntar —fue la cortante respuesta que recibió de la muchacha mientras hurgaba en el bolso en busca de las llaves.

—¿Para qué quieres un teléfono si nunca lo coges? —insistió la mujer sin dejar de hablar—. Papá ha preguntado por ti, sigues sin devolverle las llamadas.

La mirada marrón de Cassie la observó a través de sus pestañas.

—¿Y eso debería ser una novedad?

La mujer apretó los labios en un agrio mohín como si le molestara oír tal respuesta.

—¿Dónde has estado?

Cassie soltó un pequeño bufido.

—No creo que sea de tu incumbencia, pero ya que lo preguntas con tanta amabilidad... —respondió con profunda ironía—. He estado algo ocupada este fin de semana, en realidad ni siquiera estuve en Cardiff.

Una suave risa masculina interrumpió el intercambio entre las dos mujeres.

—Eso es quedarse corta, *pouli* —aseguró Arion deteniéndose a su lado, su mirada calibró durante un breve instante a la mujer antes de volverse hacia su esposa quien parecía tener problemas para encontrar las llaves en el pequeño bolso—. ¿Puedes con eso o necesitas ayuda?

Sacando las llaves del bolso se las tendió a Arion, su mano temblaba mientras las dejaba en la palma masculina.

—Me vendría bien un poco de ayuda, gracias —aceptó al tiempo que se hacía a un lado y volvía su atención de nuevo hacia su hermana, la cual estaba examinando al recién llegado con una mezcla de curiosidad y sorpresa.

—¿Alguna razón en especial para que hayas decidido dejarte caer por aquí, Eloise?

La intervención de Cassie hizo que la mujer volviese la atención sobre su hermana.

—¿Ahora también pagas servicio a domicilio?

Un suave soplido escapó de entre los labios de Cassie, por muchas veces que la oía, no era capaz de evitar sorprenderse ante la continua animosidad que Eloise parecía sentir hacia ella. Cuando era niña había pensado que se debía al hecho de que había entrado en su hogar convirtiéndose en una intrusa, pero después de tanto tiempo, sabía que no podía tratarse solamente de eso.

Movida por la necesidad de desquite y ganar aunque sólo fuese una vez la silenciosa contienda que siempre parecía darse entre ambas, Cassie sonrió ampliamente.

—No creo que mi marido acepte que le pague por llevar la compra que él mismo ha hecho —respondió al tiempo que se pasaba los dedos por el pelo, arrastrando un rebelde mechón tras la oreja. El movimiento fue estudiado, permitiendo que su interlocutora viese la alianza en su dedo—. Ni tampoco que se lo considere un repartidor de comida a domicilio.

Los ojos marrones de su hermana se clavaron con certera puntería en la mano de Cassie, el brillo de incredulidad que iluminó sus ojos acompañado por el inusual temblor en su labio inferior fue suficiente, hablaban por si solos.

—Tienes que estar de broma, ¿te has casado? —le preguntó alzando ahora sus ojos a los de su hermana—. Pero... cómo... cuándo... tú no... no has salido con nadie en toda tu vida.

Y esa era su adorable y cariñosa medio hermana.

—¿Se ha promulgado alguna ley que diga que tienes que llevar nueve años de noviazgo para poder casarte y yo no me he enterado? —respondió con profunda ironía—. Me rompería el corazón saber que he violado la ley.

Tanto o más como se le rompía ahora mismo ver la cara de incredulidad en el rostro femenino.

—¿Te has quedado embarazada? ¿Es eso?

Curiosamente, aquella pregunta era una que había preocupado a Cassie después de despertarse al lado de Arion. Sí, le había preocupado durante cinco largos minutos, hasta que su mente pudo volver a ponerse en funcionamiento para hacerle recordar que había empezado a tomar la píldora un par de semanas antes, después de decidir que había llegado el momento de ponerle fin a su indeseada virginidad. No había dejado de tomarla desde entonces, y su periodo no le tocaba hasta dentro de otras dos semanas.

Ignorando a propósito la pregunta, cambió de tema. Que pensara lo que quisiera de ella, no le importaba.

—Confío en que no te habrás tomado la molestia de recorrer miles de kilómetros sólo para interesarte por mi vida privada, Eloise —comentó Cassie retando a la mujer con la mirada—. ¿Qué es lo que quieres?

La mujer echó un vistazo a la tienda cuando las luces se encendieron en su interior antes de volverse hacia su hermana.

—Papá ha tenido una recaída estos últimos meses, su estado de salud es delicado —explicó por fin—, los médicos le han aconsejado que baje el ritmo de trabajo y se tome las cosas con calma, tiene la presión demasiado alta y su corazón podría sufrir las consecuencias como ya le ocurrió el año pasado.

Cassie se mostró indiferente.

—¿Y?

La mujer se tensó y apretó los labios.

—También es tu padre, Cassandra.

Aquello si sorprendió a Cassie, no por las palabras si no por el rencor que creyó oír en ellas.

—Tienes que llamarle, hablar con él, a ti te escuchará —continuó la mujer haciendo un profundo mohín—. Algo insólito teniendo en cuenta que nunca le coges el teléfono o respondes a sus llamadas, pero sigue siendo tu padre y aunque prefieras perder el tiempo en esa tienda entre velas, piedras y esas supercherías tuyas espero que al menos te quede un gramo de consideración como para no dejarle morir

sin haber hablado con él ni una sola vez por algo que ocurrió hace tanto tiempo. Tendrías que estarle agradecida de que se hubiese hecho cargo de ti cuando esa mujer terminó muerta en la carretera.

Cassie apretó los dientes, alzó la barbilla con gesto orgulloso y contó mentalmente hasta diez para poder responderle con tranquilidad, esa mujer no merecía que mostrase sus verdaderos sentimientos, ninguno de ellos se lo merecía.

—Ten cuidado con tus palabras, Eloise, estás hablando de la mujer que me trajo al mundo y cuidó de mí lo mejor que supo, incluso cuando el cabrón de su marido la dejó sola con una niña de cinco años y se marchó a vivir con su amante.

La mujer se tensó y abrió la boca para responder pero ella no le dejó.

—Ahórratelo, hermanita —espetó Cassie escupiendo prácticamente la palabra—. Soy dueña de mi propia vida desde el momento en que el juez dictaminó que podía valerme por mí misma y me concedió la emancipación con dieciséis años, no le debo nada a ese hombre, ni tampoco tengo nada que agradecerle.

—Se te olvida que fue él quien te recogió cuando murió esa... mujer.

Cassie se encogió de hombros.

—Sí, lo hizo. Después de dejar que una niña de quince años tuviese que bajar a la morgue del hospital para reconocer el cadáver de su madre —respondió con profunda frialdad—. Una postal cada año, una llamada o dos al mes... no van a cambiar eso.

Respirando profundamente para mantener sus emociones bajo control, Cassie se dispuso a terminar con aquel breve encuentro.

—Si tienes algún problema con tu familia, querida, tendrás que solucionarlo tú —le aseguró con frialdad—. Para mí no sois nada, ni tú, ni esa mujer ni siquiera él. No le deseo la muerte a nadie, pero si el muriese mañana, no esperes verme derramar si una sola lágrima sobre su tumba.

Satisfecha con la palidez causada en el rostro de su medio hermana, Cassie dio media vuelta y entró en su tienda.

* * *

Cassie cerró la puerta tras ella y bajó lentamente la persiana mientras observaba como aquella mujer, su medio hermana, cruzaba la calle sin perder ni un segundo.

—¿Era necesario que clavaras ese dardo?

Ella se giró lentamente para encontrarse con la mirada azul de Arion sobre ella, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y postura desenfadada, el hombre se veía bien en medio de su tienda.

—Sí, lo era —se encontró respondiendo en un susurro, sus ojos abandonaron los suyos al mismo tiempo.

Arion chasqueó la lengua y suspiró.

—A mí no puedes mentirme, Cassandra.

Ella no se retractó, pero tampoco respondió, se limitó a cerrar la puerta a sus espaldas y atravesó la parte baja de la tienda hacia las escaleras que llevaban al primer piso.

Arion negó con la cabeza y la siguió.

—Negando lo evidente no conseguirás que el dolor sea más llevadero, Cassandra.

Ella se detuvo al pie de las escaleras, su mano izquierda apretando con fuerza el pasamanos.

—¿Y qué es lo evidente, según tú? —murmuró girándose hacia él—. ¿Qué soy una chalada que dedica su tiempo a jugar con piedrecitas y velas de colores? ¿Qué hace vudú o magia negra, que juega a mezclar

plantas y a clavar agujas en muñecos de paja? No es algo que no haya oído ya referido a mi persona, Arion y sinceramente me da lo mismo, la gente puede pensar lo que quiera de mí.

Arion no vaciló.

—Pero *ella* no es simplemente gente, *pouli*, es de tu propia sangre —aseguró acercándose lentamente hacia Cassie—. Y duele que alguien que comparte tu sangre no te quiera, duele saber que aquel que debería haber cuidado de ti, no lo haya hecho, pero el negártelo a ti misma no hará que deje de doler, Cassandra, al contrario, sólo hace más daño.

Ella alzó su mirada marrón hacia él, en sus ojos podía verse una mezcla de resentimiento y pesar además de un profundo dolor.

—No recuerdo haberte pedido opinión al respecto, así que, por favor, ahórratelo —pidió antes de continuar hacia el piso de arriba.

Arion resopló, se estaba perdiendo nuevamente a sí misma en aquellos amargos recuerdos y resentimientos, el pozo oscuro en su alma volvía a tirar de ella con suficiente fuerza como para arrebatársela y no era algo que pudiese permitir.

Puede que no hubiese deseado una esposa, pero ahora que la tenía, que esa mujer atada a su vida era Cassandra, haría todo lo que estuviese en su mano y más allá para romper esa oscuridad y traerla de nuevo a la luz.

Subió tras ella para encontrarla nuevamente sentada al lado de la mesa camilla con aquel mantel azul noche, sus manos jugaban con las piedras de colores que había diseminadas sobre la mesa, unas piedras que respondían al poder natural en su interior absorbiendo la oscuridad y transformándola en una tenue y apenas imperceptible luz.

—Cassandra —la llamó.

—Ahora ya sabes la clase de persona que soy —murmuró acariciando las piedras bajo sus manos—. Diría que odio a mi propia familia, pero para eso debería tener una familia y para mí ellos no son más que extraños.

—Los lazos de sangre no siempre forman la verdadera familia, *pouli*.

Ella asintió, esa era una gran verdad, ella tenía la prueba en Astrid y Violet.

—Sí, es verdad.

Arion posó la mano sobre su hombro un instante para luego acariciarle la mejilla.

—Eso no lo dudes.

Cassie se inclinó hacia su contacto, entonces giró el rostro oteando el aire con la nariz como un pequeño cachorrillo.

—¿Eso qué huelo es mi hamburguesa?

Arion sonrió y sacó la bolsa que había hecho aparecer a su espalda.

—Supuse que a pesar de todo tendrías hambre —le aseguró tendiéndole la bolsa con la comida para llevar que habían comprado.

Cassie la cogió al tiempo que arrastraba las piedras hacia un lado.

—Mi hamburguesa con beicon y queso —gimió de placer al meter la nariz en la bolsa y aspirar—. Te sorprendería la de tiempo que hace que no pruebo una.

—No es la comida más sana del mundo, pero es algo a lo que poder echar mano —aceptó Arion indicando las piedras que ella había apartado con un gesto de la barbilla—. ¿Terapia de choque?

Ella siguió su mirada al tiempo que empezaba a sacar el contenido de la bolsa.

—Algo así —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Tiene mucho que ver con la energía natural de las piedras y sus propiedades, me ayudan a relajarme y a liberar tensiones.

Aron esbozó una perezosa sonrisa.

—Es posible que se deba a algo más, *pouli* —murmuró acariciando una de las piedras con la yema de los dedos—, pero eso solamente podrás descubrirlo cuando te permitas dejar esa coraza que vistes y que

mantiene a la gente alejada de ti.

Cassie le miró mientras distribuía el contenido de la bolsa para los dos.

—¿Qué quieres decir?

—Que hay mucho más en ti de lo que se ve a simple vista, pero tienes miedo a dejarlo salir, así como lo tienes de dejar entrar a la gente.

—Yo no mantengo a la gente alejada de mí —murmuró en apenas un susurro, casi como si estuviese sopesando sus propias palabras—. Sin duda tú eres la prueba de ello, he intentado mantenerle lejos de mí de todas las maneras posibles y mira, sigues aquí.

Arion esbozó una sonrisa y cogiendo una de las hamburguesas de encima de la mesa, se sentó a su lado, utilizando la repisa de uno de los ventanales como asiento.

—Yo no soy tan fácil de ahuyentar —le aseguró contemplándola con la luz del sol realizando su mirada y cabello—, por no mencionar que tengo un contrato que me vincula a ti durante siete días.

Cassie puso los ojos en blanco.

—Todavía no les he agradecido a Astrid y Violet ese detalle —murmuró abriendo el botellín de agua para beber un largo trago—, quizás debiera coger uno de los libros de magia blanca que hay a la venta e intentar un hechizo para dejarlas calvas. Eso sin duda mejoraría mi humor.

Arion sonrió en respuesta.

—No estoy muy seguro de que fueran a agradecértelo.

Ella sacudió la cabeza.

—No, supongo que no.

Cassie se quedó un instante en silencio, su mirada concentrada en quitarle el envoltorio de la hamburguesa que tenía en sus manos.

—¿Arion?

Él alzó la mirada al oír su nombre.

—¿Sí?

Ella se lamió los labios, como si estuviese buscando las palabras exactas para formular la pregunta que daba vueltas en su mente.

—¿Por qué no puedo recordarlo? —murmuró acariciando su alianza con la yema de los dedos—. Por más que lo he intentado, mi mente está en blanco, no consigo rescatar nada de lo que ocurrió, en ocasiones me pregunto si realmente sucedió algo, quiero decir. Yo no suelo beber y tampoco salgo tanto de copas como puedas pensar, nunca antes en mí vida me había emborrachado, pero sí es verdad que el alcohol me produce dolor de cabeza y aquella mañana... —Cassie negó con la cabeza—. Me encontré desorientada, algo mareada, pero no como si hubiese bebido más de la cuenta, por ello me ha dado por pensar que quizás, en algún momento, quizás alguien metió algo en mi bebida.

Arion buscó sus ojos.

—¿Estoy siendo acusado de algo?

Ella negó con la cabeza.

—No, aunque parezca estúpido, no te creo capaz de algo así —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. No creo que lo necesites para llevarte a una mujer a la cama.

Cassie negó con la cabeza.

—Es igual, olvídalo.

Pero no podía hacerlo, al contrario que ella sí tenía recuerdos de aquella velada, poco a poco estos iban volviendo a su mente, eran fragmentos inconexos, algunos más claros que otros, piezas de un puzle que poco a poco iban encajando en su lugar.

—Mis recuerdos de aquella noche están todavía algo desordenados —aceptó con un mohín—, no estoy seguro de que puedan ayudarte para desbloquear tus propios recuerdos, pero si puedo asegurarte que cuando te encontré frente a la Fuente Belagio, ya tenías una copa en la mano y estabas embriagada.

Cassie se concentró un momento en su hamburguesa como si en ella se hallasen las respuestas que necesitaba.

—Las tres habíamos decidido salir esa noche para ver los casinos más famosos, las atracciones, nuestra primera parada fue la fuente, estuvimos viendo el juego de luces, pero después ya todo es confuso, creo que me separé de mis amigas... —suspiró y sacudió la cabeza al tiempo que le daba un buen mordisco a la hamburguesa—. A partir de ahí, todo es humo.

Arion se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre los muslos.

—Recuerdo ligeramente nuestra boda, pero no sé ni cómo ni por qué llegamos allí —aceptó él con un mohín—, había alguien vestido de Elvis y una mujer como Marilyn, mi alianza rodó por el suelo, se te escapó y te echaste a reír y entonces ese Elvis gritó “Eureka”. No estoy seguro de si ese es el orden correcto.

Ella se echó a reír.

—Vaya lío —sonrió a pesar de todo—. Aunque tú pareces no habértelo tomado tan mal.

Encogiéndose de hombros, señaló.

—Las cosas podrían haber salido mucho peor —aseguró mirándola—, no recuerdo haber utilizado protección.

Cassie se sonrojó y asintió.

—Yo estaba tomando la píldora.

—Ahora lo sé —aceptó él, quien no parecía tan incómodo como ella con todo aquel asunto.

Suspirando, ella alzó la mirada una vez más.

—¿Tu jefe no puso el grito en el cielo cuando supo que te habías casado? —murmuró con curiosidad—. No debe ser muy común el matrimonio en una Agencia de Citas, ¿no?

Una irónica sonrisa curvó los labios masculinos.

—Nick sin duda lo pasó mucho mejor que yo cuando supo que no sólo me había casado, si no que lo había hecho con mi nueva cliente —aseguró con un resoplido—. La ironía de aquello todavía no se le escapa.

—¿No hay ninguna cláusula que diga algo sobre las relaciones personales mezcladas con las profesionales? —comentó ella con cierto escepticismo—. No sé, pero no creo que a una novia o esposa le haga gracia que su hombre se esté tirando a otra, justificándolo como un “trabajo”.

Arion bufó.

—No conozco a ningún miembro de la agencia que esté casado o tenga pareja fija, excepto yo —respondió con ironía—. Y en mi caso, mi cliente y mi esposa son la misma persona, la cual tengo ahora mismo ante mí.

Cassie se lo quedó mirando durante un instante cuando una repentina pregunta se filtró en su mente, pero no tuvo valor para decirla en voz alta, hacerlo sería admitir algo para lo que no estaba preparada.

—¿Qué pasará cuando esto se termine?

—¿El contrato?

Ella asintió lentamente, aunque en su fuero interno sabía que no era eso lo que había preguntado.

—En ese momento, tendrás que tomar una decisión —le respondió con total sinceridad—. Pero todavía nos queda mucho tiempo, y no hemos hecho más que empezar a cumplir cada uno de tus requisitos.

Cassie se atragantó, literalmente. Empezó a toser y tuvo que echar mano de la botella de agua para poder tragar.

—Espacio, cariño, espacio —Arion le palmeó suavemente la espalda.

Ella se aclaró la garganta un par de veces más antes de hablar.

—Espera, lo de los requisitos —tosió una vez más—, dime que sólo era un mero trámite, un proceso de selección, algo.

Arion sonrió con diversión.

—¿Te molestaste en leer la letra pequeña del contrato o te quedaste en lo del Pacto?

Cassie bufó.

—Me lo leí por completo, tenía la esperanza de encontrar algo que lo rescindiera pero no hay ningún apartado que especifique el asuntillo de los requisitos, en realidad lo mencionaba muy escuetamente, diciendo algo así como...

—“Cada uno de los requisitos se cumplirán dando validez al contrato” —recitó Arion de memoria—. A mí me parece bastante específico, *pouli*. En realidad, uno de los puntos ya se ha cumplido incluso antes de haber firmado el contrato y el siguiente lo estoy cumpliendo a rajatabla.

Cassie frunció el ceño intentando recordar de memoria las locuras que había leído y que recordaba vagamente haberlas pronunciado con sus amigas entre risas en su primera noche en Las Vegas.

—No recuerdo que el primer requisito incluyese también el matrimonio —murmuró ella con cierta ironía.

Arion se encogió de hombros.

—Como dije, se cumplió antes de que firmases el contrato.

Cassie frunció el ceño.

—¿Cuál era el segundo requisito?

—Deseabas que tu compañero sólo hablase con la verdad —le recordó, su mirada azul acariciándole el rostro—. Tienes tanto miedo a que te hagan daño, te mientan, que te cuesta creer en la verdad de las personas. Ese ha sido uno de tus deseos más fervientes y bueno... eso me ponía a mí directamente en tu camino.

—¿Y eso por qué?

Arion se tomó un momento para responder.

—Eso te lo diré cuando llegue el momento de hacerlo.

Cassie abrió la boca para preguntar pero volvió a cerrarla mientras pensaba cuál había sido el segundo requisito.

—Sin mentiras —musitó ella alzando la mirada de nuevo hacia él—. Sin falsas apariencias.

Arion asintió lentamente y extendió la mano hacia ella, acariciándole la mejilla con los nudillos.

—Soy lo que ves Cassandra, no he ocultado mi identidad, el nombre que te he dado es mi nombre, mi patria es Grecia pero al igual que tú, hay cosas que no pueden ser desveladas —aceptó con total sinceridad—. Todavía no confías en mí lo suficiente como para manejar esa parte de la verdad, cuando lo hagas, cuando deposites realmente tu confianza en mí sin reservas, será el momento en el que pueda decirte lo que guardo.

Cassie se lo quedó mirando durante un buen rato, la hamburguesa olvidada ya en su mano.

—¿Ya estabas casado?

Arion negó con la cabeza y sonrió.

—No, *pouli*, tú eres mi primera y única esposa.

Frunciendo el ceño, Cassie ladeó la cabeza y continuó.

—No eres ex presidiario, ¿verdad?

Arion puso los ojos en blanco.

—Nop.

Ella pareció respirar entonces sólo para ponerse de pie de un salto.

—¿Eres gay?

Aquello sí dejó sin palabras a Arion.

—Cariño, a ti te parece realmente, después de todo lo que ha ocurrido entre nosotros, ¿qué puedo estar interesado en los hombres?

—Argg... olvida esa pregunta —aceptó pasándose las manos por la cara—. Olvida todo lo que he dicho, ha sido una soberana tontería.

Cassie se terminó la hamburguesa y suspiró.

—Hoy es uno de esos días en los que no debí haberme levantado de la cama.

Arion sonrió con satisfacción masculina.

—Sin duda lo habríamos pasado mucho mejor.

Cassie lo miró y resopló. Hombres, para ellos el sexo era el lenguaje universal.

—En fin, esta tarde tendrían que llegarme unas cajas que pedí así que aprovecharé para hacer un poco de limpieza por aquí y si tengo suerte, vender algo —murmuró más para sí que para Arion que la miraba desde su lugar en la ventana.

—¿Pasarás toda la tarde aquí?

Cassie lo miró y arqueó una ceja de modo irónico.

—¿Demasiado para ti?

Negando con la cabeza señaló hacia el exterior con el pulgar.

—He dejado el coche en un aparcamiento privado, no precisamente el que me indicaste al otro lado de la ciudad —comentó él—, si vas a estar aquí toda la tarde, aprovecharía para echarle un vistazo.

Aquella inesperada respuesta sorprendió a Cassie, estaba tan acostumbrada a las negativas de Arion a alejarse de su lado que el que fuese él quien sacara el tema la dejó sin palabras. Una reacción absurda, pensó, ya que aquello era precisamente lo que ella había estado intentando hacer desde el día anterior... antes de que pasara... lo que pasó.

—Em... sí, por supuesto. Bueno, ya era hora de hecho, ¿no?

Arion esbozó una divertida sonrisa.

—No voy a darte plantón ni esfumarme, Cassandra —le respondió con ironía—. Estamos casados, ¿recuerdas?

Ella le contestó con la misma ironía.

—Como olvidarlo cuando soy yo la que anda en busca de un abogado.

Arion señaló el anillo que brillaba en la mano femenina.

—No lo harás mientras lleves mi anillo.

Cassie le devolvió la sonrisa.

—¿Qué te apuestas a que sí?

Arion sonrió para sí.

—Lo que tú quieras apostar, *pouli*, lo que tú quieras.

Cassie estaba a punto de responder a su pulla cuando la melodía del Cascanueces de Tchaikovski sonó en el interior de su bolso.

—Esa es Astrid —murmuró para sí mirando el bolso como si fuese una serpiente de cascabel—. Seguro ya se ha enterado de lo ocurrido en la boutique, ella tiene un sexto sentido para estas cosas.

—¿El qué? ¿Qué nos enrollamos o que despedimos a la modista y conseguiste el vestido que deseabas?

Arion sonrió al ver como palidecía por sus palabras.

—Tranquila, cielo, no había nadie que oyese tus gemidos que no fuese yo.

Cassie apretó los labios y le dedicó una mirada fulminante antes de coger el teléfono lista para enfrentarse a los leones.

—¿Cassandra? —la detuvo Arion cuando estaba a punto de contestar—. A las diez en el Nero Café, no llegues tarde.

Arion le acarició los labios con los dedos antes de desaparecer por el fondo y finalmente salir de la tienda. Suspirando, Cassie volvió a mirar el teléfono con su sonido insistente, había llegado la hora de enfrentarse a la peor de las pesadillas.

Una novia en vísperas de su boda.

CAPÍTULO 11

—¡ARION! ¡Qué alegría verte por aquí!

El hombre no tuvo tiempo de traspasar la puerta del ascensor cuando una menuda rubia se lanzó directa a sus brazos, los ojos azul claro de la muchacha brillaban de alegría y diversión mientras le envolvía en un apretado abrazo.

—Aine, me has visto no hace ni tres días —se rió revolviéndole el pelo a la nereida, la telefonista y relaciones públicas de la empresa frente a los humanos—. ¿A qué viene tanta efusividad?

La muchacha le soltó y miró tras él como si estuviese buscando a alguien más, frunciendo el ceño se giró hacia él.

—¿Dónde está?

Arion arqueó una dorada ceja.

—¿Dónde está quien?

—Ella —insistió. Llevándose las manos a las caderas alzó la mirada hacia el piso de arriba—. No me digas que me la ha vuelto a jugar.

—Quizás si eres un poquito más específica podría ayudarte con tu deducción, preciosa.

La nereida se volvió hacia él y cambio de postura llevándose las manos a la espalda.

—Nick dijo que te habías emparejado —respondió con un puchero—, y con una humana. Quería conocerla.

Arion sonrió de refilón.

—¿Conocerla en el sentido bíblico de la palabra? Me parece que no, ella está fuera de tu alcance, Nereida —se rio de buena gana.

La muchacha hizo una mueca.

—¿De veras es una simple humana?

—No es simple en absoluto —le respondió en confidencia—, en ocasiones creo que es una verdadera bruja.

A la chica se le iluminaron los ojos.

—¿No hay ni una mínima posibilidad de que me la presentes? —preguntó poniéndole ojitos—. Riel tampoco me ha dejado que me acerque a su compañera Eireen, pero ella me ha sonreído, me gusta, es simpática.

Arion frunció el ceño.

—¿Riel ha estado aquí con su esposa? —aquella era la única forma en la que Aine hubiese podido conocer a la mujer.

La muchacha asintió y señaló el piso de arriba.

—En estos momentos están reunidos con Nick —le dijo en voz baja, como si aquello fuese un secreto—. Y es un milagro que todavía no se haya oído ninguna explosión o grito, Elphet salió llorando de su oficina una hora antes de que llegasen ellos y aunque le he preguntado qué le ocurría se ha cerrado herméticamente. Hoy nadie quiere contarme nada.

Arion sonrió, la nereida era una demonio muy joven, mucho más que su hermana la cual resultaba ser la secretaria personal de Nickolas y muy posiblemente una de sus amantes a juzgar por los cotilleos que volaban por la agencia. Las mujeres no podían ser más distintas, mientras una era suave y tranquila, la otra era un verdadero torbellino dispuesta a hacer travesuras.

—El que nadie quiera contarte nada no significa que no termines averiguándolo antes de que acabe el día Aine —le aseguró con cierta diversión—, eres toda una maestra en el arte de la persuasión.

La mujer sonrió con actitud seductora, se lamió los labios y se inclinó hacia delante dejando entre ver el valle de unos pequeños y llenos pechos, tenía un cuerpo apetitoso sin duda, pero a Arion no le decía nada.

—¿Y podré persuadirte a ti para tener una conversación un poco más íntima?

Arion se echó a reír, le cogió la barbilla con dos dedos y se la alzó para mirarla a los ojos.

—Esa clase de conversaciones las reservo para Cassandra, amor —le sonrió.

Ella hizo un mohín.

—No sé qué diablos tendrán esas humanas que consiguen a los mejores hombres de la agencia —suspiró—. En fin, todavía me queda Nishel.

Arion se limitó a sonreír sintiendo compasión por el hombre en el que la nereida había puesto su mira, especialmente ahora que el propio ángel caído tenía una nueva asignación.

—Subo a hablar con Nick, procura no hacer ninguna travesura mientras esté la mujer de Riel aquí, ¿de acuerdo?

Aine sonrió de lado.

—Vosotros los hombres, siempre pidiendo imposibles.

Sacudiendo la cabeza, Arion dejó a la mujer y enfiló por el tramo de escaleras que lo llevaba al piso superior dónde podía oír la voz de dos hombres riendo ante la declaración de una mujer. La voz de ella era suave, pausada y sincera, la verdad manaba de cada una de sus palabras sin esfuerzo alguno, no había nada en ella que suscitara un solo parche de oscuridad. Riel había hecho un buen trabajo en su mujer.

Llamando suavemente a la puerta, la abrió, encontrándose a su jefe apoyado en el escritorio sonriendo ante uno de los comentarios hechos por la sonriente y adorable mujer de rostro dulce que se sentaba al lado de Riel.

Los tres se volvieron hacia la puerta al oírlo entrar.

—Espero no interrumpir, Aine acaba de decirme que estabais aquí y me tomé la libertad de subir —comentó caminando tranquilamente hacia ellos para saludar a Nick con un gesto de la cabeza y tenderle a Riel la mano la cual aceptó con un cálido apretón—. Felicidades, por cierto, no tuve ocasión de decírtelo antes.

—Gracias —aceptó el moreno con actitud relajada y feliz al tiempo que se volvía a su esposa para presentársela—. Eireen él es Arion Catrides, uno de los agentes de la agencia y un buen amigo.

—Hola Arion, es un placer conocerte —respondió ella tendiéndole la mano con una cálida sonrisa.

—El placer es mío, Eireen —aceptó estrechando suavemente su mano—. Y felicidades por el bebé.

Ella se frotó la hinchada tripa y su radiante sonrisa pareció iluminarlo todo.

—Gracias.

—Nick acaba de dejar caer que te has... emparejado —intervino entonces Riel, con expresión curiosa.

—Entre otras cosas —aceptó de mala gana, finalmente suspiró—. Es una historia bastante larga y complicada —aseguró volviéndose hacia Nick—, mi esposa ha resultado ser una caja de sorpresas.

El hombre arqueó una ceja a modo de pregunta.

—¿Ah sí?

Aquella expresión de inocencia no engañaba a ninguno de los presentes, su jefe siempre iba un paso por delante de todos ellos.

—Sí, sin duda —aceptó con breve ironía.

—Bueno, nosotros tenemos que irnos ya —anunció Riel tendiendo la mano a su esposa para ayudarla a levantarse.

Nick asintió y se incorporó de su posición.

—Piensa en lo que hemos hablado, no me gustaría perder a uno de mis mejores agentes, ni siquiera por una mujer tan hermosa como la presente —galanteó a Eireen.

Ella sonrió en respuesta y negó con la cabeza.

—No te preocupes, se lo pensará, es más, te dará una respuesta antes de que acabe el día —le prometió besándole en la mejilla.

Riel rió ante la decisión de su esposa.

—¿Estás segura, cariño?

Eireen se volvió hacia él y le dedicó una mirada llena de amor.

—Siempre —aseguró y finalmente se volvió hacia Arion para despedirse—. Ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo.

Riel se despidió de su compañero e intercambió un par de palabras con su jefe antes de marcharse con su esposa dejándolos solos.

—Bueno, ¿vienes a decirme que has encontrado a la mujer de tu vida y dejas la agencia por ella?

Arion arqueó una ceja ante la irónica sugerencia en la voz masculina.

—No, en realidad estaba más preocupado porque fueses tú quien dijera tal cosa —aseguró Arion.

Nickolas resopló y le miró de medio lado mientras volvía a su lugar al otro lado del escritorio.

—Algunos deberían mantener la boca cerrada.

Arion lo siguió con la mirada y se sentó en una de las sillas que habían quedado vacías.

—Eso sería pedirnos demasiado —aseguró él poniéndose cómodo—. ¿Y bien? ¿Vas a decirme quién es ella?

Nick sonrió, si había un hombre entre los miembros de su agencia al que no podía mentir, era el que tenía frente a él.

* * *

—¡Esa bruja! ¿Cómo se atreve a llamarte gorda?

Astrid gritó por tercera vez en los últimos quince minutos, había entrado cual estampida por la puerta de El Oráculo para dirigirse directamente a Cassie quien estaba terminando de colocar algunas cosas en una de las estanterías cercanas al mostrador, Violet había entrado detrás haciendo un gesto de “córtame la garganta” que intuía se debía al tiempo que habría estado escuchando aquellas mismas palabras que ahora dirigía a Cassie.

Adoraba a sus amigas, eran las mejores, comprensivas, atentas y la querían y respetaban por lo que era sin importarles nada más, pero incluso ella sabía que cuando As se ponía en plan “defensora del pueblo”, nada podía detenerla, excepto un café maltés bien cargado.

—En realidad no me llamó gorda —murmuró Cassie interrumpiendo su discurso.

Violet alzó la mirada, la ironía brillando en sus ojos.

—Lo insinuó.

Cassie puso los ojos en blanco.

—Qué más da.

Su amiga no cedió.

—Lo hizo.

Suspirando asintió.

—Sí.

Astrid chirrió los dientes, su mano alzándose en un puño cerrado.

—Hija de perra.

Aquella era As cuando perdía los papeles.

—Oh, vamos, tampoco es algo que no supiese ya, no estoy ciega, sé que no soy una modelo, no tengo tu

figura, As —trató de razonar con ella.

—As está demasiado delgada —apuntó Violet.

Cassie puso los ojos en blanco.

—Vio, no la deprimas, se casa en un par de días.

—Violet tiene razón y nadie tiene derecho a hablar de esa manera de una de mis mejores amigas —terqueó la rubita—. Si no faltasen días para la boda, cambiaría inmediatamente de boutique.

—El vestido no quedó tan mal con los nuevos arreglos, incluso ha llegado a gustarme el color —aseguró Cassie intentando zanjar la discusión. Además, había disfrutado bastante de ver a la mujer perder el color cuando Arion arrancó el volante.

Violet se atragantó con el aire y empezó a toser al tiempo que la señalaba con un dedo.

—El matrimonio te ha vuelto loca, Cassie, es... ¡rosa, por dios!

Aquello empezaba a convertirse en una absurda discusión.

—¿Lo preferías en verde? —sugirió.

Su amiga se encogió de hombros.

—Yo quería negro, pero ella se negó.

—Nadie va a ir a mi boda vestida de negro —aseguró la novia.

Cassie suspiró.

—¿No os da la sensación de que ésta es una conversación de besugos?

—No, es una conversación normal entre nosotras —aseguró Violet con un ligero encogimiento de hombros—. Danos tiempo y terminaremos hablando de la paz mundial.

Astrid se acercó de nuevo a Cassie y tomó sus manos, sus ojos brillaban con infinita confianza.

—No hagas el más mínimo caso de lo que digan, cariño, tú no estás gorda.

—As, soy yo, Cassandra, ¿vas a venirme con éstas a estas alturas?

—Que no estás gorda, demonios —clamó ella pateando el suelo—. Que tengas una talla grande no quiere decir que estés gorda, no todo el mundo tiene la misma constitución y apuesto a que a tu marido le encanta tú figura.

Cassie abrió la boca para responder casi por inercia pero volvió a cerrarla, él había sido el primero en defenderla.

—Su opinión no cuenta.

—Al contrario, es la más importante —aseguró As alzando sus manos—. Pero cuéntame, qué tal... ya sabes... en la cama.

Cassie arrancó sus manos de las de su amiga a la velocidad de la luz, sonrojándose ampliamente.

—No puedo creer que hayas hecho caso a esta loca —respondió Violet con un suspiro al tiempo que se unía a As en su curiosidad—. Al menos habrá sido bueno.

Cassie sintió como sus mejillas estallaban en llamas.

—Sí... esto... bueno... lo fue, sí.

—¿Sólo bueno?

Ella sonrió sonrojándose un poquito más.

—Quizás un poco más que bueno.

Astrid se inclinó hacia ella.

—¿Memorable? ¿Ardiente? ¿Delirante?

Sus pensamientos volaron a su interludio en el probador.

—¿Es muy común que te de vueltas la cabeza y toda la habitación después de un orgasmo?

Las dos mujeres se la quedaron mirando fijamente aumentando su nerviosismo, quizás no debía haber dicho aquello.

—¿Te ha dado un orgasmo que te he da dejado con la cabeza dando vueltas?

Cassie vaciló.

—Más... o menos —susurró.

Las dos mujeres estallaron en silbidos, gritos y vítores.

—Oh, dios, sabía que tenía que ser bueno —aseguró Astrid—, los chicos de la Agencia siempre lo son.

—A eso le llamo yo estrenarse con clase.

—Y que lo digas, querida —aseguró As abrazando a su amiga—. ¡Por fin! ¡Bienvenida al club del sexo!

Cassie se echó a reír ante la efusividad de su amiga.

—Lo dices como si hubiese que descorchar una botella de champán.

Violet asintió.

—Eso que no falte.

—¿Cómo fue? —la animó As. Las amigas solían contárselo todo, a veces demasiadas cosas en opinión de Cassie—. ¿Estuvo a la altura?

—No lo sé, supongo... sí... oh, ¿tenemos que hablar de esto?

—Va a estallar en llamas si continúas así, As —se rió Violet.

—Y sólo lleva con él dos días, espera a que termine la semana, entonces sólo balbuceara —se rió su amiga al tiempo que la miraba como si le hubiese salido una segunda cabeza o hubiese cambiado de color de pelo—. Es estupendo verte así.

Aquello cogió a Cassie descolocada.

—¿Así cómo? —preguntó sorprendida.

—Pues sin estar al borde de un ataque de nervios como cuando aterrizamos en el aeropuerto —aseguró Violet apoyándose en el mostrador—, cuando lo viste pensé que te desmayarías a sus pies, estabas blanca como el papel y después... ¡puf! Desapareciste. Tengo que reconocer que me encantó, te aplaudí incluso, esperaba que al menos tú de las tres tuvieses buen juicio, pero bueno, viéndote ahora y sabiendo que has hecho que la modista se coma sus volantes, sólo puedo felicitarte, no cabe duda que ese hombre te ha sentado bien.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Esperad, esperad, no es posible que estéis pensando... —negó ella levantándose y alejándose de los tejemanejes de sus amigas—. Esto es algo pasajero, yo no... Arion es... esto... es... un contrato, por lo de la Agencia, que por cierto... ¡¿Cómo se os ha ocurrido escribir esos requisitos?!
Violet señaló a Astrid.

—Astrid y el champán ya sabes que son una combinación letal, nena —aseguró la mujer—, y ni que decir que nosotras dos no estábamos mucho mejor con ese delicioso vino. Si una de nosotras es peligrosa sola imagínate las tres... ¡Boom! La hecatombe. Confieso que era la primera vez que oía hablar de esa Agencia, no la he visto anunciada en ningún lugar.

As le hizo un guiño a Cassie y se volvió hacia ella.

—Es uno de esos raros descubrimientos que hago a veces, ya lo sabes —aseguró enlazando a su amiga por encima de los hombros—. Quizás debiéramos buscarte un agente también a ti.

Violet miró a su compañera y chasqueó la lengua.

—No gracias —negó ella—. Dani se pondría celoso.

—Dani no te hace ni caso.

—Eso es porque todavía no se ha encadenado conmigo a un árbol, sólo espera, no volverá a ser el mismo.

—De eso estoy segura —respondieron las otras dos al unísono y entonces todas se echaron a reír.

—Deberíamos celebrarlo —aseguró As.

Cassie la miró.

—¿Celebrar el qué?

—Ay, señor, el sexo ha hecho cortocircuito en tu mente —se quejó As—. ¿Qué va a ser? Tu ingreso en

el club del sexo, ¿nos vamos al Café Nero?

—Me gusta la idea —asintió Violet.

Cassie dudó, había quedado en encontrarse con Arion por la noche en la cafetería dónde se habían visto el día anterior y estaba la tienda, aunque ese día pareciera que la gente iba a pasarse el día rehuyéndola.

—Tendría que cerrar —murmuró ella mirando a su alrededor. Las cajas que habían quedado en traerle las habían dejado ya a un lado de la escalera y todavía tenía que colocar la mercancía—, y tengo mucho trabajo pendiente.

Sus amigas echaron un vistazo alrededor.

—¿Haciendo qué? No hay ni un alma.

Cassie suspiró.

—Estamos a finales de mes, Cassie, no hay dinero, ya lo sabes —aseguró Violet.

—Supongo que podría cerrar antes —murmuró mirando su reloj—, después de todo había quedado en reunirme en el Café Nero con Arion a partir de las diez y media.

Astrid la abrazó una última vez y soltándola fue a recuperar su bolso.

—Estupendo —aseguró con una amplia sonrisa—. Nos dará tiempo a ir de tiendas y a pasarnos luego por el Café antes de tu cita.

—¿De tiendas? —ahora fue el turno de Violet de preguntar mirando a la compañera.

—Sí, de tiendas —aseguró señalando a Cassie—, a Luxerisy.

—¿Luxerisy? —Violet esbozó una irónica sonrisa—. Oh, Cassie, lo siento mucho por ti, querida, pero esta tarde estallarás en llamas.

—¿Qué? —gimió la aludida.

—Luxerisy es la mejor y más picante tienda de lencería de todo Cardiff —aseguró Violet con una pícara sonrisa—, y cuando digo picante, quiero decir, pi-can-te.

Cassie gimió.

—Oh, dios.

As le dedicó una de sus picaronas miradas, aquella que conseguía que siempre se saliese con la suya.

—Sí, sin duda eso es lo mismo que pensará Arion en cuanto te vea.

Cassie no estaba segura de ello, ni siquiera estaba segura de poder sobrevivir a esa tarde de compras. Adoraba a sus amigas, pero eran terroríficas cuando se les metía algo en la cabeza.

CAPÍTULO 12

ARION la sintió antes incluso de entrar en el local, su mirada fue directamente a una de las ventanas del segundo piso dónde la vio riendo, frente a ella estaba una de las ruidosas mujeres que había conocido en el aeropuerto, la rubita, según había podido averiguar tras su interesante conversación con Nick, fue una de sus clientes y el motivo de que lo recordase tenía que ver con un arreglo personal del que su jefe no había tenido la intención de hablar. Cuando había insistido, Nick se había limitado a encogerse de hombros y decirle que pertenecía al pasado.

Lo había encontrado más taciturno que de costumbre, fuese quien fuese su siguiente asignación prometía traer consigo un duro momento para el presidente de la Agencia Demonía.

Haciendo a un lado sus pensamientos entró en el local el cual estaba tan lleno como la noche anterior, surfando entre las mesas llegó al tramo de escaleras que conducían al piso superior y continuó su camino para reunirse con su esposa, la mujer que ahora mismo inundaba sus pensamientos.

—¿Otro café, chicas? —preguntó la camarera con una sonrisa. Ya las conocía de las veces que solían pasarse por allí.

—Para mí no, gracias Eva —sonrió Violet.

—Yo me tomaré otro Maltés —aceptó Astrid antes de volverse hacia Cassie, la cual estaba mirando su reloj una vez más—. A Cassie tráele una tila o le dará un ataque de nervios antes de que llegue su hombre.

—No es mi hombre —murmuró ella ocultando la mano del reloj.

Violet se rió.

—¿Qué entonces? ¿Tu chico personal? O espera, lo tengo... el que te deshace la cama.

Cassie le lanzó un sobre de azúcar sin abrir.

—Sólo es...

—Tu marido —respondieron las dos mujeres a la vez con una amplia sonrisa—. Y menudo macizorro te has agenciado.

—Eva, no le traigas otro Maltés, tráele un cubo de agua para vertérselo por la cabeza —chasquéó Cassie.

—No creo que eso la enfriara, cielo —aseguró Violet consultando ahora ella su reloj—. Uy, pero si son ya más de las diez, con razón tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre —aseguró As mirándola de arriba abajo—. Y es un misterio dónde lo metes.

—En el estómago, ¿dónde si no? —aseguró su amiga acariciándose la tripa—. ¿Habéis probado ese nuevo restaurante de comida china? Es el que está pasando el puente.

Ambas mujeres negaron con la cabeza.

—Hace siglos que no voy a un restaurante —aceptó Cassie.

—Yo fui ayer con Edgard —aseguró la futura novia—, al mismo restaurante de siempre, pero es que me encanta la lasaña de setas que preparan allí. Hoy tenía su despedida de soltero, no quiso decirme a dónde iban a ir a celebrarla, pero conociendo a su mejor amigo, terminarán con una borrachera que le durará hasta el día de la boda.

Violet sonrió.

—Entonces podrás acompañarme a cenar al nuevo restaurante —le respondió palmeándole la pierna—, podrás hartarte de rollitos de primavera.

—Rollitos de primavera, qué ricos —murmuró Astrid que casi podía saborearlos.

—Cassie, ¿te apuntas? —sugirió su amiga.

Cassie agradeció el gesto pero sacudió la cabeza.

—Ya sabes que la comida china y yo no somos afines, de todas formas gracias —aceptó sonriendo—, además, ya he quedado.

—Um, sexo tórrido, húmedo y muy, muy caliente —ronroneó Astrid al tiempo que levantaba la bolsa de la tienda de lencería que tenía a su lado—, es el momento perfecto para estrenarlo.

Tendría que estar totalmente borracha y volver a olvidar haberse casado y acostado con alguien para que se pusiera el modelito de lencería que sus amigas le habían hecho comprar por propia voluntad.

—Sois incorregibles —respondió ella negando con la cabeza—. Absolutamente incorregibles.

—Sí, lo somos —aceptó Astrid antes de echarse a reír—. ¿No es fantástico?

—No, estáis locas —aseguró Cassie echándose a reír también.

—Buenas noches.

La inesperada voz masculina hizo que las cuatro mujeres, camarera incluida se volvieran hacia el recién llegado. Arion recorrió a todas las presentes con la mirada antes de fijarse en su esposa quien le sonrió con calidez, aquella era la primera sonrisa voluntaria que Cassandra le dedicaba.

—Hola —lo saludó ella.

—Y aquí está el hombre del día, o de la noche —comentó Astrid levantándose—. Es un placer volver a verte, Arion Catrides.

Arion arqueó una ceja a modo de pregunta, pero Cassie se limitó a encogerse de hombros.

—Y con lo mismo nos despedimos ya —aseguró As tirando de su amiga para ponerla en pie—, Violet y yo ya nos íbamos, estábamos haciéndole compañía a Cassie mientras esperaba.

—Por mí no hace falta que os marchéis —aseguró Arion mirando a su compañera y luego a las dos mujeres—. El local es lo suficiente amplio para los cuatro.

Astrid sonrió y le dedicó un guiño a Cassie.

—No te preocupes, el jueves te hartarás de mi presencia, tenemos una cena, ¿recordáis?

Cassie parpadeó.

—¿Qué cena?

—Me parece que tu amiga se refiere a la invitación relámpago que nos hizo esta mañana cuando tenías puesto el manos libres, *pouli*.

—Oh —respondió Cassie sintiéndose avergonzada. Lo había olvidado por completo.

—Ya habéis dicho que sí, Cassie, no puedes echarte atrás —aseguró con una amplia sonrisa—, será divertido.

—Por supuesto, cuenta con nosotros —respondió Arion mirando a su compañera y finalmente a la mujer.

—¡Fantástico! —sonrió la mujer antes de coger a Violet por el brazo y empezar a tirar de ella—. Bueno, pues nos vemos el jueves, Cassie, te llamaré a eso de las doce para decirte exactamente dónde quedamos. Que tengáis una buena noche.

—Buenas noches, chicos —se despidió así mismo Violet, a quien casi llevaban a rastras.

—Buenas noches.

—Hasta mañana —murmuró Cassie viéndolas desaparecer para finalmente mirar a su marido y encogerse ligeramente de hombros—. Esa, es As... nunca acepta un no por respuesta.

—Empiezo a entender el por qué —aceptó inclinándose sobre ella para besarla suavemente en los labios—. Hola, *gynaika*.

—Hola —susurró Cassie lamiéndose los labios tras su beso mientras Arion tomaba asiento frente a ella y echaba un vistazo a la habitación—. Así que, aquí es dónde vienes a esconderte —murmuró. El reservado que había en la primera planta empezaba prácticamente vacío, la última de las parejas que había ocupado una de las mesas del rincón estaba marchándose ya. Las butacas de piel marrón glaseado eran

bajas pero cómodas y suficientemente amplias para acomodar su cuerpo, una pequeña mesa redonda había ejercido de barrera protectora entre ellos.

Arion echó un vistazo por la ventana, la calle se veía iluminada y vacía, la lluvia había hecho que la mayoría de los transeúntes se decidieran por recogerse en sus casas.

—Es un lugar sin duda acogedor —concluyó deslizando la mano por el panel de madera que recorría toda la pared a media altura, dotándola de una amplia cerca de madera a juego con el color del piso. El tono blanco de la pared hacía que la habitación no se viese empequeñecida y le aportaba claridad—, y el café no está nada mal.

—Nosotras solemos venir bastante por aquí, o al menos solíamos hacerlo antes, cuando teníamos algo más de tiempo —murmuró llevándose la taza a los labios—. Entre la boda, los preparativos y la locura de despedida de soltera... no hemos tenido oportunidad de sentarnos a tomar un café como antes.

—Sin duda un rápido récord para un fin de semana, ¿huh?

—No te haces una idea —suspiró dejando la taza sobre la mesa.

—En realidad sí.

Arion sonrió al verla recoger las piernas en su asiento, haciéndose un ovillo en el sofá, el vestido de punto se le subió mostrando medio muslo, las gruesas medias moldeaban sus piernas mientras las botas forradas con borreguillo le abrigan los pies. El pelo que normalmente traía suelto lo había recogido en una cómoda trenza que le caía ahora sobre el hombro, la misma con la que estaba jugando distraída. Era extraño como el verla así lo excitaba y ponía duro, no era como si llevase prendas provocativas o reveladoras. Cassie era del tipo de mujer práctico, prefiriendo vestir cómodamente a sufrir por estar guapa y a pesar de todo para él era hermosa, adorable en un modo puramente sensual.

—¿Ya estás cansada?

Ella alzó sus ojos castaños encontrándose con su mirada.

—Es la calefacción —murmuró acomodándose—, me deja amodorrada, con ganas de acurrucarme en el sofá.

Arion apartó las manos y estiró las piernas que hasta el momento había mantenido cruzadas.

—Ven a acurrucarte conmigo.

Ella sonrió perezosamente.

—No te vas a salir con la tuya esta vez —respondió y se inclinó para coger su café—, faltan un par de horas para las doce y no sé si quiero estar cerca de ti cuando se te mete en la cabeza hechizarme de esa manera con el Pacto.

Arion esbozó una divertida sonrisa.

—No es ningún hechizo, el Pacto sólo saca a la superficie aquello que permanece oculto en tu interior, es una forma de... liberación.

—Háblame de ello —pidió entonces—. ¿Cómo se supone que funciona? ¿Por qué... por qué no puedo decirte que no?

Arion se echó hacia delante y cruzó las manos apoyando los antebrazos sobre las rodillas.

—El Pacto no es una imposición, si realmente desearas decir “no” podrías hacerlo y yo tendría que plegarme a tus deseos —explicó sin andarse por las ramas—, no estás esclavizada, digamos simplemente que tu voluntad se convierte en la mía, tus inhibiciones se desvanecen y surge tu verdadero ser, aquel que has estado reprimiendo.

Y ello permitía también que él pudiese alcanzar el dolor y la oscuridad anidada en su alma y diluirla haciéndola desaparecer, derribando sus dudas y todo aquello que la oprimiese, liberando su alma.

—Sí realmente hubieses querido decir “no” en algún momento de anoche, me hubiese detenido y hubiese buscado el motivo, aceptándolo si fuera ese tu verdadero deseo —aseguró bajando su tono de voz una octava—, pero tu deseo era otro, uno más en consonancia con los míos.

Ella se estremeció al recordar la extraordinaria noche de sexo que habían compartido, la suavidad y

delicadeza con que la había tratado había rivalizado con la pasión y la experiencia que había esgrimido dirigiéndola en unos juegos en los que nunca antes había participado. Puede que no tuviese claros sus recuerdos de la primera noche con él, pero de algún modo, ese remordimiento había quedado atrás bajo sus atenciones y el aire juguetón con el que la había despertado por la mañana, en su cama, la cama de ambos... Diablos, todavía no podía creer que ese hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa fuese su marido y que la deseara, a ella, a alguien tan normal como ella.

—¿Vuelves a pensar en tonterías?

La sexy y masculina voz de Arion la devolvió al presente, él se había recostado contra el sofá, extendiendo los brazos dejándolos caer por detrás del respaldo, sus largas piernas separadas y flexionadas dejando una clara visión de la erección que empujaba sus pantalones.

—Ven aquí, Cassandra.

—Aún no es media noche.

Arion negó con la cabeza.

—No se trata del Pacto, si no de ti. Quiero que vengas aquí por propia voluntad, porque lo deseas, creo que he dejado claro que no muerdo al contrario que otras, ¿huh?

Cassandra se puso del color de la grana.

—Eres lo suficientemente peligroso sin necesidad de mordiscos.

Él se echó a reír con buen humor, entonces la recorrió lentamente con la mirada, desnudándola de una manera tan gráfica que casi podía sentir como se quemaba la ropa sobre su cuerpo hasta desaparecer.

—¿Harías algo por mí?

La pregunta le sorprendió.

—¿El qué?

Arion sonrió.

—Tendrías que venir aquí para saberlo.

Ella sacudió la cabeza.

—Estamos en un lugar público... otra vez.

—Pero que mente más calenturienta tienes.

Ella jadeó con ironía.

—¿Vas a decirme que no se trata de alguna sugerencia igual de calenturienta?

Él ladeó la cabeza como si lo sopesara.

—No, definitivamente es caliente, tanto como tú y tu boca queráis que lo sea.

Ella parpadeó un par de veces sin entender, entonces vio como Arion bajaba la mirada hacia la tienda de campaña que se alzaba en su pantalón y la comprensión la dejó sin aire.

—No, ni hablar —respondió casi farfullando. Cassandra bajó los pies del sofá, sentándose ahora erguida—. ¿El sexo de antes te fundió las neuronas o qué?

Él conservó su posición distendida mientras jugaba con los dedos por encima del brazo del sillón.

—Dime que anoche, en nuestra cama, o antes, en el probador, no has pensado ni una sola vez en lo que se sentirías al tener tu boca sobre mi polla —le soltó a bocajarro, sin inmutarse—, en el sabor que tendría esa parte de mi anatomía, en cómo te llenaría, cómo podrías deslizar tu lengua sobre la punta y finalmente por toda la columna, tus curiosos dedos acariciándome los testículos...

—¡Suficiente! —gimió ella, su mirada volando inmediatamente a su alrededor, comprobando que no había nadie que pudiera haber oído tal conversación—. Deja de decir esas cosas.

—¿Turbada, mi pequeña *pouli*?

¿Turbada? Cassandra estaba en llamas, le ardía la cara y estaba segura de que tendría el aspecto de un farolillo.

—¿Por qué demonios estamos teniendo esta conversación?

—Porque tú no has querido venir junto a mí cuando te lo pedí, de haberlo hecho, te lo habría dicho al

oído —se burló, la diversión hacia que le brillasen los ojos—. Yo sí me he preguntado cómo sería el estar en tu boca, tu lengua acariciándome, succionándome profundamente mientras esos largos dedos juegan con mis...

—¡Vale, vale, vale! ¡Me hago una idea, gracias! —lo refrenó nuevamente alzando las manos para enfatizar sus palabras.

—¿Has practicado el sexo oral alguna vez, Cass?

Aquella era la segunda vez que la llamaba así, se había negado a utilizar su diminutivo y siempre la llamaba por su nombre completo, excepto la noche anterior, en la cama, cuando la acarició y la llenó, cuando se movía en su interior llevándola una vez más hacia el orgasmo.

Ella apretó los labios incluso más, ¿era necesario hablar de eso ahora?

—Te lo estoy poniendo fácil, cariño, sólo tienes que decirme sí o no —le aseguró al verla enrojecer bajo su mirada—. No voy a obligarte a nada, Cassandra, como siempre, la última decisión es tuya.

¿Cómo podía ser tan condenadamente abierto para hablar de esos temas en una jodida cafetería? Si alguien entrase y los viese... ¡Se moriría! Oh, pero la idea la seducía, ¿no es así? Acababa de hacerlo, estaba considerando que alguien entrase y los cogiera en pleno acto... Cassie se estremeció, por supuesto que había sentido curiosidad, la noche anterior lo había contemplado e incluso lo había acariciado cuando él mismo colocó su mano sobre la dura erección y le enseñó como acariciarlo, ella había fantaseado también en cómo sería tenerlo en la boca, a qué sabría... pero definitivamente no en el reservado de la planta superior de su cafetería favorita.

—Tu rostro es como una pizarra, *pouli*, todos los pensamientos se reflejan en él —le aseguró con total apreciación—. Ven aquí, Cassandra, te prometo que nadie entrará por esa puerta en la próxima hora.

Y no lo harían, Arion se había encargado de ello nada más llegar, él había sido el motivo de que las parejas que habían ocupado la planta superior se hubiesen marchando hasta dejarlos solos y nadie entraría a molestarlos hasta que así lo deseara. Por supuesto, el que ella no lo supiera la excitaría todavía más, la adrenalina zumbaría en sus venas y la haría más consciente de todo lo que la rodeaba, incluyéndolo sus propias emociones.

—¿Cómo puedes saberlo? —respondió mirando hacia la puerta—. ¿Acaso has sobornado al propietario?

Arion sonrió interiormente ante su respuesta, al fin lo estaba considerando.

—¿Confías en mí?

Ella se volvió a él y durante un breve momento no dijo nada, su mirada se prendió de la suya, entonces asintió.

—Sí.

Vaya, aquello sí que era inesperado. Había supuesto que vacilaría, que le daría cualquier ingeniosa respuesta, pero la verdad manaba de su alma junto con aquel monosílabo.

—Entonces ven aquí y cumplamos una de tus fantasías —la incitó, su voz mucho más oscura y poderosa que de costumbre.

Cassie se lamió los labios, no estaba segura si por el nerviosismo o por anticipación, ¿se atrevería a un acto tan íntimo como aquel? ¿En un lugar así?

Levantándose del asiento dio un vacilante paso, entonces se detuvo, Arion no se movió un ápice, deseaba que fuese ella la que sorteara esa última barrera, la que confiara en sí misma y en sus deseos, él haría todo lo que estuviese en su mano para hacerlos realidad, pero el primer paso siempre debía ser de Cassandra.

—¿Y si no lo hago bien?

La frase abandonó sus labios antes de que pudiera refrenarla, sus pensamientos se habían hecho palabras y estas habían abandonado su boca, traicionándola. Un rápido sonrojo de vergüenza tiñó sus mejillas, pero sus ojos enfrentaron los masculinos con valentía.

—Mientras me toques, no estarás haciendo nada mal —le aseguró él con voz ronca. Imágenes de ella abriendo su boca alrededor de su polla le estaban conduciendo al borde, si no se decidía pronto iba a correrse en sus propios pantalones.

Ella se lamió los labios y dio un paso más hacia él, entonces otro y otro hasta que se encontró a su lado, sus miradas presas una en la otra. Arion estiró la mano y tomó la de ella atrayéndola de un suave tirón hacia él, obligándola a perder el equilibrio para terminar cayendo sobre su regazo, entre sus brazos.

—¿Lo ves? No duele —le dijo acariciándole la mejilla al tiempo que bajaba la boca sobre la de ella y la besaba, probando su sabor mezclado con el del café—. Puedes hacer siempre lo que desees, cumplir cada una de tus fantasías, tus sueños y yo me encargaré de estar allí para que así sea.

—¿Hay algo que no puedas hacer? —murmuró ella bajo sus labios.

—La Paella, nunca entenderé como esos locos españoles pueden hacer una maldita paella.

—¿Has estado en España?

Él sonrió.

—He estado en muchos sitios, *pouli*, pero ninguno la mitad de agradable que en el que estoy en estos momentos.

Ella se sonrojó, pero respondió en el mismo tono desenfadado de él.

—¿Me estás alagando para que te la coma?

—Un hombre debe estar dispuesto a todo por conseguir que una hermosa mujer esté dispuesta a hacerlo —le aseguró con una amplia sonrisa—, y yo me estoy muriendo por sentir tu aliento y lengua alrededor de mi erección.

Cassie bajó la mirada y se lamió los labios, ella también se estaba muriendo por tener su lengua alrededor de aquella poderosa erección.

* * *

Cassie resbaló sobre él hasta terminar sentada en el suelo entre sus piernas, su mirada se cruzó una última vez con la de Arion quien parecía contener el aliento en espera de la decisión que ella tomase, lamiéndose los labios con anticipación, condujo las manos a la cintura del pantalón y se tomó su tiempo en soltar el botón para luego empezar a bajar la cremallera encontrándose con la dura erección masculina empujando contra la tela negra de los calzoncillos.

Respirando profundamente, tomó la cinturilla elástica y la bajó lo justo para que la polla masculina saltase libre de restricciones estando a punto de golpearle la nariz.

Una inesperada carcajada escapó de la boca masculina al ver la expresión de susto en la cara de ella, fue inevitable y contagiosa, pues ella se echó a reír también aliviando la tensión que parecía llenar el aire.

—Prométeme que no contarás esto a nadie jamás —murmuró ella entre risitas—, es demasiado bochornoso.

—No sé, cielo, podría ser una buena anécdota —respondió antes de succionar con fuerza el aliento cuando ella rodeó su erección con los dedos de forma... peligrosa—, Cass, no hay piezas de repuesto así que ve con cuidado, ¿sí?

—Prométemelo —insistió suavizando su agarre al tiempo que deslizaba los dedos por la cálida columna de carne sintiéndole estremecerse.

—Nadie oirá nada de esto por mi boca, lo juro —siseó echando la cabeza hacia atrás, deleitándose en la suavidad de la mano femenina sobre su dolorida carne—, dios... eres una buena alumna.

Ella sonrió para sí, contenta de aquel alago y sólo entonces se permitió bajar la mirada y contemplar la

poderosa masculinidad que tenía entre las manos, él estaba muy bien dotado como había podido comprobar la noche anterior, dentro de lo que suponía los parámetros estándar o algo más, pero nada tan colosal como para pensar en cirugías o alargamientos o esas estupideces que hacían los hombres para demostrar su hombría. Su piel era suave y caliente bajo su mano, tersa y dura, la cabeza algo más oscura mostraba ya una pequeña perla de líquido pre seminal que se encontró muriéndose por lamer.

Cassie no esperó más y se permitió ceder a sus impulsos, su lengua acarició la cabeza probando la salada muestra, con timidez al principio y ganando más confianza a medida que avanzaba, sus tímidas caricias fueron recompensadas por los gruñidos que emergían de la boca masculina, permitiéndole experimentar por su cuenta los placeres del sexo oral.

Arion no estaba seguro de si había entrado de una patada al cielo o al más ardiente de los infiernos, la lengua que lo lamía y mordisqueaba lo estaba volviendo loco, había tenido que clavar las manos en el respaldo del sofá para evitar enredar su mano en la trenza de pelo castaño y conducir él mismo aquella sesión, pero no lo haría, no con Cassandra, aquello era más para ella que para él, pero dejarla explorar a sus anchas le estaba costando un verdadero mundo.

Entonces ella abrió la boca y lo condujo a su interior, succionándolo como si se tratase de un caramelo, rodeando el glande con la lengua mientras se ayudaba con las manos, aquello fue su perdición, la boca femenina era caliente y húmeda, una empuñadura perfecta para su erección, los dedos femeninos acariciaban y apretaban suavemente sus testículos mientras su lengua obraba verdaderas maravillas en su carne. El aire amenazó entonces con abandonar sus pulmones, el orgasmo empezó a acrecentarse en su interior como un tsunami imparable, iba a correrse y si no la advertía, lo haría en su boca.

—Cass... nena... voy a... —gimió cuando ella lo succionó más profundamente—, joder, Cass, retírate o...

Pero ella no sólo no se retiró si no que lo chupó con más fuerza, tragándoselo y enviándolo directamente al orgasmo. Eyaculó en su boca, pudo sentir su vacilación, su sorpresa y como lo apretaba mientras se tragaba su semen hasta dejarlo vacío.

Cassie se retiró en el último momento, tosiendo un poco, llevándose la mano a la boca y limpiándose los labios, sus ojos brillaban y toda ella resplandecía mientras él se inclinaba hacia delante, dispuesto a atenderla.

—Creo que va a gustarme esto de joderte en lugares públicos.

Arion se echó a reír ante la sincera respuesta, aliviado por que ella hubiese disfrutado de su encuentro tanto como él, por algún motivo, hacer cada una de sus fantasías realidad se había convertido en algo más que parte del contrato.

—Creo que a partir de hoy, ésta también será mi Cafetería Favorita —aseguró entre risas—. Hacen el mejor café, y tienen un servicio de mamadas increíble.

Sí, sin duda, se había convertido en un lugar de referencia.

CAPÍTULO 13

CASSIE entró en la cocina a la mañana siguiente frotándose los ojos, la camiseta que rescató del suelo de la habitación era de Arion, había desistido de encontrar su ropa la cual suponía estaría esparcida por algún lugar de la casa. Se habían limitado a ir quitando capa tras capa en su camino desde la puerta principal al dormitorio. Tenía una ligera sospecha de haber pasado por el salón pero no podía asegurarlo, desde que aquel hombre llenaba su espacio, no estaba segura de nada.

El dulce aroma a plátano frito inundaba la pequeña habitación, de fondo podía oírse el sonido de la sartén, pero sin duda lo más llamativo era encontrarse a un hombre rubio de más de metro noventa, vestido en pantalones vaqueros y sin camiseta silbando mientras le daba vuelta de manera magistral a lo que parecía ser una crepe.

—Wow, ¿todavía estoy durmiendo o es que también se te da bien la cocina?

Arion se volvió a mirarla por encima del hombro dedicándole un guiño, sus ojos azules se deleitaron una vez más con la figura femenina cubierta por su camiseta reviviendo su apetito. Empezaba a pensar que jamás se cansaría de aquella hembra.

—Has descubierto uno de mis secretos —respondió volviéndose a lo que estaba haciendo—, tendré que llevarte a la cama y agotarte hasta que lo olvides.

Ella hizo una mueca y su estómago rugió.

—Bueno, eso tendrá que esperar hasta después del desayuno —aseguró deslizándose al interior de la cocina, asomándose por encima del brazo de Arion para aspirar el delicioso aroma del dulce—, me muero de hambre y demonio, eso huele muy bien.

Arion sonrió con cierta ironía al escuchar su frase, si tan sólo ella supiese.

—Si además has hecho café, serás mi persona favorita durante el resto del día —ronroneó ella lamiéndose los labios mientras contemplaba con hambre el plato.

Él le indicó la cafetera con un gesto de la barbilla y la oyó lanzar un pequeño chillido antes de dirigir su atención al objeto de su deseo.

—Café, café, café —gimió aspirando el aroma de la cafetera—, café recién hecho, oh, sí, el mundo es mucho mejor con café. ¡Hoy eres mi persona favorita!

Él se echó a reír.

—Un placer servirte, *pouli*.

Cassie se sirvió una taza y se estremeció de gusto al aspirar el aroma.

—Un café recién hecho por la mañana para comenzar el día con buen pie y volver a ser persona —asintió envolviendo sus manos alrededor de la taza para finalmente probarlo.

El hombre sonrió al escuchar su ronroneo típicamente femenino, terminó con la cocina y sirvió el desayuno en la mesa para ella.

—¿Tú no desayunas? —la oyó mientras caminaba hacia la pequeña mesa.

—Te acompañaré con un café —asintió indicándole que se sentara—. Astrid dejó un mensaje para ti en el contestador, no cogí el teléfono pero lo escuché mientras se grababa. Te recuerda que mañana es la cena con su prometido y hace hincapié en que, y cito textualmente, arrastres a ese demonio de hombre contigo. Por su tono era casi un mandato, esa mujer sí sabe cómo dar órdenes.

—No lo sabes tú bien —asintió poniendo los ojos en blanco—, pero la verdad es que no me apetece nada ir. No me malinterpretes, me encanta esa pareja, te hacen sentir siempre bienvenida, pero estoy anímicamente agotada, estaba pensando en dejar cerrada la tienda y pasarme el resto del día durmiendo. Y cuando digo dormir, quiero decir, dormir. Sola. Sin ruidos. Solas mi cama y yo.

Sus ojos castaños recorrieron a Arion de los pies a la cabeza, su ancha espalda estaba cubierta con dos perfectas alas tatuadas desde la parte superior de sus hombros hasta desaparecer en trazos más finos y sutiles por debajo de la cintura del pantalón, Cassie no se había percatado hasta esa misma noche de aquello, algo que no dejaba de sorprenderla, puesto que no creía recordar haber visto tal tatuaje cuando se despertó la primera vez a su lado.

—Es impresionante —murmuró admirando el intrincado trabajo.

Arion se volvió a mirarla por encima del hombro al oír su tono de voz, pillándola mirándolo fijamente, o para ser exactos, mirando su espalda.

—¿Te gusta lo que ves, *pouli*?

Cassie dio un respingo y se sonrojó al verse pillada mirándole, tras aclararse la garganta se llevó la taza de café a los labios para luego señalar con un gesto su espalda.

—No me había dado cuenta hasta anoche que tenías la espalda tatuada.

Arion sonrió de forma enigmática pero no respondió, se limitó a servirse una taza de café, sin embargo aquello no desalentó a Cassie.

—¿Por qué la parte superior de las alas es más clara que la inferior? —preguntó mientras el hombre se volvía con su café y se apoyaba contra la encimera para mirarla de frente—. Casi parece de color blanco.

—Son blancas —respondió con un ligero encogimiento de sus anchos hombros al tiempo que se llevaba la taza a los labios—, y el que puedas apreciar la diferencia me dice lo cerca que estás de mí.

Ella ladeó la cabeza sin entender.

—Bueno, no es como si fuese algo que puedas pasar por alto, grandullón —aseguró ella con un suspiro—. Te cubre toda la espalda.

—No siempre —murmuró tras el borde de su taza.

No, el que los tatuajes se reflejaran ahora en su espalda era debido a la cantidad de poder que había estado utilizando en ella, aunque sutil, su huella en ella se reflejaba en él.

“Deseo sinceridad, no deseo mentiras ni engaños, de su boca sólo deseo oír la verdad y que ésta se refleje en su piel así como en su alma”.

Aquel había sido el segundo requisito de la solicitud, una de las únicas dos entradas que habían nacido directamente del corazón y el alma de Cassandra. Sus amigas podían haber enviado la solicitud, con los requisitos que habían estipulado, pero Arion veía más allá, leyendo la verdad detrás de cada frase.

Cassie se estaba abriendo a él, muy lentamente, con recelo y temor a equivocarse, pero su alma empezaba a ceder apartando la oscuridad para salir al encuentro de la luz que él le proporcionaba y la verdad empezaba a reflejarse cada vez con más nitidez en su piel.

De seguir así, al final del contrato sabría quien era exactamente Arion, y qué era en realidad.

—¿No siempre? —la oyó repetir, sus labios estirándose en una perezosa sonrisa—. Por supuesto, cuando llevas camisa ni me entero.

Él le dedicó un guiño y la señaló a ella.

—Difícilmente puedo llevarla cuando te está cubriendo a ti —aseguró recorriéndola con la mirada—. Aunque debo admitir que me encanta verte llevarla.

Ella sonrió al tiempo que negaba con la cabeza.

—Claro —respondió alargando la palabra.

Cassie se desperezó, estirándose hasta acomodarse de nuevo en la silla, su mirada atravesando la ventana de la cocina.

—Aquí no podrás relajarte, ni siquiera dormida encuentras realmente descanso —le dijo él captando de nuevo su atención—. ¿Fue aquí dónde vivías con ella?

La mirada femenina no abandonó la ventana, pero él pudo observar por la tensión en el cuerpo de Cassie cual era la respuesta.

—Nací aquí, crecí aquí, esto es lo único que era realmente nuestro —murmuró ella lamiéndose los labios—. También se convirtió en lo único que podía pagar cuando me emancipé. Al menos no tenía que correr con un alquiler.

Arion dejó la taza de café a un lado y caminó hacia ella, deteniéndose ante la mesa.

—Pero también se ha convertido en tu cárcel, pajarillo —le aseguró encontrando su mirada—. En una jaula en la que te has encerrado y no permites que nadie entre, necesitas salir Cassandra, ver lo que hay al otro lado de los barrotes para poder elegir si deseas permanecer encerrada o en libertad.

Ella frunció el ceño.

—No estoy encerrada, soy dueña de mi propia vida, entro y salgo cuando así lo deseo.

Arion negó con la cabeza.

—No, *pouli*, crees que puedes entrar y salir, pero la realidad es que nunca has abandonado la jaula —suspirando profundamente, se incorporó y la miró fijamente—. Y vamos a cambiar eso.

Cassie ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Eres multimillonario y vas a comprarme un piso nuevo? —le soltó ella con una sonrisa divertida a la par que irónica.

Arion le devolvió la sonrisa.

—Haré algo mejor que eso, *gynaika* —le susurró—, te arrancaré de tu jaula y te enseñaré a volar.

Satisfecho, Arion señaló hacia la puerta.

—Ve a vestirme y prepara también una muda de ropa —la sorprendió—. Vayamos a algún lugar en el que no hayas estado, salgamos de la ciudad.

Cassie se echó a reír.

—No puedo dejar la tienda sola y As se casa el sábado —negó ella con una amplia sonrisa—. No puedo irme y dejarlo todo así.

—Pero puedes tomarte un día o dos de descanso —aseguró él sin darle tregua—. Elige un lugar, el que quieras, no hace falta que dejemos el país, como si deseas ir al pueblo de aquí al lado, sólo necesitas dejar la ciudad y esta casa y probar lo que es la libertad, Cassandra, quizás termine gustándote.

Ella negó con la cabeza sin dejar de mirarlo.

—¿Por qué haces todo esto?

Arion no dudó en su respuesta.

—Porque es lo que necesitas y es mi placer procurártelo.

Ella dejó escapar el aire muy lentamente, se encogió graciosamente de hombros y asintió.

—Está bien, qué demonios, no es como si las cosas pudiesen torcerse más de lo que ya están —aceptó—. ¿Tienes algún lugar en mente?

Arion negó con la cabeza.

—Elígelo tú.

Cassie abrió la boca para responder pero fue interrumpida por el sonido del teléfono.

—¿Te importa cogerlo? Si es alguna de las chicas, diles que sí a todo y que ya las llamaré después, si no son ellas, no estoy, para nadie.

Con una pícaro sonrisa se llevó un pedazo de la tortita de plátano a la boca y gimió de placer mientras la degustaba recordándole a Arion otros momentos en los que también gemía de esa manera.

Sacudiendo la cabeza cruzó la cocina y descolgó el teléfono inalámbrico que había quedado encima del mostrador.

—¿Sí?

Hubo una ligera vacilación al otro lado de la línea, entonces llegó la contestación en forma de una voz profunda y masculina.

—¿Cassandra?

Arion echó un vistazo a su compañera la cual estaba disfrutando de su desayuno.

—No se encuentra disponible en estos momentos —respondió sin quitar la mirada de la muchacha.

Un nuevo silencio ocupó la línea, seguido de un profundo suspiro.

—¿Es... es usted su marido?

Cassandra eligió aquel momento para alzar la mirada hacia Arion, su rostro mostraba una interrogante.

—Sí, señor, lo soy —respondió él sin apartar la mirada de su esposa—. ¿Puedo saber quién es usted?

—Soy Charles Monroe, el padre de Cassandra y según parece, su suegro, hijo —respondió el hombre con cierta ironía en la voz.

—Señor Monroe —Arion pronunció su nombre haciendo que la muchacha se pusiera rígida, sus ojos castaños dejaron de brillar y su semblante se endureció—. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarle? Me temo que mi esposa no está disponible en estos momentos.

Arion creyó oír una especie de bufido mitad risa, con un toque de resignación la cual se reflejó en la contestación del hombre.

—No hace falta que la disculpe, hijo, sé que no se pondrá al teléfono y no la culpo por ello —la voz del hombre era firme y podía oírse una abierta verdad—, sólo dígame que estoy bien. Eloise ha llegado esta mañana con la inesperada noticia y conociendo a mi hija estoy seguro que ésa no fue la única sorpresa que saltó al ruedo —un nuevo suspiro—. Sólo dígame a Cassie que estoy bien, mi situación no es tan delicada como esos arrogantes médicos quieren hacernos creer, no tengo intención de morirme tan pronto, no es nada a lo que no me haya enfrentado antes.

Los ojos azules de Arion seguían fijos en su esposa, la cual no había pestañeado mientras se mantenía a la espera, la voz del otro lado de la línea era bastante joven por lo que podía suponer pero también había cierta marca de enfermedad y aquello no podría ocultarlo, no de él al menos.

—Le haré llegar a Cassandra su mensaje —aceptó viendo el bufido de ella en respuesta y como apartaba la mirada hacia el suelo, sus labios apretándose en una fina línea—, le alegrará saber que su estado de salud es menos grave de lo que sugirió mi nueva cuñada.

Cassie arqueó las cejas en respuesta a aquella palabra, si bien no se había reflejado en su voz, el gesto que hizo Arion al pronunciar la palabra era bastante elocuente.

Un nuevo silencio del otro lado de la línea, esta vez lo suficientemente largo como para hacerle pensar que se había cortado la comunicación.

—Ella... —una nueva vacilación tiñó su voz, entonces chasqueó la lengua y continuó—. Sé que no soy quien para pedirle esto pero, cuide de ella, no sé en qué circunstancias se puede haber producido tan repentino matrimonio, pero si de verdad la quiere, cuide de ella y hágala feliz, nadie merece más alcanzar la felicidad que mi pequeña Cassie.

Antes de que Arion pudiera pensar siquiera en dar una respuesta oyó el clic que anunciaba que su interlocutor había cortado la llamada, miró el teléfono durante un segundo antes de dejarlo sobre la encimera y volverse hacia su mujer.

—Parece que las noticias vuelan, enhorabuena, marido, acabas de conocer a tu suegro —murmuró con repentino hastío—. Eloise se ha superado a sí misma esta vez al llevarle el cuento al viejo.

—Ha dejado un mensaje para ti —comentó Arion sin apartar la mirada de ella—, quería que supieras que no está tan enfermo como te comunicaron, que no tiene intención de morirse demasiado pronto.

Cassie apartó la mirada mientras dejaba el tenedor a un lado del plato.

—Es una verdadera lástima.

Arion oyó la mentira en su voz, una flagrante mentira.

—¿Qué es lo que ha hecho que haya tanta amargura en tu voz? —preguntó sin estar seguro de si obtendría una respuesta.

—La vida —respondió ella alzando los ojos hacia él—. A veces puede resultar muy amarga.

Sacudiendo la cabeza Arion le contestó.

—Toda esa amargura te está carcomiendo por dentro Cassandra —le aseguró con resignación—, es

hora de que empieces a enfrentarte con tus propios demonios o te consumirán.

Cassie no respondió, se limitó a contemplar su plato durante unos instantes antes de responder.

—Castell Coch, está cerca de Tongwynlais —murmuró alzando la mirada de nuevo hacia él, sorprendiéndole con la súplica que encontró en sus ojos—, he querido ir muchas veces, pero por unas cosas o por otras siempre he terminado posponiéndolo. ¿Está lo bastante lejos de aquí para ti?

Arion la miró.

—¿Lo está para ti?

Ella asintió.

—Tongwynlais entonces —aceptó Arion.

Cassie asintió lentamente. Quizás después de todo la idea de alejarse de todo aquello no fuese tan mala, podría poner en orden sus pensamientos, buscarle nuevamente sentido a su vida. La alianza brilló en su dedo recordándole que todavía no había llamado al abogado, y por primera vez empezó a ser realmente consciente de algo, de la presencia de Arion y la diminuta posibilidad de que aquella llamada no llegase a realizarse nunca.

CAPÍTULO 14

—Y esto es a lo que yo llamo un castillo perdido en el medio del bosque —comentó Arion abriendo la puerta del coche. Cassie había bajado ya y contemplaba el antiguo edificio de piedra con mirada soñadora.

Situado en Tongwynlais, a las afueras de Cardiff, la construcción neogótica del siglo XIII se encontraba mimetizada con los bosques que lo rodeaban, ya desde la carretera podían verse sus torres asomando entre los árboles creando un aspecto mágico y muy romántico. Una breve senda sitiada por dos columnas de árboles llevaba directamente al portón principal del castillo dónde algunos turistas habían aparcado y deambulaban contemplando la bella construcción.

—Yo lo encuentro encantador —respondió ella después de bajar del coche y dirigirse a la pasarela que llevaba al interior.

Arion sonrió al oír el entusiasmo en su voz, desde que lo habían divisado en medio del bosque, Cassie no había dejado de suspirar e inclinarse hacia el salpicadero para poder verlo mejor.

—Yo veo cosas mucho más encantadoras —murmuró él provocando un suave sonrojo en sus mejillas.

—No sé por qué, pero estoy convencida de que si ahora te presentaran una cabra la encontrarías también encantadora —aseguró con marcada ironía.

—Me asombra tu capacidad de deducción, querida —respondió cerrando el coche con el mando a distancia al tiempo que rodeaba la cintura femenina con el brazo libre—, pero creo que me molestarían sus pezuñas, por no hablar del olor —Arion imprimió carácter a sus palabras hundiendo la cabeza a un lado del cuello y mordisqueándola—, tú en cambio hueles deliciosa.

—Vaaaaale —se rió ella empujándole para liberarse de sus atenciones—. Me alegra no ser una cabra para ti, sip, me alegra mucho.

Arion se echó a reír ante el ingenioso comentario y la acompañó al interior del edificio, el cual pronto descubrieron que poseía un aspecto victoriano muy recargado, las paredes estaban cubiertas por hermosos frisos y pinturas, los balcones y techo abovedado despertaron la admiración de Cassie quien como una niña curiosa e inquieta se asomaba a cada rincón, probaba cada asiento y acariciaba cada pieza con exquisita suavidad.

—Y pensar que había damas que se sentarían aquí con sus impecables vestidos al calor del hogar realizando sus labores de costura —murmuró mientras acariciaba una de las pesadas sillas de madera situadas a ambos lados de la chimenea. Su atención se desvió entonces hacia uno de los ventanales, como en muchas de esas típicas construcciones, un amplio arco hundido hacia dentro permitía la presencia de dos bancos a los lados que daban a sus inquilinos una perfecta visión del cálido exterior.

Cassie se quedó mirando durante un buen rato aquel recoveco, el cambio fue apenas imperceptible pero algo extraño se reflejó en sus ojos cuando se giró a contemplar una vez más el resto del salón.

—He estado aquí antes —murmuró recorriendo con la mirada cada una de las piezas antes de atravesar la habitación para pasar a la siguiente—, esto no tiene sentido, pero... creo que ya he estado aquí.

Arion la acompañó echando un vistazo a su alrededor sin notar nada extraño, sus sentidos demoníacos no encontraban nada fuera de lo normal, en realidad, el castillo estaba absolutamente vacío, ni siquiera permanecían en él los ecos del pasado.

—Creí que habías dicho que no habías estado antes en esta zona.

Ella se volvió hacia él y asintió.

—Y no lo he estado... creo —respondió frunciendo el ceño—, no que yo recuerde.

Arion se limitó a acompañarla en silencio mientras recorría cada una de las habitaciones, acariciaba

las paredes y se detenía a admirar algún mueble que hubiese llamado su atención, su semblante había cambiado de la juvenil curiosidad a uno que evidenciaba la intensidad de sus pensamientos, como si estuviese intentando rescatar de su mente recuerdos ya olvidados.

Cassie traspasó entonces la puerta que daba al comedor dónde una larga mesa de madera maciza cubierta por un mantel rojizo presidía el hogar, dos pesadas sillas de madera presidían las cabeceras mientras los laterales estaban ocupados por sendos bancos. El suelo en mosaicos negros y rojos hacía juego con el techo en forma de medio arco mientras que las paredes estaban vestidas con tonos claros, frescos y algún que otro cuadro.

—No lo entiendo —murmuró Cassie mientras pasaba la mano por la repisa de la chimenea, el escudo de armas de la familia grabado en piedra, mientras una figura eclesiástica decoraba la parte superior—, yo... no sé... pero, lo recuerdo... recuerdo haber estado aquí... junto a esa mesa y... —Cassie giró bruscamente la cabeza hacia el umbral por dónde habían entrado—, ella estaba allí... sí.

—¿Ella? —preguntó Arion manteniéndose en todo momento vigilante.

Cassie asintió con la cabeza y se giró hacia él.

—Mi madre —respondió en un bajo susurro—. Debió traerme cuando era sólo un bebé de corta edad.

—Eso explicaría el por qué de pronto todo te parece tan familiar —aceptó Arion caminando ahora hacia ella—, a esa edad suelen quedarnos grabadas imágenes y sensaciones inconexas que surgen a medida que pasa el tiempo.

Cassie se estremeció involuntariamente cuando sintió la mano de su amante en la espalda.

—¿Quieres que salgamos afuera? —le sugirió acariciándole la base del cuello para calmarla, toda ella se había puesto tensa repentinamente.

Negando con la cabeza, Cassie se alejó de su calidez y continuó hacia la siguiente habitación deseosa de aferrarse a unos recuerdos que se le escapaban entre los dedos.

—¿Cassandra?

—Quiero verlo todo —murmuró deslizándose por los corredores—, creo... creo que ya recuerdo cuando estuve aquí, ella siempre me contaba cuentos de hadas y entonces aquella vez... esa vez me permitió ser una princesa.

Arion no la interrumpió era obvio que la mujer necesitaba hacer aquel recorrido y encontrarse de nuevo con un pasado que sabía había estado evitando, recuerdos que mantenía bajo llave para evitar que la hiriesen y la encontrasen como estaba. Sola.

Dejando atrás la primera planta siguieron con su recorrido por las habitaciones principales visitando los dormitorios y el amplio balcón de madera rojiza que ofrecía una vista al patio interior, a cada paso Cassie se detenía con la mirada perdida como si estuviese reviviendo sus recuerdos, intentando encontrar en los fantasmas de su pasado el momento en el que había deambulado por esos pasillos.

—Recuerdo esta balconada —murmuró bajando la mirada al patio interior—, esa escalera...

Arion siguió su mirada sólo para tensarse al sentir un repentino escalofrío bajando por su espalda, sus sentidos se extendieron inmediatamente tratando de localizar el motivo de aquella alerta hasta detenerse en Cassie, su esposa era la única que había hecho saltar sus alarmas interiores, o mejor dicho, su poder.

Una fantasmal risa infantil inundó entonces el solitario corredor, Arion siguió su dirección con la mirada hasta encontrarse con una niña pequeña de amplios ojos castaños y el pelo recogido en dos coletas con lazos. Llevaba un vestido verde musgo, con zapatos de charol y unos calcetines a juego, esbozó una sonrisa en la cual faltaban algunos dientes antes de girar sobre sí misma y desaparecer en una jubilosa carrera más allá de Cassandra.

Entre sorprendido y preocupado alzó la mirada hacia Cassie, pero ella no parecía haberse dado cuenta de la presencia de la niña, una niña que debería parecerse a ella cuando era un bebé.

—¿Cassandra? —pronunció su nombre en voz alta pero ella no contestó—. ¿Cass?

Sumida en sus recuerdos, Cassandra dejó atrás a Arion y cruzó todo el balcón, atravesando dos

habitaciones más antes de llegar a la escalinata de piedra cubierta que descendía directamente al patio interior, sus pasos eran lentos e inseguros, como si temiese que en su premura se borrarán los recuerdos que intentaba recuperar.

—Ella me trajo aquí —murmuró en voz baja, su mirada recorriendo cada piedra en busca de respuestas—, fue... fue por mi quinto cumpleaños, llevaba un vestido verde musgo y me sentía como una princesa de cuento de hadas, una princesa que por fin había encontrado su castillo.

Arion sintió un nuevo escalofrío a su espalda y volvió a sentir una vez más esa fantasmal presencia extraída de los recuerdos de Cassie. La risa infantil reapareció seguida de la insustancial forma de una niña corriendo a su lado para descender las escaleras, saltando el último escalón al suelo para luego empezar a girar y girar con los pequeños brazos extendidos y los rizos castaños al viento. Sus ojos azules pasaron de la figura fantasmal a la de Cassandra, la cual se encontraba en medio de la plaza y giraba gradualmente sobre sí misma, observando todo a su alrededor para finalmente detenerse una vez más en la escalinata, pero a pesar de que miraba en su dirección sabía que no lo estaba viendo a él.

—Ella llevaba un vestido de verano, violeta con pequeñas florecillas rosas, el pelo le caía suelto sobre los hombros y olía a vainilla, en aquella época siempre olía a vainilla —musitó sin apartar la mirada de lo alto de las escaleras en dónde permanecía Arion—. Mi pequeña princesa, así es como me llamaba de niña y éste era mi reino.

Parpadeando varias veces, Cassie echó un último vistazo a su alrededor y caminó de nuevo hacia las escaleras para sentarse en uno de los últimos escalones mientras Arion se reunía con ella.

—No lo recuerdo bien, pero creo que ese día me escapé —continuó Cassie girándose ahora hacia Arion y señalando la cima de las escaleras con un gesto de la barbilla—. Tengo un vago recuerdo de verla ahí arriba, con el pelo ondeando al viento mientras me daba una reprimenda —Cassie sonrió con tristeza—. Solía contarme historias de princesas y de hadas, ese día me había dicho que éste era mi castillo, el bosque que lo circundaba mi reino y cuando me regañó así se lo dije, después de todo, ¿quién iba a hacer daño a la princesa en su propio castillo?

—Eras una niña ingeniosa, sin duda —comentó él apoyándose en la barandilla a los pies de la escalera. Cassie sacudió la cabeza.

—No. Era una niña estúpida, confiada que creía en cuentos de hadas —continuó con voz triste, sarcástica—, pero la niña creció y se dio cuenta que no era una princesa si no una simple fregona, que los cuentos de hadas no existían y que ahí fuera no hay hadas y duendes si no dragones dispuestos a devorarte si les das la más mínima oportunidad. La quería como nada en el mundo y entonces... entonces se murió, alguien la atropelló y se dio a la fuga.

Arion se inclinó hacia ella, apartándole un rebelde mechón de la cara.

—¿Qué edad tenías cuando te dejó?

Cassie compuso una mueca y alzó sus apagados ojos castaños hacia él.

—Tenía quince años cuando falleció, pero ella me había dejado mucho tiempo antes —respondió con amargura—. El delicioso aroma a vainilla de su colonia pronto fue sustituido por el del alcohol, el penetrante y ácido olor del whisky, cuando no era ginebra o simplemente una botella de vino. Ella no era de las que se ponían agresivas con la bebida, no, ella lloraba, se metía en la cama y dejaba abandonada a una niña pequeña para que se valiese por sí misma.

Lentamente, Arion dejó el lugar que estaba ocupando y se sentó a su lado, sus dedos acariciaron la suave piel de su mano mientras dejaba que su poder manase a través de sus poros entrando en ella, ayudándola a liberarse de la pesada carga que enmudecía su alma.

—¿Y él?

Cassie no necesitó preguntar de quien se trataba, lo sabía muy bien.

—Él nunca estuvo realmente allí —respondió con voz temblorosa, la amargura goteando de cada una de las palabras—. Y cuando estaba era sólo para discutir con ella, para decirle cosas que yo no entendía,

todo lo que podía entender eran los gritos, que estaba enfadado con ella. Yo tenía miedo de que si me veía él también se enfadase conmigo. Todo lo que quería era que ayudara a mi madre, que hiciera que la enfermedad se marchase, pero la enfermedad nunca se fue si no que se instaló para quedarse.

Cassie se pasó la mano por el pelo con gesto desesperado, todo su cuerpo estaba en tensión pero era su alma la que emitía un silencioso grito.

—Hubo ocasiones en las que quiso llevarme con él, pero mi madre se echaba a llorar rogándole que no me llevase, que no le quitase lo único que realmente le importaba y al ver llorar a mi madre yo también lloraba —continuó Cassie con voz monótona—. Así que me dejaba con ella, y ella lo intentaba, realmente intentaba ser mi madre pero aquella maldita enfermedad era más fuerte, la agarraba con manos de hierro cuando más débil estaba y me la arrebatava.

Cassie respiró profundamente y dejó escapar el aire, su mirada bajó a la mano que Arion le acariciaba y sintió su calidez envolviéndola, protegiéndola, dándole fuerzas para continuar y decir en voz alta aquello que había estado guardando durante toda su vida.

—En algún momento él dejó de intentarlo y ya sólo fuimos las dos —susurró con voz agarrotada—. Durante mucho tiempo sólo fuimos las dos y lo seguiríamos siendo si ella no hubiese salido de casa y hubiese sido atropellada por un conductor que la dejó tirada en una cuneta de una carretera secundaria para darse luego a la fuga. Todavía hoy me pregunto qué hacía allí, tan lejos de casa. No es cómo si no hubiese empezado a salir con gente después de que él se marchase, pero la mayoría de las veces volvía a casa por la noche, o al menos no más tarde de las dos o tres de la madrugada.

Frotándose la cabeza con los dedos se estremeció.

—Yo tenía un examen al día siguiente y me había ido a la biblioteca, en casa era imposible estudiar —aseguró frotándose los brazos como si de esa manera pudiese alejar el frío que sentía—. Al llegar a casa me fui directamente a la cama, sabía que no había llegado todavía por que la puerta de su dormitorio estaba abierta, cuando a la mañana siguiente me levanté y me vestí para irme a clase, la puerta seguía abierta y ella no estaba.

Cassie se pasó la mano por el pelo, temblaba, temblaba tanto que le sorprendía que su voz sonara firme.

—Esa mañana no pude hacer el examen, me llamaron al despacho del director y allí había dos agentes esperando para comunicarme que mi madre había muerto. Como su único pariente más cercano y localizable, tuve que bajar a la morgue del hospital a reconocer el cuerpo de mi madre.

No pudo evitar estremecerse ante el recuerdo, una imagen que luchaba cada día por alejar de su mente y enterrarla en lo más profundo de sí misma. Sintió el cuerpo de Arion duro y fuerte contra el suyo ofreciéndole consuelo, un muro al que podría aferrarse cuando todo se viniese abajo.

—Al ser menor de edad, mi tutela recayó en mi pariente más cercano y todavía vivo —continuó ella—. Mi padre se presentó en casa esa misma noche, él se encargó del funeral, el papeleo... De todo. Y finalmente consiguió lo que había intentado desde el principio, llevarme a vivir con él.

Arion sintió como empezaba a respirar con más esfuerzo, las palabras que siguieron lo confirmaron al mismo tiempo que oía como su voz salía dura, reacia a seguir adelante con sus recuerdos.

—Él me llevó con su nueva familia, dos mujeres para las que era una completa extraña al igual que ellas lo eran para mí —aseguró con un nuevo estremecimiento—. De repente tenía una hermana cuatro años menor que yo de la que jamás había oído nada y una nueva madre, o eso es lo que pretendía ser Elisabeth para mí. Viví con ellos durante algo más de un año, hasta que solicité la emancipación a los dieciséis. Tras una breve vista y varias discusiones conseguí que me la otorgase el juez, desde ese momento mi vida ha sido completamente mía. Si he mantenido el contacto con mi media hermana ha sido por que fue una de las condiciones que me impuso el juez, pero ya has visto que nuestra relación no es precisamente ideal.

—Sí, ya me he dado cuenta que ella es toda honradez y dulzura —respondió él con profunda ironía.

Aquello la hizo esbozar una tenue sonrisa, su mirada recorrió una vez más la estructura del castillo, maravillándose de que aquellos recuerdos de su infancia hubiesen salido a la luz.

—No puedo creer que lo haya recordado justamente ahora —suspiró Cassie y rastrilló una mano a través de su pelo suelto—. ¿Qué le pasa a mi memoria últimamente? No es posible que a mi edad tenga tantas lagunas.

—A tu memoria no le pasa nada, *pouli* —le aseguró acariciándole el pelo cuando se recostó contra él—. Es natural que no conserves recuerdos nítidos de cuando apenas eras un bebé, lo extraño sería que por el contrario si los tuvieses.

Ella suspiró y cerró los ojos.

—Ahora ya sabes con qué clase de mujer disfuncional te has casado —murmuró ella con ironía antes de concluir—, ya puedes ir con el abogado y arreglar nuestro divorcio.

Arion puso los ojos en blanco.

—No existe divorcio para nosotros, Cassandra —aseguró con un suspiro—. No de la forma en que entiendes el concepto de la palabra, puedes deshacerte de unos papeles, cariño, pero de nada más.

Ella levantó la cabeza y le miró.

—¿Y con eso quieres decir...?

Arion se incorporó y le tendió la mano.

—Que hay muchas cosas que todavía no sabes y qué no estoy muy seguro de que vayas a tomártelas bien —aseguró con absoluta sinceridad.

Cassie lo miró con intensidad.

—¿Me has mentido sobre algo desde que nos hemos conocido?

Arion fue tajante.

—No.

Asintiendo en conformidad, Cassie miró una vez más a su alrededor.

—En ese caso, lo que tenga que saber, no va a ser tan malo —aseguró con un profundo suspiro—. Bueno, ya que me has traído hasta aquí, ¿qué te parece si seguimos con nuestro día libre?

Metiendo las manos en los bolsillos el hombre echó un vistazo alrededor.

—¿Qué te apetece ver ahora?

Cassie se encogió de hombros.

—Sorpréndeme.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

CAPÍTULO 15

—CUANDO te pedí que me sorprendieras, no pensé que terminarías alquilando dos bicicletas para hacer un tramo del Taff Trail —rió Cassie llevando la bici de la mano mientras admiraba la belleza agreste de la naturaleza.

El Taff Trail recorría ochenta y nueve kilómetros entre la bahía de Cardiff y Brecon, en Gales. Había recibido el nombre por que discurría a lo largo del Río Taff y utilizaba buena parte de la abandonada rama del Ferrocarril del Valle Taff, el cual había servido para transportar el hierro y el carbón a lo largo de los siglos dieciocho y diecinueve.

Convertido en una ruta de senderismo, era utilizada por los ciclistas y caminantes que deseaban dejar atrás el ajetreo de las ciudades y penetrar en la espesa y agreste naturaleza, recorriendo páramos de increíble belleza.

—¿Arrepintiéndote tan pronto? —sugirió Arion admirando la voluptuosa figura de su esposa en el chándal negro con franjas celestes que había adquirido en una de las tiendas del pueblo. Cassie estaba realmente apetecible con aquella indumentaria.

Ella se había echado a reír cuando lo había visto señalar la tienda y decirle que iban a pasar la tarde montando en bici. Sus ojos castaños se habían iluminado con asombro e incredulidad cuando vio que hablaba en serio, pero el interés que Arion había visto en su mirada fue toda la confirmación que necesitaba.

En momentos como aquellos agradecía ser un demonio, ya que no había montado en bicicleta en toda su extensa vida, en realidad, incluso ahora empezaba a preguntarse si su virilidad seguiría teniendo el mismo tamaño después de haber estado sentado durante un buen rato en aquel incómodo asiento. Cuando Cassie había bajado el ritmo y finalmente se había detenido para continuar andando, agradeció a todos los dioses conocidos por aquel pequeño favor.

Sacudiendo la cabeza en respuesta a su pregunta, Cassie sonrió.

—En absoluto —murmuró alzando el rostro hacia el sol de la tarde—. Hacía muchísimo que no montaba en bici, pensé que ya no sabría cómo hacerlo, pero parece que es cierto eso que dicen, que una vez que has aprendido, nunca se olvida. Además, hace un día perfecto para pasear por el campo.

—Ya te lo dije, *pouli*, todo lo que necesitabas era relajarte y desconectar —le aseguró caminando a su lado llevando su propia bici de la mano—. Sólo eso.

Cassie indicó un tramo del camino unos metros por delante el cual se desviaba hacia un pequeño área de descanso.

—¿Podemos parar un rato?

Arion la miró arqueando una ceja.

—¿Cansada?

Cassie hizo un curioso gesto con los ojos.

—En realidad no, pero a mi trasero le vendría de miedo sentarse un poquito en un lugar que no fuese el sillín de la bicicleta —aseguró con un ligero rubor.

Esbozando una divertida sonrisa asintió.

—Puedo entenderlo, de verdad que sí.

Sonriendo ampliamente, la instó a continuar hacia el área de descanso.

—No pienso preguntar el por qué —aseguró ella echándose a reír.

Sacudiendo la cabeza ante el animado comentario de Cassie, la acompañó dejando las bicicletas una junto a la otra para finalmente sentarse en el oportuno asiento de madera. Ella se hizo a un lado para

dejarle sitio pero su marido parecía tener otra idea en mente, ya que utilizó el resto del banco para tumbarse, apoyando la cabeza en su regazo.

—¿Ey? Si crees que no tienes suficiente espacio, puedo levantarme, ¿eh?

Arion alzó los brillantes ojos azules hacia ella y le hizo un guiño.

—No será necesario, *gynaika*, así estoy perfectamente bien.

—Pero que cara más dura —rió ella inclinándose hacia él al ver que cerraba los ojos—. No estarás pensando en echar una siesta justo aquí.

Su única respuesta fue un bajo gruñido masculino que la hizo poner los ojos en blanco. Tumbado cuando largo era sobre la superficie del banco, buena parte de sus piernas habían quedado en el suelo, al igual que ella vestía también pantalón de chándal y camiseta, aunque en su caso el tono azul oscuro con franjas celestes realzaba tanto sus abdominales y marcados músculos como el suave tono azul de sus ojos.

—Diez minutos, sólo diez minutos así —lo oyó murmurar.

Cassie sonrió para sí, su mirada recorriendo ahora los duros planos de su rostro, tímidamente alzó una mano para delinear, incluso sin llegar a tocar, el arco de sus cejas.

—Quien eres realmente —musitó más para sí misma que para él.

Arion no abrió los ojos pero respondió.

—Tu marido —murmuró girando la cabeza hasta frotar la nariz contra ella.

Una irónica sonrisa curvó los labios de Cassie.

—¿De verdad! Y yo sin saberlo —respondió en voz baja.

—Brujita.

—Demonio —respondió ella cediendo a la tentación de tocar aquellas doradas cejas.

Arion esbozó una amplia sonrisa, pero se negó a alzar los párpados.

—No lo sabes tú bien.

Cassie no respondió, se echó contra el respaldo del asiento y alzó la mirada disfrutando de la paz del bosque, de los sonidos propios de la naturaleza y los tibios rayos de sol acariciando su rostro. El calor del cuerpo de su marido cerca del suyo, el aroma limpio y masculino la hacía sentirse bien y tranquila, pero al mismo tiempo no podía evitar preguntarse si aquel breve interludio podría durar más de unos pocos días, Cassie empezaba a considerar seriamente lo que sería quedarse junto a él.

—Deja de pensar en tonterías —se dijo a sí misma.

—¿Qué clase de tonterías?

Su voz sonaba somnolienta.

Ella retiró las manos, apartándolas de su contacto.

—Nada, cosas mías —murmuró respirando profundamente.

Arion no insistió, pero podía sentir una nueva tensión en el cuerpo femenino bajo él.

—¿Qué ocurre, Cass?

Cassie bajó la mirada hacia él. Arion sólo la llamaba así en la intimidad.

—Me estaba preguntando... quién eres exactamente —murmuró, si bien no era aquello en lo que había estado pensando, no era una mentira. Ella, realmente, deseaba saber más de él.

Arion abrió los ojos encontrándose con los de ella.

—¿Qué deseas saber?

Los ojos castaños de Cassie se suavizaron, sus hombros se encogieron ligeramente marcando su respuesta.

—No lo sé, ¿qué estás dispuesto a decirme?

Él no vaciló, buscando su mano hasta tenerla entre las de él.

—Todo lo que estés dispuesta a aceptar, *gynaika*.

Ella se lamió los labios al escuchar sus palabras, como siempre, le era imposible desconfiar de ellas.

—Nunca me has hablado de tus padres, ellos... ¿Todavía viven?

Arion se incorporó entonces pasándose una mano por el pelo al tiempo que se sentaba al lado de Cassie.

—Si puede llamársele familia a los dos seres que me dieron la vida, pues sí.

Los labios femeninos se movieron lentamente, como si buscasen la respuesta adecuada. Arion ya había dado a entender en su conversación en el castillo que no tenía una verdadera relación con su familia.

—¿Hace mucho que no los ves?

Encogiendo sus amplios hombros, se volvió hacia ella.

—¿Cuánto tiempo hace que no ves tú a los tuyos?

La pregunta había escapado de sus labios antes de poder detenerla, cuando se tocaba el tema de sus progenitores, Arion no conservaba precisamente el buen humor.

—Cinco años.

La respuesta de Cassie lo tomó por sorpresa.

—Acababa de darle un infarto, Eloise vino a buscarme —confesó en voz baja—, aquella había sido la primera vez que habíamos estado nuevamente cara a cara después de que el juez me hubiese concedido la emancipación.

Asintiendo para sí mismo, se permitió responder también.

—Digamos que perdí el contacto con ellos poco antes de entrar en la agencia —respondió arrastrando las palabras—. Nunca... fui lo que ellos esperaban.

Cassie guardó silencio durante unos instantes, finalmente se animó a preguntar.

—¿Cuántos años tienes? No me malinterpretes —se apresuró a decir—, no aparentas más de treinta y cinco o así, pero bueno...

Arion sonrió.

—Unos cuantos siglos más que tú.

Cassie puso los ojos en blanco.

—Sí, claro.

Él alzó la cabeza para mirarla.

—¿Qué dirías si confesara que soy en parte demonio?

Ella esbozó una irónica sonrisa.

—Así que al fin lo admites.

Arion sonrió y negó con la cabeza.

—No en sentido figurado, Cassandra, sino en el literal.

—Claro, tú eres un demonio y yo soy una bruja.

Arion la miró a los ojos.

—Lo eres —aseguró con total convicción—. Y no sólo en sentido figurado, corazón.

Cassie le pegó en broma.

—Ahora sí que estás siendo un demonio.

Arion se recostó contra el respaldo del asiento y la miró de medio lado.

—Todavía no, pero pronto, *pouli*, muy pronto.

Arion era consciente de que Cassandra necesitaba dejar todo atrás, pero sabía que eso era algo que tendría que salir de ella. A pesar de la remodelación a la que había sometido su hogar en Cardiff, el lugar mantenía la huella de aquellos que lo habían habitado, ella los mantenía vivos a pesar de decirse a sí misma que se habían marchado. La sinceridad con la que se había conducido en el castillo, los recuerdos en forma de fantasmas que habían atraído sus dormidas facultades no hacía más que recordarle que antes o después todo estallaría. Cassandra había empezado a bajar los brazos desde el momento en que él había entrado en su vida, sus defensas habían resistido como una armada invencible pero ya era hora de atravesarlas y arrancarla de las garras de los oscuros y amargos recuerdos y la culpabilidad que anidaba profundamente en su corazón.

Ella deseaba la verdad y él se la daría en una forma que no podría rechazar.

Arion se desperezó lentamente, estirando los brazos.

—¿Cansado?

Él le dedicó un guiño.

—No he dormido precisamente mucho estos últimos días.

Cassie se sonrojó ligeramente, carraspeó y buscó un tema de conversación distinto.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

Los ojos azules del hombre descendieron sobre ella.

—¿Todavía no he satisfecho tu curiosidad?

La doble intención en sus palabras la hizo sonrojar, con todo obvió su respuesta y continuó.

—Me preguntaba, cómo fue que terminaste trabajando para una Agencia de Citas.

Arion hizo una mueca.

—La Agencia Demonía no es una agencia de citas —respondió con un pequeño bufido.

—Citas, acompañantes, ¿qué diferencia hay? —comentó ella—. Tú estás aquí, y tienes un contrato conmigo, ¿no?

—No es lo mismo —insistió él—. Más allá del contrato, eres mi esposa.

—Sí, bueno, nadie es perfecto.

Él sonrió ante su respuesta.

—Entré en la agencia el día en que conocí a mi jefe —respondió Arion estirando las piernas—. Digamos que en aquel entonces no estaba muy “inspirado”, tendía a meterme en problemas y en uno de aquellos, digamos que jodí con quien no debía. Nick evitó que me cortaran las alas... literalmente —masculló haciendo una profunda mueca—. Él vio algo en mí, me ofreció un lugar en el que poder emplear mis... um... facultades y adquirir un poco de la disciplina que me faltaba.

—Así que fuiste un chico malo.

—Soy un demonio, *pouli* —le respondió dedicándole un guiño.

Ella negó con la cabeza.

—¿Y funcionó?

Arion recordó su primer encargo en la agencia.

—Sin duda, aprendí una buena lección con mi primer cliente —aseguró utilizando un tono de voz un poco más bajo de lo normal.

Cassie puso los ojos en blanco.

—Estoy segura de ello —respondió con ironía.

Sonriendo, Arion negó con la cabeza.

—En nuestra agencia no todo se reduce al sexo, Cassandra —le aseguró con picardía—. En el caso de Helina, ella no deseaba un amante, sólo compañía.

—Te rechazó —sonrió ella, alegrándose con el hecho de que alguien le hubiese parado los pies a aquel hombre.

Arion negó lentamente.

—Helina tenía veintitrés años y acababan de diagnosticarle leucemia cuando la conocí —explicó dejando a Cassie sin palabras—. Nunca antes había conocido a un ser humano con tanta ilusión por la vida, con esa fortaleza interior. A pesar de que era consciente de que su tiempo se terminaba, vivía cada día como si fuese especial y hacía que los demás lo viésemos también de esa manera. Mi encuentro con ella me dejó huella.

—Ella... —preguntó Cassie con suavidad.

Él asintió.

—Se fue durante mi último día con ella, nos habíamos sentado en el jardín, le gustaba estar al aire libre —murmuró—. Se quedó dormida en su tumbona bajo los rayos del sol de la mañana y ya no despertó.

Cassie tragó saliva.

—Lo siento, Arion.

Sus ojos azules cayeron sobre ella una vez más y sonrió.

—Ella cambió mi forma de ver las cosas, me enseñó una valiosa lección —aceptó sin reservas.

—Debió ser una joven muy especial.

—Lo era —aceptó volviendo a ocupar su posición original, utilizando su regazo como almohada—.

Como lo eres tú.

Cassie negó con la cabeza.

—Común es una buena palabra para describirme —aseguró ella bajando la mirada sobre el rostro masculino.

—*Gynaika*, tu eres cualquier cosa menos común —le aseguró con una breve risita.

Ignorando su broma, deslizó la mano hasta su hombro, dejándola allí.

—Así que, fuiste un rebelde.

Arion esbozó una irónica sonrisa. ¿Rebelde? Más bien un superviviente, un paria entre su propia gente que no encajaba en ningún sitio, siempre intentando abrirse paso a golpes hasta que Nick se cruzó en su camino evitando que cometiese la mayor estupidez de todas. Su vida no había sido un camino de rosas, no en un mundo en el que el más fuerte era el que se comía al más débil.

—Soy como soy, Cassandra, como la vida me ha obligado a ser —reconoció, sabiendo que eso, ella lo entendería—. Al igual que tú.

Cassie no respondió, no había forma de rebatir eso.

—¿Y cómo encaja el matrimonio en esa vida?

Arion echó la cabeza hacia atrás para poder mirarla a los ojos.

—¿Cómo encajó en la tuya?

Ella no dudó en responder.

—Yo no tengo nada que perder, mi vida ha sido siempre bastante monótona, pero tú —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Tú tienes una vida más allá de la agencia, familia, amigos...

—Mi familia actual eres tú —le aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Reconozco que no era algo que hubiese planeado, pero tampoco me ha ido tan mal, te tengo a ti.

Ella sonrió suavemente, ese hombre sabía siempre qué decir en el momento adecuado.

—¿Te importa si nos quedamos aquí un rato más? —le preguntó acomodándose, rodeando la cintura femenina con un brazo desde su posición mientras descansaba el otro sobre su estomago—. Es realmente agradable y pacífico.

Cassie no pudo responder cuando Arion enlazó los dedos de su mano con los de ella, manteniéndola cerca de él, haciéndola sentir valiosa por primera vez en mucho tiempo.

—No, podemos quedarnos —murmuró ella jugando con sus dedos—, lo que haga falta.

* * *

Al caer la noche Cassie no sabía exactamente qué era lo que le dolía más, si el culo por el sillín de la bicicleta o las piernas, el paseo había resultado más agradable y revelador de lo que esperó en un principio, y en cierto modo también liberador. Por primera vez desde la muerte de su madre, había sido capaz de hablar en voz alta de lo que había sucedido, de la manera en que tuvo que enfrentarse a la muerte y seguir adelante con nada más que un recuerdo para luego tratar de encajar en una familia prefabricada. Lo había intentado, desde el primer momento había intentado encontrar en la nueva familia de su padre su propio espacio, pero había sido imposible, el rencor que guardaba en su interior hacia el

hombre que la había engendrado había superado todo lo demás.

Cassie se desperezó como un gato, estirándose al tiempo que se llevaba la mano al cuello con una mueca de dolor.

—¿Dolorida?

Ella se volvió al escuchar la voz masculina a sus espaldas. Arion había alquilado una habitación en el hostel del pueblo poniendo como excusa que no le apetecía conducir de noche, cansada como estaba después del día tan activo que había pasado en su compañía no había puesto objeciones, después de todo, no era como si no hubiesen estado solos los últimos días.

Apoyado contra el marco de la puerta con los brazos cruzados a la altura del pecho, la recorrió con la mirada.

—¿Quieres que te de un masaje?

Cassie no pudo evitar sonrojarse ante la sensual sugerencia. Conocía sus expertas manos en persona y cómo éstas eran capaces de obrar verdadera magia.

—¿Si te digo que sí, te limitarás al masaje?

Arion sonrió con diversión.

—Podría intentarlo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Ésa no es una respuesta lo suficientemente buena para mí —le aseguró señalando la puerta del baño con el pulgar—. ¿Tenemos agua caliente?

Asintiendo, caminó hacia ella.

—Sí, señora —ronroneó recorriéndola con la mirada—. ¿Necesitas ayuda? ¿Qué te frote la espalda, quizás?

Soltando una ligera risita negó con la cabeza.

—No gracias —le sonrió—. Pero sí te agradecería que nos consiguieses algo para cenar, estoy hambrienta.

Arion arqueó una ceja antes de responder.

—Mira por dónde yo también.

Ella se echó a reír.

—No de esa clase de hambre, Catrides —lo detuvo posando su mano sobre el pecho masculino cuando él hizo el intento de ir a por ella—. De la de comida.

Suspirando, Arion ladeó ligeramente la cabeza y la contempló.

—¿Algo en especial?

Cassie sacudió la cabeza.

—Cualquier cosa estará bien —aceptó retirando la mano con lentitud. Sus ojos castaños se encontraron con los suyos y sus mejillas se sonrojaron durante un instante—. No se me da bien hacer estas cosas pero... gracias —Cassie lo besó en la mejilla sorprendiendo al hombre—. No sé como lo haces, pero siempre vas un paso por delante de mí.

Arion le devolvió la sonrisa y se inclinó sobre ella acariciándole los labios con los propios.

—Tengo mis trucos —aceptó depositando ahora un breve beso en la nariz—, y tú eres perfecta para ponerlos en práctica.

Riendo ante la picardía en su voz, Cassie dio un paso atrás y sacudió la cabeza.

—Si estás pensando en utilizar nuevamente conmigo ese asuntillo del Pacto, mejor déjalo para mañana —le dijo volviéndose hacia la puerta del baño—. Si después de ducharme y cenar algo todavía sigo consciente, será un milagro.

Arion sonrió ante la respuesta femenina.

—Sólo procura no quedarte dormida en la ducha, *pouli*, del resto —la miró de arriba abajo—, ya me ocuparé yo.

Negando con la cabeza, murmuró algo así como “hombres” y se perdió en la sala contigua que llevaba al cuarto de baño sin llegar a escuchar el resto de la respuesta de Arion.

—Y la cena, sólo será el comienzo.

* * *

El agua resbalaba por su cuerpo llevándose consigo el cansancio y entumecimiento, el jabón sobre su piel resultaba agradable y fresco, Cassie estaba realmente agradecida de poder contar con aquella ducha tardía. No había nada que le gustase más que meterse bajo el chorro del agua caliente después de un día inesperadamente activo, y aquel había superado con mucho todo el ejercicio hecho en los últimos meses.

—Mañana no podré ni caminar de las agujetas que voy a tener —se dijo a sí misma sonriendo ante la ironía de ello—. Aunque ha sido una experiencia divertida.

—Ni yo podría estar más de acuerdo.

Cassie dio un respingo al escuchar la voz de su marido sólo para volverse y verlo arquear una ceja mientras su mirada descendía hasta sus senos, los cuales se había cubierto con el brazo.

—No sabía que ahora la cena se sirviese en la ducha —le dijo ella con obvia ironía.

Él sonrió y se lamió los labios mientras la recorría con una mirada abiertamente sexual.

—En realidad, sólo he venido a buscar el plato —respondió en un bajo ronroneo—. La comida siempre sabe mejor si se sirve en el recipiente adecuado.

La sorpresa y confusión de Cassie pronto dio paso al bochorno más absoluto. Sus mejillas adquirieron un color rojizo que pronto fue extendiéndose por todo su cuerpo, dotando su piel de un adorable sonrojo. Las palabras eran incapaces de abandonar sus labios de modo coherente, todo lo que podía hacer era balbucear mientras su mente iba formando la imagen que sugería las palabras de Arion.

—No... no puedes... tú... eso no es... —intentó encontrar la respuesta adecuada, pero todo se esfumaba rápidamente de su mente.

Arion se había quitado la camiseta quedándose solamente con el pantalón del chándal, su pecho musculoso y bronceado parecía burlarse de Cassie al igual que la parte superior del tatuaje alado que asomaba sobre sus hombros, un cuerpo demasiado perfecto para un hombre cuyo sexapil era suficiente para tenerla de rodillas y jadeando que la montase. Lentamente, como si midiese cada uno de sus movimientos, estiró el brazo al interior de la ducha y cerró el grifo del agua para luego deslizar la mano sobre el cuerpo húmedo, delineando la curva de su cadera.

—Sabes que sí puedo, como también sabes que lo haré —le aseguró suavemente, su otra mano se unió a la primera en aquella sutil caricia—. Y que ambos lo disfrutaremos, especialmente tú.

Cassie tragó saliva, su cuerpo empezó a temblar bajo sus manos, su interior se convirtió en fuego líquido bajando directamente a su centro. Aquel hombre era capaz de llevarla al orgasmo con tan sólo su voz.

—¿No podríamos hablarlo?

Arion se echó a reír.

—¿De verdad quieres pararte a hablar?

Ella se lamió los labios, ¿qué podía decir cuando todo su cuerpo ardía por él?

—No puedes hacerlo, esto no —consiguió añadir Cassie retirándose de su contacto.

Arion chasqueó la lengua y la rodeó con los brazos, atrayendo su cuerpo mojado contra el de él.

—Sí puedo —le aseguró con suavidad, sus ojos azules recorriendo el rostro femenino—. Tú me das permiso para hacerlo con cada mirada, con cada estremecimiento de tu cuerpo, Cassandra, me invitas con cada palabra, con esa sutil desconfianza que clama a gritos ser desafiada. Me llamas aún sin saberlo,

esposa y todo mi ser no puede si no responder a tus demandas, porque eres mía, Cass, de una manera que no puedo empezar siquiera a explicar.

decir las palabras correctas en el momento exacto. Arion la había desarmado con tan sólo unas pocas palabras, pero más que éstas era el tono de su voz, la absoluta verdad que residía allí y que barría de un plumazo cualquier duda.

—Quiero amarte a mi manera, Cassandra y cumplir la más íntima de tus fantasías —aseguró sin dejarle tiempo a pensar—. ¿Me lo permitirás, *pouli*? ¿Me concederás una noche más el privilegio de hacer tomar en mis manos tu voluntad?

Cassie tragó saliva, se lamió los labios y musitó.

—Pero, todavía no es medianoche —musitó temblando de deseo y nerviosismo entre sus brazos—. El Pacto...

Los dedos de Arion recorrieron el rostro femenino, acariciándole los labios e interrumpiendo así sus palabras.

—¿Confías en mí, Cass?

Un ligero asentimiento fue toda respuesta.

—Bien, porque eso es lo único que voy a pedir esta noche de ti —aseguró acercándose a su boca—. Que deposites tu confianza en mis manos y disfrutes del placer.

La cena quedó olvidada bajo la húmeda y demandante boca masculina la cual la introdujo directamente en el más pecaminoso y sensual de los postres.

CAPÍTULO 16

CASSIE se estremeció de anticipación, no podía creer que le estuviese permitiendo hacer aquello. Su espalda se arqueó involuntariamente en el colchón al tiempo que él tomaba sus manos y las extendía a los lados, al instante la suavidad de la seda se cerró alrededor de sus muñecas manteniéndola inmóvil y sujeta al cabecero de la cama.

—Esto es para tu placer, *agapi*, sólo para tu placer —ronroneó besándola suavemente en los labios antes de retirarse y mostrarle un pañuelo de seda negro que no tenía la menor idea de dónde había salido—. ¿Confías en mí?

Cassie se lamió los labios pero no tuvo ni que pensárselo.

—Siempre.

Sonriendo Arion le acarició el rostro con el pañuelo de seda y finalmente se lo ató alrededor de la cabeza, cubriéndole los ojos.

Durante algunos instantes, Cassie sólo lo oyó moviéndose por la habitación, entonces unas gotas mojaron sus labios, su sabor dulce alcanzó su lengua.

—Chúpalo —oyó su voz ronca en el oído mientras le acariciaba los labios con el gajo de una naranja para luego retirarlo de su boca y volver a introducirse muy suavemente—. Muerde suavemente.

Ella lo hizo dejando que el jugo de la naranja se deslizase por sus labios cuando él lo retiró. Su estómago se encogió cuando le sintió arrastrando el pedazo de fruta dejando un sendero húmedo y pegajoso sobre su piel hasta detenerse en su ombligo, entonces sus pezones recibieron una helada atención por parte del bote de espray de la nata. Cassie reconocía aquel aroma y el sonido del bote de la nata montada, su cuerpo poco a poco se iba convirtiendo en un erótico plato cubierto de fruta, dulces y nata, todo ello estratégicamente colocado para aumentar la sensación de placer por ambas partes. A ella le hubiese gustado verle moverse a su alrededor, pero la venda que le cubría los ojos se lo impedía al tiempo que hacía más intensas las sensaciones.

Él estaba tan desnudo como ella, había sentido la calidez de su piel acariciándola, su erección en semi reposo se endurecía con cada nuevo contacto, la sola idea de verlo en aquel estado la encendía aunque era consciente de que sus mejillas se habrían teñido de rojo como le ocurría cada vez que podía los ojos sobre aquel magnífico cuerpo masculino y toda clase de tórridos pensamientos cruzaban su mente.

Su cuerpo se estremeció involuntariamente una vez más al sentir como tiraba de las ataduras en sus tobillos. Sintió su mano deslizándose por el interior del muslo, tendida sobre la cama con los brazos por encima de la cabeza en una postura bastante cómoda a pesar de la restricción y las piernas abiertas dejando a la vista su cada vez más húmedo sexo se sentía erótica y malditamente excitada.

—Suave como la seda —lo oyó murmurar todavía acariciando su muslo—, y dulce como la miel.

Haciendo honor a sus palabras sintió algo pegajoso extendiéndose por la cara interior de su muslo acercándose peligrosamente a su hinchado y humedecido sexo.

—Eres un plato exquisito, Cass, uno en el que voy a disfrutar de una erótica cena —le susurró, su cálido aliento acariciándole el sexo antes de retirarse por completo.

El silencio inundó la habitación durante unos instantes, en sus oídos resonaba su propio latido, la espera, la incapacidad de ver, todo hacía que sus nervios estuviesen de punta, el colchón se hundió entonces levemente y sintió la mano masculina acariciándole el costado mientras el aliento de su respiración le calentaba el rostro.

—Estás muy callada, bonita —le susurró al oído—, ¿excitada por lo que vendrá?

Cassie se lamió los labios para responder, pero sus palabras se vieron interrumpidas por la boca

masculina tomando posesión de la suya con lánguida calidez. Sus lenguas se encontraron enredándose, lamiéndose y succionándose, sus labios trabajaban sobre los suyos saqueando su boca como si quisiera bebérsela por completo haciendo que su cuerpo se relajara y su sangre se derritiera corriendo más rápido por sus venas.

—Arion —gimió cuando él arrancó sus labios de los suyos.

—Estoy aquí, Cass —le susurró deslizando la lengua por la garganta femenina, recogiendo el jugo que el zumo de la naranja había dejado sobre su piel—, voy a estar justo aquí durante todo el tiempo, amor.

Ella gimió ante la erótica sensación de su lengua lamiéndole la piel, sus manos acariciándole los costados sin que ella pudiese hacer otra cosa que arquearse para acercarse más a él. Lo sintió morderle la piel un instante antes de sentir su boca succionar el hueco de su clavícula al recoger el primer pedazo de fruta y el jugo deslizándose sobre su piel en camino descendente.

—Deliciosa —lo oyó ronronear antes de continuar con su paladeo.

Arion se deslizó sobre su cuerpo, lamiéndole la piel con lentas pasadas de la lengua, deleitándose en su sabor mezclado con el propio de ella, sus ojos miraron con glotonería sus pechos los cuales había untado con sirope de chocolate coronando sus pezones con nata montada.

Su postre favorito.

Aunque intuía que a partir de este momento su adicción por el chocolate quedaría relegada por su adicción por aquella mujer.

Su polla saltó al entrar en contacto con la piel de ella cuando se inclinó sobre su pecho, se mantenía en equilibrio apoyando una rodilla sobre el colchón y el otro pie en el suelo, la posición perfecta para apropiarse del postre que coronaba los senos femeninos.

Lamiéndose los labios bajó la boca sobre el cremoso pezón y lamió la nata suavemente oyendo el jadeo femenino en respuesta así como el temblor en su cuerpo cuando Cassie tiró de sus ataduras, sonriendo repitió la operación antes de deslizar la lengua alrededor de la aureola teñida de chocolate. Su sabor era adictivo, podía pasarse toda la noche lamiendo su cuerpo y no terminaría de saciarse, sus pezones se endurecieron bajo su toque rodando en su lengua mientras retiraba lamida a lamida todo rastro de chocolate primero de un seno y luego de otro. Para cuando terminó, Cassie suplicaba y gemía cosas incoherentes presa del deseo y la excitación, sus muslos se habían unido en la medida que las restricciones de sus pies le permitían untándose uno al otro con la miel que había esparcido en el interior de ambos.

El ombligo femenino resultó ser un lugar erógeno, Cassie se había retorcido bajo él, alzando sus caderas, suplicando y maldiciendo todo al mismo tiempo sólo para frustrarse cuando Arion se negaba a darle lo que pedía y se apartaba dejándola para que se enfriase antes de volver de nuevo a tomar posesión de su piel.

Para cuando llegó a sus muslos, ella estaba desesperada, había dicho su nombre una y cien veces entre súplicas y maldiciones y no dudaba que la frustración había encendido su cuerpo hasta cotas difíciles de soportar para alguien de la inocencia de Cassie.

—Que vocabulario, *pouli*, harías sonrojar a un camionero.

—¡Que se joda el camionero! ¡Joder! ¡Arion por lo que más quieras, necesito correrme, no puedo soportarlo más!

Él sonrió y bajó entre sus piernas soplando en su sensible carne, sus jugos habían mojado ya los muslos y la ropa de la cama dejando evidencia de su altísima excitación, realmente era un milagro que no se hubiese corrido todavía pero por otro lado, él no era un miembro de la Agencia Demonía por haberle tocado el ingreso en la lotería.

Su excitación había aumentado la suya propia llevándolo a un punto doloroso, su polla estaba hinchada y deseosa de liberación, pero antes quería probar otra clase distinta de miel, la que lo enardecía y le llamaba a gritos deslizándose entre los pliegues del sexo femenino.

—Por favor... —la oyó gimotear de nuevo—, Ari... por favor.

El oír el diminutivo de su nombre en sus labios lo sorprendió, había muy poca gente que se atreviese a llamarle así y el oírlo de Cassie lo condujo al límite.

Hundió la boca entre sus piernas y la tomó con la lengua, lamiendo su sexo como un hombre sediento, oyendo sus gemidos en respuesta, sintiendo la elevación de sus caderas en una muda invitación a penetrarla más profundamente. Ella sabía mucho mejor que cualquier comida, que cualquier dulce y maldito fuera, sabía que aquel sabor se había grabado a fuego en su mente y en su boca y jamás podría arrancarlo de sí.

—Arion... señor... Ari... sí...

Jadeando se alzó sobre su cuerpo posicionándose en su húmeda abertura y le arrancó la venda de los ojos al tiempo que se hundía profundamente en su cuerpo y tomaba su boca con el mismo ímpetu, sus caderas empujando para conducirse a casa antes de retirarse de nuevo y volver a ejercer el mismo movimiento, la cama resintiéndose bajo ellos mientras la montaba con desesperación, bebiéndosela, marcándola como suya, su compañera, su esposa, la única hembra posible para él.

Las ataduras que cubrían las manos y pies de Cassie se soltaron solas, pero ella ni siquiera prestó atención, todo lo que deseaba era abrazarlo, atraerlo muy cerca de sí, atarse a él y no soltarle jamás.

El orgasmo que sobrevino fue intenso y se llevó consigo todo posible pensamiento racional dejándoles agotados y saciados, uno en brazos del otro. Cassie se acurrucó contra él buscando su calor, sus ojos marrones se alzaron hacia él al tiempo que una pícara sonrisa se extendía en sus labios.

—¿Crees que ahora podrías hacer algo para evitar las agujetas que seguro me saldrán?

Arion se echó a reír, la abrazó y le acarició el cuello con la nariz.

—Es posible que se me ocurra algo.

Y fiel a su palabra, se lo demostró.

CAPÍTULO 17

CASSIE se giró una vez más ante el espejo de cuerpo entero de su dormitorio, la blusa y la falda de lana gris perla que llevaba puesto a juego con la larga chaqueta había sido una compra hecha las pasadas navidades, una ganga que había encontrado en el centro comercial y a la que no había podido resistirse, un conjunto que sólo se había puesto una vez y que no terminaba de convencerla.

Habían regresado a Cardiff aquella misma mañana, un regreso un tanto agrídulce. Nunca se había imaginado que le diese miedo volver a su propia casa, era el lugar en el que se había criado, su hogar, el único que había conocido. Pero después de lo que había ocurrido en el castillo, de los recuerdos que habían regresado a su mente, sabía que a pesar de las remodelaciones hechas al pequeño piso, los recuerdos del pasado seguían presentes en cada rincón, en cada pared y que ni toda la pintura del mundo podría deshacer aquello hasta que ella misma lo aceptase e hiciese algo para cambiarlo.

Aquella breve escapada había hecho mella en Cassie de una forma que apenas podía empezar a asimilar.

—Debería haberme puesto el traje de chaqueta —murmuró alisando una vez más la falda que delineaba sus llenas curvas—, es más apropiado para la noche.

Astrid había llenado su contestador automático de varios mensajes que les recordaban a ambos la cena que tenían prevista para aquella noche, durante todo el día Cassie había argumentado una y mil cosas que pudiese poner como excusa para evitar aquella cena, pero Arion se las había ingeniado para desmontarlas una tras otra hasta que no le había quedado más remedio que resignarse.

Su marido, impecable con una camisa gris oscura y pantalones negros que lo hacían parecer un modelo de pasarela, se volvió hacia ella sin disimular un ápice la apreciación que parecía vivir permanentemente en su mirada.

—A mí me gusta lo que veo, Cassandra —le aseguró con una ronroneante caricia.

Cassie lo miró y se sonrojó ante su abierta mirada sensual.

—Parezco un bollo glaseado.

Arion sonrió.

—Me gusta el glaseado, sobre todo me gusta lamerlo.

—D.I. —respondió ella aferrando su bolso—. Demasiada información.

Ahogando una divertida sonrisa, Arion se acercó a ella desde atrás y la rodeó con los brazos, atrayéndola hacia él.

—Relájate, *pouli*, sólo es una cena —le aseguró al tiempo que le acariciaba el cuello con la nariz, aspirando su aroma—. Nos iremos antes de que os emborrachéis y os pongáis a bailar desnudas sobre la mesa.

Cassie se echó hacia atrás para mirarle a la cara.

—No lo digas ni en broma.

Arion sonrió y la besó suavemente.

—Estás deliciosa —le susurró al oído—, deja de preocuparte, todo irá bien.

Suspirando profundamente, asintió y dejó sus brazos para coger el bolso.

—De acuerdo —aceptó ella con un suspiro—. ¿Te importa si vamos caminando? No está a más que un par de manzanas de aquí.

Arion se encogió de hombros.

—Como desees.

Asintiendo, comprobó que llevaba todo lo importante en el bolso y echó un rápido vistazo al

dormitorio.

—Cuando pase todo este asunto de la boda, creo que haré alguna que otra reforma —aceptó con un profundo suspiro, entonces sonrió y miró a Arion—. ¿Nos vamos?

La noche se presentó suave y tibia, un aliciente más para decidirse a pasear por la ciudad cuando el silencio y las luces ocupaban el lugar del bullicio y nublado día. El restaurante que habían elegido estaba a pocas calles de la entrada sur del recinto que englobaba el Castillo de Cardiff, un caro y elegante restaurante al que su amiga solía acudir cuando ocurría algún evento importante.

—¿Tienes frío?

La voz de Arion unida al suave apretón de la mano que le rodeaba la cintura, hizo que Cassie volviese la mirada al frente.

—No, no, yo... lo siento, estaba distraída.

Arion la acercó a él suavemente y le apartó un par de mechones que se habían escapado del sobrio recogido en el que llevaba el pelo.

—Estás temblando, *pouli*.

Negando con la cabeza, sonrió y le indicó el local con un gesto de la barbilla.

—Estoy bien —aseguró posando su mano sobre la masculina—. ¿Entramos?

—Después de ti —le cedió el paso.

El lujo del restaurante contrastaba con lo acogedor que resultaban sus salas, un maître los recibió nada más traspasar sus puertas.

—Buenas noches —los saludó—. ¿Tienen mesa reservada?

Cassie sonrió suavemente y asintió.

—Hemos quedado aquí con unos amigos, la reserva debe estar a nombre de Astrid Lowell. Soy Cassandra Joyce...

Arion arqueó una ceja al oír escuchar la respuesta de Cassie.

—Catrides —le recordó Arion con cierta diversión.

Ella puso los ojos en blanco, pero el maître había dejado de escucharla después de oír el apellido de Astrid.

—Por supuesto, la señorita Lowell pidió que les hiciésemos pasar en el momento en que llegasen —aseguró—. Por aquí, por favor.

Intercambiando una divertida mirada, la pareja siguió al maître hasta un reservado en la mejor zona del restaurante dónde Astrid y Edgard parecían estar charlando mientras disfrutaban de un buen vino. La amiga de Cassie dejó su copa en la mesa tan pronto los vio esbozando una alegre sonrisa al tiempo que se levantaba para darles la bienvenida.

—Empezaba a pensar que ibais a darnos plantón —comentó Astrid saludando a Cassie y luego a Arion.

—No negaré que fue algo que se me pasó en algún momento por la cabeza —respondió Arion mirando a su mujer—, sin ofender la belleza presente, Astrid, pero la compañía de Cassie es... estimulante.

La mujer sonrió ampliamente y se rió al tiempo que enlazaba a su amiga del brazo.

—Si ese fuese el motivo, quizás te hubiese perdonado —aseguró volviéndose a su amiga, quien estaba fulminando a su marido con una directa mirada—. Pero conozco a Cassie, aunque estuviese muerta, se arrastraría hasta aquí.

Ella hizo una mueca.

—O eso, o serías capaz de ir a buscarla a la tumba y resucitarla sólo para que pudiese oír tu discurso —añadió el hombre que se había levantado también con una amplia sonrisa en sus labios. Algo más alto que Astrid y vestido con pantalón y jersey oscuros que realzaban el pelo castaño claro y los vibrantes ojos verdes, Edgard era el vivo retrato de la felicidad—. Tú debes ser el famoso marido de la pequeña ardilla.

Arion arqueó una ceja al tiempo que se volvía hacia Cassie.

—¿Pequeña ardilla?

Ella se sonrojó incluso más, sus mejillas a punto de entrar en combustión.

—Edgard y Cassie se conocen desde el parvulario —aseguró Cassie al tiempo que los dos hombres se miraban y saludaban—, fueron vecinos durante mucho tiempo, hasta que mi amor se fue del país y no volvieron a reencontrarse hasta que yo los presenté.

Cassie carraspeó.

—La escena fue memorable —aseguró ella con ligereza.

—Edgard Everet —se presentó formalmente estrechándole la mano—. Es bueno saber que la ardillita está en buenas manos.

—Sin duda lo está —aceptó Arion correspondiendo a su saludo—. Arion Catrides y no sé si famoso, pero sí soy el marido de Cassandra.

—Oh, eres famoso, bebé, créeme, lo eres —aseguró Astrid con absoluta convicción al tiempo que miraba a Cassie con una pícaro mirada—, ¿verdad que sí, Cassie?

Ella se limitó a mirar a ambos hombres, los cuales parecían estar pasándolo realmente bien con su bochorno.

—Sí, toda una estrella de Hollywood —musitó ella entre dientes haciéndolos reír.

—Deja de martirizarla, As —pidió su prometido, al tiempo que tendía la mano para tomar la de Cassie y llevársela a los labios con galantería—. No he tenido tiempo de felicitarte, preciosa, te deseo todo lo mejor.

Asintiendo, Cassie sonrió con cariño. Había sido toda una sorpresa volver a encontrarse con Edgard después de tanto tiempo, pero nada comparado a lo que había sido saber que era el hombre elegido por As para ser su marido. Hacían una hermosa pareja y sólo había que verlos juntos para ver el amor entre ellos.

—Gracias, Edgard —asintió ella volviéndose entonces a Astrid—. Perdón por el retraso, hemos estado fuera de la ciudad, una breve escapada, llegamos esta mañana.

A la mujer le brillaron los ojos y asintió con emoción.

—No hay nada que perdonar, cariño, lo importante es que lo hayas pasado bien —le hizo un guiño que indicaba cierto grado de complicidad.

Cassie se sonrojó y miró a Arion quien le guiñó el ojo en respuesta.

—Sin duda lo pasamos muy bien.

Ahogando una sonrisa puramente masculina que comprendía perfectamente la respuesta de Arion, Edgard los invitó a tomar asiento.

—Sentaos chicos, tomemos una copa antes de pedir la cena —sugirió mirando a su prometida en busca de confirmación y sonriendo al ver el amor en sus ojos.

—Sí —asintió Astrid dejándole su lugar a Cassie para ir a sentarse junto a su prometido—. Tenemos que celebrar vuestra boda y nuestro próximo matrimonio.

Arion retiró la silla para que Cassie pudiese sentarse.

—Gracias —susurró tomando asiento, para luego observar a Arion mientras hacía lo propio.

Edgard sirvió otras dos copas que había depositado casi de inmediato un camarero en su mesa y se las ofreció a los dos recién llegados, para luego rellenar las suyas.

—Por el matrimonio —sugirió alzando su copa.

—Por la felicidad —añadió Astrid uniendo su copa a la suya—, y por compartir muchas más veladas como ésta en compañía de amigos como vosotros.

Cassie sonrió y alzó su copa.

—Por la amistad.

—Por vosotros —aceptó Arion y chocaron las copas dando inicio al primer brindis de la noche.

La velada resultó ser muy agradable para ambas parejas, Edgard había encontrado un contrincante

digno en Arion a quién, Cassie descubrió, compartía muchos gustos con su anfitrión. Los dos hombres parecían haberse caído bien y pronto entraron en una comunión masculina que hizo sonreír a las dos mujeres y arrancó más de una carcajada a lo largo de la noche.

Después de haber dejado reposar la comida, y tomado el postre, ambas mujeres se disculparon retirándose durante unos minutos al tocador de señoras, un ritual que parecían compartir las mujeres de todas las épocas, sin importar su lugar de procedencia, escala social o convicciones.

—Um... se me había olvidado decírtelo, pero ya he conseguido una cita con ese abogado que te mencioné, cree que no habrá problema en disolver tu matrimonio... si todavía deseas hacerlo.

Las palabras de Astrid tenían un abierto doble sentido, uno que hizo que la mirada de Cassie perdiese el brillo que había contenido hasta ese momento.

—Oh, Cassie, ¿es realmente tan malo? —preguntó contemplando su reflejo en el espejo del tocador.

Ella se encogió ligeramente de hombros, la duda bailaba en sus ojos cuando encontró la mirada de su amiga.

—Supongo que podría ser peor, ¿no?

Astrid negó lentamente con la cabeza y la abrazó desde atrás, posando la barbilla sobre su hombro como solían hacer tantas veces.

—Te has enamorado de él.

Cassie sostuvo su mirada durante unos instantes, entonces sacudió la cabeza.

—No tiene ningún sentido, esto no debería de haber ocurrido, él no es...

—Cassie —Astrid se giró hasta quedar frente a ella, apoyada contra el lavamanos—, no tienes que justificarte conmigo.

Mordiéndose el labio inferior alzó la mirada a lo que Astrid suspiró.

—Sí lo has hecho.

Cassie no podía negarlo, aquella era la verdad. No sabía ni cómo ni en qué momento había ocurrido, pero se había enamorado de su marido.

—Es una completa locura, pero... creo que... me he enamorado de Arion, As.

Sonriendo suavemente le acarició la mejilla.

—¿Y qué piensas hacer?

Cassie se apartó al tiempo que negaba con la cabeza.

—No lo sé, el contrato se termina mañana y...

Astrid frunció el ceño.

—¿El contrato?

Negando una vez más con la cabeza fue hacia Cassie.

—¿No te lo ha dicho?

Cassie frunció el ceño.

—¿Decirme el qué?

La tristeza y resignación que cubrió durante un instante los ojos de su amiga no pasaron desapercibidos para Cassie.

—Quien es en realidad.

La extrañeza en el rostro de Cassie siguió en aumento haciendo que su amiga negase con la cabeza y le tomase ambas manos.

—Cassie, los... los chicos de la agencia no son lo que parecen —le aseguró intentando encontrar las palabras adecuadas—. Sé que esto puede sonar un poco a locura, pero créeme, cariño, yo sólo quiero lo mejor para ti y creo que ese hombre que está ahí fuera con mi prometido lo es.

Cassie no necesitaba que se lo dijese su amiga, lo sabía, por más que había intentado mantenerse al margen, Arion había conseguido meterse en su piel y mucho más adentro, su presencia había sido algo más que un soplo de aire fresco, toda su vida había dado un vuelco desde el momento en que se había

despertado en su cama, con su anillo en el dedo.

—Es... es un buen hombre.

Astrid suspiró.

—Me temo que es mucho más que eso, cariño.

Cassie no acababa de entender las insinuaciones que le estaba haciendo su amiga.

—¿Qué quieres decir?

Negando con la cabeza, le sonrió.

—No me corresponde a mí enseñártelo —aseguró mirando hacia la puerta del tocador de señoras para luego volverse hacia ella—. Pero acepta este consejo que te doy, Cassie. Pase lo que pase de aquí a que termine tu contrato de la agencia con él, recuerda quien ha sido el hombre que ha permanecido a tu lado durante estos últimos días, el hombre del que te has enamorado. Si tienes eso presente, todo irá bien.

La inquietud de Cassie empezaba a aumentar.

—As, ¿de qué estás hablando?

La mujer negó con la cabeza y la abrazó.

—No le dejes escapar, Cassie, hombres como él sólo aparecen una vez en la vida —le aseguró abrazándola con cariño—. Si hay alguien que se merece una pizca de felicidad en la vida, ésa eres tú.

Sin decir una palabra más, Astrid abandonó el tocador de señoras dejándola sola con aquellas extrañas palabras dando vueltas en su mente.

Después de aquello pasaron un buen rato riendo y bromeando con la pareja hasta que finalmente los novios decidieron retirarse.

—Ha sido una noche encantadora, tenemos que volver a repetirlo —aseguró Astrid mirándolos a ambos.

—Será un placer —aceptó Arion consultando a Cassie con la mirada, quien asintió.

—Habrá que avisar también a Violet la próxima vez —comentó ella recibiendo un efusivo asentimiento de parte de Astrid.

—Y le presentaremos al maître, ese niño estaba para envolverlo y llevárselo.

Cassie se volvió hacia la derecha para ver al supuesto “niño” moviéndose entre las mesas.

—¿Niño? —repitió Cassie examinando al joven camarero—. No creo que a Violet le llegue ni de postre.

Astrid se rió en acuerdo para finalmente abrazar a Cassie.

—Nos vemos en dos días, recuerda que eres mi dama de honor —le susurró al abrazarla.

—No me dejarías olvidarlo —se rió correspondiendo a su abrazo.

Astrid se volvió entonces hacia Arion, abrazándolo a su vez para sorpresa del demonio.

—Si la haces llorar, te arrancaré los ojos —le aseguró con dulzura al oído para luego separarse y ver la sonrisa irónica en labios del hombre—. No la hagas esperar más, necesita saberlo.

Arion no se sorprendió ante las palabras de la mujer, Nick se había encargado de borrar cualquier duda con respecto a Astrid, así como había confirmado su confianza en la mujer.

—No tendrá que esperar más —le dijo en respuesta para luego volverse hacia Edgard e intercambiar un apretón de manos con el hombre—. Ha sido un placer.

—Lo mismo digo —aceptó el hombre con total sinceridad—. Espero que nos veamos más a menudo ahora que prácticamente somos familia.

Arion sonrió y asintió.

—Nos vemos en la boda —les recordó Astrid en voz alta mirándolos a los dos—. Que tengáis una buena noche, chicos.

—Igualmente —sonrió Cassie despidiéndose con la mano.

La pareja los vio marcharse caminando del brazo, riendo y bromeando hasta que giraron en la esquina perdiéndose en la noche. Arion se volvió entonces hacia ella y le tendió la mano.

—¿Damos un paseo?

Cassie miró su mano y sonrió.

—Mientras eso no implique una bicicleta.

Sonriendo en respuesta, enlazó su brazo alrededor de la cintura femenina.

—De momento, no —aceptó él con tono divertido.

Pasearon en silencio durante un buen rato, recorriendo las calles silenciosas de Cardiff, el alumbrado público que bordeaba el muro del castillo iluminando el sendero, llevándolos a penetrar en los jardines que a aquellas horas todavía permanecían abiertos.

—Es una noche agradable —murmuró Cassie alzando la mirada al cielo nocturno despejado—, no hace demasiado frío, ¿qué hora es? Me he dejado el reloj en casa.

Arion respondió en voz baja, tranquila.

—Ya es más de media noche —murmuró sin romper el paso—, esta es nuestra última noche, al alba expirará el contrato y mañana las cosas serán distintas.

Cassie se detuvo, obligándolo a parar.

—¿Cómo de distintas?

Él no dudó en su respuesta.

—Tanto que quizás desees que llegue la hora de que nos separemos —aseguró en voz baja.

Cassie no respondió, durante los que a Arion le parecieron interminables minutos se mantuvo inmóvil, con la mirada clavada en su camisa a la altura del pecho y en completo silencio.

—Arion, ¿puedo pedirte una última cosa?

Él asintió sin vacilar.

—Lo que desees, *pouli*.

Cassie alzó entonces la mirada hasta encontrarse con la de él, por primera vez desde el momento en que la había conocido, sus ojos brillaban claros y limpios.

—Quiero la verdad —le pidió entonces sin dudar—, no importa que ocurra mañana, ni dentro de cinco minutos o la semana que viene, ahora, en este mismo instante, dime la verdad, sólo la verdad.

Arion la miró durante un breve instante y asintió, tomando su mano en la de él.

—Te mostraré la verdad, esta noche, por esta noche, la verdad estará en tus manos para hacer con ella lo que desees —le aseguró mirándola a los ojos—. Sólo espero que seas capaz de afrontarla.

Cassie sintió su mano resbalando de la de él. Arion se alejó unos pasos y se volvió hacia ella tendiéndole la mano, invitándola a unirse a él.

—¿Me entregarás tu voluntad libremente, Cassandra Catrides?

Cassie se lamió los labios, por primera vez el apellido del hombre unido a su nombre no le producía escalofríos.

—Sin reservas, sin máscaras ni mentiras, sólo la verdad.

Ella asintió lentamente, lamiéndose los labios.

—Mi voluntad es tuya, Arion, hasta que salga el primer rayo de sol.

Asintiendo se llevó las manos a la camisa y lentamente empezó a desabotonársela para diversión de Cassie.

—¿Aquí? —se rió ella—. Tienes un ligero problema con el exhibicionismo, ¿uh?

La mirada azul en el rostro masculino se clavó en la suya.

—Sólo la verdad entre nosotros esta noche, Cass.

Arion se quitó la camisa, la lanzó a un lado y rotó los hombros al tiempo que extendía los brazos y para absoluta perplejidad de Cassie, el hombre que estaba frente a ella se convirtió en un ángel.

Literalmente.

—Qué... —las palabras se le atragantaron.

—Ésta es mi verdad, Cassandra —le dijo Arion desplegando sus alas, el color de su piel se había

oscurecido y en el lado derecho de su rostro apareció un suave pero intrincado tatuaje—. Soy un demonio.

CAPÍTULO 18

DESDE que aquel hombre había entrado en su vida, las cosas se habían precipitado sin control, Cassie había creído estar en más de una ocasión subida en una montaña rusa de la que cada vez que intentaba bajarse, algún hecho sobrenatural llamaba a su puerta, pero jamás, en toda su maldita vida, había pensado en presenciar algo como aquello.

—Has... has dicho que eres... —se las arregló para responder sin poder apartar la mirada del cuerpo masculino—. Un... ¿Es un demonio?

—Un demonio Veritas —puntualizó él asintiendo como si estuviesen hablando del tiempo en vez de estar parados en plena noche en medio de un parque, rodeados por un círculo de piedras que toda su maldita vida había considerado un enterramiento prehistórico y no un maldito altar sexual.

Cassie abrió la boca, entonces volvió a cerrarla sólo para abrirla por última vez con obvios problemas para encontrar el aire.

—Vale, vale... tiempo de hiperventilar —aseguró dando un paso atrás para luego volver a avanzar hacia él y detenerse una vez más—. Diablos, esto no puede estar pasándome... a mí no, a cualquier persona pero no a mí... ¡Me he casado con un jodido ángel!

Arion puso los ojos en blanco y se permitió el lujo de estirar con un único golpe las dos extremidades aladas de níveas plumas blancas levantando algo de viento y librándose al mismo tiempo de un par de plumas, una blanca y otra negra. La pluma negra correspondía a la parte superior de sus alas, estas estaban totalmente recubiertas con un oscuro tono azabache que contrastaba ampliamente con el blanco de las inferiores.

—Nunca he comprendido esa manía que tenéis la raza humana de catalogar como “ángel” —escupió la palabra. Cassie estaba segura de que la escupió—, a alguien simplemente por tener un par de alas. Siento desilusionarte, querida, pero estoy lejos de ser uno de esos maricas que van por ahí dando saltitos. Mis progenitores eran, un gilipollas que se tiró a quien no debía, consiguiendo que de una patada le pusiesen de patitas en la calle y una bailarina de estriptis adicta a las galletitas saladas que tuvo la mala suerte de joder con el demonio equivocado. ¿El resultado? Un ángel caído se empareja con una humana condenada con el don de la verdad y yo soy el resultado. Un demonio veritas.

Cassie lo siguió con la mirada mientras daba media vuelta dejando perfectamente a la vista aquellas dos hermosas y enormes alas y se sentó en la amplia piedra que formaba el Dolmen ubicado en los jardines del castillo.

—Demonio... veritas —repitió el nombre aunque para ella seguía sin tener sentido, a sus ojos, su marido era un jodido ángel, caído o no caído, era un jodido ángel.

—Ahora ya sabes por qué no puedo mentirte —respondió con un inocente encogimiento de hombros que hizo que se arquearan también sus alas—. La maldición de mi madre, no murió con ella, pasaría a sus hijos y a los hijos de sus hijos para siempre. No es que me queje, el saber si te la van a dar con queso no está tan mal y no es como si no pudieras mentir en absoluto, excepto que contigo no me está permitido, por nuestro... matrimonio.

—Creo que no puedo respirar —aseguró Cassie acercándose a uno de los menhires para apoyarse en él, a pesar de todo su mirada seguía puesta en Arion, quien se dio el lujo de acomodarse sobre la piedra como si nada le importase en el mundo.

—Dentro y fuera, cariño, dentro y fuera, recuerda —le dedicó un guiño, sus ojos azules fijos en ella con esa calidez que siempre la llevaba al límite.

—Tienes alas —señaló como si fuera lo único en lo que podía fijarse.

Arion echó un vistazo a una de sus emplumadas extremidades y finalmente se giró hacia ella.

—Eso parece.

—Y no eres un jodido ángel.

Él negó con la cabeza.

—No, cariño, no soy un “jodido” ángel.

Cassie entrecerró los ojos como si quisiera probar si aquello era todo un efecto óptico.

—Eres un demonio —un nuevo asentimiento por parte de Arion—. Un demonio veritas... sea eso lo que sea.

Arion asintió una vez más.

—Premio para la señorita.

Cassie abrió la boca pero volvió a cerrarla mientras se llevaba una mano al pecho.

—No puedo respirar.

—Respira, Cassandra, dentro y fuera, es algo que llevas haciendo desde el día en que naciste, nena, no se te va a olvidar de la noche a la mañana.

—Arion, estoy a “esto” de cometer un... asesinato... así que no me empujes —clamó pateando el suelo con el pie—. Por favor.

Allí estaba ella, siempre tan educada. Bueno, pensó él, después de todo no se lo estaba tomando tan mal, no se había desmayado ni había salido huyendo como si le persiguiese el mismísimo diablo. Incorporándose ligeramente sobre su asiento, sus alas cayendo a su espalda sin mayor dificultad se limitó a esperar y observar, ella había sido la que los había llevado a ambos a aquel punto, por supuesto, Cassie no había sido consciente de que su petición traería consigo algo como esto pero las reglas eran las reglas y esta noche, el Pacto había sido sentado por ella, la condición que había puesto era que fuese él mismo, sin máscaras, sin ataduras de ninguna clase, bien, pues éste era él, su herencia era esa y ella tendría que aceptarlo por el bien de ambos.

Arion jamás había ocultado lo que era, si bien prefería su apariencia humana para moverse entre los mortales, no renegaría de quién y qué era, no sería como su progenitora o el cabrón que lo engendró, no le lamería las botas a nadie, era un demonio y seguiría siéndolo hasta el final de sus días.

—Si te acercas, verás que sigo siendo yo, Cass —le aseguró, incitándola a responder—. Te prometo que no me saldrán cuernos.

Ella se estremeció.

—No bromees, en estos momentos estoy a esto de salir corriendo y batir el récord Guinness en distancias cortas —respondió todavía aferrada a su improvisado apoyo. Entonces frunció el ceño y señaló sus alas con un gesto de la barbilla—. ¿Puedes... um... volar con eso?

Arion deslizó la mano por las suaves plumas blancas.

—No son sólo de adorno, *pouli*, aunque prefiero el transporte sobre dos piernas —aseguró volviendo la mirada de su ala a ella—. Ven Cass, te dejaré que las acaricies.

La curiosa mujer que llevaba en su interior hervía por correr a su lado y deslizar los dedos por aquellas extrañas extremidades, pero la prudente y sensata seguía con la sirena de policía en las manos, haciéndola sonar cada vez más alto.

—No sé si me responderán las piernas —confesó, su mirada no se apartó de él en ningún momento—. Temo que podría caerme de bruces en menos de dos pasos y eso sería ya rizar el rizo.

—¿Vas a tenernos a los dos en cada esquina del cuadrilátero hasta que amanezca? —sugirió en voz baja y profunda, absolutamente masculina.

Cassie resopló, aquello le superaba.

—Mira, es una posibilidad.

—Cassandra, ven aquí —le pidió utilizando ese tono con el que siempre se encontraba actuando antes y pensando luego, ¿y por qué lo he hecho?

Lamiéndose los labios, obligó a sus manos a dejar el asidero y se puso en pie, no había mentido cuando dijo que no sabía si le sostendrían las piernas, toda ella temblaba como una hoja. Arion tendió el brazo con la palma abierta en una silenciosa invitación, sus alas permanecían estiradas sobre la superficie de la piedra, demasiado flexibles, viéndose casi como una manta de plumas en algunos aspectos.

La distancia pareció hacerse eterna para Cassie, su corazón latía aceleradamente mientras caminaba, resonando en sus oídos como un tambor errático amenazando con pararse en cualquier momento.

—Respira, Cassandra —escuchó su voz al tiempo que lo veía mover los labios—, cariño respira o terminarás en el suelo desmayada por falta de oxígeno.

Respirar, sí, buena idea, tenía que respirar, no podía olvidarse de respirar. Dios mío, ¿serían tan sedosas como parecían?

Sus dedos se encontraron atrapados entonces en la mano masculina y al paso siguiente fue su cuerpo el que se estrelló contra él cuando tiró de ella para abrazarla. Cassie temblaba, no podía dejar de temblar.

—Shh —le oyó susurrarle mientras le acariciaba la espalda—, no pasa nada nena, soy yo, estoy aquí.

Sí, era él, Arion. Tenía que concentrarse en ello, era su marido, el hombre que se había ido abriendo paso poco a poco en su corazón durante la última semana, aquel que la había atesorado por lo que ella era, sin importarle sus kilos de más, sus ojeras, o que utilizase una talla cincuenta, siempre hacía que se sintiese especial.

—¿Por qué son de dos colores?

Las palabras abandonaron sus labios antes que pudiera hacer otra cosa, había apoyado la cabeza contra su hombro y miraba el ala extendida al costado de su amante. Cassie le vio deslizar la mano sobre la superficie de plumas mientras respondía.

—Imagino que por lo que te he comentado antes, no soy un ángel, con lo que mis alas no podrían ser completamente blancas. Pero tampoco soy un caído, así que el negro está descartado —le respondió, el sonido de su voz resonando en su caja torácica—, soy un demonio, de ahí la dualidad.

—Demonio —respondió sacudiendo la cabeza contra su pecho—. Ángeles, demonios... esto parece una novela romántica sobrenatural...

—Te gustan bastante los libros —comentó él—. A menudo haces mención de las novelas.

—Soy una romántica empedernida, amante del paranormal, pero juro que jamás se me pasó por la cabeza que existiese algo parecido a esto fuera de los libros —aseguró separándose un poco de él, su mirada fija en una de sus alas.

—Puedes acariciarla, no muerde —le susurró al oído mordiéndole el borde de la oreja—. Al contrario que yo.

Ella se encogió con un escalofrío de placer recorriendo ya su cuerpo, era increíble cómo a pesar de estar en plena noche y a la intemperie la temperatura no había descendido en absoluto, Arion se había desprendido anteriormente de su camisa y su piel seguía tibia, ella misma se encontraba a gusto con tan sólo el conjunto de punto que llevaba puesto.

—¿Tienes algo que ver con el hecho de que no nos hayamos cruzado con nadie en nuestro paseo por el recinto del castillo, así como que esté abierto a estas horas al público? —preguntó deslizando tímidamente la mano hacia las plumas que asomaban por su costado—. Esto es tan absurdo e irreal que no sé qué pensar.

Arion cogió su mano vacilante y la arrastró sobre las plumas de su ala haciendo que ella se tensara durante unos breves instantes.

—¿Lo ves? No duele, ni da calambres, sólo son plumas —le aseguró mordisqueándole la oreja cuando ella se inclinó sobre su costado para ver mejor aquella enorme extremidad. Sus dedos se abrían bajo su mano, acariciando las plumas, provocándole una serie de estremecimientos que no había sentido antes, convirtiendo sus alas en un nuevo receptor de placer que lo llevaba a tener ganas de ronronear—. Y lo que quiera que estés haciendo ahora es muy agradable.

Cassie bajó la mirada cuando sintió la erección masculina creciendo bajo ella, anidada entre sus piernas. Podía sentirla presionándose contra la tripa.

—Joder —murmuró entre asombrada y fascinada. Sus ojos volvieron al lugar en el que había estado acariciando las plumas del ala masculina, Arion había soltado su mano para posarla en su cadera—. ¿Son todas así?

Él encogió sus amplios hombros haciendo que las extremidades aladas se movieran en respuesta.

—Por regla general no son tan sensibles al tacto —aceptó sorprendido consigo mismo por el placer que le producían sus caricias—. La zona superior del arco es más sensible que las plumas debido al músculo, pero nunca tanto como ahora.

Ella deslizó la mano hacia arriba y la retiró inmediatamente al oírlo sisear y recoger las alas.

—¡Lo siento! —se disculpó de inmediato a pesar de que no sabía qué era lo que había hecho—. Oh, demonios, te he hecho daño, ¿verdad? Tenías que haberme advertido, Arion, ni siquiera soy capaz de acariciar un gato sin que me sisee.

Él se rió entre dientes asiendo sus manos desde la muñeca para evitar que se retirara como era su intención.

—Si acaricias al gato de la misma manera en que has hecho con mis plumas, no es de extrañar que sisee —aseguró moviendo las alas a su espalda para volver a colocarlas sobre la piedra—. Cass, se acaricia en el sentido de las plumas, no al revés.

—Oh —musitó abriendo la boca en una enorme “o” y sintiéndose tonta ante lo evidente—. Mierda.

Arión sonrió abiertamente y la atrapó de nuevo contra su pecho desnudo, cogiéndole la barbilla con la mano y alzándola hacia sí.

—¿Y bien, mi deliciosa cliente? —ronroneó acariciándole la mejilla con el pulgar antes de deslizarlo sobre el labio inferior—, ¿estás dispuesta a cederme tu voluntad una vez más?

Ella separó los labios ante la pecaminosa caricia.

—¿No habíamos aclarado ya ese punto? —susurró en respuesta.

Arion sonrió.

—Has pedido que te mostrara la verdad —respondió estirando sus alas para luego envolverla a ella reteniéndola en un cálido capullo de plumas—, y esto es lo que soy.

Cassie se quedó sin aliento cuando aquellas suaves plumas la envolvieron acariciando sus brazos desnudos y con sedosa calidez, era como estar envuelta en una amorosa manta que además de mantenerla calentita le daba cierta clase de paz.

—Ahora, Cassandra, dímelo, ¿te entregarás a mí libremente? ¿Pondrás en mis manos tu voluntad para hacerla mía y darte aquello que sólo yo puedo tener para ti? —preguntó sin más vueltas—. ¿Cumplirás el Pacto una última vez?

Apoyándose en sus brazos, alzó el rostro hacia el suyo a un breve susurro de sus labios.

¿Se atrevería? ¿Sería lo suficientemente valiente para aceptar lo que tenía ante ella? Aquel hombre seguía siendo el mismo que la había acompañado, mimado y escuchado durante los últimos días, ¿verdad?

Cassie recordó entonces la cantidad de veces en las que él había sonreído con ironía cuando le había llamado demonio, Arion no había dicho ni una sola vez que no lo fuese, al contrario, lo había aceptado pero jamás pensó que aquello fuese literal. Sus ojos se encontraron con los azules del hombre que tenía frente a ella, el mismo con el que había vivido la más hermosa de las aventuras, el único al que se había entregado sin reservas, aquel al que amaba.

—Acepto el Pacto y te entrego mi voluntad, Arion —susurró entonces—. Hasta que salga el sol, mi voluntad será tuya... una vez más.

Arion respiró en su boca sintiendo como el pacto se cerraba a su alrededor, regalándole la última de las noches con su cliente. A la salida del sol el contrato expiraría, la pregunta era, ¿lo haría también su

matrimonio?

* * *

La boca se le hacía agua por probar aquella piel bronceada, las suaves plumas se cerraban a su alrededor abrigándola mientras las manos masculinas se afanaban en los botones de la blusa. Cassie se lamió los labios tras el húmedo beso y los deslizó por la garganta masculina mordiendo suavemente la piel encima de la nuez arrancando un ronco gemido de la garganta de Arion, las manos del hombre habían terminado con su tarea y ya le quitaban la blusa bajándola por los brazos mientras ella pasaba a la siguiente etapa lamiendo la depresión de la clavícula mientras acariciaba sus abdominales con las manos e iba más abajo.

Arion estaba en llamas, la boca femenina sobre su cuerpo era la cosa más erótica que podía recordar, su lengua caliente creaba pequeñas corrientes de placer que descendían directamente a la dura erección que empujaba sus pantalones, sus alas se estremecían en respuesta obligándose a recurrir a toda su voluntad para no desplegarlas por completo, la deseaba así, cerca de él, rodeada por su verdadera esencia, deseaba enterrarse profundamente en ella mientras la mantenía abrigada de ese modo, diablos la deseaba tomarla de todas las formas posibles, las que ya habían probado y cualquier otra que se inventaran.

Sus pensamientos volaron cuando sintió la lengua de Cassie rodeando una de sus tetillas, aquella pequeña gata era una maldita buena alumna, había pasado de ser una tímida virgen a una hambrienta y sensual mujer que gozaba plenamente de su sexualidad y él estaba más que satisfecho de ello, orgulloso incluso, era la compañera perfecta, su única compañera.

—¿Diablos, bebé, estás intentando matarme?

La oyó reír suavemente entonces siseó cuando la pequeña mano femenina lo ahuecó por encima de los pantalones, la pequeña tunante había aprendido deprisa, vaya que sí.

—Oh, disfruta de tu triunfo nena, porque pienso tomar venganza —gimió cuando succionó su tetilla, su mano lo frotaba por encima del pantalón endureciéndolo incluso más.

Satisfecha y orgullosa por estar conduciendo a ese hombre al límite, Cassie continuó su descenso pero no antes de que las manos masculinas alcanzaran el cierre del sujetador a su espalda y lo soltara dejando sus pechos libres con un suave gemido femenino.

—Considéralo un anticipo de mi venganza.

Ella se rió, sus miradas se encontraron un instante antes de que deslizara ambas manos a la cinturilla de su pantalón y se lamiese los labios con anticipación.

—Oh, sí, tú quieres matarme.

—Sólo un poquito —sonrió ella con un suave sonrojo cubriéndole las mejillas. Había cosas que no cambiaban y por alguna razón le gustaba que fuese así.

Demonios, ella era puro erotismo mezclado con ingenua sensualidad y lo estaba volviendo loco, el sonido de la cremallera del pantalón al deslizarse no hizo sino aumentar su hambre, quería su boca sobre él, deseaba que aquella caliente y juguetona lengua lo lamiese, quería verla succionando su polla como la primera vez y bendita fuera, no se hizo de rogar en cumplir su fantasía.

Cassie se lamió los labios al ver la orgullosa erección saltando ante sus ojos una vez libre de las restricciones del pantalón y calzoncillos, la suave piel era cálida debajo de sus dedos, dura, la cabeza se henchía oscurecida y tan apetitosa como una ciruela madura. Había deseado volver a probarlo desde aquella primera vez en la cafetería, se había sentido realmente poderosa al tener a un hombre como él a su merced, sabiendo que sólo ella podría darle la ansiada liberación. Lamiéndose una última vez los

labios abrió la boca y lo lamió, tomándose su tiempo para saborearlo, deleitándose en el sabor salobre de su piel, en la textura y en el poder que sostenían sus manos. Cassie lo oyó gruñir, sintió como una de sus manos se enterraba en su pelo enredándose en sus mechones cuidando de no hacerle daño, sus caderas se lanzaron adelante deseosas de ahondar más en su boca mientras ella le acariciaba, lo lamía y succionaba profundamente antes de volver a retirarse, sus manos trabajaban en su erección y testículos arrancando profundos jadeos masculinos que no hacían sino aumentar su propia excitación, se sentía húmeda, mojada, sus jugos resbalando de su sexo y absolutamente erótica.

El olor del sexo funcionaba como un afrodisíaco a su alrededor, los gemidos masculinos se mezclaban con los sonidos de succión y las respiraciones de ambos conduciendo a Arion al borde, la boca femenina se sentía perfecta en su polla, caliente y húmeda arrastrándolo inexorablemente hacia el orgasmo, apretando el puño en el pelo de Cassie se dejó ir empujando suavemente en la boca femenina buscando la ansiada liberación que llegó algunas embestidas después cuando Cassie lo succionó con fuerza en su boca.

—Cass, cariño... no puedo... más.

Ella le clavó las uñas en los testículos en una silenciosa advertencia que no le quedó más remedio que aceptar permitiendo que su liberación llegase, corriéndose en la boca de su amante mientras lo lamía y succionaba hasta la última gota de su semen.

—Bruja —murmuró entre jadeos cuando ella se retiró lamiéndose los labios con suavidad.

Cassie se encogió de hombros.

—Demonio.

Arion sonrió ante su réplica e inclinándose hacia delante desplegó sus alas y la atrajo hacia él, girándola para dejarla finalmente sobre la fría losa de piedra arrancándole un jadeo a la chica.

—¡Arion está helado! —se quejó dando un respingo, estirando los brazos para rodearle el cuello y pegarse a él intentando escapar de la helada superficie.

Él no sólo se rió sino que se inclinó hacia delante sosteniéndola, las piernas femeninas envolviéndose en su cintura tratando de acercarse incluso más mientras la falda se arremolinaba sobre sus muslos y caía como una capa tapándole el trasero.

—Quejica —se rió besándola en los labios antes de volver a tenderla sobre la piedra, la cual ahora estaba cubierta en cierta medida por sus alas—, ¿mejor así?

Cassie aflojó su agarre y miró a su costado donde se curvaba una de las alas de plumas blancas sirviéndole de cama.

—¿No... no te duele?

Él bufó con suficiencia masculina.

—Mis alas son más flexibles y resistentes de lo que puedas pensar —le aseguró hundiendo las manos entre sus cuerpos, soltando el lazo que cruzaba la falda de punto para quitársela por completo dejándola con tan sólo el breve tanga violeta. Arion frotó su erección contra la humedecida tela entre sus piernas—, disfruta de la experiencia, cariño, es sólo para ti.

Con una traviesa sonrisa, enlazó el tanga en los dedos y de un suave tirón la rompió, conduciendo profundamente su nuevamente erecto sexo en su interior haciéndola gemir, ella estaba mojada y caliente, preparada para él, clavando las manos a ambos lados de la cabeza femenina se retiró y volvió a impulsarse con la única ayuda de las caderas, no es que necesitara nada más. Cassie gimió y se arqueó bajo él, saliendo a su encuentro y retirándose cuando él se retiraba, Arion la miraba sin pudor, escuchando sus gemidos y jadeos mientras se retorció bajo él, sólo se unían por las caderas, el húmedo sonido de carne contra carne como banda sonora, cada vez más profundo, más rápido, puro instinto animal que la llevaba a gemir en voz alta, diciendo su nombre, retorciéndose como un animal febril en pleno apareamiento. Sus embestidas eran profundas levantando su cuerpo de su cama de plumas con el sólo movimiento de sus caderas, enardecíendola hasta que se encontró pidiendo más.

—Dios... sí... más...

Esbozando una conocedora y masculina sonrisa, Arion la alzó, salió de ella y la giró empujándola suavemente contra la piedra para volver a entrar en ella desde atrás haciéndola gemir.

—Separa las piernas —le susurró al oído, su voz rasgada por el deseo y el esfuerzo—, apoya las manos sobre la piedra.

Cassie se estremeció pero no le quedó más que obedecer cuando la empujó hacia abajo, entrando aún más en su interior ahogándola con su intensidad.

—Respira, *agapi*, no olvides respirar —le susurró antes de morderle el lóbulo de la oreja, aferrar sus caderas y retirarse sólo para volver a penetrarla—, así, eso es cariño, déjate ir, disfrútalo.

Las palabras se habían esfumado de su boca, todo lo que podía hacer era gemir y acompañar cada uno de los movimientos que marcaba el ritmo masculino mientras su propio orgasmo se iba incrementando más y más, cuando creía alcanzarlo él bajaba el ritmo frustrándola sólo para volver a retomar sus embestidas haciendo crecer una vez más su intensidad.

—Mal... dito... seas... Ari... necesito... necesito...

—Sí, cielo, ¿qué necesitas?

Cassie siseó, sus pechos se bamboleaban al compás de sus embestidas rozando la piedra ahora libre de sus alas con erótica carencia, la estaba volviendo loca, si seguía así iba a acabar suplicándole maldito fuera.

—Arion... no... no puedo más... por... por favor...

—Quiero oír mi nombre mientras te corres —le susurró al oído al tiempo que la penetraba con más fuerza y rapidez—, di mi nombre, Cass y te daré lo que quieres.

—Eres...

—Di mi nombre, Cass...

—Demonio...

—Mi nombre, Cass, o no dejaré que te corras.

Ella gritó con frustración y finalmente pronunció su nombre.

—Arion, maldita sea, deja que me corra.

Riendo apretó el ritmo conduciéndolos a ambos a la liberación definitiva, y tal y como le había pedido, Cassie gritó su nombre hasta que se quedó sin voz.

—Y ahora, *pouli* —le susurró al oído—, vayamos a un lugar más cómodo, dónde poder continuar lo que acabamos de empezar.

Sin darle tiempo a responder, los tele transportó a ambos al dormitorio de Cassie y se dedicó a mostrarle la verdad que residía en sus palabras.

CAPÍTULO 19

CASSIE contempló como la noche iba dando paso al día, los primeros rayos del alba traspasaron el cristal de la ventana de su dormitorio anunciando el término del último pacto y del contrato. Hacía algo más de veinte minutos que había dejado la cama y vestida con una vieja camisola había esperado la llegada del amanecer. Arion permanecía en la cama, sus caderas cubiertas indolentemente con la sábana mientras el resto de su bronceada y apetitosa piel quedaba a la vista, un dios de carne y hueso tumbado en su cama, un ángel caído, un demonio, un ser que no debería existir y que sin embargo allí estaba.

Lo ocurrido la noche anterior no hacía sino reforzar lo que había visto desde el principio, que ambos eran muy distintos, su matrimonio sólo obedecía a un momento de embriaguez por parte ambos y no estaba dispuesta a dejar que la historia se repitiera. No deseaba ver como un buen día su marido se marchaba y encontraba a otra mujer porque entendiéndose que sus diferencias los mantendrían separados, no quería convertirse en una víctima igual a su madre, como tampoco deseaba exponer a ninguna criatura a la posibilidad de una ruptura como la que había sufrido ella.

En el caso de ellos dos además no se trataba de sutiles diferencias, había todo un mundo sobrenatural por medio que los mantendría alejados.

Las lágrimas pugnaban por abandonar sus ojos, su alma y corazón se rebelaban gritándole que no bajase los brazos, que no se rindiese, pero ella había visto en primera fila como se deterioraba el amor entre dos personas que decían amarse desde el mismo momento en que sus miradas se encontraron. Su infancia y adolescencia quedó marcada por ello, toda su vida había quedado marcada por el miedo de repetir los mismos errores, el mismo miedo que no le permitía perdonar a su padre... y ese miedo seguía vivo en su interior, quizás no tan fuerte como antes, pero estaba allí esperando agazapado para saltar sobre ella cuando menos se lo esperase.

—¿Cass?

La voz masculina le provocó un escalofrío de anhelo. El timbre profundo y masculino era suficiente para hacer que sus convicciones se tambalearan y aumentasen sus dudas.

—Está saliendo el sol —murmuró ella sin atreverse a mirarle.

Oyó como Arion se incorporaba, la ropa de la cama haciéndose a un lado.

—Lo sé, *pouli* —su voz se hacía cada vez más clara y cercana—, puedo sentir como el Pacto se está disolviendo.

Cassie respiró profundamente, enderezó la espalda y se volvió hacia él.

—Dijiste que con la última noche de Pacto, al amanecer se acabaría el contrato, ¿es verdad? —le preguntó con voz suave e inexpresiva.

Arion tardó unos segundos en contestar, sus ojos azules la miraron con detenimiento, encontrándose finalmente con los marrones de ella.

—Sí, lo es —aceptó de pie a los pies de la cama, en toda su gloriosa desnudez.

Cassie asintió y desvió la mirada.

—En ese caso ya no hay nada que te retenga aquí, ¿no es así? —continuó ella sin darle tiempo siquiera a contestar—. Puedes regresar con tu Agencia y dar por finalizado nuestro contrato. Estos días sin duda han resultado ser muy... productivos, te lo agradezco.

Arion entrecerró los ojos.

—Cassandra...

—Voy a darme una ducha —respondió pasando frente a él—. Y después me iré a la tienda, no puedo descuidarla por más tiempo. Ha sido un placer conocerte, Arion. Si me dejas un teléfono de contacto te

haré llegar la anulación, el divorcio o lo que sea.

Sin decir una palabra más, Cassie abandonó el dormitorio.

Arion se quedó mirando la puerta cerrada unos instantes, entonces sacudió la cabeza y suspiró.

—Ya te he dicho que nuestro matrimonio no puede disolverse, Cassandra —musitó para sí—, cuando nos emparejamos, lo hacemos eternamente, *pouli*.

Aquel era una de las únicas cosas que su padre había compartido con él.

“*Nunca te emparejes con una humana, pequeño demonio, o estarás eternamente encadenado a ella y serás eternamente miserable*”.

Unas palabras muy ciertas en lo referente a sus progenitores, pero que en su caso no eran sino un reto interesante, después de todo, su pequeña bruja no había dicho que no lo quisiera, y después de cómo lo había aceptado la noche anterior, aunque lo intentase no la creería.

Conocía el corazón de las personas, de todos los seres, la verdad que anidaba en ellos y en el de Cassandra, el amor había empezado a brillar con timidez, un amor que pensaba atesorar y cultivar hasta que fuese lo suficientemente fuerte como para romper cualquier barrera que todavía existiera para su pequeña esposa.

—No te librarás de mí tan fácilmente, *agapi mou* —aseguró con una amplia y satisfecha sonrisa—. Pero por el momento, hagamos las cosas a tu manera. Deseas que me vaya, así que eso haré... por ahora.

Sonriendo perezosamente, se volvió hacia la cama haciendo aparecer sobre esta una muda de ropa y procedió a vestirse de la manera humana, después podría ir a la Agencia y terminar con el contrato que tenía con Cassandra.

Sólo entonces, podría dedicarse por completo a conquistar a su esposa.

CAPÍTULO 20

DOS días después...

Si había un lugar que no había cambiado un ápice en los últimos dieciséis años era el cementerio de Cardiff, este seguía igual que la última vez que Cassie había puesto los pies en él, el día en el que le habían dado sepultura a ella, Calíope Joyce, su madre.

A pesar del transcurso del tiempo y de no haber pisado el lugar desde el mismo día del funeral, Cassie podía recordar aquel episodio con total claridad, en su mente podía reproducir el momento exacto en el que los hombres de la funeraria habían bajado el ataúd mientras, de pie a los pies del abierto hoyo, esperaba a que todo terminase.

Encontró el lugar exacto quince minutos después de traspasar la verja de la entrada, el extenso campo verde entremezclado con árboles servía de descanso final para aquellos que abandonaban el mundo de los vivos y entre varias lápidas y obeliscos encontró el de ella.

La piedra estaba gastada por el paso de los años, enmohecida incluso, pero el nombre todavía podía leerse con claridad, al igual que el anodino epitafio.

—Abnegada esposa y tierna madre —leyó Cassie con un deje de ironía. El pequeño ramillete de rosas blancas que traía consigo tembló entre sus manos cuando apretó el tallo—. Es curioso que ninguna de esas palabras te haga justicia, Calíope.

Cassie no se atrevía a utilizar otra palabra que el nombre de pila de ella, no estaba preparada todavía para dar ese paso.

—Incluso después de haberte marchado sigues dejando tras de ti la amargura de la separación —murmuró ella arrodillándose sobre la tierna hierba del césped recién cortado—. Soy incapaz de alejarme de tu recuerdo, la distancia y el tiempo no han sido tan buena cura como suelen decir, no sirven para alejar el rencor y el odio que siento hacia ti... hacia tus actos.

Respirando profundamente dejó las flores al pie de la lápida.

—Por primera vez en mi vida, sólo por un corto espacio de tiempo, he encontrado el sentido a mi existencia, he agradecido que a pesar de todo me dices la vida y cuidases de mí —continuó apretando las manos juntas sobre su regazo—. Me he sentido amada, protegida y he deseado amar a mi vez, devolver aunque sólo fuese una pizca de esa calidez que me embarga cada vez que estoy cerca de él, pero no he podido, no puedo hacerlo, me asusta demasiado la posibilidad de perderle, de que me sea arrebatado como tú me fuiste arrebatada.

Negando con la cabeza, soltó un pequeño bufido.

—Puedes pensar que soy una cobarde, yo misma lo he pensado más de una vez —aseguró con una triste sonrisa—. Pero no soy como tú o como él, no haré daño a Arion de la manera en que él nos hirió a ambas, no permitiré jamás que mi amor por él sea la causa de nuestra desdicha como lo fue en vuestro caso. No pediré migajas, prefiero alejarme de él ahora y dejar que encuentre su propia felicidad que vivir en una continua amargura y convertirnos ambos en la sombra de la culpa.

Sus dedos acariciaron la lisa piedra de la lápida.

—Te he odiado durante mucho tiempo, mamá —murmuró refrenando sus sentimientos a pesar de que el rencor y el dolor acariciaba sus palabras—, el mismo que he pasado extrañándote y deseando que no te hubieses marchado. Te he culpado por algo que ni siquiera estoy segura de que pudieses evitar, o de que quisieras hacerlo, no puedo vivir mi vida siempre pendiente del pasado, debo pasar página y enfrentarme

a la realidad que se expande a mi alrededor.

Cassie acarició con suavidad los pétalos blancos de las rosas.

—Siento no haber venido en todo este tiempo —murmuró con la garganta encogida por la pena que se resistía a dejar salir—, debí haber venido mucho antes y decirte lo que hoy he venido a decirte, pero me daba tanto miedo perderte de nuevo —respirando profundamente se apartó la falda de lana y se puso en pie, limpiándose las rodillas—. Pero ya no puedo esperar más, mamá, ha llegado el momento de la despedida, espero que allí donde te encuentres hayas encontrado la paz que tanto buscabas, no te guardo ya rencor, ni te odio, tu pérdida me duele, pero ahora sé que será un dolor llevadero.

Con una última mirada, Cassie besó la punta de los dedos y los apoyó contra la lápida.

—Adiós, mamá.

Sin una palabra más le dio la espalda al pasado, dejando que su alma se liberara del velo que la había estado envolviendo. Había llegado la hora de empezar a vivir de verdad, tal y como Arion le había enseñado, si no podía tener otra cosa de él, al menos se quedaría con sus enseñanzas.

El viento acarició la copa de los árboles, meciéndose sobre la hierba y arrancando un suspiro a las frías piedras que permanecían diseminadas sobre el extenso prado. Los capullos de rosa blanca que Cassie había depositado contra la piedra empezaron a abrirse por sí solos, hasta convertirse en unas hermosas rosas blancas, una respuesta silenciosa, un adiós desde el más allá.

* * *

El timbre de la puerta sonó por tercera vez, ya no se trataba del sonido del portero automático que había escuchado durante todo el día anterior, o el enérgico volumen del teléfono, esta vez alguien parecía querer fundir el timbre de la puerta y Cassie tenía una ligera idea de quién podría ser la responsable.

En la apatía en la que se había sumido los últimos dos días, se había olvidado a propósito de la ceremonia nupcial que aquel mediodía se llevaría a cabo, no se había preocupado en ir a recoger su vestido de dama de honor, ni tampoco en responder a los múltiples mensajes que Violet había dejado durante todo el día de ayer tanto en el contestador del teléfono fijo como en el móvil, el cual había optado por desconectar.

Cuando el sonido del timbre empezó a cambiar por golpes contra la puerta, supo que o se levantaba del sofá e iba a abrir, o tendría que llamar a un cerrajero, o peor, a un carpintero cuando Violet terminara con su puerta.

—¡Cassandra Calíope Joyce! ¡O abres esta maldita puerta ahora mismo, o no te gustará lo que sucederá!

Cassie esbozó una mueca al oír su nombre completo en boca de su amiga, señal inequívoca de que el infierno estaba a punto de desatarse.

—Un momento —susurró a través de la ronca voz que le había quedado después de haberse quedado sin lágrimas. La visita al cementerio había traído consigo una pequeña liberación, pero también las lágrimas.

Los golpes cesaron, pero no así la voz del otro lado de la puerta.

—¡Abre ahora mismo la puerta! —exigió su amiga.

Suspirando, Cassie quitó el seguro y giró la llave dejándola entrar.

—¡Ya puedes tener una excusa malditamente buena por la que no me hayas cogido el teléfono en todo el día de ayer! —exclamó entrando como un vendaval en la pequeña vivienda. En una mano traía un pequeño neceser, mientras que la otra arrastraba una maleta y dos fundas para vestido con el nombre de la boutique grabado en ellas—. ¡¿Tienes idea de todas las cosas que he tenido que inventarme para que

Astrid no se desquiciara?! ¡No fuiste a recoger el vestido y la modista la llamó! ¡Estaba a punto de llamar a los SWATT cuando entré por la puerta!

Cassie se limitó a cerrar tras de sí, volviéndose lentamente hacia su amiga, la cual ya había dejado todas sus cosas a un lado y terminaba su discurso cuando reparó en el aspecto de su amiga.

—Ha sido un milagro que no haya contratado también a la Interpol y... —sus palabras murieron en momento exacto en que vio los ojos enrojecidos de Cassie—. ¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido ese hijo de puta? Le arrancaré esa maldita sonrisa de la cara a base de patadas.

El rápido arrebató indignado de su amiga arrancó a Cassie una breve sonrisa, entonces negó con la cabeza.

—No está aquí, Vio.

Pero la mujer no escuchaba, su mirada recorría ya la vivienda al tiempo que lanzaba amenazas e improperios a voz en grito.

—¡Vamos, da la cara, cobarde! Ahora no eres tan valiente, ¿verdad?

Cassie fue hacia su amiga posando con suavidad la mano sobre su hombro para llamar su atención.

—Se ha ido, Violet —insistió Cassie—. Él... yo... no, no era lo que esperaba después de todo. Le pedí que se marchase el mismo día que concluyó ese absurdo contrato con la Agencia.

Su amiga abrió la boca pero volvió a cerrarla de inmediato, aquella no era una respuesta que se esperase de parte de Cassie.

—¿Le has pedido que se marchase?

Asintiendo, explicó.

—Era lo mejor —respondió con voz temblorosa—. Tú tenías razón, la tuviste desde el principio, no debí... nunca pensé... dios, no se supone que esto ocurriese así, yo no tenía que...

Violet suspiró y acarició el pelo de su amiga intentando consolarla.

—¿Enamorarte de tu marido? —sugirió haciendo una mueca.

Cassie apretó los labios, no podía pensar en ello, no si tenía que seguir adelante con su vida.

—Él no era... lo que parecía ser.

Violet puso los ojos en blanco.

—Ningún hombre lo es, cariño, la mayoría son sólo cerdos —aseguró acariciándole el pelo—, hay muy pocos que realmente merezcan la pena y si no fijate en Edgard. Desde luego, viéndolo, nadie diría que juega en una liga inferior a la de As, ¿y eso le ha importado a ella? En absoluto.

Cassie se llevó las manos a la cabeza, apartándose de Violet, intentando encontrar la respuesta adecuada y que no sonase descabellada.

—Pero esto es diferente, Arion no sólo pertenece a otra liga... él pertenece a otra... raza —gimió aferrando su propio pelo—, es una locura... me he casado con un demonio, Vio, con un demonio.

Violet resopló pensando que su amiga hablaba en sentido figurado.

—Todos los hombres son demonios, nena, algunos mucho más que otros, todo depende en el plano en que se desenvuelvan —le aseguró caminando hacia ella—. Y este hombre tuyo... —la mujer chasqueó la lengua y sacudió la cabeza—. No sé que habrá pasado entre vosotros, pero sí puedo ver el bien que te ha hecho, nadie que te haga sonreír de nuevo puede ser realmente un mal tipo.

A Cassie se le encogió el corazón, aquello no era lo que necesitaba, se suponía que Violet era la sensata, la que desde el principio había estado en contra de toda aquella locura.

—Vio, no es tan sencillo, hay cosas que...

Violet la interrumpió y bajó la mirada a la mano derecha de la muchacha en dónde todavía brillaba su alianza de bodas.

—Cassie —le dijo entonces alzando su mano—, todavía llevas la alianza de bodas en tu dedo, no te la quitaste ni siquiera cuando te subiste en el avión de regreso de Las Vegas. No has sido capaz de deshacerte de él con tanta facilidad cómo pensabas y por lo que me contó As, tampoco tenías mucha prisa

por darle la patada a ese dios sexual o de lo contrario le habrías dado con la puerta en las narices desde el primer momento. Te conozco, cariño, sueles actuar por impulso pero en esta ocasión has tardado mucho en dar ese paso, algo debe tener ese mequetrefe para que conserves todavía tu anillo de bodas.

—Violet —quiso quejarse, pero incluso eso le salió de manera lastimera.

La mujer negó con la cabeza, aferró sus manos y la obligó a encontrar su mirada.

—Afróntalo, Cassie, al fin has encontrado a alguien lo suficiente hombre como para acercarse a ti, derribar tus defensas y hacer que se te caigan las bragas —le aseguró su amiga sin más—, serías una verdadera cabeza hueca si lo dejases escapar.

Ella abrió la boca para responder pero Violet la interrumpió de nuevo.

—Ni lo intentes —la atajó—. Tenemos una boda en unas pocas horas, tienes que darte una ducha, vestirme y hay que peinarte antes de salir a toda leche para la iglesia. Si quieres lloriquear por tu estupidez, tendrás que hacerlo después de que As dé el sí quiero y haya cortado la jodida tarta rosa.

Cassie iba a responder, pero la última parte de la frase de Violet se grabó en su mente.

—¿La tarta también es rosa? —preguntó haciendo una mueca.

Violet puso los ojos en blanco.

—Nena, no habrás visto una tarta rosa hasta ver esta.

Tirando de ella para ponerla en movimiento, Violet la condujo hacia el cuarto de baño.

—Puedes vestirte y pensar al mismo tiempo, así que, andando.

Cassie miró a su amiga.

—¿Vio?

La mujer la miró.

—¿Sí?

—Gracias.

Sonriendo ampliamente negó con la cabeza.

—Dámelas cuando te haya dejado hecha un pincel —le aseguró con buen humor—. Eres una persona muy especial, Cassie, si él tiene una pizca de inteligencia en su cerebro, lo entenderá antes o después, sólo es cuestión de tiempo.

Cassie sabía que el problema no era el tiempo, si no ella y su temor a enfrentarse a la verdad.

* * *

Los números del ascensor parecían no avanzar con suficiente rapidez, un piso iba dando paso a otro mientras ascendía, deteniéndose para coger y dejar gente hasta que en el cuarto piso los únicos que quedaban en el ascensor eran él y Elphet. La mujer se había limitado a sonreírle y desearle los buenos días para luego hacer el ademán de pulsar el número nueve, el cual ya había sido pulsado previamente por él. El panel numérico mostró el cinco cambiando al seis, faltaban tres pisos para llegar a su destino.

—¿Subes también a la oficina? —preguntó Arion rompiendo el silencio.

La mujer giró el rostro hacia él y asintió.

—Tengo algunas cosas que solventar antes de coger “oficialmente” mis vacaciones.

Aquello sí le sorprendió. ¿Elphet cogiendo vacaciones? En todo el tiempo que llevaba trabajando en la agencia no recordaba un sólo día en el que esa mujer no estuviese en su puesto de trabajo.

—¿Vacaciones?

Ella sonrió con ironía.

—Cuesta creerlo, ¿huh?

Vaya si costaba, pensó Arion.

—¿Nick lo sabe?

Un delicado bufido escapó de los labios perfilados de la mujer.

—Fue él quien me hizo firmar la hoja de vacaciones —respondió con fastidio—, y no aceptó un no por respuesta. Pero bueno, otra cosa muy distinta es dónde decida pasar esas vacaciones, ¿huh?

Arion esbozó una divertida sonrisa.

—Ya veo —murmuró consciente del motivo de la decisión de su jefe. Aquel nuevo contrato que había entrado prometía traer problemas de tamaño monumental.

Elphet se apartó tras la oreja un mechón de pelo rubio y señaló la PDA que Arion llevaba colgada del cinturón.

—¿Ya ha terminado tu contrato?

Él bajó la mirada a la terminal atada a su cinturón y esbozó una irónica sonrisa.

—Podría decirse que sí, al menos la parte que corresponde a la empresa —respondió con la misma ironía que ella—, la otra parte, digamos que es un asunto un poco más complicado el cual espero poder solucionar en breve.

Ella se le quedó mirando durante un momento, entonces suspiró.

—Así que también vamos a perderte a ti —respondió con calidez, sus ojos azul cielo vueltos hacia él—. La agencia no va a ser lo mismo sin nuestros agentes estrella.

Arion esbozó una mueca.

—¿Agentes estrella?

La suave risa femenina inundó el ascensor cuando la pantalla numérica alcanzaba el piso número diez.

—No se lo cuentes a los demás —le susurró en confidencialidad al tiempo que le guiñaba un ojo y salía del ascensor para encontrarse con su hermana la cual parecía tener problemas con uno de los ordenador a juzgar por el humo que se elevaba de la terminal.

Arion alzó la mirada hacia el altillo, sus ojos se encontraron con la mirada divertida de su jefe que parecía haber estado pasando un buen rato con la “telenovela” casera que se había formado en la oficina. Al verle, le saludó con un gesto de la cabeza invitándole a reunirse con él mientras volvía a su oficina.

Echando un último vistazo a la delgada columna de humo que salía por detrás del monitor atravesó la sala y subió para terminar con el papeleo del contrato.

Encontró a Nickolas junto al fichero rebuscando entre las carpetas, el hombre se volvió hacia él y le indicó una de las sillas de su escritorio.

—Toma asiento —lo invitó.

Arion negó con la cabeza.

—No me quedará mucho tiempo.

Aquella respuesta llamó a atención de su jefe, quien extrayendo la carpeta que debía estar buscando cerró el archivo y se volvió hacia él con la pregunta iluminando su rostro.

—¿Y eso? ¿Tanta prisa tienes por volver?

Arion no se molestó en retardar lo que ya había decidido hacer. Se quitó la PDA la dejó sobre el escritorio y extrajo un sobre blanco del interior de la chaqueta tendiéndoselo a Nick.

El hombre miró el sobre y luego a Arion.

—¿Qué es?

Una amplia sonrisa se extendió por los labios de Arion, sus ojos azules brillaban con diversión en espera de la reacción del hombre a sus próximas palabras.

—Mi carta de renuncia.

Nick abrió la boca en un silencioso “ahhh” y cogió la carta mirando el sobre y finalmente a él.

—No puedo decir que me sorprenda.

Arion se encogió de hombros.

—Supongo que no.

—Así que... has hecho tu elección.

Arion sonrió con cierta ironía.

—En realidad, la había hecho en el mismo momento en que la conocí —aseguró chasqueando la lengua—, pensamos que las mujeres son las que no se deciden, pero entonces, ahí estamos nosotros, con lo que deseamos al alcance de nuestra mano y no lo vemos hasta que es demasiado tarde.

Nick imitó su sonrisa, sabía que las palabras iban dirigidas a él.

—¿Sabe lo que eres?

Él asintió con firmeza.

—Le costará hacerse a la idea, pero bueno, no es como si ella fuese una humana común y corriente —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Cuando lo entienda, iré a por ella.

Nick esbozó una sonrisa y asintió.

—No le dejes pensarlo demasiado.

Arion sonrió con jocosidad.

—No tengo intención de hacerlo.

Los dos hombres intercambiaron una mirada cómplice, había cosas que sólo los demonios podían interpretar con claridad.

* * *

Tras una emotiva ceremonia en la que tanto la novia como el novio no dejaron de prodigarse muestras de amor y complicidad, se celebró un pequeño aperitivo en los jardines del Cardiff Castle. Astrid siempre había soñado casarse en el Cardiff Castle y una vez más veía sus sueños hechos realidad. Los invitados, unas cien personas entre amigos y parientes sonreían y festejaban la felicidad de los novios, los corrillos se habían ido formando poco a poco, gente que conocía a más gente, amigos y compañeros, todos procuraban estar unidos para celebrar el acontecimiento.

Cassie resbaló la mano por el vestido de color rosa chicle que había llevado junto con Violet y una de las hermanas de Edgardd como dama de honor, el cambio en el traje no había hecho si no realzar y estilizar su figura, la atrevida abertura que le había sugerido su marido dejaba a la vista una larga y torneada pierna cuyos pies acunaban unas bonitas sandalias plateadas y sus pechos salpicados de pecas se asomaban sensuales y discretos en la uve del corpiño. Después de que Violet la hubiese peinado y ayudado con el maquillaje, el resultado había sido impensable, por más que se había mirado y remirado en el espejo era incapaz de comprender que aquella hermosa y sensual mujer de llenas curvas era ella. Podía no ser una modelo de portada, pero su figura rellena no le restaba atractivo alguno, estaba realmente hermosa pero la persona que le habría gustado la viese así no estaba ya junto a ella.

Sus ojos castaños se deslizaron a través del paisaje, pequeñas mesas vestidas de blanco aquí y allá soportaban los canapés traídos por los camareros, otros se movían entre los invitados portando bandejas con distintos refrescos mientras los novios reían y charlaban animados con unos y otros invitados procurando no dejar a ninguno descuidado.

—Ten, lo necesitas.

Violet empujó una copa del burbujeante líquido amarillo en su mano mientras tomaba un buen trago de su propia copa.

—¿Champan? —preguntó Cassie dedicándole una mirada irónica.

—No es como si pudieses emborracharte y casarte otra vez —le aseguró su amiga señalando a los invitados con un gesto de la copa—, ninguno de esos perdedores merece realmente la pena, te lo digo yo.

Cassie frunció el ceño y se giró por completo hacia su amiga, su voz ligeramente pastosa le hacía suponer que aquella no era ni la primera, ni la segunda copa de Vio.

—¿Cuánto has bebido ya?

Violet se encogió de hombros y alzó la copa de champán.

—Ésta es mi segunda copa, no te preocupes, no tengo intención de emborracharme y ponerme a bailar desnuda encima de una mesa —aseguró y alzó la copa hacia ella—. Intenta sonreír un poco y mézclate con los demás, As casi me arranca el brazo al llevarme a un lado y preguntarme por qué habíamos venido las dos solas. Por supuesto, le dije que no creía que a tu hombre le quedara bien un vestido rosa e ir echando pétalos delante de los novios, pero no lo encontró gracioso.

Cassie gimió ante la respuesta de su amiga.

—Te pedí que no le dijese nada.

Violet se encogió de hombros.

—Vamos, Cassie, no es como si pudiese ocultar la ausencia de tu marido de casi dos metros —aseguró tomándose un nuevo sorbo—, no me cabría en el bolsillo.

Poniendo los ojos en blanco, Cassie suspiró. Su mirada surcó una vez más el jardín que daba acceso al castillo hasta encontrarse con Astrid, quien sonreía a modo de disculpa a su interlocutor, susurraba algo a su marido el cual dirigió una mirada hacia ellas y recogiendo la cola del vestido de novia salió a su encuentro.

—Y ahí viene la novia —murmuró Violet acariciando el brazo de su amiga—, decidas lo que decidas, te apoyaré.

Cassie asintió y correspondió al breve abrazo de Violet, la cual intercambió unas palabras que sonaban como “no seas muy dura con ella” cuando se encontró con Astrid a mitad de camino.

Suspirando se llevó su propia copa a los labios bebiendo un largo sorbo para infundirse ánimos. Si había algo que sabía de As, era que no se andaba con rodeos tal y como pudo comprobar cuando se presentó ante ella.

Se veía hermosísima vestida de novia, delicada como una muñeca, el pelo rubio recogido con un broche de brillantes, sin velo, con los hombros desnudos y un precioso escote en forma de corazón que moldeaba una más que envidiable figura.

—Hola —susurró a modo de saludo, después de todo era la primera vez que tenían tiempo de dedicarse unas palabras—, estás preciosa, As.

La mujer perdió el ceño con el que se había dirigido hacia ella, sus manos enguantadas subieron entonces y abrazaron a Cassie atrayéndola contra sí.

—Has dejado que se fuera.

Quizás la frase pretendiese sonar como un reproche, pero salió como una certeza.

Cassie se apartó y se encogió ligeramente de hombros, en su rostro un gesto de culpabilidad.

—¿Por qué, Cassie? —insistió As tomando las manos de su amiga en las de ella.

¿Qué podía decirle? ¿Qué respuesta podía darle cuando la realidad era que ni siquiera ella estaba segura del motivo?

—Él... él no era... lo que esperaba.

Astrid la miró a los ojos.

—¿El qué? ¿Un hombre que ha tenido el buen sentido de ver más allá de tu coraza? ¿Un hombre que se ha hecho responsable de su error? ¿Un maldito pedazo de queso derretido que se ha metido en tu cama y te ha dado la mejor semana de tu miserable vida? ¿Un hombre como no encontrarás jamás en la vida?

Tenía gracia que hubiese repetido tantas veces la palabra hombre cuando en realidad él era... un demonio. No, por encima de todas las cosas, Arion era sin duda un hombre, el único se daba cuenta.

—Las cosas no... no son como crees, él... él no es...

Astrid la miró a los ojos.

—Te dije desde el principio que él no era como los demás, ningún miembro de la Agencia lo es, Cassie.

El tono de su voz, la seguridad en su mirada, Cassie se dio cuenta de que As lo sabía, su amiga sabía

quién era realmente Arion, qué era.

—Lo... lo sabes.

Astrid asintió suavemente.

—¿Desde cuándo?

Cassie sabía que ella había conocido la existencia de la Agencia, así se lo había hecho saber cuando la animó a irse con él, pero... el que supiese también que Arion era un demonio... y no se lo hubiese dicho.

Astrid se lamió los labios y dejó escapar un suspiro.

—Conocí a Edgard después de pasar un inolvidable fin de semana con uno de ellos —aseguró Astrid echando un vistazo por encima del hombro para ver a su marido. El amor brillaba en sus ojos—. Gracias a Nickolas he encontrado al amor de mi vida, Cassie, él fue quien hizo que me diese cuenta que había ahí fuera algo más para mí, que las riquezas y mi arrogancia no iban a llevarme a ningún sitio. Nick me hizo un favor al permitir que conservase los recuerdos de nuestro tiempo juntos rompiendo sus propias reglas, de algún modo cambió mi vida y le estaré eternamente agradecida.

Cassie veía el amor en los ojos de su amiga cuando observaba al que se había convertido hacia escasas horas en su marido, Edgard era todo lo contrario a la extrovertida y rica Astrid y a pesar de ello había sabido ganársela poco a poco, venciendo las barreras autoimpuesta por ella y su educación hasta enamorarla. Y no podía estar más feliz por ellos dos.

—No quiero verte sufrir, Cassie —le aseguró acariciándole la mejilla—, tú menos que nadie se merece más sufrimiento.

El sonido de la música llamó la atención de las dos mujeres, aquel era el aviso de que era hora de empezar a pasar al comedor.

—Tienes que tomar una decisión, cariño —le aseguró apretándole una vez más las manos para infundirle ánimos—, es tu felicidad la que está en juego, Cassie, no permitas que se te escape entre los dedos como le pasó a tu madre. Ella decidió darse por vencida, tú eres más fuerte que eso.

Aquella inesperada respuesta golpeó con fuerza a Cassandra. Astrid muy pocas veces había tocado el tema de su familia a pesar de que sabía todo lo que había ocurrido.

—Sí, Cassie, lo sé —aseguró alzando sus manos hasta casi tocar su barbilla—, sé lo mucho que querías a tu madre y lo que te destruyó su pérdida. No cometas sus mismos errores, amas a tu marido, cariño, lo sé, os he visto, no bajes los brazos.

Cassie abrió la boca para decir algo pero volvió a cerrarla, ¿qué podía decir al respecto? Su amiga acababa de poner voz a sus más oscuros temores.

—¡As, tenemos que entrar!

La voz de Edgard llegó a ellas desde la distancia.

—¡Ya voy! —respondió alzando la mano para avisarle, entonces se volvió hacia su amiga—. Decidas lo que decidas, cariño, estaré ahí para apoyarte, ¿de acuerdo?

Cassie asintió y soltándose de las manos de la novia quien la abrazó brevemente antes de volver con su marido, se quedó inmóvil observado la copa de champán que todavía tenía a medio beber en las manos.

Sacudiendo la cabeza, se llevó la copa a los labios y apuró su contenido hasta el final para luego dejarla sobre una de las mesas que empezaban a recoger. Los tacones de sus zapatos se hundían en el césped quedándose clavados hasta el punto en que debió detenerse y sacárselos. La hierba bajo sus pies se sentía como una suave y cálida alfombra, una sensación que ya había experimentado antes.

“Malditos zapatos, así, listo, caminaré descalza”

Aquel lejano recuerdo acudió a su mente trayendo consigo el eco de una risa masculina, su ingeniosa respuesta y la dureza de un brazo mientras hacía equilibristas para quitarse el otro.

“Eres adorable”.

Cassie parpadeó y giró sobre sí misma casi como si esperase ver al poseedor de aquella voz frente a ella, pero aquella sólo estaba en su mente, en unos recuerdos que creía haber olvidado.

Eres adorable. Aquellas habían sido las primeras palabras que le había dicho Arion cuando la había encontrado sentada al borde de la fuente con los zapatos en una mano y una copa de plástico medio vacía en otra. Sus ojos azules se habían clavado en los de ella y le había sonreído. Cassie había sabido en aquel preciso momento que era él, el hombre al que había estado esperando tanto tiempo, el único que podía hacer que desapareciera su pequeño problemilla.

—Arion —murmuró sumida en los recuerdos que repentinamente empezaban a inundar su mente.

Había pasado buena parte de la noche con él, las risas y el champan había corrido como el agua entre ellos, se había sentido relajada y confiada a su lado, algo que no le ocurría a menudo, al principio había pensado que se debía al alcohol pero ahora...

“Quiero llevarte a la cama”.

Él había sido directo y absolutamente sincero en sus palabras, la había besado allí mismo, entre los casinos más importantes de Las Vegas y ella se había burlado de él diciéndole que para conseguirlo tendría que pagar antes una prenda.

“Antes tendrás que casarte conmigo”.

La risa se le había escapado nada más dejar ir las palabras, incluso embriagada sabía que aquello era una estupidez, no necesitaba del matrimonio para irse a la cama con él.

“De acuerdo, te haré mía y después nos iremos a la cama”.

Cassie se llevó la mano a la sien, masajeándosela lentamente, aquella distante noche no hacía sino emerger del lugar en el que había permanecido oculta en su mente.

“¿Eso no es lo mismo?”

Él había negado con la cabeza riéndose a la vez que la sujetaba para que no cayese, sus zapatos de tacón se habían balanceado en una mano mientras sentía la moqueta bajo sus pies, la moqueta cuyo tacto era similar al de la hierba que ahora acunaba sus pies desnudos.

“Si mi cabeza dejase de dar vueltas, quizás pudiese decírtelo, pero creo, que no”.

—Pues casémonos en Las Vegas —murmuró Cassandra tropezando con sus propios pies al tiempo que aquel repentino pensamiento explosionaba en su mente—. Le pedí que nos casáramos y él... él...

Cassie jadeó, sus ojos marrones abriéndose desmesuradamente ante la implicación que había traído consigo sus hasta ahora perdidos recuerdos.

—Arion —susurró su nombre mientras una solitaria lágrima resbalaba por su mejilla.

¿Cómo podía haberlo olvidado? ¿Cómo podía él haberlo olvidado?

—No... no lo ha olvidado —murmuró para sí misma bajando la mirada al anillo que tenía en su mano derecha, su alianza de bodas—, jamás lo ha olvidado.

Llevándose las manos a los labios para ahogar un angustioso gemido se volvió en redondo, su mirada observando cómo los últimos asistentes a la boda abandonaban el jardín para pasar a la sala en la que se celebraría el banquete.

Recogiéndose la falda del vestido y con los zapatos todavía en la mano, Cassie caminó directamente hacia ellos. Violet estaba terminando de dar cuenta a su última bebida al tiempo que coqueteaba con el camarero.

—Vio —la llamó deteniéndose casi sin aliento a su lado.

—¿Ey? ¿Dónde está el fuego? —contestó la muchacha y arqueó una delgada ceja al ver los zapatos de la chica en las manos—. Cielo, los zapatos nos los quitamos al final de la boda, no al principio.

Cassie negó con la cabeza, alzó una mano para interrumpirla y le dijo.

—Tengo... tengo que irme.

La mujer abrió ampliamente sus ojos.

—¿Cómo que tienes que irte? ¿A dónde?

Cassie sonrió, sus ojos castaños brillaban a través de las lágrimas.

—A buscar a mi marido —aseguró abrazando a su amiga y besándola en la mejilla al tiempo que la

dejaba atrás mirándola pasmada.

—Pero... Cassie... ¡Cassie! —la llamó, pero la chica estaba decidida a marcharse—. Pues... vale.

Un ligero bufido a su espalda seguido de la voz de la novia atrajo su atención. La pareja estaba esperando a que todos los comensales entrasen para hacer ellos lo propio cuando oyeron las voces de las dos muchachas, Astrid fue la primera en acercarse.

—¿Qué diablos está pasando ahora? —preguntó mirando alrededor en busca de su otra amiga—. ¿Y Cassie?

Violet señaló con el pulgar el parque.

—Ha dicho que va a buscar a su marido.

Astrid sonrió ampliamente y soltó un gritito.

—¡Por fin!

Violet la miró como si estuviese loca, a lo que su amiga respondió.

—Le quiere, Vio —le aseguró volviéndose para ver a Cassie desaparecer tras unas mesas—, y va en busca de su felicidad.

Violet suspiró.

—A veces, tengo dudas de quien es la cuerda de este trío, As —aseguró negando con la cabeza, para finalmente sonreír—. Suerte Cassie.

Astrid asintió.

—Mucha suerte, Cassandra.

CAPÍTULO 21

¿A dónde ir? ¿Dónde buscar? ¿Por qué no tenía siquiera un teléfono de contacto suyo? Cassie empezó a deprimirse al tiempo que aquellas preguntas se abrían paso en su subconsciente, ¿cómo podía haber sido tan estúpida como para dejarlo marchar? ¿Cómo podía haber estado tan ciega a los recuerdos que había construido aquella primera noche?

Ahora lo recordaba todo claramente, desde el momento en que se habían encontrado las cosas se habían precipitado en una enloquecedora carrera promovida por el alcohol y quizás algo más, algo como el Destino.

Arion había estado de acuerdo en casarse con ella, pero Cassie no había comprendido hasta ahora que el matrimonio al que se refería distaba mucho de ser como cualquier ceremonia que conociese. Sí, se habían casado en una de las pequeñas capillas de Las Vegas con dos desconocidos por testigo, el pastor y la mujer del pastor, si podía considerarse así a un hombre vestido de Elvis y a una mujer vestida de Marilyn Monroe, Su velo de novia había consistido en un mantel que habían robado entre risitas de un comedor, su bouquet floral hurtado de un jarrón que adornaba la capilla y los anillos, aquellos los había comprado al propio pastor quien tenía una provisión sustanciosa a la que echar mano. Habían intercambiado los votos entre risas y cálidas miradas, para terminar con un beso que no sería si no el preludio de lo que vendría después.

Puede que no hubiese sido una boda perfecta como la de Astrid, pero para Cassie lo había significado todo, ahora lo sabía, incluso ebria había disfrutado de su momento ante el altar, como disfrutó plenamente de su noche de bodas.

Si cerraba los ojos podía verle allí, de pie, admirándola, si se esforzaba tan sólo un poco podía recordar las palabras que abandonaron sus labios, su gentileza y ternura al tomarla entre sus brazos, si abría la mente podía recordar claramente el momento en el que la hizo suya en cuerpo y alma, la unión que la había convertido en su esposa de pleno derecho, la única compañera que escogería y la cual había tratado de deshacerse de él por todos los medios.

Qué tonta había sido, había alcanzado su propia felicidad sólo para dejar que se escurriese entre sus dedos.

La cerradura de la puerta de El Oráculo cedió bajo su mano, la tienda permanecía sumida en la penumbra de la tarde, todo estaba en silencio como siempre, un silencio que ahora se le antojaba agónico. Encendiendo las luces una tras otra se dirigió hacia el mostrador, el taburete en el que solía sentarse Arion seguía en el mismo lugar como esperado a que él volviese y le sonriese de aquella manera que le aceleraba el pulso. Deslizó los dedos sobre la madera y finalmente se aupó para sentarse, al contrario que a él, sus pies colgaban unos centímetros por encima del suelo, las sandalias plateadas de nuevo cubrían sus pies.

—En qué he convertido mi vida —musitó haciendo rodar la alianza en su dedo.

Astrid no había estado desencaminada en sus palabras, muchas veces había intentado negárselo a sí misma pero ya no podía hacerlo, la realidad podía doler y ser cruel, la verdad podía hacer daño pero también podía sanar tal y como le había dicho Arion días atrás, pero aquella verdad siempre había amenazado con destruir sus recuerdos.

—La verdad —musitó cerrando los ojos ante uno de sus últimos recuerdos—. La verdad os hará libres... o nos hará pasar por estúpidas sin remedio.

Por más que le gustase la idea de que algo tan limpio como la verdad borrarse de un plumazo años y años de sufrimiento, sabía que no era tan fácil, no se trataba de descubrir algo oculto ni ver que se había

equivocado pues no había nada oculto que descubrir o equivocaciones que resolver, era lisa y llanamente su versión de la historia, cómo una niña de quince años había vivido y se había enfrentado al mundo por sí misma.

Pero ella no era su madre, si hay algo que Cassie no haría jamás era rendirse, no perdería aquello que había encontrado por cobardía.

—No soy una cobarde —musitó para sí misma. Sus ojos castaños recorrieron la tienda de esoterismo que regentaba una parte importante de su mundo, quizás la parte que le permitiría acercarse y comprender al hombre del que había llegado a enamorarse.

Dejando el bolso de mano sobre el mostrador, con el repiqueo de sus tacones inundando la silenciosa tienda, Cassie cruzó la habitación en dirección al piso de arriba.

Las luces se encendieron bajo su mano, el aroma a velas aromáticas e incienso inundaba el lugar mientras las piedras de colores situadas sobre la pequeña mesa brillaban por efecto de la luz que entraba por una de las ventanas creando espectros de colores sobre la gastada alfombra. Tomando un par de velas y una caja de cerillas se arrodilló frente a la pequeña mesa, quizás no fuese más que superstición o simple casualidad, pero debía intentarlo, si no otra cosa al menos aquel inofensivo ritual le traería paz.

Nunca se había considerado una bruja, en realidad no recordaba una sola vez en la que sus pequeños hechizos sacados de libros de su tienda habían dado resultado, pero creía en el poder de las piedras y en el de los aromas, una ciencia en sí misma que se había esforzado por conocer. No había que ser bruja para conseguir un ambiente relajado, las velas aromáticas y una decoración adecuada podían ayudar.

Dejando las velas a un lado, Cassie distribuyó las piedras sobre la pequeña mesa de forma que trazaran un triángulo, tomó las cerillas y procedió a encender entonces la mecha de las velas las cuales colocó en su interior.

Ahora podría relajarse y dejar que los aromas actuasen, necesitaba la mente clara y despejada para encontrar la manera de volver a verle.

—Ya he encontrado la respuesta, Arion —musitó acariciando la llama de la vela con la mirada—, al fin la he encontrado.

* * *

Arion se ajustó la mochila al hombro mientras dejaba atrás la zona de embarque, atravesó tranquilamente la línea de aduanas y continuó más allá de las puertas hasta salir a la terminal. La gente iba y venía arrastrando consigo sus maletas o llevándolas en los carros, él no necesitaba tanto equipaje, en realidad ni siquiera necesitaba viajar de aquella manera, pero la promesa que se había hecho a sí mismo de darle tiempo, primaba por encima de todo.

Concederle toda una semana había sido la prueba más dura a la que tuvo que enfrentarse. Hasta ese momento no se había percatado de que su paciencia era más bien escasa en lo que se refería a ciertos temas, el no saber de ella, el no poder coger un teléfono y llamarla, el presentarse simplemente en su hogar, aferrarla por los hombros y zarandearla hasta que comprendiera que él era el único para ella, peleaba a brazo partido con su intención de concederle tiempo para que tomase aquella decisión por sí misma.

Arion nunca había estado tan desesperado, pero lo cierto es que tampoco se había enamorado. No hasta Cassandra.

Tomando una profunda bocanada de aire rescató las gafas oscuras del bolsillo exterior de su chaqueta verde militar y se las puso, necesitaba dejar atrás la marea de gente que parecía haber elegido aquel domingo para llegar a la ciudad e ir a buscar aquello que le pertenecía.

Ya no se trataba de un contrato o de las consecuencias de una borrachera, Cassandra había demostrado ser mucho más que eso, se había introducido bajo su piel alcanzándole el alma. Ella era la única y tendría que convencerla de ello.

Para cuando pasó por delante de la línea de facturación, las vidrieras que daban al exterior corroboraron el parte del tiempo que ya habían dado en el avión, el cielo estaba despejado con aquel color azul plomizo que solía tener en aquella época del año, lo más seguro era que lloviese antes de terminar el día. Arion dejó atrás la puerta circular que daba entrada a la terminal del aeropuerto y respiró profundamente deseando empaparse del aire de aquella curiosa ciudad, un rápido vistazo a la línea de pasajeros que esperaban taxi lo hizo desistir de la idea de tomar uno, quizás debería alquilar nuevamente un coche, eso le facilitaría las cosas. Con aquella idea en mente y un último vistazo a la línea de gente y maletas a su izquierda se ciñó la tira de la bolsa al hombro y se movió en sentido contrario dispuesto a marcharse.

—¿Señor Catrides?

Arion se quedó inmóvil, el suave timbre en aquella voz femenina le recorrió igual que un placentero latigazo.

—¿Arion Catrides?

Girándose lentamente hacia el lugar del que procedía la voz, Arion se encontró con una adorable imagen. Vestida con unos pantalones negros y un suéter color avellana bajo el abrigo, el largo pelo oscuro recogido en un sobrio moño y los hermosos e inquisitivos ojos marrones clavados en él, Cassandra caminaba lentamente hacia él.

Lamiéndose los labios de anticipación ante el sabroso bocado que se aproximaba alzó ligeramente la barbilla y le respondió.

—Sí, soy yo.

Los labios femeninos se extendieron entonces en una amplia sonrisa al tiempo que alzaba una de sus manos en la que brillaba una dorada alianza de matrimonio.

—Ya sé porque no he podido deshacerme nunca de este anillo.

Arion contempló su mano y luego a ella.

—¿Ah, sí?

Ella asintió deteniéndose finalmente a escasos centímetros de él, sus ojos castaños brillaban con calidez y esperanza.

—Sí —asintió ella en apenas un susurro.

Él la miró sin disimular su avidez pero sin permitirse todavía dar el último paso.

—¿Y cuál sería la respuesta a tan interesante pregunta?

Cassandra deslizó sus manos por el pecho del hombre acariciando su chaqueta con sensual languidez para finalmente enredar los dedos en los pliegues de esta.

—Una respuesta simple y llena de verdad —murmuró ella—. Ya te amaba cuando lo colocaste en mi dedo.

Arion esbozó una divertida sonrisa al tiempo que se inclinaba sobre ella con intención de besarla.

—Has tardado mucho tiempo en recordarlo, *agapi mou*[5]—le susurró a un milímetros de su boca.

Ella chasqueó la lengua y se apretó contra él.

—No tanto como tú en seducirme con la verdad.

Sonriendo abiertamente la rodeó con los brazos y se apoderó de su boca en un húmedo y ardiente beso que prometía más, mucho más.

EPÍLOGO

TRES meses después.

La tarde caía sobre la ciudad, la humedad todavía perlaba el ambiente mientras la niebla iba ocupando su posición alrededor de los antiguos mausoleos y lápidas diseminadas por el cementerio. Cassie se estremeció involuntariamente al atravesar el pórtico de entrada, pero pronto se sintió reconfortada cuando el brazo de su marido, enlazado alrededor de su cintura, la atrajo contra el cálido y fuerte cuerpo masculino recordándole que no estaba sola en aquel triste lugar.

—¿Estás preparada? —murmuró Arion besándola en la cabeza.

Cassie se apretó suavemente contra él y asintió.

—Tengo que estarlo —aceptó respirando profundamente—. Necesito estarlo, no quiero que mi pasado irrumpa en nuestro futuro, en nuestra vida. Es hora de que todo sea perdonado, de dejar a un lado el dolor y el pasado, deseo estar junto a ti eternamente, amor mío, no quiero que ninguno de mis fantasmas empañe lo que tenemos y tendremos.

Él la abrazó y le susurró al oído.

—Soy tuyo para toda la eternidad, *pouli*, ya te lo he dicho, en mi mundo no existen los divorcios —la besó suavemente tras la oreja—. Tu pasado, el presente y lo que esté por venir son parte de lo que eres, el conjunto que forma la extraordinaria mujer a la que me he unido. No hay nada que desee cambiar.

Cassie se volvió en sus brazos, sus manos acariciando la suave piel de su chaqueta.

—Lo necesito —aseguró ella poniendo en su voz su alma al desnudo.

Asintiendo le acarició la mejilla.

—Lo sé, Cassandra —aceptó con un gesto de asentimiento—. Lo sé.

Cassie había renovado sus votos ante Arion hacía apenas un par de semanas en una pequeña e íntima ceremonia a la que sólo habían asistido sus más íntimos amigos. Los últimos tres meses habían sido un paréntesis de reflexión para ambos, pero especialmente para ella, quien había terminado por mudarse con Arion a un pequeño apartamento que él había alquilado a las afueras de Cardiff. La necesidad de continuar y dejar el pasado a descansar había incluido para Cassie el dejar atrás aquello que la había estado reteniendo, el lugar en el que había vivido toda su vida y su pequeña tienda de Esoterismo.

La búsqueda de un nuevo hogar, un lugar en el que comenzar desde cero, había llevado a Cassie a compartir con Arion un poco más de sí misma y a extraer al mismo tiempo más sobre él. Habían puesto varias posibilidades sobre la mesa, descartando algunas e incluyendo otras hasta que finalmente Cassie se decidió por la más inesperada de todas las elecciones.

En dos semanas más se marcharían a Grecia, una pequeña escala antes de dirigirse a los Estados Unidos, dónde Cassie deseaba fijar su residencia.

El suave aire húmedo los envolvió a ambos mientras caminaban entre las lápidas y estatuas de piedra hacia la hilera de tumbas entre las que se encontraba aquella que iban a visitar.

—Pensé que esta vez sería más fácil —murmuró ella estremeciéndose.

Arion le apretó la mano y se la llevó a los labios.

—Nunca es fácil decir adiós, *pouli* —le aseguró con voz profunda, sincera—, pero debe hacerse cuando es necesario. Debes dejarla marchar, perdonarla en tu corazón y perdonarle a ti misma, Cassandra.

Cassie apretó la mano de su marido en respuesta, la alianza en su dedo anular brilló suavemente bajo la

molesta niebla mientras avanzaba lentamente en dirección a la última morada de su madre.

La niebla naufragaba sobre el solitario cementerio, dándole un aspecto más siniestro del que tenía ya de por sí, pero en cierto modo, también añadía una nota de tranquilidad que hacía que el corazón latiese más despacio y su ansiedad disminuyese. Cassie dio un paso más hacia su meta para detenerse cuando una profunda y grave voz masculina atravesó la niebla dejando en el aire inconexos fragmentos.

—Ella es feliz... ha encontrado lo que ninguno de los dos supimos darle.

Cassie se tensó durante un breve instante al escuchar aquel tono de voz que había escuchado anteriormente al otro lado de la línea telefónica o en el mensaje grabado en el contestador.

—Se casó la semana pasada en una pequeña e íntima ceremonia —aseguró sacando algo del bolsillo de la chaqueta de paño que llevaba puesta—. Nunca pensé que una novia pudiese estar tan hermosa vestida de rojo.

Con un lento movimiento, la foto que tenía en las manos terminó junto a los pies de la lápida.

—Ella es feliz, Calíope, nuestra hija, a pesar de todo lo que ha padecido por nuestros errores, es feliz —le aseguró en voz suave pero contundente—. Ya puedes descansar, querida, ahora Cassandra estará bien cuidada.

Besando brevemente la flor que traía consigo, la dejó junto a la foto para luego retroceder un par de pasos y contemplar el nombre grabado en la lápida en completo silencio. No había empezado a dar media vuelta cuando el capullo de rosa blanca que había traído consigo empezó a florecer hasta abrirse por completo ante los atónitos ojos de Cassie.

Su padre, en cambio, se limitó a sonreír, le dedicó a la flor un silencioso saludo con la cabeza y emprendió la retirada.

—Papá...

Las palabras surgieron de su boca antes de que pudiera ponerles freno, un título que no había utilizado desde que era una adolescente, un llamado que hacía mucho tiempo había dejado de tener sentido para ella.

Arion, que había permanecido en silencio a su lado, se inclinó ahora sobre ella, susurrándole al oído.

—Esta es tu oportunidad para cerrar la última de las heridas, *pouli*.

Cassie vaciló, las palabras parecían haberse esfumado ahora de su garganta dejándola muda.

—Charles Monroe —lo llamó por su nombre, el que ella había rechazado desde el momento en que se emancipó acogándose únicamente al apellido de su madre. Cuando no obtuvo respuesta, lo intentó de nuevo, alzando más la voz, dando un paso y otro más en su dirección, necesitando llegar a él... aunque sólo fuese una vez—. ¡Papá!

La silueta masculina se detuvo volviéndose lentamente para mostrar a un hombre de pasados los cincuenta, cuya figura, una vez atlética e impresionante se apoyaba en un bastón. El pelo corto y castaño tenía alguna que otra cana, pero su rostro seguía siendo el mismo, los ojos castaños iguales a los de su hija brillaron con sorpresa y cierto temor a que sus oídos le estuviesen causando una mala jugada.

—¿Cassandra?

Ella se obligó a dar un paso más, y otro, y otro hasta encontrarse cara a cara con el hombre que no había tenido fuerzas para enfrentar en los últimos quince años.

—Cassandra —repitió su nombre mientras la recorría lentamente con la mirada, maravillándose de estar finalmente ante su hija mayor. Entonces volvió la mirada hacia la tumba ante la que había estado hablando y la señaló con un gesto de la barbilla—. ¿Has venido a visitarla?

Cassie siguió su mirada y negó con la cabeza.

—Vengo a despedirme —respondió en voz baja. Le costaba articular las palabras.

El hombre perdió un poco del calor que había iluminado sus ojos.

—Nosotros nos despedimos tiempo atrás —aseguró él con un profundo suspiro—. Sólo he venido a decirle que su misión había terminado.

Cassie frunció el ceño, su mirada vagando del hombre a la tumba.

—¿Su misión?

Los ojos castaños del hombre se volvieron durante un instante hacia Arion, quien se había reunido con ellos, pero permanecía a una distancia prudencial.

—Ella cuidó de ti lo mejor que pudo, Cassandra, si te hubiese llevado conmigo cuando quise hacerlo, ella se habría muerto de pena, tú lo eras todo para Calíope —continuó el hombre volviéndose ahora a ella—. Dejarte no fue su elección, sé que desde dónde quiera que esté, habrá velado por ti.

Sonriendo afectuosamente, pero sin atreverse a acercarse más a su hija por miedo a que ésta lo rechazase, volvió su mirada y sus deseos sobre su yerno.

—Ahora estás en buenas manos —le aseguró a Cassie antes de dirigirse a Arion—. Cuide de ella.

Arion se limitó a asentir con la cabeza.

Satisfecho con ello, el hombre echó un último vistazo a su hija, le sonrió y con un leve movimiento de la cabeza se despidió de ella.

—Se feliz, Cassandra —le pidió—. Es lo único que puedo desear para ti.

Cassie no dijo nada mientras lo veía alejarse marcando el paso con su bastón, sus ojos volvieron entonces sobre la lápida en la que podía leerse el nombre de su madre.

—Mamá —murmuró caminando hacia ella, inclinándose para acariciar el nombre grabado en la piedra.

Sus dedos acariciaron la florecida rosa y pudo sentir a través de esta la suave caricia y el aroma inconfundible de la mujer que le había dado la vida. Una única lágrima se deslizó por su mejilla mientras la rosa bajo su mano empezaba a crecer y multiplicarse, convirtiéndose en una enredadera repleta de flores blancas que cubrió la lápida.

Aquella era su magia, su legado.

—Adiós, madre —murmuró Cassie llevándose los dedos a los labios para luego posarlos sobre la lápida—. Y gracias por haberle conducido a mi vida.

Te quiero, mi pequeña princesa. Los dos te queremos. Sé feliz.

Aquella suave voz inundó su alma llenándola de calidez y paz, borrando el dolor que todavía permanecía acurrucado en su interior y rellenando el hueco con esperanza clara y brillante. Las lágrimas brotaron de sus ojos y por primera vez desde que la muerte se había llevado la felicidad del alma de Cassie, su alma fue libre para expresar todo el dolor y la pena que había estado reteniendo, dejándola escapar por fin.

Arion la rodeó con sus brazos, sosteniéndola, transmitiéndole todo su amor y confianza para el futuro.

—Deja que fluyan, *pouli* —le susurró animándola a purgar todas sus lágrimas—. Pon a descansar el pasado, y yo me encargaré de que tu vida a partir de ahora esté solamente llena de felicidad.

Cassie se abrazó a él, apretando su rostro contra el pecho masculino dejando que todo dolor del pasado se desvaneciera por fin.

—No permitas que me aleje de ti, Arion —susurró ella entre sollozos—. Nunca lo permitas, amor mío.

—No lo haré, Cassandra —le respondió con total convicción cogiéndole el rostro entre las manos para mirarla a los ojos—. Serás mía eternamente, *agapi*, eso te lo prometo. Eternamente.

Cassie sonrió a través de las lágrimas, pues sabía que lo que decía su demonio, era la verdad más pura.

[1] Dulzura en griego.

[2] Esposa en griego.

[3] *Magia Blanca* en griego.

[4] *Bruja* en griego.

[5] Amor mío en griego.